

# narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 26  
Julio-Septiembre 2012

ISSN 1886-2519  
Depósito Legal: Z-729-2006

## • Ensayo

*La 'Caja negra' de Roberto Bolaño, una literatura sin residuos. Consideraciones críticas sobre el autor y su obra*, por Valeria Bril

*Literatura y mercado: el best-seller. Aproximaciones a su estructura narrativa, comercial e ideológica*, por Francisco Álamo Felices

*El caso Alfredo Gómez Cerdá*, por Pablo Lorente Muñoz

*Cleansed, o el teatro polémico de Sarah Kane*, por Enrique García Díaz

## • Relato

*Zeno*, por Francesca Leita

*De paso*, por Sergio Borao Llop

*Mis manos también son suaves*, por Paloma Hidalgo Díez

*Por su padre, por su madre, por él mismo*, por Roberto Gutiérrez Alcalá

*La cobardía*, por Fernando García Maroto

*El hijo de mamá*, por Marina Burana

*Tuberías lentas*, por Ángel Corgo

*Fotografías*, por Noel Pérez

*El lector*, por Ramón Araiza Quiroz

*Dos relatos*, por Mari Carmen Moreno Mozo

*Relatos*, por María Morgade

*Gramática inglesa*, por Antonio de la Fuente

*Sosias*, por Damián Cordones

*Catarsis*, por Carlos Aymí

*Inquilino*, por Luis Topogenario

*Nanorrelatos*, por Víctor Lorenzo Cinca

*Olor a guerra*, por Mariela Loza Nieto

*Los otros ruidos*, por Patricia Nasello

*Microrrelatos*, por Rubén Gozalo

*Comunión Mexica*, por Enrique Martínez Llenas

*Luces, por favor*, por Chema Torrent Santamaría

*El próximo cataclismo*, por David Bombai

*Relatos*, por David Vivancos

*El rumor del mar*, por Jonathan Alexander España Eraso

*Microrrelatos*, por Elizabeth Pineda G

## • Narradores

José María Latorre

## • Reseñas

*"Ostras para Dimitri"* de Juan Bas., por José Luis Muñoz

*"Noches en Bib-Rambla"* de Carolina Molina, por Francisco Gil Craviotto

*"Los otros mundos"* de Rosana Alonso, por Víctor Lorenzo Cinca y Jesús Esnaola

*"CSI: Marilyn (caso cbierto)"* de José Cabrera, por José Vaccaro Ruiz

*"Vacaciones de invierno"* de José Manuel Benítez Ariza, por Herminia Luque Ortiz

## • Novedades editoriales

Coordinador: **Carlos Manzano**

Consejo Editorial: **María Dubón - Emilio Gil - Nerea Marco Reus - Luisa Miñana**

**www.revistanarrativas.com — narrativas@hotmail.com**

**N**arrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. Inicialmente editada en formato PDF, dada la similitud de este formato con las tradicionales revistas hechas en papel, hemos decidido también publicarla en formato ePub, de modo que sea perfectamente legible en el conjunto de dispositivos electrónicos de lectura cada vez más presentes en nuestra realidad cotidiana.

\*\*\*

**Envío de colaboraciones:**

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto en formato DOC o RTF. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

**SUMARIO - núm. 26**

<i>La 'Caja negra' de Roberto Bolaño, una literatura sin residuos. Consideraciones críticas sobre el autor y su obra</i> , por Valeria Brill .....	3	<i>Catarsis</i> , por Carlos Aymí .....	64
<i>Literatura y mercado: el best-seller. Aproximaciones a su estructura narrativa, comercial e ideológica</i> , por Francisco Álamo Felices .....	8	<i>Inquilino</i> , por Luis Topogenario .....	67
<i>El caso Alfredo Gómez Cerdá</i> , por Pablo Lorente Muñoz .....	18	<i>Nanorrelatos</i> , por Víctor Lorenzo Cinca .....	69
<i>Cleansed, o el teatro polémico de Sarah Kane</i> , por Enrique García Díaz .....	27	<i>Olor a guerra</i> , por Mariela Loza Nieto .....	70
<i>Zeno</i> , por Francesca Leita .....	29	<i>Los otros ruidos</i> , por Patricia Nasello .....	71
<i>De paso</i> , por Sergio Borao Llop .....	31	<i>Microrrelatos</i> , por Rubén Gozalo .....	72
<i>Mis manos también son suaves</i> , por Paloma Hidalgo Díez .....	33	<i>Comunión Mexica</i> , por Enrique Martínez Llenas ..	75
<i>Por su padre, por su madre, por él mismo</i> , por Roberto Gutiérrez Alcalá .....	37	<i>Luces, por favor</i> , por Chema Torrent Santamaría ..	80
<i>La cobardía</i> , por Fernando García Maroto .....	38	<i>El próximo cataclismo</i> , por David Bombai .....	86
<i>El hijo de mamá</i> , por Marina Burana .....	42	<i>Relatos</i> , por David Vivancos .....	92
<i>Tuberías lentas</i> , por Ángel Corgo .....	44	<i>El rumor del mar</i> , por Jonathan Alexander España Eraso .....	94
<i>Fotografías</i> , por Noel Pérez .....	49	<i>Microrrelatos</i> , por Elizabeth Pineda G .....	96
<i>El lector</i> , por Ramón Araiza Quiroz .....	54	<i>Narradores: José María Latorre</i> .....	97
<i>Dos relatos</i> , por Mari Carmen Moreno Mozo .....	56	<i>"Ostras para Dimitri" de Juan Bas.</i> , por José Luis Muñoz .....	108
<i>Relatos</i> , por María Morgade .....	57	<i>"Noches en Bib-Rambla" de Carolina Molina</i> , por Francisco Gil Craviotto .....	108
<i>Gramática inglesa</i> , por Antonio de la Fuente .....	58	<i>"Los otros mundos" de Rosana Alonso</i> , por Víctor Lorenzo Cinca y Jesús Esnaola .....	111
<i>Sosias</i> , por Damián Cordones .....	60	<i>"CSI: Marilyn (caso abierto)" de José Cabrera</i> , por José Vaccaro Ruiz .....	113
		<i>"Vacaciones de invierno" de José Manuel Benítez</i> .....	114
		<i>Arixa</i> , por Herminia Luque Ortiz .....	114
		<i>Novedades editoriales</i> .....	115

## LA 'CAJA NEGRA' DE ROBERTO BOLAÑO, UNA LITERATURA SIN RESIDUOS. CONSIDERACIONES CRÍTICAS SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA <sup>1</sup>

por Valeria Bril

El escritor chileno Roberto Bolaño (1953-2003), radicado en México y posteriormente en España, produce una ruptura en el horizonte crítico literario a partir de la producción de una literatura que avanza intempestivamente en lo que considera una percepción de lo original y lo hace desde una perspectiva poco valorada. Puesto que el reconocimiento, primero, a Roberto Bolaño se produce por parte de los jóvenes escritores y de los lectores, luego vendría la aceptación de los críticos y profesores españoles, argentinos, chilenos, uruguayos y mexicanos, hasta que en los últimos años el autor fue alcanzando un renombre universal. Bolaño, al enterarse de la existencia de los primeros libros<sup>2</sup> de crítica sobre su obra, realiza los siguientes comentarios con respecto a la crítica chilena Patricia Espinosa y a la profesora argentina Celina Manzoni:

«Espinosa me parece una crítica muy buena, independientemente de cómo vaya a quedar yo en su libro, que supongo que no muy bien, pero el trabajo de Espinosa es necesario en Chile. De hecho, la necesidad de una, llamémosla así, nueva crítica, es algo que empieza a ser urgente en toda Latinoamérica» (Maristain 2003).

«A Celina la conozco personalmente y la quiero mucho. A ella le dediqué uno de los cuentos de *Putas asesinas*» (Maristain 2003).

La obra de Bolaño aparece como una nueva forma literaria, no obstante, el autor se proyecta como un fuerte opositor de la estética vigente para algunos escritores contemporáneos. Los procedimientos narrativos, el abordaje temático y las lecturas particulares, que Bolaño lleva a cabo rigurosamente en sus textos, demuestran una intención obsesiva por la originalidad y un desarrollo creativo incomparable. Para poder entender lo que ocurre con el fenómeno «Bolaño» es necesario dar cuenta que en su escritura se produce una simbiosis entre ficción y realidad a partir del cruce de la ficción con su propia vida. Hay una celebración autobiográfica por la inclusión de elementos reales que imprimen en la obra de este autor un sello único. Esto se visualiza, sobre todo, en el modo de integrar cierta realidad personal en la dimensión enunciativa de sus textos; las referencias a la realidad política chilena y a la condición de extranjero, están presentes en su narrativa, entre otros parámetros contextuales que resultan observados como constantes en la obra de este autor.

El crítico literario Juan Antonio Masoliver Ródenas señala que: «La medida de la grandeza de un escritor está, entre otras cosas, en los estímulos que invitan a reflexionar sobre la obra literaria. Y los estímulos que encontramos en la escritura de Roberto Bolaño son múltiples.» (Masoliver Ródenas 2001). Hoy podemos registrar un fervor inusitado por el autor; hay quienes consideran a Roberto Bolaño el escritor más importante en la escena literaria actual. Cabría preguntarnos si este momento va a pasar en nuestras letras. Es sabido de los momentos consagradorios de escritores, que luego pasan al olvido. Pero, por ahora, son muchos los que eligen a este controvertido escritor como objeto de sus

---

<sup>1</sup> Publicado originariamente en *Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid (Nº 48, julio octubre 2011).

<sup>2</sup> Los dos primeros libros de crítica, dedicados a la obra de Roberto Bolaño, fueron el de Celina Manzoni: *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia* (2002) y el de Patricia Espinoza H.: *Territorios en fuga. Estudios críticos sobre la obra de Roberto Bolaño* (2003). Los comentarios personales que hace Bolaño sobre las autoras de estos libros se encuentran en la entrevista: "La última entrevista de Roberto Bolaño. Estrella distante" (subida online en el sitio sololiteratura literatura hispanoamericana.com), realizada por la periodista Mónica Maristain, publicada originalmente por la revista *Playboy* -edición mexicana-, y subida online al sitio Clubcultura con el título: "Confesiones de un detective salvaje", y reproducida parcialmente bajo otro título: "El mundo está vivo y nada vivo tiene remedio" en *Bolaño por sí mismo entrevistas escogidas* (2006).

estudios ya que Bolaño reúne en su escritura una serie de características estéticas que lo van definiendo como un escritor sobresaliente.

La obra de Bolaño es una obra coherente con el sentimiento de unidad que propone el autor —pero hallamos pequeñas historias que suelen alejarse de la trama principal, esto sucede en las novelas más extensas—, la coherencia se profundiza en el uso de expresiones chilenas, mexicanas y españolas, y modismos argentinos; aunque nos sorprende encontrar algunos términos en determinadas novelas que parecieran tener una identidad propia, como por ejemplo el término «gilipollas» en una novela «tan chilena» como podría ser *Estrella distante* (1996a), o un «pololeaba» en la novela *La literatura nazi en América* (1996b), en «Ramírez Hoffman, el infame» (de ello da cuenta también el crítico chileno Camilo Marks (Espinosa 2003)). Nuestra sorpresa deviene por reconocer en Bolaño una intención casi obsesiva de ajustar el habla de sus personajes a sus universos de pertenencia, como lo haría cualquier buen escritor que encuentre un mérito en estos ajustes que dan cuenta de la configuración discursiva de los personajes.

En la primera novela de Roberto Bolaño *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce* [1984 (2008)], escrita en coautoría con Antoni García Porta, el autor deposita la responsabilidad de reflexionar sobre el significado de la literatura en el protagonista Ángel Ros quien dice: «Seriamente: qué era la literatura para mí, puesto que seguía escribiendo, después de unos comienzos tan desastrosos. La Forma a través de la cual la vida tendría que ser si no clara, legible, estable.» (Bolaño 2008: 51). Cabe aquí observar que para Bolaño, vida y literatura constituyen un binomio inseparable. Bolaño explica que: «La novela es un arte imperfecto.» (Jösch 2000), y «En un libro largo un escritor tiene que demostrar su aguante, su capacidad constante de inventiva, tiene que tener una respiración ancha y mucha capacidad de fabulación» (Jösch 2000).

El autor sostiene su obra desde una estructura temática-estética que se podría considerar perversa, porque se basa en el regodeo del mal y en los detalles obscenos que certifican el profundo malestar del hombre en la cultura y en la sociedad —los personajes bolañianos parecen caer en un abismo—. Los personajes en los libros de Bolaño son difíciles de olvidar, y demuestran el talento del autor: no por el logro de encontrar en su obra la imitación de la vida misma sino por el hecho de plasmar la experiencia de la literatura. El pensador Tzvetan Todorov que estuvo de visita por primera vez en nuestro país —en 2010—, habló sobre la memoria y la justicia, y también sobre la literatura y el olvido de los escritores, críticos y profesores que pierden la noción de que no sólo se trata de un juego formal o un divertimento, sino que «la gran vocación de la literatura» es darle sentido a nuestra vida. Para Todorov: «La literatura es la mejor mirada posible para la comprensión de la condición humana.» (Todorov 2010), por lo cual el pensador francés, de origen búlgaro, prefiere la ficción latinoamericana porque «no está encerrada en pequeños juegos formales» —actualmente en Francia se leen preferentemente novelas latinoamericanas—. Desde este punto de vista, Roberto Bolaño propone un recorrido literario que no sólo coincide con su visión de la vida, sino que justamente versa en el conocimiento profundo de su vocación por la literatura. Para Bolaño, la literatura es una materia compuesta esencialmente de configuraciones pasionales, que representan la condición *sine qua non* para el desarrollo de su poética narrativa.

Roberto Bolaño estaba viviendo en España —en 1992— cuando le diagnosticaron una grave enfermedad, y todo indica que a partir de ese momento decidió escribir con la furia de un escritor que sabe que está próximo su fin. El hallazgo de este escritor, coincidiendo con Javier Cercas, consiste en «que decidió vivir como si ya estuviera muerto; es decir: decidió escribir como si ya estuviera muerto.» (Cercas 2003). De esta manera Bolaño escribe a un ritmo imparable y se convierte en un escritor «esencial» para el panorama de la literatura latinoamericana actual en donde encontramos un vacío con respecto a la posibilidad de distinguir concretamente a un autor (o a varios autores), dado que en el espacio literario persiste una serie de vacilaciones propias de la crítica a la hora de discernir y nombrar referentes.

Bolaño fue un escritor valiente, fiel a sus creencias, y escribió lo que pensaba sobre el *ser* latinoamericano y la literatura; aunque en una entrevista el autor afirmara que ya sólo creía en los niños y en los guerreros, Bolaño siguió creyendo en la literatura y esto quedó demostrado desde las primeras palabras hasta las últimas que escribió. Según el escritor español Javier Cercas, «Porque fue puro en lo

puro, Bolaño dio la exacta medida de un hombre<sup>3</sup> [...] [Y] Ahora somos nosotros los que le hemos sobrevivido, y ya no finge que está muerto, y es justo que todavía ahora estemos llorando por él, como si fingiéramos estar muertos y tratáramos de resucitarlo.» (Cercas 2003).

Conscientes del impacto que provocó la muerte de Roberto Bolaño en el mundo de las letras, no por ello podemos dejar de mencionar que algo extraño ocurre en relación a Bolaño como escritor y su intervención como tal en el ámbito literario de la otra orilla; según afirmara Enrique Vila Matas: «Siempre me ha llamado la atención el poco interés que ha despertado Bolaño entre una gran parte de los escritores españoles. Es una indiferencia que hay que encuadrarla dentro de esa falta de interés que sienten normalmente los escritores españoles hacia sus propios colegas, y más aún si son latinoamericanos» (Galán 2009). La «normal» indiferencia a la que se refirió Vila Matas nos recuerda aquello que escribió Bolaño: «Todos tenemos algún antepasado imbécil. Todos, en algún momento de nuestras vidas, encontramos el rastro, las huellas vacilantes del más pelmazo de nuestros antepasados, y al mirar ese rostro huidizo nos damos cuenta, con estupor, con incredulidad, con horror, de que estamos contemplando nuestra propia cara que nos hace guiños y muecas amistosas desde el fondo de un pozo» (Bolaño 2004: 160).

El segmento narrativo que acabamos de citar pertenece a la compilación de los artículos escritos entre mayo de 1999 y julio de 2001, entre los cuales encontramos el texto «El antepasado» en donde Bolaño cuenta que ese episodio está registrado en el libro primero de las *Sátiras*<sup>4</sup> de Horacio, en donde un tal Bolano (Bolano) que dice ser hombre de letras persigue insistentemente a Horacio quien se niega a acompañarlo a una cita que tiene con la ley. Aquí aparece otro personaje (Aristio Fusco) tan estúpido como el pobre Bolano, pero es Fusco quien termina acompañándolo a su cita. Si bien varía la historia narrada en el texto de Roberto Bolaño con la anécdota de la sátira horaciana, deberíamos recordar que en la Oda «A Aristio Fusco» de Quinto Horacio Flacco: Aristio Fusco es «El hombre recto y de conciencia pura/ no quiere arco, mauritanas armas,/ ni de saetas venenosas, Fusco,/ [...]».

El autor chileno afirma que no hay moraleja en la historia sobre Horacio y Bolano, pero que todos tenemos un antepasado imbécil que es una sombra y que es nuestro hermano, y peor aún pervive en nosotros mismos con nombres diferentes: miedo, ridículo, indiferencia, ceguera, crueldad, y en un grado de implicación también diferente. Bolaño fue un escritor que criticó a muchos autores consagrados, por lo cual nunca le faltaron los enemigos de ocasión; en el texto que mencionamos el autor invita a auto-reflexionar a partir del reconocimiento de su propia estupidez sobre los sentimientos y acciones que se involucran en el difícil arte de la literatura y que dificultan entablar relaciones productivas entre los escritores.

## 1. BOLAÑO Y SU LITERATURA «ARTIFICIAL»

Roberto Bolaño sostiene que toda literatura nacional es por naturaleza una literatura «imaginaria», una literatura «artificial». Bolaño afirmó que:

«Yo sigo con atención pero con profundo aburrimiento lo que se produce en Chile, porque realmente lo que se produce está mal pero muy mal. Chile parece estar condenado a no salir de ese circuito infernal entre Augusto D'Halmar y el peor José Donoso, de todos los José Donoso que hubo. Y que en la época actual vendría a ser un ping-pong infernal entre Skármeta y Luis

<sup>3</sup> «La medida de un hombre» es un poema del poeta catalán Joan Vinyoli (1914-1984), del libro homónimo. En este poema Javier Cercas pensaba a veces desde que su amigo Bolaño murió. *La medida de un hombre*: «Bien pensado, los días /de juventud valen mucho /para no darles un alto precio. /Si fueron ricos en fuego y en acción y disponibles /para todo (...) /Si fuiste /fracaso, anhelo, soledad y reserva /de la chispa que enciende bosques /y no sólo /proyecto avaro de ganancias /de hipócrita dominio, /sobre todo si fuiste /puro en lo puro /diré que has dado /la medida de un hombre.

<sup>4</sup> La traducción de las sátiras horacianas es de Vicente Alcoverro, traductor del poeta romano Quinto Horacio Flacco. La sátira IX de Horacio trata sobre el encuentro que tuvo el propio Horacio con un insistente estúpido, al que casi no conocía y del que no podía librarse. Este personaje prefiere no ir a un juicio por quedarse con el poeta, y luego el personaje insistente y el poeta Horacio se encuentran con un amigo de Horacio, Aristio Fusco, quien en vez de librarle del pelmazo, le sigue el juego y se ríe de la situación. Al final llega el adversario y lo arrastra al juicio queriendo tomar como testigo a Horacio.

Sepúlveda. O entre Luis Sepúlveda e Isabel Allende. Es que Chile no es un país de novelistas, ha tenido pocos: Chile es un país de prosistas, que es otra cosa.» (Gras Miravet 2000: 65).

El autor genera polémicas en torno a este tema, puesto que ensaya sus propias formulaciones literarias a partir de juicios categóricos en los cuales problematiza el valor de la literatura y el oficio de escritor. Bolaño critica sin tapujos a aquellos escritores que considera malos escritores, y les habla con la impunidad que tienen los hombres que no tienen nada que perder. La vara con la que mide Bolaño a sus enemigos es la misma vara con la que mide a sus amigos; el autor se caracterizaba por la vehemencia a la hora de elogiar a sus amigos o de fustigar a sus enemigos. Y entonces, se cumple aquello que Ricardo Piglia estimara sobre la amistad en el mundo literario: «Las amistades entre escritores son complejas, ¿no? Solamente uno puede ser amigo de un escritor si le gusta lo que escribe.» (Piglia 2008).

En los libros de Roberto Bolaño abundan las reflexiones sobre los escritores, y las innumerables referencias a muchos de los autores leídos por Bolaño, que impulsan a un análisis pormenorizado de la literatura dentro del sistema literario y el significado de la construcción de un canon literario. El periodista cultural Iván Quezada cree al respecto que: «Tal vez a ello se daba su predilección por los personajes escritores. En ellos todo es equívoco, incluso el fracaso y el éxito. Su trabajo es absolutamente inútil, y no sólo en el sentido estético.» (Espinosa 2003: 146). Podemos observar que existe un sentido equívoco en los personajes escritores de Bolaño, sentido que no es compartido por el autor ya que Bolaño parece saber con certeza que desea como escritor alcanzar el éxito, entendido como un reconocimiento a su trabajo, y demuestra intolerancia ante el fracaso —su lucha profesional no decayó en ningún momento de su vida—. Bolaño cree en su trabajo, y desecha rotundamente que hubiera algún sesgo de inutilidad en su profesión. Lo que piensa el autor de una manera tan convincente y hermética, se aproxima a lo que formulaba Roland Barthes [1973] citando a Georges Bataille: «hablaba Bataille (“La neurosis es la miedosa aprehensión de un fondo imposible”, etc.); pero ese mal menor es el único que permite escribir (y leer).» (Barthes 2008: 14), y concluye Barthes afirmando: «Todo escritor dirá entonces: loco no puedo, sano no quería, sólo soy siendo neurótico.» (Barthes 2008: 14). En este sentido, y en el único plano en el que podemos opinar, Roberto Bolaño es un escritor neurótico, asumiendo una neurosis no asociada a trastornos mentales sino aplicada en su uso más extenso como sinónimo de obsesión, excentricidad o nerviosismo.

La literatura de Bolaño se desarrolla a un ritmo vertiginoso por la capacidad de producción del autor, una literatura a simple vista «poderosa» y fiel a las obsesiones de su autor. Ello se puede comprobar en sus libros, puesto que ocurre lo que señala Carlos Almonte: «una nueva visita al “Jardín Bolaño”, donde se adivinan —allá al fondo, tras la niebla— robles gigantescos, arbustos demenciales y laberintos de intrincados diseños, junto a flores que recién nacen y otras mal cuidadas, o que han sido mutiladas.» (Almonte 2008). La obra de Bolaño no es una obra homogénea, porque sus libros han sido sometidos a tratamientos literarios diferentes —no sólo por la dedicación en el tiempo para escribirlos, sino también por el punto de partida en la creación—; ejemplos de ello son: una novela escrita en coautoría: *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce*, una novela que surge de un fragmento de la novela *Los detectives salvajes: Amuleto*, una novela fragmentaria que fue publicada veintidós años después de ser escrita: *Amberes*, una novela por encargo: *Una novelita lumpen*, una novela que se asemeja a un manual o catálogo: *La literatura nazi en América*, una novela escrita en tres semanas a partir de ampliar y profundizar partes del último capítulo de la novela *La literatura nazi en América: Estrella distante*, una novela inconclusa: *2666*, etc.

El estímulo literario que constituye la figura de Bolaño como autor para otros escritores, tiene una proyección concreta que la crítica actual señala con cierta precisión cuando logra olvidarse del Bolaño *celebrity crush*; Eduardo Lagos señaló que: «Bolaño trasciende las marcas de identidad regional, mostrando un cuño de signo claramente transatlántico, panhispánico. [...] Ha abierto un camino para que pasen los demás. Eso es lo que los jóvenes escritores, sobre todo de América Latina, han visto en él.» (Lagos 2005). En este sentido, Rodrigo Fresán afirma que: «la obra de Bolaño, ahora inevitablemente acompañada de la leyenda de Bolaño, para bien o para mal, es una de las que más y mejor obliga —me atrevo a afirmar que es la más poderosa en este sentido dentro de las letras latinoamericanas— a una casi irrefrenable necesidad de leer y de escribir y de entender el oficio como un combate postrero, un viaje definitivo, una aventura de la que no hay regreso porque sólo concluye cuando se exhala el último aliento y se registra la última palabra.» (Fresán 2007).

Ahora bien, existe una necesidad de hablar y/o escribir sobre Bolaño de parte de los medios literarios, y esto por supuesto trae aparejado demasiados problemas para los que intentamos tener líneas centrales críticas fidedignas. El fenómeno «Bolaño» puede ser visto hoy en una doble perspectiva: la abundancia de información tiene un efecto positivo, por los textos y videos —conferencias— sobre el autor que circulan sin dificultad; y un efecto negativo, por la repetición de datos en artículos, reseñas y entrevistas, y la repercusión de información errónea y/o imprecisa que involucra desde las lecturas infantiles que hiciera Bolaño hasta incluso se informa con inexactitud el dato sobre la fecha de su muerte.

© Valeria Bril

\* \* \*

### **BIBLIOGRAFÍA**

- Almonte, Carlos: *El secreto del mal: un secreto a medias*, Proyecto Patrimonio.
- Barthes, Roland (2008): *El placer del texto y Lección inaugural*. Siglo veintiuno editores, Argentina.
- Bolaño, Roberto (2008): *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce*. Acanalado, Barcelona.
- (2004): *Entre paréntesis*. Anagrama, Barcelona.
- (1996a): *Estrella distante*. Anagrama, Barcelona.
- (1996b): *La literatura nazi en América*. Anagrama, Barcelona.
- Braithwaite, Andrés (Ed.) (2006): *Bolaño por sí mismo entrevistas escogidas*. Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago.
- Cercas, Javier: Llanto por un guerrero, El País Semanal.
- Espinosa H., Patricia (2003): *Territorios en fuga. Estudios críticos sobre la obra de Roberto Bolaño*. Frasis editores, Santiago.
- Rodrigo Fresán: El secreto del mal y La Universidad Desconocida, de Roberto Bolaño, Letras Libres.
- Galán, Lola: El enigma universal de Roberto Bolaño, El País.
- Gras Miravet, Dunia: “Entrevista con Roberto Bolaño”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 2000, 604, 53-65.
- Jösch, Melanie: Roberto Bolaño: ‘Si viviera en Chile, nadie me perdonaría esta novela’, Primera Línea.
- Lagos, Eduardo: “Sed de mal (Sobre 2666, de Roberto Bolaño)”, *Revista de Libros*, 2005, 100.
- Manzoni, Celina (2002): *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*. Ediciones Corregidor, Buenos Aires.
- Maristain, Mónica: Última entrevista a Roberto Bolaño. Estrella distante, Página 12.
- Marks, Camilo (2003): “Roberto Bolaño, el esplendor narrativo finisecular”, *Territorios en fuga. Estudios críticos sobre la obra de Roberto Bolaño*. Frasis editores, Santiago.
- Masoliver Ródenas, Juan Antonio: Putas asesinas, de Roberto Bolaño, Letras Libres.
- Piglia, Ricardo y Juan Villoro: Escribir es conversar, Letras Libres.
- Quezada, Iván (2003): “La caída de Chile”, *Territorios en fuga. Estudios críticos sobre la obra de Roberto Bolaño*. Frasis editores, Santiago.
- Todorov, Tzvetan: “La autonomía de la prensa y de los medios es esencial”, *La Nación*, 13 de noviembre de 2010.

---

### **La autora:**

**Valeria Bril.** Investigadora becaria de la SECyT-UNC. Universidad Nacional de Córdoba. República Argentina. [cvbrilvaleria@yahoo.com.ar](mailto:cvbrilvaleria@yahoo.com.ar).

## LITERATURA Y MERCADO: EL *BEST-SELLER*. APROXIMACIONES A SU ESTRUCTURA NARRATIVA, COMERCIAL E IDEOLÓGICA

por Francisco Álamo Felices

*Del todo vale se ha pasado al igualitarismo estético: todas las obras literarias tienen el mismo valor literario o lo que es peor: dado que el mercado es el único interlocutor, es el mercado en única y primera instancia el que homologa la calidad literaria de las obras, quien decide y otorga la condición de rapsoda.*

C. Bértolo.

### CONCEPTO Y DEFINICIONES: PLANTEAMIENTOS, CONVERGENCIAS Y DIFERENCIAS.

A pesar del lugar común que, en el marco nunca preciso y poco exhaustivo del ejercicio de las precariedades definitorias, ha consolidado al *best-seller* como un producto [...] «sinónimo de obras que se alejan de los parámetros estéticos, de la vitalidad e innovación, de la potencia creativa y calidad o, entre otras características, de la originalidad que el ‘canon’ predica como vitales para la materia literaria» (Acín, 2001: 103), o, por otro lado, incardinándolo, desde un sociologismo mecanicista, a las veleidades interesadas de las operaciones mercantilistas y a la influencia, determinados sectores sociales, del cine (Vilches de Frutos, 2002) y de la televisión y entendido así como aquellos «libros que unen a un extraordinario éxito de ventas (resultante en ocasiones de una buena operación de mercado) su fama fugaz, a veces paralela a la de su autor. Un *best-seller* demuestra que no suelen ir juntos el éxito editorial y la calidad literaria; los textos en los que ambos se unen, constituyen la excepción. El gran público devora a menudo obras, con valores estéticos o no, por el mero hecho de que se hayan convertido en películas o series televisivas» (Platas, 2000: 83), la disección de la conformación, producción y desarrollo comercial del entramado *bestsellerista* deviene una reflexión más ralentizada y a la inclusión, en dicho proceso, de otros elementos también radiales.

Partiremos, por consiguiente, con el objeto de ampliar las esferas de elementos que inciden y encadenan a este producto literario, y sólo por su exhaustiva perspectiva, de nuestra propia propuesta —de raíz narratológica— para, a continuación, completarla y complementarla con otras aportaciones desde otros campos de la teoría literaria y de las ciencias de la información. Concebimos, pues, al *best-seller* de acuerdo con las siguientes líneas estructurales programáticas:

«Literalmente, el ‘mejor vendido’, término de índole comercial aplicable a determinadas obras artísticas (discos, libros, etc.), usualmente novelas con componente de aventuras, acción, intriga o suspense en el caso de la literatura, que alcanzan un elevadísimo índice de ventas nacionales o internacionales<sup>1</sup>. A tal éxito de consumo, aparte del gusto del público, contribuyen notoriamente todos los mecanismos comerciales, incluyendo tanto la publicación semanal de los catálogos de *los más vendidos* en casi todos los suplementos literarios como su propia distribución y colocación muy a la vista del público en grandes almacenes; como indica Mar-

---

<sup>1</sup> “La condición de best-seller está regulada en torno a los 200.000 ejemplares de tirada. Esto es, la configuración económica está por encima de elementos como técnica, estructura, lector (recepción)... etc. Esta última tendencia mercantilista es la hoy actualmente predominante frente a la anterior basada en criterios técnicos, teóricos y canónicos desde el punto de vista de la creación literaria y de su pervivencia como texto de referencia cultural” (Acín, 2001: 103).

chese (1994: 43), ‘cuando el libro es pensado desde su concepción para ser un best-seller se articulan en su promoción todos los intereses y mecanismos de la industria cultural (sondeos de mercado, ‘horizonte de expectativas’ del público, condiciones históricas peculiares, eficacia de la información, etc. Algunos novelistas, particularmente norteamericanos (Stephen King<sup>2</sup>, Ken Follet<sup>3</sup>, John Grisham<sup>4</sup>, Noah Gordon<sup>5</sup>...), se han especializado en la creación de *best-sellers* combinando ciertas fórmulas narrativas —novelas de intriga, acción, misterio, historia— con las grandes campañas publicitarias editoriales. En otros casos, son simplemente estas campañas editoriales las que, mediante la creación de determinados premios y/o el uso de ciertas técnicas comerciales de publicidad y venta, promueven la compra de numerosos ejemplares de determinados relatos que, en principio, no están autoralmente pensados y escritos según las convenciones y patrones de tal literatura comercial: en España, las novelas galardonadas con el Planeta o ciertas obras de Pérez Reverte<sup>6</sup>, Vázquez Montalbán, Javier Marías, Eduardo Mendoza, Antonio Gala, etc., son un ejemplo de ello» (Valles y Álamo, 2002: 245-246).

Sin embargo, si tomamos al pie de la letra la condición del best-seller en tanto que texto «más vendido» cualquier tipo de texto, literario o no, puede alcanzar, como así ocurre, espectaculares tiradas en un determinado momento y debido a muy diversas circunstancias y no siempre debidas a operaciones de marketing (un *best-seller* en América Latina, en el sentido de venta rápida y fugaz, tiene un mercado limitado a unas pocas decenas de miles de ejemplares. Un libro de García Márquez o de Vargas Llosa, sólo en América Latina y en castellano vende no más de 100.000 ó 150.000 ejemplares). Quizás convendría más atender y enfocar el fenómeno mundial del *best-sellerismo* en tanto que género literario específico, es decir, abordarlo, en primer lugar, como un texto, en la casi totalidad de los casos, narrativo, construido con vistas al consumo de un público inmediato y poco exigente y que pueda mantenerse en un puesto destacado de ventas durante largos periodos de tiempo —semanas e incluso años— que garantice su éxito económico y que así amortice las inversiones publicitarias que suelen acompañar tanto las elevadas primeras tiradas como la «presentación social» de la misma.

Por otra parte, si la estructura compositiva y temática del *best-seller* altera la canonicidad clásica de los textos ficcionales de los que parte en tanto que se nutre de otros temas de diversa procedencia (esoterismo, magia, viajes, biografías, religiones, sectas, elipsis exageradas en el tratamiento de la historia, pseudohistoricismo, leyendas, mitos, culturas arcanas, apócrifos religiosos, fantasías...), habría que plantearse y estudiar las siguientes cuatro interrogantes que desarrollaremos como conclusión de este primer apartado:

1.- QUÉ hace que un libro se convierta en un *best-seller*?

2.- CÓMO se construye dicho *best-seller*?

---

<sup>2</sup> En 1985, incluye 5 libros en la lista de best-sellers al mismo tiempo (*Skeleton Crew*, *The Bachean Books*, *The Talismán*, *Thinner*). En 1987, tres (*The Tommy Knockers*, *Misery*, *The Eyes of the Dragon*). En 1996, *The Green Mille* vende más de tres millones de copias, y en el año 2000 publica *Riding the Bullet*, primer relato que vende un escritor de fama en Internet con 500.000 copias vendidas en 6 días. Por lo demás, se han realizado más de 40 películas basadas en sus historias.

<sup>3</sup> Si ya con *La Isla de las Tormentas* (1978) vendió más de 18 millones de ejemplares y fue llevada al cine bajo el título de *El ojo de la aguja*, la aparición en 1989 de *Los Pilares de la Tierra* se convirtió, y hasta la actualidad, gracias a la hábil utilización de elementos y códigos narrativos de intriga y suspense, en el más espectacular éxito de ventas a nivel mundial en la historia de la novela con 45 millones de ejemplares vendidos hasta la actualidad.

<sup>4</sup> Desde la aparición la *La firma* (1988) se ha convertido en otro de los más conocidos “best-selling” del mundo. Además se han realizado 12 películas sobre sus obras, más la serie televisiva *El cliente* (1995-96).

<sup>5</sup> *El médico*, novela que iniciaba la trilogía completada con *Chamán* y *La doctora Cole*, fue la que le abrió las puertas de la fama. En estos tres volúmenes realiza una historia novelada de la medicina desde el Medievo hasta nuestros días.

<sup>6</sup> Es el ejemplo más paradigmático para el caso español con ventas millonarias de sus 18 libros en 17 años. Se han publicado sus obras en 51 países y se han traducido a 25 lenguas.

3.- POR QUÉ se pone en funcionamiento este tipo de texto?

4.- CUÁL es su sentido o intencionalidad en el discurso de la ideología del neo-capitalismo globalizador contemporáneo?

Partiendo de los presupuestos iniciales anteriormente expuestos se puede ir completando el complejo entramado que se entreteje en torno al *best-seller* con la aportación de Estébanez Calderón (1999), el cual añade, por su parte, una interesante, y nada baladí, perspectiva desde los análisis de la sociología literaria de mercado:

«Los sociólogos que investigan el hecho de la difusión de la cultura destacan la complejidad y relatividad de las razones que pueden motivar el éxito de un libro concreto. Puede haber razones lingüísticas (una obra en inglés tiene más difusión por contar con un mercado más amplio de hablantes y conocedores de ese idioma), económicos y culturales: alto nivel de vida y alfabetización del público al que se dirige. Sin embargo, pueden contribuir espacialmente a dicho éxito las condiciones del canal elegido para su transmisión y distribución, la propaganda que antes se reducía a la prensa, amplía poderosamente sus medios de influencia en la masa [...]

Por otra parte, los *best-seller* han coincidido frecuentemente con obras representativas de la cultura popular o de masas, de escasa calidad estética, como ocurre con determinadas novelas policíacas tipo de las de Agatha Christie, a las que se engloba bajo el rótulo de *paraliteratura*<sup>7</sup>. No obstante, determinados libros de indudable valor artístico han logrado una inesperada acogida del público, como ha ocurrido con *El nombre de la rosa*<sup>8</sup>, de U. Eco, o las *Memorias de Adriano*, de M. Yourcener. De todas formas, una parte de los *best seller* contemporáneos ha llegado a serlo como consecuencia de una bien organizada promoción propagandística dirigida por las industrias editoriales que ha tenido en cuenta los gustos, exigencias de consumo y expectativas de un público de masas» (E. Calderón, 1999: 95-96).

Tracemos, por tanto, y a modo de propuesta, los siguientes 8 parámetros —sociales, ideológicos, literarios y de mercado<sup>9</sup>— que consideramos medulares para la comprensión del fenómeno *best-seller*

---

<sup>7</sup> El concepto y término de *paraliteratura* fue “propuesto por Marc Angenot (1975), dadas las connotaciones peyorativas de los más usuales de *infraliteratura* o *subliteratura*, para referirse al 'conjunto de la producción escrita u oral no estrictamente informativa que determinadas razones ideológicas o sociológicas mantienen al margen del ámbito de la cultura oficial en una determinada sociedad'. Aunque la noción no está estrictamente reservada a la narrativa (*cómic underground*, fotonovelas, etc.), sí que es en esta macromodalidad discursiva, y sobre todo en la novela, donde la institución literaria y el canon suelen situar preferentemente determinadas majadas separatorias en función del criterio cualitativo del género o de la mayoría de sus obras (novela rosa, del oeste, de ciencia-ficción, de terror, policial, etc.). Esta conceptualización, sin embargo, no sólo es evaluativa y, por ello, discutible, sino sociohistórica, por lo que ofrece rasgos de discrecionalidad vista sincrónicamente y de mutabilidad contemplada diacrónicamente: se puede observar así el cambio de consideración de determinadas modalidades narrativas (el romance, el folletín, la novela negra), incluso en el sentido indicado por -para citar un recorrido estrictamente ruso- Belinski, Shklovski y Bajtín de que se conviertan en hegemónicos determinados géneros considerados en un determinado momento histórico como populares o plebeyos: el caso de la misma novela” (Valles y Álamo, 2002: 494).

<sup>8</sup> Así, la novela de Umberto Eco ha generado un amplio debate en ambientes culturales e, incluso, académicos, siendo su difusión, sin embargo, realizada con los mecanismos específicos del entramado de los *best-sellers* tal y como lo demuestra su éxito de ventas (5 millones de ejemplares), traducido a más de 25 lenguas y con una afamada adaptación cinematográfica.

<sup>9</sup> “En un ensayo sobre esta temática, Raczymow, *La mort du grand écrivain. Essai sur la fin de la littérature* [señala lo siguiente] extensivo al conjunto de la sociedad literaria actual: ya apenas hay grandes escritores, simplemente porque en la sociedad occidental, anclada en el presente, sin ideales de futuro, ya no hay valores que defender y también porque el medio de expresión del escritor ha cambiado notablemente. El libro se ha convertido en una simple mercancía supeditada a los imperativos de la oferta y la demanda y, por esta razón, sometida a la implacable regla de su eliminación por el siguiente del mismo autor o de otro. No es más que un objeto caducado al ser leído. Su información y sus eventuales enseñanzas no pueden ser asimiladas porque se vuelven inevitablemente efímeras, percederas [...]. El resultado del proceso es que el libro queda inexorablemente reducido a la función de un entretenimiento sin mayores sustancias cuyos méritos vienen, además, prefabricados por la acción publicitaria” (Peñate, 2000: 287-88).

riano dentro del actual y dominante proceso de globalización, a todos los niveles, que caracteriza al capitalismo triunfante contemporáneo:

1.- La existencia de este producto literario está directamente segregado de la nueva industria editorial y de una de sus manifestaciones más sintomáticas (en tanto que el libro aparece ya incorporado como mero objeto de mercado): la generalización —como dato central, orientativo y sugestivo para la compra— de las listas de clasificación de libros más vendidos que, a su vez, responde, y es consecuencia, de la denominada cultura de masas<sup>10</sup>: «El ‘best-seller’ es la idea que fructificó en países del área angloparlante (países con una tradición de lectura de libros que no se dio en otras lenguas) de hacer un entretenimiento masivo que se utilizara como ‘soporte’ a la literatura. El ‘best-seller’ es material de lectura para gente que, si no existiera ese material, no leería nada» (Aira, 2004).

2.- Su fenómeno está ligado, por otro lado, a lo *paraliterario* y al complejo constructivo de la obra literaria denominado *diseño editorial*<sup>11</sup>.

3.- *Rendimiento económico*: «Realizar las operaciones sucesivas de compra de cada nueva obra, el nuevo producto de un escritor, supone desear recrearse en lo ya conocido, desear volver a experimentar esa especial fruición que en su momento nos provocó la primera lectura. El escritor tiene en cuenta su popularidad, y la necesidad de mantenerla y de no decepcionar al mercado [...] Es decir, el escritor repetirá las estructuras que le izara por primera vez a la popularidad, volverá a usar los mismos ingredientes en los que se fundamenta su éxito, para no perder su posición entre los más leídos o vendidos» (Arróspide, 2002). Sin embargo, hay que atender a otro tipo de reflexiones acerca y en contra de las teorías acerca del mecanicismo economicista del *best-seller*, entendido como simple éxito comercial, en tanto que, y según esta perspectiva, no existiría ningún tipo de éxito prefabricado y, por ende, esa concepción de un libro que, por efecto del marketing, vendería, desde su puesta en circulación, gran número de ejemplares, carecería de contenido específico. Dice al respecto, Enrique Murillo: «Porque de los llamados *best-sellers*, es decir la novela de género escrita casi siempre por autores norteamericanos especialistas en casos como el terror médico (Robin Cook), la intriga militar (Tom Clancy), el thriller de abogados y jueces (John Grisham), el thriller periodístico (Larry Collins), etc, hay muchos que de lengua española no llegan a vender ni diez mil ejemplares y muchísimos que no alcanzan ni los tres mil. Otros, en cambio, alcanzan varias decenas de millares de ejemplares vendidos: hay de todo» (Murillo, 2005: 100). Es, dentro de este tipo de análisis, donde se podrían plantear cuestiones que focalicen la productividad económica de estos textos invirtiendo o buscando una interrogante alternativa, y así frente a la clásica pregunta de por qué se vende un *best-seller*, deberíamos preguntarnos por qué se compran, esto es, las claves o los ejes de su consumo dentro del mercado concreto del libro con lo que se obtendría un resultado más efectivo, ya que «[...] nos permitirá elaborar, si no una teoría, sí

---

<sup>10</sup> Dicha cultura de masas viene asociada al consumo de un lector variopinto “[...] y también a los ingresos de los autores y de los editores, hasta el punto de que en muchos contratos existen unas cláusulas de *best-seller*, por las que se acuerda pagar cierta cantidad al autor si el libro llega a incluirse en ellas, y más aún, si se produce una película basada en el libro. Además, los editores garantizan un presupuesto mínimo de producción y una tirada mínima especial para las obras que previsiblemente serán *best-sellers*. Asociada a la producción en masa, la publicación del *best-seller* conlleva derechos de cine, derechos en el extranjero, derechos de *merchandise* (derechos secundarios, que suelen aportar al autor mayores beneficios que las ventas del libro impreso), etc., que pueden obtenerse después de haber alcanzado cierto nivel de ventas, o incluso antes de haber hallado editor para la obra” (Arróspide, 2002).

<sup>11</sup> “Según Villanueva, las ‘formas constructivas externas -parte, libro, capítulo, secuencia, párrafo, etc- en el que el texto de una novela aparece distribuido en las páginas del manuscrito o del libro’. En este sentido, el concepto coincide aproximadamente con el de *peritexto* de Genette, que aglutina todo el entorno editorial de dentro del libro; este se opone al *epitexto*, que recoge las mediaciones exteriores al mismo, pues configuran entre ambos el *paratexto* o relación básica de *paratextualidad*, que integra todas las mediaciones existentes entre el texto y el lector, todo el entorno editorial interior y exterior” (Valles y Álamo, 2002: 313). Además, “en el género *best-seller* importa más el libro que su autor. Y ésta es una de sus ventajas en el mercado: que se presenta entero y completo, autónomo, seductor en sí mismo. A este efecto colabora el título y la presentación del libro” (Aira, 2004).

una descripción de la motivación hacia la adquisición de los objetos culturales de la sociedad de consumo y del comportamiento de los consumidores» (Aguirre, 1997).

4.- *Hibridismo de estilos y subgéneros*: En tanto que estructurado y conformado como producto editorial, cultural y de ocio, en el que se conjuga con habilidad la intriga, la acción y una cierta temática efectista en base al hecho de recurrir, como sustento diegético, a realidades y costumbres insólitas, emocionantes y/o mistericas: «El libro ya no tiene como ejes primigenios los valores formativos, culturales, en el menos grato de los casos, de ocio que siempre le han acompañado, sino que su principal y casi única función deriva y se someta al dividendo. La necesidad de venta obliga al acomodo, a soltar ‘lastre literario’, a la homogeneidad, al hibridismo... y esto afecta a todo el espectro comunicativo que constituye un libro. Así, las oras tienden a un acomodo de fácil corte narrativo y se cargan de una pseudo-intencionalidad ensayística o, entre otras circunstancias, transitan por la rápidas y sencillas veredas del periodismo más epidérmico» (Acín, 2001: 104).

5.- *Estilo periodístico, pseudo-historicismo, construcciones sintácticas poco complejas, personajes planos, preponderancia de la escena, descriptivismo* y utilización de técnicas propias de las categorías temporales de la narrativa, en especial, las *analepsis* y *elipsis* muy amplias para abarcar los grandes periodos históricos que desarrollan estas tramas: «Pero novela y best-seller son dos tipos de obras sustancialmente distintos por mucho que el uno adopte la apariencia de la otra. Son distintos tanto en su origen —la intención del autor y la del editor—, como en el producto en sí —literario en un caso, comercial en el otro— y hasta en el tipo de lector al que están destinados —el lector que acepta adentrarse en el paisaje literario propuesto por el novelista y el lector que quiere estar al corriente de lo que otros están leyendo—» (Goytisolo, 2001: 1).

6.- El *best-seller* responde, por otra parte, al nuevo estado en el que la literatura ha sido inscrita dentro de los nuevos procesos político-económicos, conducidos por el neo-liberalismo actual, denominados *globalización*<sup>12</sup>, que ha consolidado una sociedad de mercado absoluta en las que los grupos mundiales de poder que producen mercancías construyen, a su vez, sus propias estrategias persuasivas cuya única finalidad es organizar y conseguir un consenso indiscutible sobre sus productos, imponiendo sus propias definiciones de la realidad y del devenir histórico, priorizando el presente como única constante válida del acontecer social humano, y, a la vez, enquistando en el imaginario mítico colectivo los modelos culturales adecuados a sus intereses ideológicos con el apoyo de la interconexión a escala planetaria de las telecomunicaciones (desde la TV a la Web): «De este modo se manifiesta siempre con más claridad la tendencia de los editores, que ya no son los antiguos propietarios de las editoriales, sino los manager de las sociedades multinacionales a optar sobre el éxito del público y de consecuencia a unirse al poder de persuasión de los *media* para orientar el mercado hacia fronteras de ganancia que sobrepasen todos los éxitos precedentes» (Fouces). Proceso contradictorio en el que se mueven posturas muy enfrentadas que advierten, por un lado, de los peligros de tal absolutismo mediático como anulador de la objetividad y de la conciencia crítica<sup>13</sup>, en tanto que, por el otro, se defienden los beneficios anti-localistas y de identidad cultural de este modelo glo-

---

<sup>12</sup> Entendida, entre la amplia gama de propuestas definitorias que se proponen, como aquel “[...] proceso de interconexión financiero, económico, social, político y cultural que se acelera por el abaratamiento de los transportes y la incorporación en algunas instituciones (empresas, grupos sociales, algunas familias...) de tecnologías de la información y de la comunicación (TIC) en un contexto de crisis económica (1973), de victoria política del capitalismo (1989) y de cuestionamiento cultural de las grandes ideas” (M. Serrano, 2000:5), y que desarrolla como nuevas formas de producción la *desmaterialización* y *desnacionalización* de los productos.

<sup>13</sup> “El *best-seller* se ha tornado por tanto multiforme y, además, sintoniza a la perfección con la obligada búsqueda en la diversidad del gusto, en respuesta -igualdad obligada- a la economía y concuerda con la renovación incesante de simulacros a ofertar y ofrecer, pues lo divertido, aislado de lo didáctico y de la reflexión, tan solo supone una relación epidérmica, muy alejada del ejercicio activo que ha caracterizado a la historia de las culturas y a las literaturas” (Acín, 2001: 104-105).

balizador<sup>14</sup>. Como expone fauces González, Even-Zohar ha planteado una interesantísima teoría acerca de las relaciones entre la planificación de la cultura y las actuales fuerzas del mercado, en tanto que factores nodales de organización y dominio de las relaciones sociales e individuales, en la que sobresale la planificación de la cultura como una actividad común en la historia de las entidades colectivas. Resalta el teórico israelita que el interés de las clases gobernantes desde tiempos arcanos por planificar el dirigismo de la cultura fue el resultado de la insuficiencia de las armas como instrumento de dominio constante, con lo que se giró hacia la creación de una cohesión social obtenida con instrumentos persuasivos. La planificación cultural, por consiguiente, proporcionó cohesión socio-cultural y control ideológico<sup>15</sup>. De este estado de cosas se desprende, como señala Brémont (2000), que el éxito de un libro en este macromercado actual suele estar incardinado no tanto en la cadena clásica crítico→librero→editor, como en los mecanismos de influencia que la difusión ejerce sobre los posibles lectores-compradores.

7.- El auge y la puesta en circulación de este tipo de obras es, también, consecuencia de la política de concentración actual de los grandes grupos editorialistas que demandan grandes beneficios en el mundo del libro. En esta situación de continua especulación económica estos macro-grupos exigen y demandan a las editoriales superavits económicos paralelos al de sectores más rentables como la prensa y la televisión. La consecuencia es, pues, lógica: el sistema editorial tiene que recurrir, con frecuencia, a los *best-sellers* para compensar pérdidas económicas no cubiertas por el resto de su catálogo de publicaciones.

8.- El constatado hecho sociológico de que el género femenino es el de mayor incidencia lectora y el auge que en los últimos años está teniendo la literatura y la crítica feminista no ha escapado obviamente a la perspicacia de la industria libresca que ve en la mujer un cliente seguro y rentable. Y la respuesta ha sido invadir el mercado de unos «modelos femeninos» del tipo romántico tradicional (Bárbara Wood, Nora Roberts o Danielle Steel) y de un curioso sub-producto denominado *chick lit* (Marian Keyes, Sophie Kinsella o Candance Bushnell). Esta novela *chick lit* se origina a lo largo de los años 90, teniendo como texto fundacional el exitoso libro *El diario de Bridge Jones* de Helen Fielding, sin olvidar la importancia que, en su gestación, han tenido las columnistas de algunos periódicos de esa época y cuyas columnas fueron, precisamente, convertidas en narraciones<sup>16</sup>. Sus características son las siguientes: «Las novelas, por lo general, están narradas en primera persona por las protagonistas, mujeres entre 25 y 35 años que todavía no han encontrado al hombre de su vida o luchan por superar una ruptura. Sus trabajos, que casi siempre suelen estar relacionados con la publicidad, la moda o el mundo editorial, no les proveen la satisfacción y realización que soñaban en su primera juventud y por eso intentan mejorar su situación profesional. El tono de la novela tiende a ser ligero y divertido, y la ambientación urbana. Cuando la novela finaliza, estas mujeres han solucionado sus problemas y han aprendido una lección importante sobre la vida» (Escoriza, 2007: 14).

---

<sup>14</sup> “Precisamente, una de las grandes ventajas de la globalización, es que ella extiende de manera radial las posibilidades de que cada ciudadano de este planeta interconectado -la patria es de todos- construya su propia identidad cultural de acuerdo a sus preferencias y motivaciones íntimas y mediante acciones verdaderamente decididas” (Vargas Llosa, 2000: 13).

<sup>15</sup> Por otra parte, “en las clases medias de las sociedades industrializadas el 'best-seller' sirvió para dotar a estas de un distintivo de clase, al conformar un territorio propio frente a la élite -literatura de 'canon'- y frente a la masa que, debido al factor nivelador de la industrialización, tendía y podía acceder a los espacios de la clase media. Junto a ello, también posee importancia la etiqueta culturalista del 'best-seller' -libro como prestigio- que se acompañó y acompaña de conceptos novedosos y de enorme potencia, aportados por la sociedad avanzada de mercado como el estar al día - a la última- compañero de viaje de la publicidad, la fama y la moda que, a su vez, son igualmente claves e importantes para el desarrollo del 'best-seller'” (Acín, 2001. 100).

<sup>16</sup> Además de las ventas millonarias, es fundamental en este vertiginoso camino bestselleriano su implantación televisiva y cinematográfica: nos referimos a las dos taquilleras películas de Bridget Jones, y las aclamadas series televisivas, *Sexo en Nueva York* o *El diablo viste de Prada*, basada en la novela de Lauren Weisberger.

## APROXIMACIONES A UNA TIPOLOGÍA DEL *BEST-SELLER* ESPAÑOL.

El prototipo del *best-seller* español<sup>17</sup> está aún en la década de los años noventa débilmente conformado debido, entre otras causas, a la duración del franquismo que arrastró hasta el final sus anquilosados «modelos culturales», sus escasas relaciones internacionales en lo que respecta a la importación y aplicación de los nuevos productos y técnicas literarias y, además, y como consecuencia de todo lo anterior, devino una muy poco pujante industria editorial siempre amenazada por la implacable labor censora de textos y catálogos tanto nacionales como extranjeros.

Sin embargo, tras la desaparición de la Dictadura, se produce un rapidísimo proceso de consolidación del neo-capitalismo que ya se larvó en las últimas décadas de la misma y que se afirma en la denominada Transición y así, y para nuestro caso, «la fusión y concentración empresarial ha seguido aumentando en el mundo editorial y algunos editores literarios históricos forman parte ya del mayor grupo editorial de España, Planeta (que a su vez es Planeta Internacional, con filiales en Argentina, Chile o México, Planeta-Agostini en el mercado del fascículo, Planeta Crédito en las enciclopedias o Planeta Multimedia). Desde 1982 es propietaria de Seix Barral y Ariel, y en 1977 culminó la absorción tanto de Espasa-Calpe como la de Destino<sup>18</sup> [en clara competencia con el otro gran monopolio informativo de nuestro país, el grupo PRISA] [...] editora de *El País* [...], y propietario de la cadena de radio más escuchada de España, la SER, el primer canal de pago, Canal +, la red de librerías Crisol, y un numeroso y diverso grupo editorial que permite que un autor o libro empiece su andadura en las prensas de Alfaguara, circule en medios cinematográficos, como *Cinemanía*, se prestigie en las páginas culturales de *El País*, *Babelia*, y pueda acabar en manos de una productora cinematográfica asociada al grupo» (Gracia, 2000: 19 y 24-25).

Así las cosas, los autores y textos españoles englobados en esta categoría del *best-seller* se inscriben, sin lugar a dudas, dentro de la infraestructura cultural que el mercado global, como vimos, construye en las sociedades actuales<sup>19</sup>, «[...] desde el reclamo de premios tradicionales —Planeta, Nadal—, bien publicitados —Alfaguara— o de cierto prestigio —Nacional de Literatura— que, en el mejor de los casos, se inician con tiradas casi de ‘best-seller’, hasta la explotación del efecto arrastre que supone la fama o el vitalismo del escritor —‘mass media’— a la insistencia en términos de moda que concuerdan con el espíritu de la sociedad —juventud, mujer, generación—» (Acín, 2001: 109), a lo que habría que añadir otra serie de elementos que conforman el “aura” del libro/novelistas bestselleriano nacional como, por ejemplo, ese modelo sintomático de autor que con periodos cortos de producción siempre tiene una continua presencia mediática; la fascinación que todavía conlleva la publicación de estas obras en el extranjero y su confirmación en ventas allí; las adaptaciones cinematográficas o televisivas que multiplican los efectos sociales y lectores de las mismas por el doble camino de obra exitosa = versión fílmica o, a la inversa, película exitosa = venta millonaria de un libro antes inadvertido; o, en

<sup>17</sup> “Ahora bien, en nuestro país, para aludir a determinadas manifestaciones literarias que gozan de un cultivo importante dentro de la sociedad de masas y que por su carácter o calidad difieren de la literatura tradicional se ha usado el término ‘subliteratura’, bajo el cual se han llevado a cabo interesantes análisis (Amorós, 1968, 1974; y Díez Borque, 1972); dicho término conlleva una jerarquización evidente en tanto que toda manifestación subliteraria se considera que tiene un valor inferior de la ‘literaria propiamente dicha’. El término ‘infraliteratura’, utilizado en otros ámbitos, conlleva, igualmente, un juicio de valor implícito (VVAA, 1977). Bajo el concepto de ‘paraliteratura’ se han acogido distintas manifestaciones escritas que no son propiamente literarias como las cartillas para aprender a leer, folletos, prospectos, libros de recetas, almanaques, etc. (Tortel, 1970, y VV.AA, 1970)” (Pulido, 2004: 27-28).

<sup>18</sup> Al control de Planeta, sólo se escapan por el momento, Siruela, Plaza y Janés, Alfaguara, Anagrama, Ediciones B, Lumen, Emecé y Grijalbo/ Mondadori. Por otro lado, como alternativa a estas poderosas multinacionales, otras editoriales intentan promocionarse con propuestas más originales, es el caso de Pamela, Valdemar, Lengua de Trapo, Siruela, Visor, El Acanalado, ofreciendo colecciones nuevas: Vidas imaginarias, de Península, o la serie de ensayo de Pre-textos o Renacimiento.

<sup>19</sup> “Las estrategias del mercado cultural serían lo bastante eficientes para establecer una cuidadosa división entre las obras de consumo masivo y las obras destinadas a cubrir las necesidades de un segmento más específico del mercado. La función principal de los dispositivos críticos están, evidentemente, en relación con este último segmento. Desde este punto de vista resulta bastante engañosa referirse al mercado cultural como un término que está orientado, exclusivamente, a fomentar el consumo mayoritario de las obras, puesto que es la actividad de estos dos mercados, considerando sus objetivos, tiende hacia un mismo fin” (Aguayo, 2001: 123).

fin, aprovechamiento de temas, tramas y subgéneros, ocasionalmente efectivos, que atraen a estos lectores... etc.<sup>20</sup>

Lo cierto es que en nuestro país ha aumentado notablemente el número de lectores y que, en la mayoría de los casos, es el contacto con una de estas novelas lo que produce un lector en cadena. Las cifras indican (un total de once millones de libros vendidos) que, entre la nómina de los escritores españoles más destacados dedicados a esta literatura, el formato del *best-seller* español goza de una excelente salud económica y lectora. Citemos, como ejemplos más significativos, novelistas como Matilde Asensi que, desde su primera novela *Iacobus* (1999) hasta su última entrega *Todo bajo el cielo* (2007), lleva vendidas de sus cuatro obras más de un millón de ejemplares; Carlos Ruiz Zafón, con *La sombra del viento* (2002) que ha sido traducida a 30 idiomas y presenta cifras de vértigo que, en ésta su primera novela, alcanza ya los seis millones de libros; Julia Navarro, con títulos como *La Hermandad de la Sábana Santa* (2004) y *La Biblia de barro* (2005), traducida a 25 idiomas y un millón de sus novelas leídas o Javier Sierra que, con su exitosa *La cena secreta* (2004), ha obtenido un gran reconocimiento internacional (traducida a 30 idiomas y con dos millones de volúmenes vendidos).

De manera general, M. Sabogal caracteriza de la siguiente manera al conjunto de esta producción: «Obras heterogéneas cuya alquimia exitosa es una combinación de los siguientes elementos clásicos: thriller histórico o religioso, aventuras e intrigas suscitadas por la búsqueda de algún enigma en cuya travesía el lector recibe una pátina de cultura sobre arte, literatura, historia, geografía, política o costumbres sociales, y una promesa ofrecida desde el principio: el encuentro con una verdad insospechada o el desenmascaramiento de una legendaria verdad impostada. Todo ello fiel a un lenguaje claro, sencillo y directo» (Sabogal, 2006: 2).

Señalemos, como conclusión, por nuestra parte, otra serie de elementos compositivos y técnicos de estos relatos que complementan la exposición anterior que, a pesar de ciertos localismos, vienen a sancionar lo que no deja de ser otra muestra de la actual universalización del gusto literario y de las imposiciones ideológicas, por consiguiente, del mercado editorial:

a) Las historias se enmarcan dentro de una trama estructurada de acuerdo con el modelo del thriller histórico que es aderezado con elementos misteriosos o sorprendidos a los que se les añade un determinado barniz cultural —como correlato informativo— buscando hacer sugestivas y atractivas las narraciones, dejando de lado, obviamente, cualquier ejercicio crítico lector ya que lo que se oferta es una vía escapista cosmopolita.

b) Temáticas relacionadas con la religión alternativas al canon oficial de la Iglesia (evangelios apócrifos, órdenes militares y religiosas medievales que fueron perseguidas o exterminadas, personajes históricos heterodoxos, pensamientos cismáticos, épocas de especial tensión en el seno de la Cristiandad, sectas... etc.) que, en ocasiones rozan lo inverosímil narrativo (descubrimientos arqueológicos de desconocidos textos que aparecen como nuevas propuestas de lectura de hechos centrales en la trayectoria de la fe occidental; mensajes crípticos en obras de arte que reflejan momentos centrales en la vida de Jesucristo, sociedades secretas herederas y transmisoras, a lo largo de los siglos, de estilos de fe originarios y, por tanto, no contaminados y marginados por los intereses terrenales de la jerarquía eclesial; revalorización/actualización de figuras de la historia de la fe no atendidas por la doctrina del magisterio católico...etc.). Cuestiones que, según el filósofo Juan José Tamayo, «interesan porque la Iglesia las ha vetado por mor de una ortodoxia que ha eliminado temas que no casan con la doctrina oficial y ante ese escamoteo la gente se revela, quiere saber» (Sabogal, 2006: 2).<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> “Belén López, directora editorial de Temas de Hoy, asegura después de un paseo por la Feria del Libro de Londres, donde España figuraba como invitada de honor, que ‘en nuestro país ha comenzado a participar del mercado internacional del best seller de una forma muy distinta. Se están traduciendo a otras lenguas, y con éxito, los superventas españoles’” (Rodríguez, 2007: 12).

<sup>21</sup> Tengamos en cuenta, no obstante, que no siempre un best-seller es un thriller histórico-religioso “[...] y lo demuestra Lengua de Trapo que en 2001 convertiría *Lo mejor que le puede pasar a un cruasán* de Pablo Tusset,

c) Técnicas narrativas tomadas del cine que agilizan el desarrollo de la acción: diálogos abundantes, flash-back frecuentes, elipsis de gran amplitud, personajes planos para primar la acción, procedimientos típicos del suspense, en especial tratamientos decelerativos de las situaciones en la mayor parte de los capítulos de estas novelas que se resuelve, con una gran aceleración —velocidad— narrativa en los dos o tres capítulos finales en los que se extrema el clímax.

d) Frecuente aparición de personajes históricos de todo tipo bajo cuyo atractivo se intentan sostener argumentos poco sólidos con poca o nula reflexión histórica, política o social acerca del tema tratado. En ocasiones, la novela recorre varios siglos sin mayor hincapié crítico que no sea lo misterioso o lo esotérico o lo banal, esto es, la historia como escapismo y divertimento en donde desaparece el pensamiento y la ideología que caracterizó el momento en el que se incardinan los hechos narrados en un claro planteamiento des-ideologizador que no conviene a estos lectores más inclinados por el exotismo y la asepsia de dichas páginas.

e) La historia suele ser contada o por un narrador autodiegético (que es personaje principal de los sucesos a exponer) o, por el contrario, se oferta una visión más localizadora con diversas perspectivas que ayudan a que el lector tenga a su disposición la mayor gama posible de interpretaciones y se deje llevar por el dirigismo de los narradores.

En resumen, estamos ante unos productos literarios confeccionados para una lectura rápida y gratificante y contruidos, para tal efecto, con una trama poco compleja, ágiles en su desarrollo y estructura discursiva, caracterizados, en casi su totalidad, por la hibridación de géneros y en los que la introducción del suspense y el misterio dentro de la narración se ha manifestado como el componente fundamental desencadenador del éxito lector y, por ende, económico.

© Francisco Álamo Felices

\* \* \*

## **BIBLIOGRAFÍA**

ACÍN, R. (2001), “¿Pero qué es un best-seller?”, en *Riff-Raff* (2001), pp. 103-110.

AGUAYO CICORIA, Ch. (2001), “Reflexiones sobre la función actual de la crítica”, en *Riff-Raff* (2001), pp. 119-126.

AGUIRRE, J. M<sup>a</sup> (1997), reseña, en <http://www.ucm.es/OTROS/especulo/número9/bestsell.htm>.

AIRA, C. (2004), “Best-Seller y literatura”, en [www.rodelu.net/lahoja/lahoja90\\_4.html](http://www.rodelu.net/lahoja/lahoja90_4.html).

ALCOVER, N. y SIMON, M -T. (1998), “La trama oculta e la gran prensa española”, en *Cuadernos Cristianismo i Justicia*, nº 80, Barcelona.

AMORÓS, Andrés (1968), *Sociología de la novela rosa*, Madrid, Taurus.

----- (1974), *Subliteraturas*, Barcelona, Ariel.

ARRÓSPIDE, Amparo (2002), “Best seller y paraliteratura: la obra de Isabel Allende”, en <http://sincronia.cuesh.vdg.mx/arrospideinv02.htm>.

---

en uno de sus bombazos editoriales. Su historia surrealista repleta de humor ha cautivado a medio millón de lectores y su editorial no imaginó nunca que la repercusión fuera tal [...]” (Rodríguez, 2007: 11).

- BRÉMOND, J. y G. (2002), *L'éditions sous influence*, Paris, Edition Liris.
- DÍEZ BORQUE, J. M. (1972), *Literatura y cultura de masas*, Madrid, Al-Borak.ç
- ESCORIZA, E. (2007), "La novela *chick lit*", en *Mercurio* (2007), p. 14.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, D. (1999), *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial.
- FOUCES GONZÁLEZ, C. G. "La comunicación persuasiva y el mercado del best seller de ficción narrativa en la sociedad digital", en [www.monografias.com](http://www.monografias.com)
- GOYTISOLO, Luis (2001), "La novela como razón social", en *El País*, sábado 13 de octubre de 2001, en <http://culturalia.vibk.ac.at/hispanote>.
- GRACIA, Jordi (2000), "La vida cultural", en RICO, F. (2000), pp. 11-50.
- LÓPEZ DE ABIADA, J. M. y PEÑATE RIVERO, J. (1997) (eds.), *Éxito de ventas y calidad literaria. Incursiones en la teoría y práctica del best-seller*, Madrid, Verbum.
- MANRIQUE SABOGAL, W. (2006), "La fórmula secreta del éxito", en <http://www.elpais.com/articulo/semana/formula/secreta/exit/el-pepuculbab>.
- MÀRIA I SERRANO, J. F. (2000), "La globalización", en *Cuadernos Cristianismo i Justicia*, n° 103, Barcelona.
- Mercurio* (Panorama de libros), n° 92, julio-agosto de 2007.
- MURILLO, E. (2005), "Superventas", en *Quimera* ("El alfabeto de los géneros"), n° 263-4, noviembre 2005, pp. 99-100.
- NAVARRO, J. (2007), "Aventuras en masa", en *Mercurio* (2007), pp. 8-9.
- PEÑATE, Julio (2000), "Novela, público y mercado", en RICO, F. (2000), pp. 278-289.
- PLATAS TASENDE, A. M<sup>a</sup> (2000), *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Espasa-Calpe.
- PULIDO TIRADO, G. (2004), "La especulación científica en literatura. Para una teoría de la narrativa de ciencia ficción", en *Discurso*, AAS, Sevilla, 2004, pp.27-48.
- RICO, Francisco (2000), *Historia y crítica de la Literatura Española 9/1. Los nuevos nombres: 1975-2000*, (ed. Jordi Gracia), Barcelona, Crítica.
- Riff-Raff* (Revista de Pensamiento y Cultura), n° 17, 2<sup>a</sup> época, otoño 2001: Dossier "Literatura y mercado".
- RODRÍGUEZ, M. (2007), "Cosecha nacional", en *Mercurio* (2007), pp. 10-12.
- TORTEL, J. (1970), "Qu'est-ce que la paralittérature? ", en *VVAA* (1970).
- VALLES CALATRAVA, J. y ÁLAMO FELICES, F. (2002), *Diccionario de teoría de la narrativa*, Granada, Alhulía.
- VARGAS LLOSA, M. (2000), "Las culturas y la globalización", en *El País*, 16 de abril de 2000, pp. 13-14.
- VVAA (1970), *Entretiens sur le paralittérature*, Paris, Plas.

---

### **El autor:**

**Francisco Álamo Felices.** Profesor Titular de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada Dpto. Filología Universidad de Almería. Doctor en Filosofía y Letras (Sección Filología Hispánica) por la Universidad de Granada (1996), con la calificación de "Apto cum laude por unanimidad". Director del *Departamento de Arte y Literatura del Instituto de Estudios Almerienses*, desde 1998 hasta 2002. <http://www.ual.es/Universidad/Depar/filologia/francisco-diego-alamo-felices.shtml>

## EL CASO ALFREDO GÓMEZ CERDÁ

por Pablo Lorente Muñoz

### 1. INTRODUCCIÓN

Si observamos la página web del autor<sup>1</sup> madrileño, desde el punto de vista del conocimiento de su obra y de su significación literaria y didáctica dentro del panorama literario español de la Literatura Infantil y Juvenil (LIJ), podremos encontrar numerosas entrevistas (lo que nos concede una valiosa información sobre el propio autor y su opinión con respecto a la realidad que nos rodea), algunas breves reseñas de su obra tanto de revistas especializadas como de blogs dedicados a la LIJ y, como elemento de curiosidad, la enorme cantidad de galardones recibidos por el autor a su largo de su prolífica carrera, lo que nos da buena prueba de su enorme importancia en el campo que nos ocupa.

Sin embargo, no podremos hallar prácticamente ningún tipo de información para el público especializado que podría recurrir a la lectura de algunas de sus obras para el trabajo en las aulas o dentro de talleres de animación a la lectura o grupos de lectura —notablemente profesores de enseñanzas básicas o medias—, hecho que, de alguna manera, es una constante cuando nos referimos a la LIJ.

*Pero ello ha supuesto la falta de estudios críticos e investigaciones que analicen y definan el género y que señalen sus límites con exigencia, y la falta, también, de profesionales preparados para ejercer una crítica equiparable a la de la literatura de adultos. Y desde los medios de comunicación, no es que no haya voces críticas. Lo que no hay espacio para esas voces que podían hablar de los libros para niños.* (Fernández, 1996: 65)

Así pues, en estas páginas, pretendemos, en la medida de nuestras posibilidades, paliar esta laguna ofreciendo al público interesado en la obra de Gómez Cerdá por la razón que fuere, una lectura por menorizada de algunas de las obras del autor para obtener datos sobre dichas obras desde una doble perspectiva. La primera es realizar una lectura crítica sobre estas obras desde el punto de vista literario, observando los mecanismos literarios fundamentales. La segunda es comentar estas obras desde el punto de vista didáctico, pues no perdemos de vista que las obras del autor que ocupa nuestra atención son, en muchas ocasiones, material de trabajo en las aulas al ser un tipo de lecturas que se suelen recomendar o mandar como lectura obligatoria a los alumnos, sobre todo, de las enseñanzas medias.

Con respecto a los libros que nos van a ocupar, será este un trabajo parcial ya que la obra completa del autor madrileño está compuesta por más de ochenta títulos, entre los cuales también podemos destacar obras para el gran público como *Oficio miserable*. En este caso vamos a tratar: *Pupila de águila*, *Las aventuras de Nico: el volcán del desierto*, *Sin máscara*, *Noche de alacranes* y *Eskoria*. La selección de estas obras y no de otras ha sido del todo azarosa, escogiéndolas entre los libros del autor disponibles en la biblioteca escolar del IES Bajo Aragón de Alcañiz (Teruel) con lo que podemos considerar que esta elección responde, de igual manera, a la realidad de los centros de E.S.O.

Así pues, esperamos que estas páginas puedan contribuir a un mejor conocimiento de la obra del autor, tanto para profesiones como para curiosos de la literatura de Gómez Cerdá.

### 2. BREVE RESUMEN DE LAS OBRAS

No es nuestro objetivo realizar un profundo resumen de las obras que hemos analizado, para ello, cualquier persona interesada podrá encontrar en la red infinidad de páginas que le contarán, resumirán o analizarán las obras, normalmente desde el punto de vista de los alumnos, que son quienes

---

<sup>1</sup> <http://www.almezzar.com/>

ponen a disposición de cualquiera infinidad de trabajos en la red sobre estos libros. Esta práctica, por otra parte, implica, casi con toda probabilidad, que han sido estas lecturas objeto de trabajo obligatorio en las aulas de secundaria de un buen número de lugares de nuestra geografía. De tal modo, presentamos el tema profundo de la obra y unos breves apuntes para que todo aquel que se sienta interesado por ellas pueda proceder a su lectura.

### **2.1. Pupila de águila**

Una joven se siente fascinada por un muchacho al que trata en el mismo hospital donde ella sana de una leve lesión. El muchacho ha intentado suicidarse, lo que le recuerda mucho a su hermano, fallecido por esa misma razón. La amistad con el joven misterioso facilitará la resolución del misterio que encierra la muerte de su hermano, mezclado en turbios asuntos. Es una novela de intriga pseudo-detectivesca que indaga en la identidad personal y, como suele ser habitual, en las relaciones amorosas.

### **2.2. Aventuras de Nico: el volcán del desierto**

Nico es el protagonista de una serie de novela de aventuras destinadas, entendemos, al público infantil. El joven, de edad poco definida, se ve envuelto en una trama para intentar desvelar el misterio de un fabuloso tesoro que se halla escondido en el desierto del Sahara. El mismo personaje vivirá una aventura en Guinea Ecuatorial donde tratará de encontrar a sus padres (*Un amigo en la selva*).

### **2.3. Sin máscara**

Un joven violinista de Madrid, estudiante de un instituto público y perteneciente a una clase social media-alta, se enamora de una compañera de su centro que, por su apariencia física y estética, pertenece a otra clase social, en principio más humilde. La estética de la joven se asocia con la de la «tribu urbana» *heavy*. El tema profundo, como refleja el título, es el de las convenciones sociales, los estereotipos y la hipocresía al juzgar a las personas que nos rodean según su aspecto.

### **2.4. Noche de alacranes**

Una mujer anciana que ha regresado a su tierra tras el fin de la dictadura del General Franco, rememora sus años mozos y repasa su vida, desde su dura adolescencia, en donde se tuvo que echar al monte junto con los maquis, hasta el exilio en Francia. Una bella historia de amor hará de hilo conductor.

### **2.5. Eskoria**

El libro aborda el tema del acoso escolar. Dos jóvenes de un mismo instituto sufren acoso por parte de sus compañeros. Uno de ellos intenta ayudar al otro, quien se siente incapaz para tomar ninguna decisión y actuar.

En esta obra, de temática inequívoca, se ponen de manifiesto los problemas asociados a este tipo de situaciones y se abarcan los diversos modos de actuar y sus consecuencias.

## **3. CLASIFICACIÓN DE LA OBRA DE GÓMEZ CERDÁ Y LA NOVELA HISTÓRICA (NOCHE DE ALACRANES)**

Sin duda alguna, la más interesante de las obras mencionadas es *Noche de alacranes*, a continuación observaremos por qué, pero antes de ello, merece la pena comentar las palabras de Saiz sobre la visión general de la obra de Gómez Cerdá (SAIZ, 1990):

Alfredo Gómez Cerdá cuenta que con cada libro gusta plantearse algo totalmente nuevo. Por eso, cuando empieza a leerse su amplia obra, se descubre, de forma gozosa y asombrada, que no puede tratarse de una manera global porque es rica y variada. Hay, pues, que huir de clasificaciones férreas porque cualquier día Alfredo Gómez Cerdá nos puede sorprender con un nuevo título que, ni por asomo, coincida con esa clasificación. De todas formas, aunque sea de manera muy general y como punto de partida, sí se podría trazar una clasificación temática en cuatro grandes ámbitos:

- Libros de aventuras y viajes («Un amigo en la selva», «El volcán del desierto», «Peregrinos del Amazonas», «El laberinto de piedra», «El Ave del Amanecer»...)
- Libros de niños y jóvenes inmersos en el mundo actual («Apareció en mi ventana», «Papá y mamá son invisibles», «La casa de verano», «Pupila de águila», «Sin máscara», «Con los ojos cerrados», «Anoche hablé con la luna», «La última campanada»...)
- Libros de crítica y humor hacia el mundo actual («La ciudad que tenía de todo», «El negocio de papá», «Macaco y Antón», «La sexta tele», «Cuaderno de besos»...)
- Libros de humor, ternura, magia, fantasía, aproximación al mundo de lo irreal («El monstruo y la bibliotecaria», «Amalia, Amelia y Emilia», «El beso de una fiera», «El viaje del señor Sol»...)

Probablemente, el juicio vertido sobre *Noche de alacranes*, tiene mucho que ver con esta clasificación, y es que podemos considerar esta novela como una novela histórica, al centrarse la ficción presentada en un momento histórico muy determinado —la posguerra y la lucha de los maquis— y, por lo tanto, es original dentro del panorama dibujado por Saiz dentro de la obra de Gómez Cerdá y, entendemos también, dentro de las constantes de la LIJ, si bien es cierto que las palabras de la autora son muy anteriores a la obra que nos ocupa. En cualquier caso, a la clasificación de Saiz podríamos añadir otro capítulo más que sería el de la novela histórica, género imperante en la actualidad en los estantes de las librerías pero del que la LIJ no se ha ocupado en demasía.

Dentro de esta vasta clasificación de novela histórica, es cierto que la novela infantil y juvenil se ha acercado en diversas ocasiones a la Guerra Civil, como es el caso de *La guerra de Amaya* de Vicente Muñoz Pueyes, *Noche de voraces sombras* de Agustín Fernández Paz o *Mujer mirando al mar* de Ricardo Gómez, premio SM del año 2010, por citar algunos ejemplos, aunque no deja de ser este acercamiento una extrañeza dentro de la concepción habitual de este tipo de literatura<sup>2</sup>. Por otra parte, este acercamiento coincide con una tendencia común en la literatura de los últimos años, en los que la Guerra Civil se ha tratado desde innumerables ópticas, fenómeno que conoció su mayor éxito con *Soldados de Salamina* de Javier Cercas y que parece haber hastiado en cierta medida al gran público y a la crítica, al menos así parece expresarlo Isaac Rosa con el título de su novela *¡Otra maldita novela sobre la Guerra Civil!*

El título de la novela *Noche de alacranes* hace referencia a una de las experiencias de Cundo, uno de los maquis con los que la protagonista principal, Catalina Melgosa, alias «Delgadina», ha compartido vivencias en las montañas de Cantabria-León, lugar que podemos reconocer por referencias geográficas, como el río Bernesga, antes que por estar mencionado. Dicho personaje, Cundo, se refiere a la «noche de alacranes» como la noche donde no se puede descansar ni un instante por miedo a que estos animales le pudieran clavar su aguijón.

La novela, o mejor dicho, el tiempo del relato, transcurre, fundamentalmente, en 24 horas: El día en que «Delgadina» va a participar en una charla organizada por un instituto de secundaria, la noche de ese mismo día y parte del día siguiente. Esa noche no puede dormir, sufre una de esas noches de insomnio —«de alacranes»— en la que va rememorando su vida al son de los recuerdos que van saliendo de una vieja caja de galletas. De tal manera, haciendo que el tiempo de la historia sea prácticamente toda su vida.

---

<sup>2</sup> El número 262 de la *Revista de Literatura* es un monográfico dedicado a este tema.

Observamos al personaje, ya una mujer de una cierta edad puesto que afirma que han pasado 50 años desde que caminó por esas calles, así que la protagonista podría tener unos 66 años. Sabemos también que está viuda, que ha vivido el exilio en Toulouse y que tras la dictadura vuelve a España. Estos dos hechos comentados suponen en gran medida una novedad en la novelística de Cerdá, quien suele situar sus acciones en Madrid y cuyos personajes suelen ser adolescentes. Es cierto que esto no es así en todas sus obras, no en vano, una de sus novelas más afamadas es *Barro de Medellín*<sup>3</sup>, donde el contexto espacial poco o nada tiene que ver con Madrid, aunque como veremos suele ser esto lo habitual.

También es novedoso que el narrador sea un adulto, si bien es cierto que los hechos fundamentales, el enamoramiento entre «Delgadina» y Emilio Villarante en la posguerra, el hilo conductor de la novela, se produce cuando ambos eran adolescentes.

De igual modo, es original en la producción de Gómez Cerdá la anacronía o dislocación temporal, que se distingue de la mayor parte de sus novelas, que suelen tener una construcción cronológica lineal. Por ejemplo, en el capítulo 2, intercalado con la conversación con el profesor, aparece ya el final de la historia de su juventud en España antes del exilio, lo que supone uno de los muchos *flashbacks* que componen la obra.

Otro elemento de interés en esta novela es la pulcritud ideológica, que intenta presentar el conflicto desde el punto de vista de los ideales modernos de justicia, ya que las dos personas que sufren las consecuencias del conflicto bélico, si bien zanjado militarmente, continúan presentes en los que han sobrevivido, mucho más en la familia de ella, pues su padre está preso sin razón aparente. De tal modo, aunque ambas familias se oponen a que los jóvenes den rienda suelta a su amor (conflicto clásico y muy productivo desde el punto de vista narrativo, como más adelante veremos), finalmente, ambos sufrirán las consecuencias de dicha situación: «Delgadina» deberá huir a Francia al ser acusada del secuestro de Emilio y este, será secuestrado y bien hubiera podido morir de no ser por la valentía de ella, rasgo que en un personaje femenino es doblemente valioso.

En cuanto a la ideología, merece la pena destacar la preocupación de la voz narrativa de «Delgadina», quizá en este caso la voz del autor, quien se pregunta si merece la pena seguir hablando de la Guerra Civil. Le pregunta a Julio, el profesor que ha organizado la charla que va a impartir en el instituto (2005: 14):

—¿Crees que para los zagales de ahora tiene sentido lo que vamos a hacer?

*Julio volvió la cabeza y pareció sorprenderse*

—Claro que sí. Ellos tienen derecho a conocer el pasado, que además es un pasado mucho más reciente de lo que imaginan.

Conforme avanza la novela vamos conociendo algunos de los rasgos psicológicos de la protagonista que, en ciertos aspectos, y a pesar de que su vocabulario denota su edad, ya que utiliza palabras como zagales (14), con claras connotaciones rurales, o máquina de retratar (21), o tener barruntos (92), es tremendamente moderno. Por ejemplo, cuando su hermano Tadeo le dice que no debe verse con Emilio, ya que él es un «señorito» que sólo quiere «divertirse» con ella, le espeta: «Yo también quiero divertirme con él» (85), lo que supone una liberación sexual y de identidad poco frecuente, y es que la personalidad de la protagonista es arrolladora. Tanto que, a pesar de haber estado felizmente casada, no ha olvidado la promesa que un día, 50 años antes, realizó a Emilio: ir a ver las pirámides de Egipto.

Emilio le regala una tableta de chocolate en plena posguerra, todo un tesoro en aquellos tiempos, que además escondía un cromó de este lugar, que en la mente analfabeta de «Delgadina» no pasa de ser una broma. En el monte, gracias a Tirso, el maestro que lucha por la libertad —figura que recuerda en cierto modo al maestro de la *Lengua de las mariposas*, basado en la obra de Manuel Rivas *El lápiz del carpintero*— aprende a leer, pero no se completará su historia hasta que consiga ren-

<sup>3</sup> Tiene esta novela mucho que ver con las experiencias de la lectura como refugio en tiempos de crisis y salvación moral y física, según narra Michèle Petit en: *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, Homero, México, 2009.

contrarse con aquel lejano amor de juventud que es Emilio. Ya ancianos, como si del *Amor en los tiempos del cólera* se tratase, ambos se reencontrarán para viajar, finalmente, a Egipto, al cromo de la tableta de chocolate, y así, a los duros tiempos de la posguerra, que de algún fueron felices por su amor, y es el que el amor parece redimir al ser humano y justificar así una existencia.

#### 4. LA NOVELA DE AVENTURAS (NICO)

Otro de los tipos de producción novelística de Gómez Cerdá y que podemos destacar es la novela de aventuras, protagonizadas, en este caso por Nico. El joven intrépido es un niño de Madrid que, en sus diversos viajes, se ve envuelto en diversas tramas aventureras. Son novelas, como nos indica la editorial, especialmente recomendadas para niños de 11 años, con lo que su uso no se adaptaría a los alumnos de secundaria, excepto en algunos casos. Por supuesto, tampoco al público adulto. Ello se pone de manifiesto en la simplicidad de las tramas, la brevedad de los capítulos, lo plano de los personajes y, porque se aprecia inmediatamente que son obras pensadas para un público en concreto, las ilustraciones van en esta misma dirección.

En el caso que nos ocupa, *El volcán del desierto*, encontramos a Nico como protagonista absoluto. Nico es un niño de edad indefinida y cinturón negro de kárate, con lo que se justifica desde un punto de vista de la verosimilitud que sea valiente. En esa ocasión ha viajado a Argelia para pasar unas vacaciones ya que su padre se encuentra en África como médico solidario. Sin embargo, poco después se verá obligado a realizar un viaje en globo al ser secuestrado por dos científicos que van en busca de un mito: «el volcán del desierto», mito tras el cual se esconde un fabuloso tesoro. La realidad será bien distinta, pero mientras se suceden las aventuras donde no faltan disparos, persecuciones, pasadizos y elecciones difíciles de las que siempre saldrá airoso, se presentan diversas realidades culturales, como son la de los tuaregs y quizá más interesante, el conflicto del Sáhara con los campos de refugiados como telón de fondo, apenas esbozado.

Lo propio de la novela de aventuras es el viaje, y Nico cumple con creces dicho requisito (Bajtin, 1989). En estas páginas resuenan con fuerza los ecos de la gran novela de aventuras, como la de Julio Verne o la de Stevenson. También, por el escenario y los personajes secundarios, la de Alberto Vázquez Figueroa, y es que es imposible pensar en un tuareg sin su novela homónima.

En cualquier caso, la principal diferencia con respecto a esta gran novela de aventuras, eterna, clásica, y la obra de Gómez Cerdá es, de nuevo, una de las mayores limitaciones de la LIJ, la presencia absoluta de personajes infantiles o juveniles para participar y resolver tramas en las que normalmente, se requiere de la ayuda de un adulto. Ayuda que, por otro parte, es esencial para resolver el conflicto de verosimilitud y decoro que se plantea en cualquier ficción. En este caso, como en muchos otros de la novela de LIJ, estos dos conceptos se mantienen en un difícil equilibrio, ya que la participación de los adultos se resume a ser meras comparsas de la acción. En el caso de los buenos, pues hacemos notar de igual modo que el maniqueísmo en esta novela es muy grande, los padres de Nico no juegan ningún papel. En el bando contrario, los científicos son, en realidad, el uno un científico obsesionado con la leyenda, el otro, una mujer, es una cazatesoros sin escrúpulos, y representan, sin más, la codicia.

#### 5. LA NOVELA DE CIUDAD (*SIN MÁSCARA, ESKORIA Y PUPILA DE ÁGUILA*)

Merece la pena analizar conjuntamente dos otras que muestran enormes similitudes, son *Sin máscara* y *Eskoria*. Y es que parece que el personaje de ambas novelas sea el mismo.

Saiz las clasifica como novelas «de niños y jóvenes inmersos en el mundo actual», y no le falta razón, aunque dicha clasificación sería útil para la gran parte de la LIJ que se produce en nuestros días.

En un artículo publicado hace algún tiempo (Lorente, 2011) mencionaba algunas de las constantes de la LIJ, que se cumplen con creces en estas dos obras. Para comenzar, los protagonistas son una pareja de adolescentes. El chico es el protagonista principal y se suele ayudar en su acompañante

femenina para resolver un misterio o una acción conflictiva. Ambos se gustan y finalmente, descubrirán el amor, que se suele sellar con un beso, en otras ocasiones, con una relación sexual, como será el caso de *Sin máscara*.

En estas obras, los personajes principales son varones, madrileños, adolescentes, ya que son estudiantes de sendos institutos y, como elemento identificador, músicos. En *Sin máscara*, los padres del protagonista, Roberto Castro, sólo aparecen para dictar ciertas normas y para preparar el futuro de su hijo, al parecer excelente músico. En *Eskoria*, el papel de los padres del personaje, Diego, es todavía menor, ya que son apenas sombras cuidadoras de su hijo, por lo demás un poco «estúpidos» al no ser capaces de detectar los graves problemas de su hijo, acosado y maltratado sistemáticamente en el instituto. En ambos casos los personajes son brillantes estudiantes, aficionados a la música y buenos en todo lo que hacen, es decir, se escapa de la figura del empollón torpe, ya que son, en principio, bien aceptados por sus iguales.

El caso más sencillo es *Sin máscara*, cuyo título nos habla claramente de lo que se pretende resolver en la novela, que no es otra cosa sino la identidad de los personajes como iguales, por encima de estereotipos. De esta manera, un «niño bien», como es Roberto, se enamora de una chica llamada Luna. La chica vive en un barrio humilde mientras que la familia de Roberto se plantea mandarlo a estudiar música a Chicago. Por supuesto, la familia de él no aprobará la relación, con lo que la presencia del conflicto shakespeariano universal de *Romeo y Julieta* está de nuevo presente, si bien por motivos de prestigio social, como bien queda de manifiesto en la novela de Teira Cubel *Saxo y rosas* o en la más conocida de Moccia, gracias sobre todo a su versión cinematográfica, *A tres metros sobre el cielo*.

Poco a poco, Roberto irá conociendo a los amigos de Luna, quienes le ayudarán a resolver los problemas de su primo, un «niño pijo» metido en serios problemas relacionados con las drogas. Es llamativo el contraste, si bien algo forzado en algunos momentos, entre el mundo organizado y estándar de Roberto y el caótico de Luna, se puede apreciar perfectamente en las amistades de la chica, las de él no aparecen en ningún momento.

El lugar de reunión de Luna con Roberto es el bar del Calgonza, un bar de estética «heavy» donde los amigos beben cervezas y hablan de lo humano y lo divino; para Roberto, acudir a ese lugar es toda una excursión. Los amigos de Luna y ella misma se ven marcados lingüísticamente con rasgos propios de su variedad diastrática, lo que nos informa de su estrato social, en principio, inferior al de Roberto, que habla un español estándar. Quizá tenga algo que ver con su educación en un instituto religioso, que el propio Roberto abandonó, lo que nos informa de paso, de la ideología del protagonista, ya que su familia menciona en algún momento que en los institutos públicos son inferiores a los religiosos, lo que nos conduce por el camino de la igualdad, valor que se defiende en esta obra: «Claro, en los institutos no hay ningún tipo de selección» (Gómez Cerdá, 1996: 51) o «Es que en los institutos dejan entrar a todo el mundo». (1996: 67).

De este modo, Luna se expresa en una jerga de tipo juvenil («Tengo mi peña, y la verdad, paso del resto» (1996: 29) al igual que sus amigos, Sebi o Mocolindo, que además de juvenil, se expresan usando una variedad de tipo diafásico, es decir, la marcada por el contexto. De tal modo, se usa la expresión «es un tío legal» en varias ocasiones (1996: 32, 40, 136); «mi abuela era muy enrollada» (1996: 31) o la expresión «de puta madre», que aparece hasta en nueve ocasiones (1996: 45, 46, 48, 77, 136...)

Finalmente, la novela, se cierra con la resolución del conflicto creado por el primo de Roberto al intentar culpar a los nuevos amigos de este de un robo para saldar una deuda contraída. Por supuesto, también habrá una victoria del amor sobre los prejuicios estéticos y de clase, además, del modo más feliz posible, iniciación sexual incluida de los protagonistas. La obra se cierra con una lección para la familia de Roberto, que se había atrevido a juzgar a Luna por su estética. Al despedirse con un beso los felices enamorados ante la familia de él: «Todos se miraron sin poder evitar un gesto de estúpida sorpresa reflejado en sus rostros». (1996: 141)

Mucho menos dulce resulta la lectura de *Eskoria*, que trata, como ya se mencionado, del tema del acoso. Es cierto que el personaje recuerda en todo al de *Sin máscara*, sin embargo, en esta ocasión no hay equilibrio ni justicia poética, hay tan sólo dolor por parte de Diego.

Diego es un joven afortunado, músico, buen deportista, buen estudiante y además, bendecido por lo que parece el objetivo de la LIJ, la conquista del amor, pues sale ya con una chica llamada Gloria. Sin embargo, con el paso del tiempo, se convierte en el objetivo de los «cinco verdugos», o lo que es lo mismo, en objetivo de un grupo de acosadores que le hacen la vida imposible. En un primer momento lo ningunean poniéndole como mote «Bird» después de que este hiciera una brillante exposición en clase sobre el músico Charlie Parker, que tenía este apodo. Más tarde pasa a ser «Eskoria» y a recibir mensajes electrónicos y en papel con este nombre, luego, se pasará a la vejación física y moral, también a los malos tratos.

El acoso es un tema candente que cada cierto tiempo reaparece en la prensa y ocupa la primera plana de los periódicos; la lectura de este libro puede tener como objetivo ser conscientes del sufrimiento de una persona que vive en este tipo de circunstancias<sup>4</sup>, elemento que el autor consigue con creces por la voz más frecuente en la novela, que es la del narrador omnisciente, como en la novela anterior:

*Cuando salieron, mientras mojaba una tostada en el café con leche, pensó que estaba contento con los padres que le habían tocado en suerte. No los cambiaría por ninguno. Es más, pensaba que había sido muy afortunado. Ellos le querían más que a nada y él los correspondía. Además, estaba orgulloso de que, desde que nació, hubiesen intentado que se desarrollase su personalidad, que aflorasen sus gustos de la manera más natural posible, que se estimularan todos sus sentidos... Eso le estaba convirtiendo en humano. [...] Y no iba a renunciar a ello. No iba a consentir que nadie le hiciese cambiar. (2006: 51)*

Sin embargo, en esta obra, la mayor perspectiva interna se nos da a través del diálogo, que es un elemento interesante en esta obra, ya que estos son perfectamente verosímiles y aportan una enorme frescura a la creación. Diego, conforme las vejaciones son mayores, se encuentra con Fede, conocido como «Citoplasma», un chico que vive una situación de acoso similar a la suya aunque con ciertas diferencias, ya que es un muchacho gordo y torpe mientras que Diego es, en principio, un chico modelo.

Conforme pasa el tiempo, los dos muchachos intentan apoyarse moralmente, ya que son del todo incapaces de reaccionar de ningún modo. Tampoco nadie de su entorno es capaz de hacer nada, incluyendo a Gloria, la pareja de Diego, que lo ha dejado para no ser como él. En este punto, el tema de la identidad entra de lleno, ya que lo que se pone de manifiesto en la obra a menudo —lo vemos en el punto citado de la novela— es la capacidad por ser uno mismo:

*Él no era gordo, ni fofo, ni patizambo, ni tenía la voz de mujer... Con esos razonamientos no es que quisiera justificar la actitud que todos mantenían respecto a Fede; lo que pretendía de verdad era comprender por qué él, que era alto, delgado, atlético, guapo, inteligente... sufría una situación similar. Además, a Fede parecía no preocuparle que los demás se riesen a su costa; pero a él este hecho le quitaba hasta el sueño. (2006: 68)*

La conclusión a estas dudas es que «nos machacan porque somos distintos» (2006: 90), y tan distintos son los personajes que, en el pico de conflicto, Diego intenta suicidarse pero no es capaz. Fede, el que aparentemente se había acostumbrado a la violencia, al escarnio, en cambio, sí logra realizar la acción en la que Diego había fracasado, siguiendo punto por punto los planes que Diego había trazado. Tan sólo tras su muerte, Diego será capaz de reaccionar, también lo hará Gloria, quien finalmente apoyará de nuevo a su amor para ir a la policía, en un final doloroso y, quizá, innecesario y forzado, ya que de algún modo queda la impresión de que el más débil era el que debía morir. De igual manera, parece que ser acosado cuando se es como se describe a Fede justifique de algún modo su destino, aunque esto, como en otras ocasiones, es tan sólo una lectura personal.

<sup>4</sup> Hago notar que esta novela se publica dos años después de que se diera uno de los más sonados casos de acoso en España. En el año 2004, un adolescente vasco llamado Jokin se suicidó tras denunciar el acoso que sufría: [http://www.elmundo.es/resumen/2004/enboca/enboca\\_5.html](http://www.elmundo.es/resumen/2004/enboca/enboca_5.html)

Desde la Modernidad, la ciudad es el escenario predilecto de la novela, en el caso de la Gómez Cerdá, además, la ciudad es Madrid. Nos ocupamos a continuación de *Pupila de Águila*, una novela de ciudad que se inserta dentro de la más esencial tradición de LIJ: una pareja de adolescentes debe resolver un misterio.

En este caso los personajes son Martina e Igor. Igor ha entrado en el hospital al intentar suicidarse, Martina siente lástima por él y le invita a quedar un día. A pesar de que el encuentro es un desastre, siguen viéndose y, como no podía ser de otra manera, surge el amor. Mientras tanto, intentan averiguar por qué el hermano de Martina, Toni, se suicidó si es que realmente lo hizo, para lo cual, deben reconstruir los últimos años de su vida en Madrid. Finalmente, se ven inmersos en una situación de tipo detectivesco con malos malísimos (Jorge Barciela), y misterios relacionados con la pornografía y el tráfico de drogas, en lo que supone una clara trama de búsqueda.

Como ya hemos visto, el papel de los adultos queda reducido a la nada, pues los padres de Martina no viven en Madrid y los de Igor no parecen preocuparse mucho de él.

—*Igor siempre ha estado solo, desde que era pequeño.*

—*¿Solo?*

—*Sí, abandonado, por extraño que te parezca. Sus padres siempre han estado muy ocupados. No podían hacerle concesiones.* (1989: 96)

Al igual que en casos anteriores, parece que Gómez Cerdá siente pasión por los músicos, Igor toca desde los 4 años aunque es un chico problemático y no tan modélico como otros, por ejemplo, fuma porros:

*Su rostro desencajado se iluminó unos segundos cuando la trémula llama del encendedor prendió el porro. Aspiró con ansiedad y dejó que una nubecita de humo se escapase entre sus labios lentamente, muy lentamente.* (1989: 74).

Como elemento de originalidad en esta obra, cabe destacarse el papel que tiene la policía para resolver la trama final, lo que dota a la obra de cierta verosimilitud, pues sería imposible que nuestros dos adolescentes pudieran resolver por sí mismos todo el complejo asunto relacionado con la muerte del hermano de Martina, Toni.

Hay algunos cabos sueltos en la obra, que está al servicio de la acción y de la intriga, siendo esos elementos sus valores principales. Por ejemplo, no se entiende demasiado bien la relación de algunos de los personajes secundarios que forman parte de la trama, ni se nos aclara por qué Igor se ha intentado suicidar, aunque tampoco son esenciales.

En cualquier caso, la obra se resuelve al modo hollywoodiense del «happyend», y se comenta en estos términos porque la influencia del cine en la obra es grande, no sólo por la distribución en pequeños capítulos que funcionan al modo de una escena de una película, sino porque las alusiones de la voz narrativa al cine son frecuentes, como viene siendo habitual en una gran parte de la producción de LIJ reciente (Lorente, 2011 b), por ejemplo, cuando se alude al secuestro de los chicos:

Desde luego se trataba de una escena de película: él, apuesto y valiente protagonista, encerrado con una preciosa chica en el coche del «malo». Lo peor es que intuía que la película podía ser de esas que acaban mal (1989: 151).

## CONCLUSIONES

A lo largo de estas páginas hemos realizado la lectura crítica de cinco obras del autor madrileño. Todas menos *Las aventuras de Nico* —novela de aventuras para el público infantil— se pueden considerar como novelas juveniles puesto que comparten una serie de rasgos que consideramos son comunes a las características generales de la LIJ.

En cuanto a los personajes, observamos que son adolescentes, estudiantes en un instituto y, sobre todo, de Madrid, espacio predilecto en las obras que nos han ocupado.

El tiempo en estas novelas suele transcurrir en orden cronológico, lo que dota a estas obras de un notable dinamismo, si bien son poco complejas desde el punto de vista narrativo, pues se construyen básicamente a través de la voz narrativa del narrador omnisciente y el diálogo.

Mención aparte merece la novela *Noche de alacranes*, puesto que escapa a estas características, convirtiéndola en un producto de un enorme interés por sus cualidades literarias y didácticas, al acercarnos a un periodo de la historia reciente de España.

© Pablo Lorente Muñoz

\* \* \*

### **BIBLIOGRAFÍA**

- BAJTÍN, M. (1989): *Teoría y estética de la novela*, Taurus, Madrid.
- FERNÁNDEZ, V. (1996): "Literatura Infantil y Juvenil: panorama crítico", 61-66. En CANTERO, F. J., MENDOZA, A. Y ROMEA, C.: *Didáctica de la lengua y la literatura para una sociedad plurilingüe del siglo XXI*, Universitat de Barcelona.
- GÓMEZ CERDÁ, A. (1988): *Aventuras de Nico: un amigo en la selva*, Edelvives, Aladelta, Zaragoza.
- GÓMEZ CERDÁ, A. (1989): *Pupila de águila*, Gran Angular, Madrid.
- GÓMEZ CERDÁ, A. (1990): *Aventuras de Nico: El volcán del desierto*, Edelvives, Aladelta, Zaragoza.
- GÓMEZ CERDÁ, A. (1996): *Sin máscara*, SM, Madrid.
- GÓMEZ CERDÁ, A. (2005): *Noche de alacranes*, SM, Madrid.
- GÓMEZ CERDÁ, A. (2006): *Eskoria*, SM, Madrid.
- LORENTE MUÑOZ, P. (2011 a): "Consideraciones sobre la Literatura infantil y juvenil. Literatura y subliteratura". En *Revista Didáctica. Lengua y Literatura*, Nº 23, Universidad Complutense de Madrid, Madrid. ISSN 1130-0531. En formato digital: <http://revistas.ucm.es/index.php/DIDA/article/view/36317>
- LORENTE MUÑOZ, P. (2011 b): "Literatura escrita como cine", *CLIJ, Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*. En *CLIJ, Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, enero-febrero, 245, pp. 39-43.
- SAIZ RIPOLLÉS, A. (1970): *CLIJ*. En formato digital: [http://www.almezzar.com/index.php?option=com\\_content&task=view&id=73&Itemid=50](http://www.almezzar.com/index.php?option=com_content&task=view&id=73&Itemid=50).

---

### **El autor:**

**Pablo Lorente Muñoz.** (Zaragoza, 1979). Profesor de Lengua Castellana y Literatura en Secundaria. Profesor asociado de la Universidad de Zaragoza, Facultad de Educación. DEA en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Doctorando en Didáctica de la Lengua y la Literatura. Escritor (*Relatos desde ninguna parte*. Eclipsados, 2010) y crítico literario. Blog: <http://librorelatospablolorente.blogspot.com/>.

## **CLEANSED, O EL TEATRO POLÉMICO DE SARAH KANE**

por Enrique García Díaz

Sarah Kane es considerada por la crítica inglesa como una dramaturga con talento innovador, pese a la polémica que suscitan sus obras. Atacada y vilipendiada por una gran mayoría al sentirse indignados por el contenido de sus obras. Sarah Kane comienza pronto a sentir interés por el teatro hasta que se convierte en su verdadera pasión. Su primera incursión en la dramaturgia inglesa es gracias a *Stick* (una colección de tres monólogos que abordan temas tan diversos y polémicos como son la violación, la bulimia, o la identidad sexual). Tras ésta llegará *Blasted*, su primera obra que narra la perspectiva de un violador y de su víctima. Escribe sus primeras escenas mientras es estudiante en Birmingham, y la representación de la obra se produce en 1995 en el Royal Court Theatre Upstairs. La trama convierte a *Blasted* en todo un escándalo en los últimos 30 años. Sin embargo, no todo el mundo se muestra reacio y escandalizado ante la temática de la obra de Sarah Kane; Edward Bond o Harold Pinter son algunos que la defienden y la califican como una de las dramaturgas inglesas con mayor proyección dentro de panorama teatral en la era Thatcher.

En su obra *Cleansed*<sup>1</sup> sigue apostando por los temas más escabrosos de la sociedad. El amor, las drogas, la muerte por sobredosis, la tortura, la mutilación y la muerte. Posteriormente aparece *Crave* escrita bajo el seudónimo de Marie Kevelton; una obra en la que cuatro voces hablan sobre el amor obsesivo. *Fedra's Love* recrea la obra de Séneca desde su particular punto de vista y su humor negro. Por último tenemos *4.48 Psychosis* último texto que escribió ya que en el año 2000 consigue suicidarse tras varios intentos frustrados. La obra fue publicada por su hermano y heredero. Considerada por la crítica como un último poema de despedida o testamento. Una despedida de un mundo que fue incapaz de aceptar.

### **CLEANSED**

Todas sus obras surgen del dolor y de la conciencia de lo ajeno. En *Cleansed* confluyen diversos temas actuales como señalábamos anteriormente: las drogas, el sexo, la homosexualidad. Existe una visión fatalista y depresiva pese a lo cual esta obra es considerada como la más optimista de Sarah Kane toda vez que al final «sale el sol y ha dejado de llover». Metafóricamente hablando podemos entender que tal vez Sarah había pasado una mala racha y por fin había conseguido salir adelante. No podemos olvidar que padecía una depresión maníaca que la había llevado a ingresar en un hospital. Tal vez las experiencias allí vividas sean una parte de lo que refleja en su obra.

El título plantea varias interpretaciones en su traducción: purgados, purificados, curados. La propia autora declaraba a este respecto de su trabajo que el significado e interpretación de la palabra *Cleansed* podía tener más de un significado, y que lo que buscaba era «estirar el lenguaje teatral». Ella misma manifestaba que la obra está cargada de «una enorme cantidad de depresión porque yo sentía una desesperación tremenda mientras la escribía». Tal vez el mensaje que al final quiere transmitir con el desenlace de la obra sea el de su título. Los personajes han sido purgados, purificados y salvados de sus propios miedos u obsesiones.

Situándola en una supuesta Universidad, porque en todo momento podemos entender que el recinto vallado donde se desarrollan las vidas de los personajes principales, se asemeja más a un campo de concentración o a un sanatorio. Una Universidad donde se tortura, se viola o se amputan miembros a sus asistentes. Tal vez este sea el método empleado para «purificar» a los que habitan dicho lugar.

---

<sup>1</sup> Kane, Sarah. *Cleansed. 4.48 Psychosis*. Ed. Teatro del Astillero. Madrid. Pp.15-76

Como señalábamos anteriormente se asemeja más a un sanatorio o incluso un laboratorio experimental regido por un psicópata como es el doctor Tinker. El encargado de «purificar» a los internos por medio del castigo físico en muchos casos llevado hasta su máxima expresión: mutilación e incluso la muerte. Un cuadro de personajes a la deriva que interrelacionan entre si unidos por la desesperación. Llama la atención que la autora no describa demasiado el lugar sino sólo a través de las diferentes salas que hay: Así por ejemplo la sala roja es el pabellón deportivo; la sala blanca es una especie de administración; la sala negra son las duchas pero al mismo tiempo es una cabina de *peep-show*; o la sala redonda que representa la biblioteca. Por último tendríamos el recinto rodeado por una valla, que nos recuerda a una cárcel, un campo de concentración, o un pabellón psiquiátrico, por mucho que la autora se esfuerce en que parezca un campus universitario. Estas salas no son si no recintos cerrados donde el doctor Tinker lleva a cabo sus torturas, sus experimentos.

Entre los temas que aparecen en la obra los hay tan comprometidos como la homosexualidad entre dos de sus personajes, y que aquí aparece como algo pecaminoso. Y por tanto sus actores deben ser purgados con el castigo físico llevado a cabo por el doctor Tinker. El amor entre Carl y Rod no puede ser en esta obra, y fruto de ello es la muerte de Rod porque se sacrifica por amor. Prefiere ser él quien reciba el castigo a su compañero, lo cual no deja de mostrar la capacidad de sacrificio del personaje en un lugar donde la desesperación los rodea. La droga, presente desde el primer momento, cuando Graham se prepara la dosis que posteriormente acabará con él. Es muy significativo el realismo con el que la autora lo describe, y que sea esa escena la que abra la obra. Pero más relevante es el hecho de que sea Tinker, a quien consideramos como un interno más y no como el doctor del centro, quien le inyecte la droga. Como si en el fondo quisiera que falleciera. Una vez más se erige como figura encargada de purgar el mal que hay en los internos. El personaje de Grace, hermana de Graham y quien en un principio parece estar de visita a preguntar por la muerte por sobredosis de éste, resulta comportarse y ser una interna más. Obsesionada con la presencia de Graham a quien parece ver y con quien habla no son más que el comportamiento hacia el cariño que le tenía a éste. Vive obsesionada con su hermano hasta el punto de querer ser él y decide al final de la obra vestir con sus ropas y comportarse como él. Unida a Grace aparece Robin, quien vive centrado en querer escribir. Sus apariciones son en la biblioteca del recinto. Cree estar enamorado de Grace. Su final es trágico. Se ahorca en la biblioteca y es en ese momento que consigue ver Graham el hermano de Grace, y al que sólo parecen poder ver aquellos que mueren o están cerca de la muerte.

El tema de la violencia está presente en todo momento en la obra. El doctor Tinker más bien parece un guardián encargado de castigar a los internos. Las palizas, las torturas, y las violaciones están presentes en todo momento. Humillaciones de todo tipo y que la autora describe con total naturalidad, lo cual no deja de sorprender y provocar una reacción adversa en la crítica. Los experimentos del doctor Tinker quien en ocasiones nos recuerda al doctor Víctor Frankenstein. Es relevante la Escena 18 cuando Tinker parece haberle hecho un cambio de sexo a Grace para convertirlo en Graham. Lo único que se le ocurre decir es: «lo siento. La verdad es que no soy médico». Y que de ahora en adelante no podrá llamarla Grace sino Graham. Ya dijimos que más que un doctor parece un psicópata que experimenta con la vida de los demás.

Como podemos apreciar por este breve estudio/reseña de la obra los temas que toca son de actualidad, pero que tal vez la precisión y la naturalidad con la que los lleva al teatro los hace escabrosos. No cabe la menor duda que la crítica estuviera dividida entre los que proclaman un teatro tradicional, y los que apoyaron a Sarah Kane y que abogaban por una nueva temática en esta época donde las dramaturgas inglesas comenzaron a dejarse ver. Es sin duda una obra que no dejará indiferente al que la lea o asista a su representación.

© Enrique García Díaz

---

### **El autor:**

**Enrique García Díaz.** Doctor en Filología inglesa y autor de *La guardiana del manuscrito* de Mundos Épicos.

## ZENO

por Francesca Leita

Zeno vivía en un árbol, el más alto de la ciudad, perteneciente a una especie que no se encuentra comúnmente, que viene de un lugar lejano que está al otro lado del océano. Este árbol se halla en el jardín botánico de la ciudad de K.

«Mirar las cosas desde la altura ayuda a relativizar y a ironizar más sobre la vida cotidiana», pensaba siempre al comienzo de la jornada, mientras bebía su café.

La casa de Zeno no era visible. Tal vez en otoño los visitantes del jardín pudieran divisar la escalera principal, unos peldaños que parecían enormes hongos. La casa tenía forma de embudo, se engrosaba hacia arriba. No había un vestíbulo, luego una sala y arriba el dormitorio, sino que era exactamente al revés: se entraba primero en el dormitorio, para subir luego a una sala circular con unos ventanales interrumpidos por paneles de bambú entrelazado. Desde la sala se podía acceder a la terraza, donde había dos hamacas rojas enfrentadas. Zeno había decidido construir la casa de ese modo porque prefería dormir en la oscuridad absoluta que le aseguraba el tupido follaje. El panorama declinaba sobre la ciudad. Sobre todo de noche, con las luces artificiales que parecían intermitentes, daba la sensación de estar sobre unos zancos altísimos. Para construirla no había usado martillo ni clavos, sino un sistema de encastres de tablas de madera y bambú. La estructura parecía sostenerse sólo por la fuerza de gravedad y los hilos gelatinosos de una hoja delgada y esponjosa.

Tal vez haya todavía humanos que conserven, en algún lugar del cerebro, el lenguaje de las plantas. Comúnmente se cree que con el sol los árboles producen oxígeno y que durante la noche expelen anhídrido carbónico. Zeno decía que los árboles piensan con el sol y hacen el amor con la luna. El lenguaje de las plantas tiene algo de mágico porque está relacionado con el sol, con la luz en su estado puro. Una de las razones por las cuales los árboles viven mucho más que los humanos es porque hablan sólo cuando no queda otro remedio, y piensan mucho antes de hacerlo.

Zeno había sabido heredar esta característica y la usaba también con los seres humanos: sólo en raras ocasiones hablaba de sí. Era difícil hacer entender a los demás que, si bien llevaba una vida de ciudadano común y trabajaba en una papelería, vivía en un árbol. A veces lo miraban, abriendo de par en par los ojos, y preguntaban «¿pero vives en un árbol-árbol?». Zeno se echaba siempre a reír y respondía «¡No! No es un árbol común, vivo en un árbol azul». Siempre había pensado que un árbol azul era en verdad difícil de encontrar, y así por lo menos agregaba una extrañeza verdadera a otra sólo aparente.

Zeno no era capaz de enumerar incomodidades que tuviera que soportar en su intimidad. Tenía todo lo que necesitaba: luz de día, oscuridad de noche, agua de lluvia, el arrullo del viento. Si observabas en verano su cuerpo podías imaginar, bajo la camisa de algodón, cuáles eran sus aptitudes en la casa. Adivinabas que sabía, incluso en la oscuridad y sin necesidad de una escalera, estirar el brazo, buscar un punto de apoyo, sostener el peso de su cuerpo y luego encaramarse, sabía bajar rápido y seguro, sin que lo turbasen las corrientes de aire que en el invierno se colaban dentro de la maraña de madera y paja. No se inquietaba ante los crujidos, y sabía hacer balancear su cuerpo cuando soplabla fuerte el viento empujando las ramas hacia el cielo. Los únicos problemas que le ocasionaban ligeras molestias eran de índole burocrática. El correo, por ejemplo, no le llegaba fácilmente, para no hablar de internet. Había intentado comunicarse desesperadamente con distintas voces metálicas

---

*«La casa tenía forma de embudo, se engrosaba hacia arriba. No había un vestíbulo, luego una sala y arriba el dormitorio, sino que era exactamente al revés: se entraba primero en el dormitorio, para subir luego a una sala circular con unos ventanales interrumpidos por paneles de bambú entrelazado.»*

---

antes de dar con una humana y poder explicar su situación. La respuesta había sido una risotada burlona. Tiempo después consiguió resolver el problema, porque salieron al mercado unos aparatitos que permitían la conexión inalámbrica con sólo enchufarlos a la computadora.

Zeno, gracias a su cercanía con la comunidad de los árboles, sabía comunicarse con la luz. Por ello, en su trabajo de la papelería le gustaba sacar las fotocopias, pues era un poco como unir sus dos mundos: a través de una luz fortísima, la luz que pasa a través del vidrio de la fotocopidora, copiaba palabras sobre la pasta de los árboles.

A veces pensaba, y esto ocurría en sus días de malhumor, que en realidad la papelería no era sino un lugar macabro que se dedicaba a vender la osamenta de los árboles. Miraba todas las resmas que lo rodeaban y no lograba verlas sino como los miembros de árboles triturados y machacados en una pasta finísima. Sabía, sin embargo, que los árboles son sensibles pero fuertes. Sus heridas no cicatrizan: quedan, se vuelven más espesas, y ellos siguen creciendo. Se consolaba pensando que a lo mejor éste era otro de los motivos de su longevidad, y que ya estaban acostumbrados a convivir con los seres humanos y sus ansias destructivas.

---

*«Cuanto más pasaban los días, mayores eran las ganas que sentía. Sentía la necesidad de no oír más el parloteo de los humanos, de escuchar sólo su respiración y el silencio. De ponerse en cuatro patas y percibir, debajo el vacío, y luego nuevamente el lleno de la madera.»*

---

En los últimos tiempos una nueva escuela de idiomas había abierto, justo en la esquina. La papelería estaba siempre llena de estudiantes y profesores que venían de todas partes. Zeno se divertía sobre todo cuando tenía que fotocopiar libros con alfabetos desconocidos: el chino, por ejemplo, o el japonés, que casi se confundían y él no podía distinguir. ¿Y el árabe? Qué belleza esos caracteres. Podía casi imaginarse los movimientos que la lengua debía realizar en la boca, parecían una danza sinuosa en la geometría del desierto. Pero cada vez más seguido Zeno deseaba estar más y más entre los árboles, sólo allí se sentía libre y en paz.

Cuanto más pasaban los días, mayores eran las ganas que sentía. Sentía la necesidad de no oír más el parloteo de los humanos, de escuchar sólo su respiración y el silencio. De ponerse en cuatro patas y percibir, debajo el vacío, y luego nuevamente el lleno de la madera. De estar vertical, suspendido. Zeno se daba cuenta de que las extremidades de su cuerpo empezaban a afinarse. Los brazos y, todavía más, los dedos de las manos.

Los compañeros de trabajo y hasta algunos profesores lo miraban más detenidamente que de costumbre. «Esa persona tiene algo distinto, ¿pero qué?». No lograban encontrar la diferencia. Mientras tanto, Zeno se volvía más delgado, más enjuto y sutil.

Los últimos días que estuvo en el negocio de la esquina de la escuela de idiomas, Zeno dejó en quienes lo veían el recuerdo de una figura cada vez más extraña, como si las partes de su cuerpo fueran menguando desde abajo hacia arriba. «Como un árbol», dicen algunos, «donde la rama que sigue es más delgada y menor que la anterior».

«Zeno murió el 14 de octubre de 2009», reza el cartel fuera de la papelería. Algunas personas comentan: «pobre Zeno, morir así, por una enfermedad tan rara y desconocida». No saben que Zeno sólo se ha transformado, se ha fundido con el árbol con el que ha estado conviviendo. Ha decidido vivir una vida diferente y más larga que la de los seres humanos.

© Francesca Leita

---

#### **La autora:**

**Francesca Leita** (Padova, Italia. 1977) *laurea* en Filosofía, Università di Roma La Sapienza, *Master of Sciences* por la London School of Economics and Political Sciences, concilia la cultura italiana con la rioplatense. De familia uruguaya ha trabajado en la producción de documentales y por cinco años se ha desempeñado en Buenos Aires y Montevideo como programadora de eventos cinematográficos y musicales. Actualmente vive en Venecia. Sus relatos fantástico en la línea de Italo Calvino seducen por su sencillez y tono alegórico.

## DE PASO

por Sergio Borao Llop

Lo pensó así en el momento exacto en que se apeaba del tren: «nadie hablará de nosotros cuando hayamos muerto». Intuía o recordaba que era el título de una canción, una película, un libro... Algo que le venía de remotas regiones de su mente, palabras difuminadas por la resaca del tiempo que ahora, sin motivo aparente, habían salido a la superficie para volver a sumergirse en el olvido minutos u horas más tarde. El hombre ya no era joven. Tenía esa edad indefinida de quienes han vivido en muchos sitios o —pensémoslo despacio— en *ninguno*. Por eso una frase aparecida de repente en su cabeza podría venir de cualquier parte: La edad mezcla palabras y recuerdos, invenciones y vivencias. Todo es una misma argamasa que se amontona, informe, en los anaqueles de la memoria.

Pero ¿a qué venía esa frase justamente ahora? El traje raído, las arrugas delatoras, el exiguo maletín ¿pueden ser, acaso, la respuesta? El hombre miró al frente. Un cartelito despintado anunciaba el nombre de la estación: «Ingeniero de Madrid». Le resultó chocante, porque él había nacido allí, muy cerca de Madrid; en España, esa España ahora tan lejana como las brumas de un entresueño, que se van desvaneciendo poco a poco cuando despertamos y de las que, al final, apenas queda un vago rescoldo, una cicatriz inexistente. Tal vez fue ese detalle —pero esto lo pensó ahora, mientras contemplaba el letrero—, el nombre de la estación, lo que le trajo a la mente la frase lapidaria. Porque ¿algún ser vivo recordaba todavía quién fue exactamente ese ingeniero? Ciertamente que en algún libro, en alguna enciclopedia cubierta de polvo, quizá se reflejase no sólo el nombre, sino incluso también el hecho por el cual este lugar que ahora pisaba había adoptado ese nombre, que —a pesar de todo— no dejó de resultar sumamente curioso. Pero ¿puede una enciclopedia, por exacta y completa que sea, imitar o suplantar *eso* que llamamos recuerdo? ¿Son esos artículos, esas anotaciones, una forma de seguir existiendo en la memoria de las gentes futuras? Tal vez, pero, en cualquier caso, una forma distorsionada, infinitesimal. Las biografías las escribe gente viva sobre gente muerta (o gente muerta sobre gente muerta, que viene a ser lo mismo) y quienes las escriben no saben nada, absolutamente nada. A lo sumo, una mínima colección de hechos aparentemente importantes, pero que en realidad son irrelevantes o anodinos, puesto que no arrojan ninguna luz sobre la persona biografiada... La única biografía posible la va escribiendo uno mismo, con sus propios actos, y no queda registro en parte alguna...

---

*«Si lo pensaba con frialdad y atención, fueron precisamente ellos quienes le habían traído hasta este lugar, quienes habían de llevarle adónde iba.»*

---

Vio las vías perdiéndose en el horizonte. Las vías del tren sugieren la infinitud y el desencuentro (Acaso también la infinitud del desencuentro) pero en este caso concreto, además, ese desencuentro resultaba aún más dramático porque dos pares de vías se cruzaban en este punto para ir alejándose después hacia sus respectivos destinos, líneas infinitas que jamás volverían a encontrarse. Y este punto, el único lugar en que esas líneas se encuentran, es una estación erigida en medio de la nada, un punto perdido entre otros puntos igualmente perdidos o inimaginables.

Así sucede —pensó— tantas veces. Tal vez sólo exista un punto, un único punto en todo el inimaginable cosmos, donde sea posible el encuentro. ¡Qué dicha, el encuentro! Y qué tristeza ver alejarse de nuevo los trenes del destino, intuyendo...

Desencuentros... Si lo pensaba con frialdad y atención, fueron precisamente ellos quienes le habían traído hasta este lugar, quienes habían de llevarle adónde iba. Pero ¿dónde iba exactamente? No podía recordar el nombre (*si es que tal cosa puede tener importancia en realidad*), y no tenía el menor deseo de sacar del bolsillo el papel donde figuraba. Ya habría tiempo para eso cuando el nuevo tren se pusiera en marcha hacia el siguiente destino. La vida es una sucesión de trenes que, *en apariencia*, nos llevan de un lugar a otro. Sabía que una vez allí tenía que hablar con un tal Pereira o Pereyra, un portugués o brasileño que también —por circunstancias desconocidas y que, en el fondo, no importaban— había venido a dar con sus huesos en ese lugar alejado del mundo y de la historia. (Pero —atinó

a pensar más o menos confusamente— ¿hay algún lugar que no esté alejado del mundo y de la historia? De ser así, el tiempo, juez definitivo, ya vendrá a corregir esa desigualdad momentánea, ese error inocuo). Tampoco recordaba, hecho anecdótico si lo miramos bien, cómo se llamaba el lugar del cual venía. De ese triángulo escaleno, sólo el curioso nombre de esta estación solitaria había echado raíces en su memoria. En la estación no había nadie más. De nuevo, estaba solo.

Los desencuentros, sí... Llegan a ser tantos que es imposible recordarlos todos. Y ¿para qué habríamos de recordarlos si sólo pueden producir dolor, desolación? Amigos que se fueron diluyendo en un pasado cada vez más difuso, amantes cuyos rostros apenas son una neblina inconsistente, familiares a quienes no había visto en dos décadas... Y le vino de nuevo esa frase: «Hablar de nosotros después de muertos —musitó con una sonrisa amarga—. Si al menos alguien lo hiciese cuando aún estamos vivos, si es que en verdad lo estamos». Si alguien... Porque: ¿Quién le brindó una mano cuando su mundo se desmoronaba? ¿Quién le habló cuando precisaba una palabra? ¿Quién estuvo ahí en esas horas de amarga e interminable soledad, o en esas otras de inasumible derrota? ¿Quién, finalmente, vino a despedirle a la estación —esa otra, ahora disuelta entre las telarañas de un olvido consciente— veinte años atrás, cuando tuvo que partir para no regresar? *Para no regresar*. ¿Amistad? Palabra casi siempre exagerada para definir relaciones superficiales entre seres humanos. ¿Amor? Ya lo dijo Bécquer: es un rayo de luna. ¿Fidelidad? Palabra horrible y abstracta. Encierra una falacia.

---

*«Un día, no muy lejano, de esta estación sólo quedarán ruinas, algunas fotos viejas, tal vez uno que otro recuerdo impreciso como la sombra tenue de un sueño abandonado en las hondonadas del tiempo.»*

---

Un día, no muy lejano, de esta estación sólo quedarán ruinas, algunas fotos viejas, tal vez uno que otro recuerdo impreciso como la sombra tenue de un sueño abandonado en las hondonadas del tiempo. De quienes en ella esperaron alguna vez, de quienes tomaron un tren o se apearon de otro, de quienes en ese mismo andén conversaron durante unos minutos, desconocidos atrapados durante un instante en un lugar que ninguno de ellos eligió, ¿Qué será exactamente lo que quede?

Un vacío tan grande como el que ahora veían sus ojos, allí en esa estación inconcebible, era la única respuesta a todas esas preguntas. El hombre suspiró, miró hacia el cielo gris. El cansancio ya conocido vino a posarse sobre sus hombros. Tuvo que sentarse. Tal vez

se adormeció. Por eso, no podría decir si vio, o sólo los soñó, a los jinetes que venían cabalgando desde el Sur, lentos, callados, cabizbajos.

De los dos jinetes, el más joven se quedó un buen rato mirando al hombre que dormitaba, sentado en el destartalado banco de madera de la vieja estación. Hizo un gesto vago de saludo, sin obtener respuesta. Luego miró a su acompañante y preguntó:

—¿Qué estará haciendo ahí?

Después de un rato, el otro jinete, un viejo de pelo blanco y rostro endurecido por lluvias y sequías y noches durmiendo al raso, contestó sin apartar sus ojos del camino:

—Está esperando.

El joven le mira, incrédulo.

—¿El tren? Pero entonces tal vez deberíamos decirle...

—Probablemente él sabe.

—Pero si supiera, entonces...

El viejo calla. Deja que la verdad se vaya abriendo paso en la mente del otro. Sólo cuando ya casi le han perdido de vista, cuando el hombre desconocido y la estación abandonada apenas son un recuerdo que se va desdibujando, vuelve a oírse su voz grave, sentenciosa.

—Hay gente que va en busca de su destino; y hay gente que espera. Y también hay gente que hace las dos cosas. Dónde, cuándo, por qué... sólo son detalles circunstanciales, insignificantes. Y ni siquiera podemos hablar de elección. Caminas durante años y un día, sin que se sepa el motivo, los pies se niegan y ya no hay alternativa. Ese hombre —*su rostro lo gritaba*— se cansó de caminar. Y ahora

espera. Nada más.

Y sin mirar atrás, los dos jinetes siguen cabalgando, sin apuro, como si en realidad no fuesen a ningún lugar, como si la única realidad posible fuese el camino que se extiende bajo los cascos de sus caballos. El silencio se ha instaurado de nuevo entre ellos, y sobre la escena, ahora, apenas se oye el rumor de la brisa que recorre, casi con timidez, el inabarcable páramo, rozando al pasar, de forma leve, todo aquello que aun tiene consistencia y que algún día, pronto, sólo será una sombra, un apunte inconcreto en los ajados libros de los hombres.

© Sergio Borao Llop

---

### **El autor:**

**Sergio Borao Llop.** Narrador y poeta. Nacido en Mallén (Zaragoza, España) en 1960. Miembro de Poetas del Mundo, del directorio REMES, del movimiento internacional Los Puños de la Paloma y del Club de Cronopios. Colaborador habitual o esporádico en varias revistas y boletines electrónicos (Inventiva social, Narrativas, IslaNegra, Gaceta Virtual, Con voz propia...). Presente en diversas webs de contenido literario (Letralia, EOM, Almiar Margen Cero, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes...) así como en algunos programas radiofónicos. Fue finalista en los certámenes de poesía y relatos Ciudad de Zaragoza (1990) y durante un tiempo administró el blog *Al\_Andar*, homenaje a las voces clásicas y muestra de algunas de las voces de hoy. Actualmente se le puede seguir en el blog *DESIERTOS QUE HABITÉ, OASIS QUE ENTREVÍ* (<http://sergioborao2011.blogspot.com/>) y también en Facebook: <http://www.facebook.com/Sergio.Borao.Llop>.

\* \* \*

### Relato

---

## MIS MANOS TAMBIÉN SON SUAVES

por Paloma Hidalgo Díez

—Me gustan las manos de Eva, son suaves. Huelen a limón y a mandarina cuando me cogen la cara. También me gusta su pelo; una vez pude tocarlo pero me dio vergüenza. Miguel agacha de nuevo la cabeza y vuelve a sumergirse en uno de esos silencios en los que no sé lo que pasa por su mente.

Recoge del suelo los periódicos que sin querer ha tirado y me ofrece una gran sonrisa cómplice. Ahora está tranquilo, sus ojos claros reflejan la luz del cielo de verano que entra por la ventana, y las manos descansan una sobre otra en su regazo.

—Eva compra casi nunca galletas, no las come porque dice que se le pican las muelas. A mí me gustan las galletas de canela; las de chocolate me ensucian los dedos y luego me mancho la ropa. De repente su semblante cambia, crispa los músculos de su cara, cierra con fuerza su boca y provoca con ello una mueca en el rostro; se levanta con los puños cerrados y comienza a dar vueltas por la sala hasta que la crisis pasa.

El día que le conocí llovía a cántaros, yo acababa de salir del metro y el aguacero me condujo a buscar refugio en la primera tienda que encontré. Era la papelería de Miguel, se acercó al mostrador y preguntó qué deseaba.

—Un sobre apaisado por favor, contesté.

—¿Qué es eso? inquirió mientras apoyaba sus manos en el mostrador.

Levanté la vista y reparé en el muchacho delgado que esperaba mi respuesta. De edad indefinible, aunque seguramente ya no cumpliría los veinticuatro, el aire añado de su mirada jugaba a equivo-carne.

—Un sobre rectangular. Contesté tras unos segundos.

Con él en la mochila salí a enfrentarme de nuevo con la lluvia.

Días después volví a pasar por la librería movida por el interés que el chico había despertado en mí, quizá fuera una secuela de mi recién estrenado trabajo en el juzgado. Allí estaba, con ese aire infantil que le envolvía, vendiendo unos cromos a unas niñas. Me reconoció inmediatamente, preguntó si necesitaba más sobres *apaisados* haciendo hincapié en la pronunciación de la palabra, y se presentó.

—Soy el dueño de la librería y me llamo Miguel, Miguel Gracia ¿Y tú?

Responderle dio origen a nuestra amistad.

Ahora Miguel se sienta en el sofá y vuelve a hablarme de Eva, del día que fueron juntos a la feria, de cómo le compró un algodón de azúcar rosa sólo para que lo pasease por el recinto ya que no le dejó comer tan siquiera un bocadito, de cuánto le hubiera gustado probarlo y de cómo el algodón terminó en un gran charco. Le veo frente a mí y su retraso parece hacerse lo único visible; quiero que esto termine. Ahora no es él sólo el que me preocupa, soy yo que no me veo capaz de aguantar hasta el final porque el dolor me espanta, yo soy mucho más débil que él.

Me cuenta por enésima vez que sus padres le pusieron la papelería para que cuando fuera mayor, tuviera algo para mantenerse. Me lo ha dicho muchas veces siempre orgulloso de ellos, su padre era militar y su madre modista. Su padre quería tener un hijo abogado, su madre un violinista; aunque el defraudado fue él con la repentina desaparición de ambos una tarde de primavera.

*« Miguel llora, sin estridencias, sin pena, porque se acuerda de la suavidad de las manos de Eva, y de su olor a limón y mandarina.»*

Yo traigo a la conversación a las cartas Yu-Gi-Oh y a Miguel se le recargan las baterías. Cada domingo acude al Rastro mazo en mano para cambiar, comprar y vender; lo sabe todo acerca de ellas y tiene una pequeña fortuna convertida en puzzles, anillos, cetros, llaves, balanzas, colgantes, todos esos objetos milenarios que ayudan a los protagonistas de las cartas del apasionante juego de rol al que ha conseguido aficionarme. Puede pasar horas dedicado a la creación de lotes de juego, conoce cada secreto y cada regla. Pero de nuevo los fantasmas que a él le atosigan y que yo quiero capturar aparecen, y el brillo de sus ojos se esfuma cuando recuerda que ella le quitó todas sus cartas. Y las escondió en la habitación prohibida,

en esa que pase lo que pase no puede entrar. Es la habitación de Eva y si descubriera que ha estado allí, se volvería tan loca como aquella tarde en la que le pilló mirando por la cerradura.

Miguel llora, sin estridencias, sin pena, porque se acuerda de la suavidad de las manos de Eva, y de su olor a limón y mandarina.

Tiene hambre, me dice que ya no debe faltar mucho para la hora de comer porque tiene un reloj en el estómago que en lugar de hacer tic-tac ruge como un león al dar las dos. Sé que si salimos de la habitación será difícil volver a tener una oportunidad, pero escucho a su león desde mi acomodo en el sillón. Le llevaré a comer una hamburguesa, sé que le gustan sin queso y con mucho pepinillo. He aprendido mucho de sus gustos.

Seguimos hablando, me pregunta si hoy no voy a trabajar y antes de que yo conteste, me guiña un ojo. Miguel es listo. Después habla del tiempo, del calor que no le deja dormir y de que Eva una noche se equivocó y en lugar de poner el aire acondicionado puso calefacción, se ríe al recordar que sacó sus cartas y pensó que cruzaba Egipto buscando los recuerdos perdidos del Faraón Atem. Y me explica que muchos días en invierno se equivoca también y le pone el aire frío pero que dormir con el plumas puesto le hace pensar que escala el Sakurayama, la montaña de los cerezos, para conseguir otros objetos milenarios para su mazo de cartas.

Es dócil y maleable por eso quiero alejarlo de ella y de sus olvidos malintencionados.

Se ha levantado un viento fuerte que anuncia una tormenta que quizás descargue pronto esas nubes densas y grises. Los relámpagos le gustan, me dice que esa luz azul brillante que recorre el cielo y lo parte en dos es bonita pero añade que los truenos le dan mucho miedo, le parece cuando los escucha que el cielo se rompe y teme que algún pedazo caiga sobre su cabeza. El cielo tiene pinta de hacer mucho daño según me cuenta después. Por fortuna llegamos pronto a la hamburguesería, lo malo es que el mal tiempo ha congregado allí a viandantes aprensivos que buscan cobijo, y hay mucha gente.

Sé que cuando hay muchas personas a su alrededor se agobia, se pone nervioso y empieza a frotarse las manos como si una fogata se extendiese bajo ellas. Le pido que busque una mesa libre y se siente para coger sitio, al momento le veo sentado junto a la cristalera, me sonrío satisfecho y yo le devuelvo la sonrisa.

Para morder su hamburguesa adopta una posición extrema, el pecho apoyado contra el borde de la mesa y el cuello estirado como si emulara a un avestruz. No puede mancharse, eso ella no se lo perdona, y si lo hace sabe que le espera un buen castigo.

A mí me recorre un escalofrío, estoy cerca. Le hablo de las manchas del Quinto Dragón legendario y su rostro cambia. Insisto, necesito escucharle diciendo lo que sé que pasa desde hace mucho tiempo, necesito su voz. Pero sus labios se vuelven a cerrar.

Mira por la ventana mientras pega los últimos chupetones a la pajita de la coca cola. Parece perdido entre las gotas de lluvia que han empezado a caer, entre los pasos de la gente que corre buscando refugio, se abstrae sin más. Tiempo muerto en su memoria.

—Eva no quiere tú y yo que seamos amigos.

Confiesa para convertirme en cómplice, y acepto el duelo que supone serlo.

—Lo sé. ¿Tú quieres ser mi amigo?

—Sí. Responde alargando su mano hasta enlazar la mía.

—Tus manos también están suaves, huelen a lavanda y a musgo. Hueles a bosque, como las hadas. Cuando piense en ti me imaginaré un hada verde con un espejo en la mano.

Le abrazaría, le haría escuchar el corazón que palpita emocionado, pero sólo le cojo la mano y la acaricio.

Su móvil suena, pero al leer su nombre en la pantalla lo cierra sin responder. Me dice que no quiere hablar con ella ahora porque sabe que le va a pedir que vuelva a casa. Al poner su mano sobre la mejilla me dice que le duele una muela, que va a tener que ir al dentista por comer tantas galletas de canela. Nunca ha visitado una clínica dental pero le dan un miedo atroz, como los perros, a ellos también los teme. Sé que le gustan las aves, y los caballos y le prometo que un día iremos juntos a un picadero.

—¿Qué es un picadero? Siempre pregunta lo que no sabe, le explico que es el lugar dónde se aprende a montar a caballo y se adiestra a los animales y su risa resuena como los cascabeles de un sonajero. Quiere ir hoy mismo, le hago comprender que hoy ya es tarde, pero prometo que pronto lo haremos juntos.

—Eva también promete cosas, pero luego se le olvidan y nunca las hacemos. Me prometió que iríamos juntos a ver el mar, porque sólo lo he visto en la tele, pero ella se fue con sus amigos. Dice que es muy feo y que a mí no me va a gustar.

Sigue creciendo ese nudo que se ha formado dentro de mi estómago desde que ha empezado a contarme lo que siente. Y aunque tengo la impresión de que si lo hago voy a jugar sucio, empiezo a contarle cuánto me gusta el mar.

Le hablo del olor a mar, de los paseos por la orilla del agua mientras las olas bañan los pies y de las conchas que se encuentran escarbando en la arena. Le digo que hay gaviotas que planean sobre nuestras cabezas graznando en busca de comida; quiero que se imagine el salitre del agua sobre su piel al salir de bañarse y secarse al sol, quiero que retenga el gusto salado del océano a fuerza de mis palabras. Le explico que a veces las olas crecen hasta volverse tan grandes que golpean con su espuma el paseo marítimo y que otras, cuando se retiran de la playa en la bajamar, dejan al descubierto anémonas adheridas a las rocas. Me mira con fascinación, me pide que siga contándole. Y le hablo de las algas, y de las medusas; le digo que construiremos un castillo de arena apilando cubos rellenos de ella y aplaude feliz.

—Ella no quiere que tenga reloj, dice que en mi mundo no sirve de nada saber qué hora es; que ahora

---

*«Para morder su hamburguesa adopta una posición extrema, el pecho apoyado contra el borde de la mesa y el cuello estirado como si emulara a un avestruz.»*

---

que ella se encarga de la librería, a mí no me hace falta saber si son las dos o son las seis.

Contraataco con todas mis fuerzas, por fin parece que me entiende; poco a poco derriba el fuerte que protege a Eva y la hace más vulnerable a sus ojos. Le explico que hay relojes con las fases de la luna, con cronómetro

—¿Qué es cronómetro? Me interrumpe.

—Es un reloj de precisión que sirve para medir porciones muy pequeñas de tiempo. Le digo yo. Además detallo que hay otros con luz; relojes que se ven en la oscuridad; con números, sin ellos... quizá mañana me arrepienta pero ahora me siento bien, estupendamente bien.

Ojalá haya entrado en mi juego, no hay nada en este momento que me haga más feliz. Me gustaría empujar al tiempo.

—Cuando era pequeño papá me llevaba al cine, pero desde que ella me cuida no he vuelto a ver ninguna película. A veces por la noche, cuando llegaba a casa me mandaba a mi cuarto y cerraba con llave la puerta de mi habitación, después ella se sentaba en el salón a ver la tele. Yo creo que veía películas que salen en la televisión; muchas veces oía las músicas.

---

*«El intercambio de ideas se paró en seco, volvió a entrar en uno de esos periodos en los que se desconectaba del mundo..»*

---

—¿Te gusta poner el árbol de Navidad? Preguntarle aquello sólo perseguía cerrar más el cerco, además era algo que yo sabía ya. Juntos lo colocamos el año que nos conocimos, llegué a la papelería cuándo Miguel había empezado a sacar las cajas de adornos, y viví en directo su entusiasmo en el montaje.

—Si me gusta, dijo, y añadió: Y tú lo sabes, hemos puesto el de mi librería, bueno el de la librería... El deje de tristeza de sus palabras me parte el corazón; sentí que los cimientos empezaban a tambalearse.

El intercambio de ideas se paró en seco, volvió a entrar en uno de esos periodos en los que se desconectaba del mundo. Temí que no volviera, o que al hacerlo se hubiera salido de la senda que mis pies iban abriendo ante los suyos. El transcurrir del tiempo me resultaba dañino, odioso.

—Te voy a contar algo que no sabes, dijo solemne:

—El día que me dijo que yo no debía haber nacido, ese día mi hermana Eva empezó a pegarme. Desde entonces cuando se enfada mucho me recuerda que yo no hago nada más que estorbarla, que soy retrasado y que tengo la culpa de que mis padres tuvieran el accidente de coche en que se mataron. Me quitó todas mis cartas y las tiró a la basura. Eva me insulta y me encierra, y a veces no me da de comer porque dice que los retrasados somos una carga que hay que eliminar de la sociedad. Lo peor es cuando me mancho, entonces se pone furiosa y me coge la cara con las manos y me grita diciendo que ojalá me hubiera muerto yo, y me pega hasta quedarse sin fuerzas. Los abogados me quitaron la librería porque dicen que no soy capaz de encargarme de ella sólo, creo que me engañaron; ella me odia por ser su hermano y me odia por no ser tan brillante como ella.

Con la grabación en el bolsillo acudí a los servicios sociales, y denuncié a Eva por maltrato a su hermano Miguel. Las investigaciones que se van llevando a cabo están sacando a la luz el resto del iceberg del que sólo conocía la puntita, pero ya no hay nadie que le diga que no puedo ser su amiga.

Miguel dice que mis manos son suaves, y que mi pelo huele a lavanda y a musgo, mientras me enseña sus nuevas y relucientes cartas Yu-Gi-Oh.

©Paloma Hidalgo Díez

---

### **La autora:**

**Paloma Hidalgo Díez** (Alcalá de Henares, Madrid). Dicen de los piscis que somos imaginativos y sensibles e intuitivos y que siempre preocupados por los demás. A mí, además, me encanta soñar despierta. Optimista. Nado a contracorriente y cuando me buscas me encuentras. Creo que hay que dar para recibir, y creo que la vida hay que bebérsela a sorbitos muy pequeños, para saborearla en toda su inmensidad. Blog: <http://unlibroesunjardndebolsillo.blogspot.com>

## POR SU PADRE, POR SU MADRE, POR ÉL MISMO

por Roberto Gutiérrez Alcalá

Igual que otras veces que se quedaban de ver en la noche, cada dos o tres semanas, siempre en un Sanborns, que podía ser el de San Ángel, el de San Antonio o incluso el de Santa Fe, si ambos andaban más o menos cerca de la zona, él pidió una naranjada con agua mineral y un rollo helado de chocolate, el cual siempre, también, se lo servían coronado por una fresa que, sin embargo, nunca se comía por temor a que no estuviera bien desinfectada y a que, por consiguiente, le causara una terrible salmonelosis o algo por el estilo. Su madre se decidió en esa ocasión por un sándwich de pollo y un té verde frío. Lucía, como siempre, impecable: relajada, sonriente, segura de sí misma. Antes que nada le preguntó por los niños: cómo estaban, cómo iban en la escuela, cómo se portaban. Eran preguntas dictadas no por un simple prurito de cortesía y amabilidad, sino por un sincero y genuino interés, por un intenso y profundo amor. Él lo sabía muy bien. Por eso invirtió los próximos cinco o diez minutos a responderlas con lujo de detalles. El rollo helado, como siempre, estaba delicioso. Él acompañaba cada bocado con un poco del jarabe de chocolate que le habían añadido en la barra de los postres. Luego le daba un sorbito a su naranjada... Aunque está convencido de que esa vez su madre y él se reunieron para tratar un *asunto verdaderamente importante*, ya no recuerda bien a bien cuál fue éste. Es probable que estuviera relacionado con algún adeudo de la tarjeta de crédito adicional que había obtenido por medio de su madre, y cuyo estado de cuenta llegaba a casa de ésta cada mes. Es probable, aunque no está enteramente seguro de ello. Da lo mismo. Sin duda lo habrán despachado con rapidez y eficacia... Lo que sí recuerda con certeza es que su madre llamó a la mesera con una mano y que a continuación habló, primero, de la hermana de su padre (es decir, del padre de él, su tía), a la que había visto a lo lejos esa mañana en el banco, y, luego, por una asociación automática, de su padre, precisamente. Dijo que no entendía por qué se le había venido a la mente el día en que ella y su padre fueron a una fiesta en casa de uno de sus compañeros de trabajo. Él no había nacido todavía; ellos (su madre y su padre) tenían unos siete u ocho meses de casados. La mesera se acercó a la mesa. Su madre volteó a verla y le dijo que ya podía llevarse su plato y que, por favor, le trajera un helado de limón. Después siguió hablando con él, aunque ahora un tanto abstraída, con la mirada puesta en la azucarera. Señaló que, desde que lo conoció, su padre siempre se había mostrado como un tipo inmaduro y excéntrico, con comportamientos y actitudes bastante desconcertantes, pero que ese día las cosas llegaron a un punto a partir del cual a ella ya no le resultó posible sentir mucho respeto por él. Como para poner en contexto lo que iba a referir, añadió que ella se daba perfecta cuenta de que casi todos (por no decir todos) sus compañeros o lo ninguneaban o lo trataban con un desdén y un desprecio más que evidentes... El caso es que la fiesta estaba en su apogeo. La anfitriona, esposa del compañero de su padre, invitó a los presentes a pasar al jardín, donde había una gran mesa redonda cubierta con toda clase de recipientes de vidrio y plástico rebosantes de arroz, pollo frito, carne asada, ensalada, frijoles, salsas..., y a servirse por su propia mano. La mesera puso una copa con dos bolas de helado de limón y una cucharita sobre la mesa, y se retiró. Su madre pareció despertar de un sueño, parpadeó, volteó a verlo a los ojos y retomó la palabra: su padre se había aproximado a aquella succulenta mesa en compañía de ella, y, luego de servirse un poco de arroz y frijoles, le dio por hacer o decir alguna gracejada de muy mal gusto que fue ignorada por todos. Su madre creía que su padre había vivido desde niño abrumado por un tenaz sentimiento de abandono y que, para agenciarse el cariño y la atención de la gente, desarrolló inconscientemente una personalidad locuaz y delirante que, lejos de acercarlo a su cometido, lo apartaba cada vez más de él... Bueno, dejando a un lado teorías psicoanalíticas

---

*«La anfitriona, esposa del compañero de su padre, invitó a los presentes a pasar al jardín, donde había una gran mesa redonda cubierta con toda clase de recipientes de vidrio y plástico rebosantes de arroz, pollo frito, carne asada, ensalada, frijoles, salsas..., y a servirse por su propia mano.»*

---

baratas, aquel día los compañeros de su padre decidieron ignorarlo olímpicamente y pasársela a gusto entre ellos, *sólo* entre ellos. En un momento dado, cuando se servía un poco de salsa, el anfitrión manchó sin querer la camisa de otro compañero que se le atravesó para coger un salero. Una catarata de risas estalló en el aire. De buen humor, este último individuo —«el agredido»— se hizo de otra cuchara, la metió en la salsa y le devolvió a aquél «el ataque»... Las risas se multiplicaron. Entonces, su padre, que en aquel instante debió de haber experimentado con más furia que nunca el mordisco de la soledad y, al tiempo, el ansia de congraciarse con —y buscar la aprobación de— todos, metió la mano en la salsa y él mismo se manchó la camisa, la corbata, el cabello... Su madre se llevó una porción de helado a la boca y la saboreó lentamente, moviendo los labios de un modo casi imperceptible. No sabía por qué le contaba eso, sólo podía decirle que lo había recordado inmediatamente después de haber sacado a relucir lo de su ex cuñada en el banco, agregó. Él le dio el último sorbo a su naranjada y se limpió la boca con una servilleta. Ahora recuerda que justo cuando se alzó la manga de la chamarra para ver la hora en su reloj, sintió unas inmensas ganas de llorar. Por su padre, por su madre, por él mismo. Pero también recuerda que se contuvo y que a continuación alzó una mano para pedirle la cuenta a la mesera que, por cierto (no se fijó hasta ese momento), llevaba una cofia en extremo ridícula sobre la cabeza, una blusa adornada con grecas de colores y una falda blanca con olanes ribeteados de rojo, con las cuales se pretendía, de seguro, que adquiriera la apariencia de una tehuana o una jarocho o quién sabe qué cosa.

© Roberto Gutiérrez Alcalá

---

#### **El autor:**

**Roberto Gutiérrez Alcalá** (31 de octubre de 1961, ciudad de México). Tiene un libro publicado: *La vida y sus razones* (Editorial Aldus, 1994), y otras dos obras aún inéditas: *El corrector de estilo* e *Inventiones a dos manos*. Busca editor. Si saben de alguien interesado, avísenle, por favor, a [robargu@hotmail.com](mailto:robargu@hotmail.com).

\* \* \*

## Relato

---

### LA COBARDÍA

por Fernando García Maroto

Todavía lo seguimos recordando.

Algunas veces, cierto que las menos, uno de nosotros deja escapar con la facilidad del bostezo un comentario accidental que evoca sin pretenderlo el recuerdo imposible del Barriga, su presencia ridícula e inofensiva, apenas entrañable, su aspecto miserable y su olor acre de borrachín impenitente. Pero la mayor parte del tiempo sucede un silencio moroso, de segundos y sin embargo eterno, del que todos participamos con una cuota incondonable de sabiduría callada de cobardes.

Y todo porque en el bar el Barriga era una institución, formaba parte del decorado; un parroquiano fiel y característico dotado de la sencillez y el candor estúpidos que convierten automáticamente a un hombre, el que sea, en camarada de los demás en tales lugares hechos a la medida menguante de los solitarios. Se le esperaba a cualquier hora, no tenía que avisar, y su ausencia nunca pasaba desapercibida pues provocaba una inquietud extraña difícil de explicar con pocas palabras, las que manejaban a duras penas los embrutecidos clientes del bar.

En cuanto entraba el Barriga, Carlos, el camarero, jaleaba ese apodo convertido por la fuerza de la costumbre en un nombre más, casi uno propio, para que todos celebrasen con vítores la aparición obligada, y luego le preguntaba con cachondeo mal disimulado qué quería tomar, ofreciéndole siempre, apostar que sin repetir nunca la combinación, la oportunidad de elegir entre una variedad de opciones irreales que el Barriga pensaba, sopesaba, paladeaba de antemano y después, siempre, con la misma naturalidad con que llegaba el ofrecimiento descabellado, rechazaba.

—Barriga, ¿qué va a ser? Sólo tienes que pedirlo: ¿Ponche de huevo de avestruz bien calentito, un gimlet con lima mexicana, un Bloody Mary con zumo de tomate murciano recién exprimido o un whisky doble de veinte años envejecido en roble americano patrimonio de la humanidad?

—Pues... me pones un vino, Carlitos.

Con un golpe seco, firme y seco, el Barriga depositaba entonces en el mostrador una moneda que, después de ese estruendo metálico amenazador de roturas irreparables, deslizaba con un dedo en la dirección de Carlos, que ya tenía la botella de vino rancio y viscoso preparada antes de la respuesta de su cliente, del que nunca supimos a ciencia cierta si de verdad se creía aquel tumulto vertiginoso de posibilidades sibaritas que nunca elegía. El camarero le servía el vino con una sonrisa cómplice atravesada en los labios cuarteados por el frío y los madrugones diarios. Los demás presentes aplaudían la broma con discreción.

Yo, desde mi mesa reservada tácitamente, era el primero en brindar con el Barriga desde la distancia, levantando mi copa de vino blanco y bebiendo un discreto traguito en el mismo intervalo de tiempo que el otro empleaba en apurar su vaso, el único que pagaba: ya sabía el Barriga que al resto estaba invitado, por unos o por otros. El pago del primer chato de vino parecía más bien un acto protocolario; un homenaje innecesario a su orgullo de pobre diablo capaz de saldar deudas antes de admitir convites posteriores. Yo le seguía el juego.

—A su salud, hermano.

—A la suya, profesor.

Guiado por mi instinto, consciente de la labor ímproba que supondría el restablecimiento de una verdad pasajera que mañana ya habría sido olvidada por todos, no le contradecía: nunca he sido profesor, ni siquiera maestro; y llevo tanto tiempo jubilado que me supone un esfuerzo agotador recordar el trabajo que tuve, o el que durante tantos años me tuvo a mí, empleado.

Tampoco se acercaba a mi mesa, el Barriga; me dejaba bien tranquilo, como el resto de clientes habituales del bar de Carlos, y sólo me hacía alguna pregunta suelta, estéril, a gritos, desde el otro extremo de la barra, que yo me apresuraba a contestar enigmáticamente para zanjar cualquier remedo de conversación.

—Tiene un aspecto inmejorable. ¿Cómo le va, profesor?

—Ya ve, Barriga: el tiempo conoce la respuesta, y ha seguido pasando.

Los feligreses del bar, vejetes alcoholizados a medias en el mejor de los casos, currantes de barrio molidos después de su jornada laboral y que ahora se entretenían echando unas cervezas antes de regresar al otro tedio, más asfixiante, amas de casa solitarias, amargadas y prematuramente envejecidas por el resentimiento, la viudez o la simple existencia de rutina, chavales con tiempo de sobra que bebían barato y comían tapas grasientas como preámbulo a la fiesta definitiva e irrealizable de cada madrugada, celebraban mis comentarios con idéntica facilidad a aquélla utilizada con la broma de Carlos; aunque en esta ocasión sin comprender nada. Quizá sólo el Barriga, a quien iba exclusivamente dirigida, la entendía. Quizá sólo el Barriga, desde su mundo lento y cerrado, inasequible, desde la lejanía del exilio escogido y aceptado, entendía mis ironías, que impactaban con esfuerzo en su cerebro atravesando la neblina densa y húmeda de sus ojos tristes de pescado.

Él sabía que después la ida de su pregunta educada y la venida de mi respuesta poco convencional una segunda ronda, gratis, por mi cuenta, estaba garantizada. Tardaba el mismo tiempo en bebérsela que la primera; la costumbre ni frenaba ni aceleraba la velocidad del trago.

—¿Y de tapa qué quieres, Barriga? ¿Champiñón con crema de roquefort, croquetas de espinacas con piñones sirios o tal vez un solomillito tierno con cebolla caramelizada?

---

*«Él sabía que después la ida de su pregunta educada y la venida de mi respuesta poco convencional una segunda ronda, gratis, por mi cuenta, estaba garantizada. Tardaba el mismo tiempo en bebérsela que la primera; la costumbre ni frenaba ni aceleraba la velocidad del trago.»*

---

—Pues... me pones un poco de eso de ahí. Lo que sea.

Y el Barriga señalaba con el dedo glotón que presagiaba su apodo delatado por la prominencia ventruda apenas escondida tras la camisa sudada la cámara de la barra, con su cristal sucio de grasa y de años, incapaz de reconocer entre tanta salsa nauseabunda y sospechosa el manjar favorito.

Luego del bocado ansioso y su trago correspondiente, el Barriga distribuía anécdotas mil veces contadas y oídas entre los grupos que salpicaban el bar, yendo de uno a otro por riguroso orden de posición, seguro de que sus chismes, tan sobados por su boca, entusiasmaban y pagaban en parte y hasta el día siguiente los convites que le hacíamos. Nadie se metía con él; le escuchábamos con una sonrisa y con respeto, quizá ya indiferencia; y el Barriga mantenía la promesa no jurada, aquel acuerdo entre hombres de no hablar jamás ni de política ni de religión, ya que así Carlos pretendía mantener una clientela fiel y el ambiente tranquilo, sin tensiones ni discusiones acaloradas. De esta manera los grupos, arrinconados en las mesas, desperdigados en taburetes altos o simplemente de pie, aguardaban el advenimiento de aquel personaje animado y pintoresco, imprescindible que seguramente nos consideraba a todos, equivocándose y con mucho, como sus amigos del alma. Todos contribuíamos sin malicia a la mentira.

Pero ahora ya nadie le espera. Nadie gasta bromas infantiles a su costa, y hasta eso se echa de menos. Yo, por mi parte, no tengo ahora nadie con quien brindar, por lo que sea, por nada en especial. O puede que por la misma maldita mala suerte de siempre, y su prolongación inevitable.

---

*«Luego del bocado ansioso y su trago correspondiente, el Barriga distribuía anécdotas mil veces contadas y oídas entre los grupos que salpicaban el bar, yendo de uno a otro por riguroso orden de posición, seguro de que sus chismes, tan sobados por su boca, entusiasmaban y pagaban en parte y hasta el día siguiente los convites que le hacíamos.»*

---

La mala suerte de aquellos días pasados fue una mujer, sin nombre, que se ganó a pulso el apodo de la Chula, aunque ignoro también el nombre del encargado de tal bautizo, cualquiera pudo ser; y de la que podría decirse lo mismo que por el sur se decía, hace muchos años, de la Moncha: que transportaba su vida entre las piernas. La Chula estaba orgullosa de serlo, y se paseaba cada noche hasta el bar combando las caderas en un vaivén sugerente del que todos éramos testigos y cómplices. La mirábamos con gusto porque ella así lo deseaba; y luego demoraba un buen rato su contoneo en el bar, dándonos la espalda, ofreciéndonos su trasero proyectándolo con exactitud milimétrica en nuestra dirección mientras

jugaba con nosotros y además ella sola a la máquina tragaperras. Escuchábamos los avances y los premios que el chisme le brindaba, y rezábamos en silencio plegarias profanas llenas de insultos para que no ganase mucho ni muy pronto. Siempre pedía lo mismo, ginebra con tónica, y nadie se atrevía a invitarla. Tampoco Carlos intentaba vacilarla como lo hacía con el Barriga: le servía la bebida y esperaba paciente el pago, que ocurría sin falta al terminar el juego, y que coincidía con la llegada del Ruso, un sujeto rubio y rapado con la pinta funesta de los agentes del KGB en las películas americanas, y que con seguridad ni hablaba tal idioma ni sabía situar la capital en el mapa.

En su presencia ni la mirábamos, tal era la consigna. Todos la conocíamos; la Chula también, pues se relamía de placer cuando los presentes desviábamos la vista al suelo engalanado con nuestra suciedad de la tarde entera o al televisor colgado y amenazador de un saliente de la pared.

El Ruso nunca tomaba nada: contaba la recaudación de la Chula, asentía y aceptaba el trato, pagaba lo consumido por la otra y la invitaba a un cigarrillo, como después de una cópula animal y clandestina.

Impresionados y temerosos, cada cual rumiando deseos inconfesables o rencores amargos, tardábamos unos cuantos minutos en regresar a la normalidad sofocante de nuestro mundo opresivo. Carlos intentaba animar el cotarro y reivindicar su bravura y su hombría eclipsadas momentos antes hablando el primero, también muy alto, e implicándome a mí mediante alguna pregunta inútil referente a la pareja, que yo toreaba a mi modo acostumbrado, según mi humor.

—No te fastidia. Seguro que jamás en su vida vio nada igual. ¿Qué me dice de esto, profesor?

—Que hace días que los nuestros llegaron a Ruletenburgo, Carlitos. Eso me parece.

Entonces aparecía el Barriga, y lo demás se olvidaba. El bamboleo de la Chula quedaba reducido a una especie de recuerdo lascivo e irreplicable del que nos avergonzábamos un poco, lo justo para volver a evocarlo en momentos de necesidad. Era como el eructo picante de una comida agradable.

A nuestro compadre, al Barriga, el bálsamo ideal para la anterior humillación, nunca le decíamos nada de lo ocurrido; ni tampoco le sacábamos de su ignorancia cuando pretendía, sin lograrlo jamás, conocer el porqué de aquellas risas nerviosas, las evasivas a sus preguntas y nuestras miradas entre de odio y lujuria a la despiadada máquina tragaperras que reclamaba como un niño una constante atención a base de soniquetes estridentes y lucecitas epilépticas. Se quedaba siempre sin saber; y eso le costó la vida.

Porque tuvo que suceder, con la fatalidad de las cosas eternamente repetidas y constantemente olvidadas, que un día coincidieran sin nadie preverlo ni apostararlo la Chula y el Barriga. Y tuvo que suceder que ninguno de nosotros, los supuestos compadres, le dijésemos nada de aquella mujer hipnótica que jugaba al ratón y al gato con el que quisiera prestarse, ni le dijésemos nada del peligro de ofrecerse, de acercarse. Tuvo que suceder todo eso, y lo demás también. Nadie trató de detenerlo; quizá porque en el fondo sabíamos que aquello que estaba sucediendo, y que una palabra o un gesto podría poner fin, era obligado que ocurriese.

Vimos cómo el Barriga se sorprendía de la presencia femenina que acunaba sus caderas al ritmo de una música inaudible. Y vimos, yo desde mi mesa de costumbre, cómo el Barriga, animado, inocente, se acercaba a la Chula y le gastaba las bromas amables, tal vez estúpidas, que funcionaban a la perfección con nosotros.

También vimos torcerse la boca de la Chula en una mueca de desdén que ella creyó suficiente porque no conocía bien al Barriga. Vimos todo y no dijimos nada. Al igual que la mujer, nosotros pensamos que con el desprecio creciente y descarado aquella situación grotesca y penosa llegaría a su fin. Sin embargo, no fue así.

Supongo que poco amigo de las sutilezas y de las palabras, ya fuesen conciliadoras, violentas o de cualquier tipo, el Ruso zanjó la cuestión nada más llegar. No preguntó nada a la Chula, tampoco se preocupó en esta ocasión por la recaudación conseguida, sino que abortó el debate o la excusa con mano firme, empuñando una navaja y empujándola de un golpe seco hasta el pecho del Barriga, que murió desangrado en pocos minutos. No se quedaron allí para verlo, la Chula y el Ruso: se fueron en el acto, andando deprisa en la oscuridad, sumergiéndose en unas tinieblas menos densas que las del Barriga. Pude ver que ella era capaz de andar con normalidad.

La policía nos preguntó a todos. Poco sacaron en claro: vaguedades y un temor común al detalle o la identificación. Así que ahí quedó todo.

Sólo de cuando en cuando la máquina tragaperras, con el lamento de sus sonidos y sus luces, nos recuerda la cobardía. Hacemos como que no oímos, como que no vemos; y no se nos da mal, porque no es la primera vez que ocurre.

---

*«Vimos cómo el Barriga se sorprendía de la presencia femenina que acunaba sus caderas al ritmo de una música inaudible. Y vimos, yo desde mi mesa de costumbre, cómo el Barriga, animado, inocente, se acercaba a la Chula y le gastaba las bromas amables, tal vez estúpidas, que funcionaban a la perfección con nosotros.»*

---

© Fernando García Maroto

#### **El autor:**

**Fernando García Maroto** nace en Madrid (España) en 1978. Licenciado en Ciencias Matemáticas por la Universidad Complutense de Madrid, actualmente trabaja como profesor de enseñanza secundaria, actividad que lleva desempeñando desde el año 2004 y que compagina con la escritura. También colabora haciendo crítica cinematográfica en la revista digital *Miradas de cine*. Con sus relatos ha sido seleccionado y finalista de varios concursos. Después de sus novelas *La geografía de los días* (2010) y *La distancia entre dos puntos* (2011), su última novela, que lleva por título *Los apartados*, ha resultado galardonada con el Premio Eutelequía de Novela 2011.

## EL HIJO DE MAMÁ

por Marina Burana

Y en unas horas, junto con los invitados, llegaría a la casa esa terrible sensación de lástima compartida, como si todos asistieran a un velorio en vez de a un cumpleaños de seis. Y dejarían uno a uno los regalos sobre la mesa del comedor, grandes pilas de regalos desde la conmiseración y la incomodidad. Porque había amigas de mamá que todavía se ponían incómodas cuando él estaba en la habitación, con la baba colgando y los ojos como enfermos. Ninguna decía nada y en ese silencio se adivinaba más de lo que se necesitaba adivinar mientras ellas iban y venían con su mirada, de mamá a él, de él a mamá, y con sonrisas inmensas como si les hiciera gracia algo. Algunas sentían en sus manos una sudoración que intentaban disimular gesticulando exageradamente. Otras se hacían las chistosas y le hablaban; a él que no entendía nada y en los pocos momentos lúcidos que tenía quería estar solo. Los ya conocidos intentos de querer generar lazos con el hijo de mamá, y cuando aparecía el otro, el sano, un desahogo general aliviaba el silencio y las horas dejaban de ser tan penosas. Los amigos de papá se manejaban mejor porque no le hablaban y hacían de cuenta que era una planta. Algunos lo miraban de reojo mientras papá compartía alguna anécdota de fútbol y no podían evitar pensar que al menos tenía al otro pibe para los picaditos de los domingos.

Y ahora todos entrarían por esa puerta como empujados por la lástima y luego volverían a sus casas a llorar el asunto con alguna vecina, o se encerrarían en sus piezas y bajito le agradecerían a dios por haberle dado hijos sanos y buenitos. Y esa necesidad enferma de creer que porque tenía «esa condición» no entendía nada de lo que pasaba a su alrededor. Como cuando papá y la tía Amparo hicieron ruido en la planta alta y él chilló con el ojo en la cerradura, y luego se rió con una risa ronca, profunda y parecida a un llanto convulsivo. Papá salió desesperado y, sin calcular, sin estar atento a los pruritos de los que debía hacerse con el de «esa condición», le tapó la boca con la mano, asustado y arrepentido al mismo tiempo.

Pero él siguió riendo con una gravedad de hipopótamo y sus ojos enfermos ahora iban de un lado a otro muy rápido, acelerados por la mano de papá que ya lo empujaba hacia su pieza y lo dejaba ahí como se deja una bolsa de papas sobre la mesa de la cocina. Más tarde, a la noche, tratar de explicarle, al oído, que era todo un juego que jugaban con la tía Amparo. Y al día siguiente la culpa doble, la culpa inmensa que manchaba todo; porque no era la misma culpa de antes de ser visto por él.

Mamá había hecho la torta y era la única entre todos esos que sabía cómo tratarlo; y él, cuando mamá todas las mañanas bajaba las escaleras en punta de pie, se despertaba y se levantaba rápido (como podía) para ir a abrazarla antes de que llegara al último escalón. La manía de ser el primero en saludar a mamá, pensaba Germán cuando también se despertaba pero se quedaba en la cama mirando el techo, pensando en su hermano bajando las escaleras y tratando de dormirse a pesar de la bronca. Ella le diría que no tenía que bajar tan rápido, que se iba a caer y se iba a golpear la cabeza. Mamá no, pero algún otro habría pensado algo morboso con esa advertencia (y *si total...*), una imagen demasiado fantasmal e irrespetuosa que habría sabido borrar rápidamente para buscar ser una buena mujer o un buen hombre en la conmiseración por la desgracia ajena. Pero él no la escuchaba a mamá y envuelto en el silencio de siempre le sonreía con su sonrisa babosa y cansada. Ella lo mimaba mientras caminaban hacia la cocina y le decía que ahora le iba a preparar su tostada favorita. Cuando más tarde bajaba Germán y papá, la cocina olía a mermelada y mamá se reía de alguna cosa que él había hecho, porque siempre encontraba algo digno de risa en lo que él hacía, cualquier detalle podía hacerla sonreír o llorar hasta la lágrima.

La primera en llegar fue la abuela Rosario que era la única a la que no le importaba quedar como

---

*«Y ahora todos entrarían por esa puerta como empujados por la lástima y luego volverían a su casa a llorar el asunto con alguna vecina, o se encerrarían en sus piezas y bajito le agradecerían a dios por haberle dado hijos sanos y buenitos.»*

---

una desubicada al decirle «el tarado». Mamá se ofendía y sabía que su suegra se lo hacía a propósito porque cuando estaba en presencia de su marido lo llamaba por el nombre. Rosario le compró una remera pero le quedó grande y se la dieron al otro. Mamá tenía la leve pero casi férrea sospecha de que la abuela no se había equivocado de talle sin darse cuenta. Después llegarían los vecinos, seguramente. Pero ahora estaban ellos con la abuela Rosario. Él no sabía que mamá le había hecho una torta de Superman. Según ella —la única que parecía capaz de entender sus preferencias— a su hijo le gustaba mucho ese superhéroe porque la risa hipopotámica que a veces largaba cuando lo veía en la televisión parecía transformarse en un insistente pedido de que nadie cambiara de canal. Todos los que más tarde vendrían, en silencio le darían vuelta a la idea (siempre con pena y una mordedura de labios) de que mamá era muy tierna y llena de imaginación (y de que la pobrecita...). Y ella no le diría a él que le había hecho la torta de Superman, porque quería darle la sorpresa cuando fuera el momento de soplar las velitas.

Finalmente los invitados empezaron a llegar. Todos como Germán se había imaginado: llenos de regalos que sólo un nene normal podría usar, en definitiva quedaría todo para él, y eso era lo único que le alegraba de aquel festejo que le parecía bastante absurdo. Mamá recibía a los invitados en el living y papá abría la puerta principal y dejaba los sacos en el perchero. La abuela Rosario fumaba en el parque. El cumpleañosero estaba sentado en el sillón, al lado de mamá, que con su mano derecha le tocaba el hombro o le acariciaba el pelo y en su mano izquierda llevaba un pañuelo con flores para limpiarle la baba. Y nadie de los recién llegados sabía cómo saludarlo. Algunos le dirían feliz cumpleaños, pero no lo tocarían. Otros se le acercaban y le darían un beso disimulando el asco y la pena. Un puñado habría ensayado en sus cabezas, antes de entrar, exactamente qué iban a decir y cómo. Para algunos lo mejor sería dirigirse a mamá y mirarlo a él con una amplia sonrisa.

---

*«Mamá correría a levantarlo, secundada por papá que se reiría para que el resto hiciera lo mismo. Un invitado diría “cómo se divierten estos chicos” y se metería una empanada en la boca.»*

---

Se fueron acomodando uno a uno en el living, pero lentamente la casa se fue llenando de gente; había invitados en el patio, en el comedor, en la cocina, en la escalera, por todos lados. Los nenes corrían desesperados y alguien preguntaba por qué no había ido ninguno del taller protegido. Papá decía que seguramente por la hora, sabían que era un poco tarde pero antes trabajaban y no podrían haber armado la fiesta. Mamá suponía que era porque después del colegio se cansaban mucho y además ya se lo habían festejado en el taller con una torta y todo. Pero Germán, que ahora paseaba cerca de los regalos y escuchaba a los más grandes, agradecía que no hubiera ido ninguno, y pensaba que todos los padres

no eran tan imbéciles como su mamá, que era capaz de reunir a diez o quince tarados para hacer un espectáculo zoológico. Luego se fue al parque a jugar con las primas, que siempre querían jugar a las princesas alrededor del antiguo pozo de agua, y como no había ningún primo varón en la familia, a Germán no le quedaba otra opción que hacer de príncipe o de sapo. Cuando más tarde mamá lo llamó para que la ayudara a buscar el disfraz de rey para su hermano, se hizo el que no la escuchó y continuó jugando a príncipe. Luego se cansó de las mañas y caprichos de las mujeres y se puso a tirar piedras dentro del pozo con una concentración zombi.

Pero finalmente tuvo que ir. Mucha bronca cuando la tía Amparo lo vino a buscar haciéndose la madre sustituta. Las primas lo vieron irse y comenzaron a reír. Él ya sabía dónde estaba el disfraz, y antes de disimular una búsqueda para quedar bien con mamá, le aconsejó que no lo usara. Pero mamá era muy inteligente y lo miró con una seriedad demoledora; una seriedad gris y llena de palabras. «¿Dónde lo pusiste?» le preguntó, pero no era una pregunta sino el principio de un reto. Él la miró indignado, porque pensó que si la miraba así ella se iba a dar cuenta de que todo su show era una escena patética. A Germán no le molestaba quedar como un ridículo por sus propios medios, pero le enfermaba que fuera ella la que lo hiciera quedar como un idiota; ella, la que a su vez recibía las miradas de lástima y hacía de cuenta que todo estaba bien, que todo era muy normal. Mamá no esperó que respondiera y lo buscó en la habitación de servicio. Estaba debajo de la caja de las gaseosas. Germán se quedó solo un momento y vio cómo mamá bajaba las escaleras. Pensó en las mañanas que apresurado el otro bajaba a abrazarla y los dos se besaban y mamá sonreía y le tocaba el pelo. Ahora imaginaba que ambos caían rodando cuesta abajo, se partían algo y llenaban el suelo

de sangre. Pero rápido se contuvo de pensar esas cosas y después de unos momentos bajó también.

Las primas estaban jugando en el pozo de agua y mamá disfrazaba al rey. Luego de que estuvo listo, salió a correr (como podía) al parque con los demás nenes. Alguno cruel le tataría la cara con la capa real de su disfraz y él caería al piso. Mamá correría a levantarlo, secundada por papá que se reiría para que el resto hiciera lo mismo. Un invitado diría «cómo se divierten estos chicos» y se metería una empanada en la boca.

A las nueve se juntaron todos alrededor del cumpleaños y la torta. Mamá hizo creer que el sonido gutural que su hijo emitió cuando se prendieron las velitas mágicas respondía a su emoción por ver a Superman. Y todos cantarían con fuerza, para tapar el gran silencio incómodo que nacía como una enorme y persistente tela de araña por todas las habitaciones y que se fundía con la pena, la conmiseración y la culpa. Y luego la torta escupida y la baba sobre la imagen de mazapán del superhéroe; la risa ronca y mamá con lágrimas en los ojos y una sonrisa con un beso sobre la cabeza. Y no habría flashes porque todos sabían que lo ponían nervioso, entonces el recuerdo de aquello no existiría nunca, y esto al menos le daba un poco de alivio a Germán y calmaba su bronca.

Uno a uno se fueron yendo, siempre sin saber despedirse, siempre generando situaciones incómodas y alejándose de la casa para rezarle a dios en la soledad de un cuarto. Mamá lavaba las cosas con la abuela Rosario y papá sacaba las guirnaldas, los globos y los carteles. El del cumpleaños estaba solo con su disfraz de rey en el parque. Su hermano lo vio y se le acercó. Se quedó mirándolo un buen rato para ver si entre ellos había algún parecido. Le dijo feliz cumpleaños más para saber si reaccionaba que por otra cosa. Él movió todo su cuerpo desde el pecho hacia afuera y Germán se asustó, pero pronto entendió que tenía hipo. Se le acercó un poco más y le tocó el brazo derecho con su dedo índice. Desde adentro de la casa le llegaban los sonidos de los platos que lavaba mamá. Todo sería tan simple, pensaba. Pero no lo era. De pronto recordó los juegos de la tarde. Calculó que cuando mamá se despertara a la mañana no era necesario que alguien bajara apresurado a robarle el primer beso. Y entró al living sin remordimientos. Papá le tocó la cabeza y le sonrió mientras apurado llevaba un manojito de guirnaldas al tacho de la cocina. Mamá ahora canta para no pensar en la abuela Rosario que la tiene tan cerca. Y él ya es el único hijo. El otro sufrió un accidente en el pozo de agua.

© Marina Burana

---

#### **La autora:**

**Marina Burana** nació en el barrio de Los Hornos, en la ciudad de La Plata, Argentina, el 20 de marzo de 1986. Desde muy chica escribe tanto en español como en inglés. Ha publicado dos libros de cuentos en español y ha colaborado en numerosas revistas de su país y del extranjero con ensayos, artículos y ficción. Toca el violín, habla chino, francés y lee griego antiguo. Actualmente escribe piezas de teatro en inglés y vive en Asia. Su correo es [marinaburana@yahoo.com.ar](mailto:marinaburana@yahoo.com.ar) y su sitio personal es **Ficción Burana**.

\* \* \*

---

## Relato

# TUBERÍAS LENTAS

por Ángel Corgo

Cuando bajé la cabeza el agua seguía allí. Sobre el agujero negro. Desafiante. Remisa a desaparecer. Fue sólo una sensación inicial. Una intención. Luego, poco a poco, se diluyó por el sumidero. Lo hizo despacio, con humildad, apenas un silbido final, mínimo. Ya está. Unos grumos de jabón lan-

guidecían en la pila. Abrí el grifo, un tirón seco e intenso, breve, y se llevó una parte de aquello. Repetí la operación tres veces, hasta que desapareció todo rastro. Luego froté con el paño y quedó reluciente. Como si no hubiera pasado nada. Como si aquella agua y aquel jabón no hubiesen estado allí nunca jamás.

Sequé los cubiertos y las tarteras con el paño, coloqué las tarteras en el estante superior y los cubiertos en el cajón de la derecha. Luego apliqué la rasqueta a la vitro, sin mucho cuidado, para qué negarlo, con el tiempo había perdido buena parte del color original y en el fondo estaba deseando cambiarla. Pasé el trapo por la encimera peleándome con las ronchas de grasa hasta dejarla limpia y seca; hice lo mismo con los azulejos, uno a uno. Froté bien en las juntas, hasta pelar el salva uñas, y me esmeré con la extractora. Doblé el paño, doblé los trapos, guardé el quitamanchas. Todo quedaba en orden, en un aparente y silencioso orden. El orden de la nada.

Era mañana y era agosto. Las nueve y el termómetro ya decía veintiséis. Me sequé el sudor con las manos. Los rayos de sol atravesaban los estores dando al apartamento la impresión de una caja de cartón barato. Un inmenso ejército de diminutas motas de polvo quedaba al descubierto. Estaban allí, llevaban toda la noche, el día anterior, el mes anterior. Llevaban allí desde el principio y ahora la luz de aquel sol doloroso las hacía visibles para mí.

Lina yacía desparramada en la cama. Yacía en diagonal, boca abajo, en medio de un charco de sudor, con la melena disuelta por la espalda y las bragas a medio caer. La cabeza en el lado derecho y los pies en el izquierdo. Sus brazos invadían todo lo demás. Hay personas que siempre duermen en el lado derecho y personas que lo hacen en el izquierdo. Yo me había casado con una que dormía en los dos a la vez. Al principio no era así, a ella le gustaba el derecho, dormía agazapada sobre sus brazos y rara vez estiraba las piernas. Al principio, luego ya no. No recuerdo cuándo fue la primera vez que me tuve que atrincherar en mi lado izquierdo. De eso hace mucho. Ocurrió, simplemente. Me arrinconé. Ella necesitaba más espacio y yo me arrinconé. No pasa nada. Fue así. Ya está.

---

*«Lina yacía desparramada en la cama. Yacía en diagonal, boca abajo, en medio de un charco de sudor, con la melena disuelta por la espalda y las bragas a medio caer. La cabeza en el lado derecho y los pies en el izquierdo.»*

---

Apenas unas horas antes, a las cuatro, al ver que ninguno de los dos se dormía, hicimos el amor. Yo ni siquiera me duché después. Ella sí. Pasó un buen rato en la ducha, tanto que me dormí antes de que volviera. Ya luego, una vez levantado, contemplarla así, frágil, indefensa ante mi imaginación, me produjo una sensación nueva. Algo oscuro. Sí. Suena raro. No había motivos. Creo. No, motivos no. Pequeñas cosas, eso sí. Nada más. Nada de importancia. Fue una tontería, se me pasó por la cabeza, un segundo. Sólo un segundo. Lo juro.

Es increíble el lío que había debajo del fregadero. Nadie lo diría. Un lío tremendo en tu propia cocina, el corazón de tu apartamento y, sin embargo, el sitio donde nunca miras. Yo, por lo menos. Tres botellas de lejía, un suavizante, un limpiador atrapapolvos, dos insecticidas, un limpiacristales, un Ten con bioalcohol general, dos quitamanchas, un cartón de leche que no recordaba cómo había podido llegar hasta allí, una cucaracha muerta y cuatro pastillas de jabón Lagarto.

Varios mocos de grasa colgaban del PVC. Di varios golpes con los nudillos a ver si detectaba el origen de la tubería lenta. Algo se movía en el interior del tubo, algo viscoso, roía desde dentro, poco a poco; un trabajo paciente, exhaustivo. Enseguida me di cuenta de su naturaleza. Aun a través de la barrera de PVC podía sentir sus fauces vomitando desperdicios, el subproducto de todas mis grasas, proteínas e hidratos de carbono. Había que hacer algo. En aquel berenjenal de botes y botellas no había ningún desatascador. Quizá Flavio tuviese uno. Si, Flavio debía de tener.

Me calcé las deportivas y bajé al bar. Flavio estaba solo tras la barra, como de costumbre. Nunca entendí cómo podía mantener el bar abierto si apenas tenía clientela. Lina decía que Flavio era más listo de lo que yo pensaba. Me lo dijo más de una vez, aunque no recuerdo cuántas. Muchas, ya está. Lo pillé de espaldas, colocando unas botellas de whisky con la marca bien visible. Di una palmada.

—¡Garçon! —Flavio dio un brinco como si le hubieran metido una estaca por detrás.

—La madre que te pario, Miguel —protestó mientras se daba la vuelta.

—Un cortado y un croissant, campeón.

Flavio enterró los brazos en el mostrador. Me clavó los ojos. Me los clavó igual que uno que va a sacar una recortada de detrás de la barra.

—Son tres con cincuenta —me espetó—. Noventa y cinco con diez con lo del último mes y medio.

Era un buen disparo. Torcí la cabeza hacia la puerta. Pero no entraba nadie que me salvara.

—Vamos, Flavio. Déjame respirar. Ya sabes que en cuanto consiga un trabajo te lo devolveré todo. Es una mala racha. Estamos en crisis. Noventa pavos, no me jodas.

---

*«Me calcé las deportivas y bajé al bar. Flavio estaba solo tras la barra, como de costumbre. Nunca entendí cómo podía mantener el bar abierto si apenas tenía clientela. Lina decía que Flavio era más listo de lo que yo pensaba.»*

---

Me encaramé sobre la barra mientras le hacía un gesto de que se acercase un poco más.

—Ayer dijo el ministro de economía que nos van a prestar dinero. No sé quién. Unos de Asia o de por ahí. Y la cosa mejorará. Ese dinero fluirá por el sistema, ya sabes, en forma de créditos, créditos blandos, microcréditos, por el amor de Dios, y entonces podré reflotar mi negocio. Tendré muchos clientes y vendrán a verme, justo aquí encima. Te llenaré el comedor de gente, ya lo verás Flavio —extendí mi dedo señalando a todo el local— te lo llenaré.

Flavio se rascó la nariz, en Brasil nunca le llegó un microcrédito de ésos, y terminó en Fuenlabrada. Es un salto grande para un hombre, pero insignificante para un emprendedor, eso le dije la primera vez que pisé su bar. Y sé que le gustó.

—Vamos, tío. No tengo nada arriba, sólo unas tostadas y leche, y ya sabes para quién son. Ella cree que ya desayuné. Qué clase de tío te crees que soy.

El carioca se echó la toalla al hombro.

—Porque sé para quién son te doy el desayuno. Porque sé para quién son, que si no... No te la mereces, ¿sabes? —eso me dijo el muy capullo. Y se fue silbando a la máquina de café.

—Más te vale que cumplas tu palabra —continuó mientras accionaba los mandos. Parecía un maquinista de tren con tanta palanca. Pero no se lo dije. No, no se lo dije.

—Sabes, Flavio. Como tipo duro eres un desastre. Tú eres un romántico, igual que yo, tío. Entre románticos tenemos que apoyarnos.

Flavio giró la palanca hasta el tope.

—Vete a cagar.

En la tele daban el primer noticiero del día. El FMI había estado reunido hasta las tres de la mañana. La presidenta prometía dinero para los países que cumplieran. —Yo cumplo —pensé para mí—. Y soy toda una nación. Una nación de uno.

—¿Qué dices, Miguel? —preguntó Flavio mientras me acercaba la taza y el croissant.

—Nada, cosas mías —dije sin apartar la vista de la tele.

—Me interesan.

—No, no creas.

—Sí, sí lo creo. Me interesa todo de alguien que me debe noventa y cinco con diez.

Ni siquiera me molestó el comentario. Sorbí el café despacio. Es bueno saborear lo poco que se come.

—No le llevo cuenta a nadie, Miguel. Tú eres mi única excepción. No se lo permito a nadie, sino me arruinaría. Aún no sé por qué te dejo.

—Yo creo que sí lo sabes.

—¿Qué?

Fue un tiro al aire. Por un segundo se quedó blanco como un huevo. Me encantó desencajarlo de aquella manera.

—Que yo creo que sí lo sabes. Lina dice que eres muy listo. Seguro que lo sabes.

—Déjate de bromas —contestó mientras se alejaba al extremo de la barra.

Seguí con la tele. Al segundo noté un golpe en el brazo que tenía apoyado en la barra. Me volví. Era el periódico.

—Busca. Ayer fue viernes. La sección de empleo viene más amplia los viernes. No digas que no te ayudo.

Lo abrí por la sección sepia. Ya había varios marcados en rojo. Se me habían adelantado. Leer el periódico con un día de retraso es como sacarte un billete para un tren que ya pasó. Imaginé al que había hecho los círculos llamando por teléfono a todos esos sitios, concertando citas. Quizá tenían prisa y cogerían al primero que llegase, a veces ocurre, les da igual uno que otro. En algunos ni siquiera ponía para qué era. Simplemente se ofrecía trabajo y punto. Pero también estaban señalados en rojo. Al final de la sección aparecía la combinación ganadora de la Primitiva. Pensé que era un buen sitio para la lotería, ahí abajo, justo en la sección de empleos que nadie sabía ni para qué eran, los empleos de los desesperados. Era más fácil que me tocara la Primitiva que encontrar trabajo. Así que me animé. Apuré la taza y cogí un boleto de los que tenía Flavio en la barra.

---

*«Estiré las sábanas lo mejor que pude. La silueta de Lina aún se adivinada clavada en el colchón, por más que estiraba no conseguía recomponer la posición original.»*

---

—Por cierto, ¿tienes un desatascador? Tengo la tubería del fregadero lenta.

El brasileño se agachó un momento y apareció al segundo con un sobre en la mano.

—Ya sabes cómo va, ¿no? —dijo molesto por hacerme otro favor.

—Flavio, esto va a cambiar muy pronto —dije mientras le guiñaba. Él me miró de reojo sin sacar las manos de la pila de los platos.

—Estoy seguro de eso, Miguel. Estoy seguro.

Se había ido. Menos mal que me bajé con la llave. No había ninguna nota. No era la primera vez. Al principio no hacía esas cosas. Lo de irse sin decir nada. Al principio no. Luego sí. Con el tiempo. No sé. No es que fuera habitual. Pero lo hacía. A veces.

Estiré las sábanas lo mejor que pude. La silueta de Lina aún se adivinada clavada en el colchón, por más que estiraba no conseguía recomponer la posición original. Hacía tiempo que no me quedaba la cama tan mal hecha. Ni siquiera cuando metí la mano por debajo de la almohada para estirar la colcha conseguí eliminar aquella extraña deformación.

El plato y la taza de su desayuno flotaban sobre un leve manto de agua y jabón. Esta vez la fuerza del agujero negro no había sido suficiente. Esta vez había algo que escapaba a su control. Aquel ser viscoso que vivía en el tubo de PVC, en sus propias entrañas, rodeado botes de lejía y detergente se había hecho fuerte. Lo golpeé con el nudillo. Inmediatamente recibí respuesta al otro lado del tubo. Un toc de igual intensidad. Volví a golpear. Un segundo toc salió de aquel adentro. Estábamos mi-

diendo las fuerzas. Como dos boxeadores en el primer round. Aparté la botella de suavizante y vi el desatascador manual, el de toda la vida. Apenas me bastaron tres intentos y aquella agua desapareció. Pero sabía que el problema no estaba solucionado. Era sólo una retirada preventiva ante mi demostración de fuerza. Me erguí sobre la pila y saqué del bolsillo el sobre de la espuma superdesatascante. Ella sería mi arma definitiva. Rasgué el sobre monodosis con los dedos. Era fácil; rasgar, verter sobre el agujero negro, echar un poco de agua caliente. Una espuma blanca emergió del sumidero. Ella haría el trabajo sucio. El monstruo no tendría ni una posibilidad. Se ahogaría en aquella baba blanca envenenada. Eso esperaba, en serio.

Había que aguantar al menos media hora. Dejarla actuar. Sí. Despacio. Como quien no quiere la cosa. Arrasaría con todo lo que hallase a su paso en aquel tubo de PVC. Del monstruo no quedaría ni la monda. Me fui a la terraza.

---

*«Cuando bajé la cabeza  
la espuma seguía allí.  
Espesa, absurda. Abrí el  
grifo. La cuba se lleno de  
agua. Flotaba. Unas  
burbujas salían del  
sumidero. Su  
transmisión desde las  
profundidades »*

---

El coche no estaba en la explanada. Últimamente Lina lo cogía mucho. Antes hacía más deporte. Antes. Luego ya no. El cartel de *vuelvo en un momento* colgaba del bar de Flavio. Jodido carioca. Si yo hubiese tenido su suerte aún conservaría mi negocio. Lo hacía bien, demonios que sí. Diseñar páginas Web era lo mío. Luego vinieron todos aquellos programitas tan fáciles de usar. Le dabas a dos botones y tenías una bien chula. No tardabas ni cinco minutos. Dejaron de llamarme. Así de fácil. Un día el teléfono dejó de sonar. Ya está. Se acabó. No más llamadas. Ahora todo son círculos rojos. Dan vueltas. Sin principio ni fin. No sabes cómo, pero entras. Una vez dentro no

hay salida. Son redondos, sin fin, ya está. Redondos.

Cuando bajé la cabeza la espuma seguía allí. Espesa, absurda. Abrí el grifo. La cuba se lleno de agua. Flotaba. Unas burbujas salían del sumidero. Su transmisión desde las profundidades. Transmitía «Jódete» en morse acuático, supongo.

Eran mis dos últimas monedas. Ellas y después la muerte. Saqué el boleto del bolsillo. Lo recompose. Aún podía jugar. Todo o nada. Cara o cruz. Dos monedas.

Los números me bailaban en los ojos. Había millones de combinaciones posibles y yo sólo me podía permitir una. Sólo tenía una bala para matar al dinosaurio, para verle perder la mirada y caer a mis pies. ¿Sabéis el follón que arma un dinosaurio al caer, no? Decidí escribir series de seis números en un folio en blanco. Todas las que me viniesen a la cabeza sin motivo aparente. Nada de fechas de cumpleaños ni cosas por el estilo. Sólo las espontáneas. Sólo las de porque sí. Luego recordé una frase que había oído en un programa de televisión tiempo atrás, cuando aún vivía en casa de mis padres y no conocía a Lina ni nada de lo que vendría más tarde: *el azar no es una herramienta de Dios. Nada ha sido creado por azar*. Reconozco que me desanimé un poco. Resulta que el azar no pinta nada en este invento y yo estaba ahí, rellenando un boleto de lotería, por si me arreglaba el resto de mi vida. Al menos lo intenté. ¿Qué más puedo decir? Sí, fueron mis dos últimas monedas. Y el azar no existe, no señor. Ahora lo sé.

© Ángel Corgo

---

#### **El autor:**

**Ángel Corgo Cabana** (Madrid, 1973). Me gano la vida reportando balances y cuentas de resultados pero como la disfruto es escribiendo. Empecé hace pocos años, lástima del tiempo perdido, y desde entonces no paro. Tuve la suerte de publicar mi primera novela, *Tras los Muros de la Patria* (Ed. Akron 2009) y tengo otra dando vueltas en concursos. Lo de escribir lo resumiría citando a Eloy Tizón en su estupenda obra *Labia "la diferencia entre escribir y no escribir es la misma que entre estar vivo y estar muerto"*. ¿Qué más se puede decir? Entre novela y novela me dedico a escribir relatos como éste para matar el gusanillo. Ya llevo unos cuantos, y es que hay mucho gusano que matar... Me podéis encontrar en [www.enelfilodelacuchilla.blogspot.com](http://www.enelfilodelacuchilla.blogspot.com)

## FOTOGRAFÍAS

por Noel Pérez

Celso Fuentes llegó a casa empapado de pies a cabeza. La lluvia le había sorprendido a mitad de camino, plantado ante el escaparate de su vieja armería, cuando regresaba de su visita diaria al cementerio. Celso entró en casa a trompicones, tosiendo, y de inmediato, se dirigió a su habitación. Enseguida se secó y se cambió de ropa. Sin embargo, una punzada le atravesó de repente el pecho de un extremo a otro. El pinchazo le hizo doblar la espalda al instante. Pero Celso se apoyó corriendo en la mesilla, junto a su lado de la cama, y temblando casi, se llevó al pecho la mano libre; esta vez creía que se ahogaba de veras. Aun así observó la fotografía de su esposa, pegada con celo en el armario, ante él. Celso continuaba respirando con violencia, intentando coger aire, mientras abría el primer cajón de la mesilla. Entonces metió la mano y rebuscó dentro. Retiró varios calzoncillos, apartó su revólver, y luego, sacó un pañuelo cualquiera y se lo llevó deprisa a la boca.

Si bien el dolor pareció calmarse pronto, Celso siguió agarrado a la mesilla, con una presión en los pulmones tan angustiada aún, que se encorvó hincando las rodillas en el suelo. Todavía diluviaba fuera. Pero en la imagen de su mujer fijada con celo en el armario, ella sonreía a la cámara, sentada bajo un árbol en algún lugar. Según mejoraba, Celso fue incorporándose poco a poco. Cerró más tarde el cajón de la mesilla y se limpió los labios con el pañuelo después. Los ataques eran ya demasiado frecuentes, aunque si no le engañaba la memoria, Celso no había visto a médico alguno en su vida, ni tenía intención de hacerlo. Sin duda su mujer le hubiera puesto las cosas en su sitio. De todos modos, ningún matasanos podía hacer nada cuando te llegaba la hora, y él lo sabía a ciencia cierta.

Tras secarse los labios, Celso examinó rápido su pañuelo. Estaba impoluto. Se estiró en ese momento cuanto fue capaz y, ayudándose en la mesilla y en la cama, sin que la tos terminara de remitir, se puso de pie. Dobló el pañuelo y, mientras se lo guardaba en el bolsillo, lanzó otra ojeada a la fotografía de su mujer dispuesta en el armario. Aquella no era la única fotografía que conservaba de su esposa. Celso tenía también otras cuantas distribuidas en la pared frente a la cama, tapando el rostro del Cristo colgado sobre la cabecera, e incluso una de las más grandes que encontró en los álbumes, colocada en el techo, donde podía ver a su esposa aunque se quedara tumbado en la cama hasta que se marchase al cementerio otra vez. Apenas hubo recuperado un tanto el aire, Celso salió de la alcoba. Pero siquiera avanzó unos pasos, se sujetó al marco de la puerta, y echó mano luego de las paredes del pasillo, camino del salón.

Cuando lo atravesaba, Celso aún sentía aquel peso oprimiéndole los pulmones. Entonces descansó un segundo en una de las paredes del corredor e, intentando recobrar en lo posible el aliento, contempló una nueva fotografía de su esposa, clavada en ese lado del pasillo. Parecía verano y su mujer simulaba ser una equilibrista por el borde de alguna fuente en su pueblo. Estaba preciosa. En cuanto Celso se restableció lo suficiente, se irguió despacio, y anduvo hasta el salón. Allí permaneció un instante acodado en el sofá, y se sentó en el acto. El viento sacudía con fuerza los cristales de la ventana. Pero Celso respiró hondo y miró desde el sofá algunas de las fotografías de su mujer repartidas por la mesa, por las baldas de los muebles, hincadas en la pared, aquí y allá por todo el salón. No había dejado en los álbumes ni una fotografía de su esposa, al menos, que él se hubiera dado cuenta. Todas las que encontró las fue arrancando y fijando por las paredes de su dormitorio y en el pasillo, en el salón, en el espejo del baño, en la nevera, en el interior de la puerta de la entrada, incluso plantó varias fotografías en la televisión de forma que casi ocuparan la pantalla entera. Se había prometido que por nada del mundo olvidaría el rostro de su esposa.

De repente, mientras contemplaba las imágenes de su mujer dispersas por el salón, Celso sintió que la garganta se le cerraba por momentos. Comenzó a toser. Enseguida sacó el pañuelo del bolsillo, medio rehilando, y aunque el ahogo no duró ni un rato apenas, Celso tuvo ocasión de taparse la boca. Por suerte, no manchó el pañuelo. Celso se levantó pronto del sofá, renqueante y jadeando aún con dureza, se metió el pañuelo en el bolsillo y, apoyándose en las paredes, volvió a su habitación. En la calle parecía ahora que la lluvia ametrallase el asfalto mojado.

Pero al final del pasillo, Celso observó de nuevo la fotografía de su mujer haciendo equilibrio en el borde de la fuente. ¡Pobrecilla! Una vez ya en el dormitorio, abrió el cajón de la mesita donde guardaba los pañuelos y los calzoncillos y, respirando todavía con dificultad, agarró su revólver Smith&Wesson del 38. Desde que su mujer enfermó no había renovado su licencia de armas, así que nada más caducarle el permiso, tuvo que entregar su antigua Taurus semiautomática a la policía. No obstante, cuando se regenta una armería durante tanto tiempo, se conoce gente, y hablando con éste y aquél, no le fue difícil conseguir el revólver. Por otra parte, comprar balas no suponía ningún problema si uno sabía dónde encontrarlas.

Celso regresó en breve con el arma al salón. Puso el revólver en la mesa, y se acercó después a por el maletín donde se encontraba el cepillo, un trapo, la baqueta, aceite en spray y demás productos para la limpieza del arma. Luego apartó a un extremo de la mesa las fotografías de su mujer, y colocó el maletín al lado. Además de las pegadas en el dormitorio, en el pasillo o repartidas por el salón, Celso tenía también algunas fotografías sobre la mesa y así podía ver a su esposa aunque se quedara allí sentado hasta irse otra vez al cementerio. Se dejó caer al instante en el sofá. Abrió el maletín, retiró en un santiamén las balas del revólver y, sin más, comenzó a desmontar el arma.

Sin embargo, Celso sintió de pronto como si los pulmones se le llenasen de tierra y ésta subiera a presión camino de la garganta. Sacó el pañuelo del bolsillo a todo correr. Se lo llevó rápido a la boca, si bien, medio tiritando y a pesar de la tos, Celso desarmó el revólver pieza a pieza. Al final, lo limpió temblando casi, tapándose la boca con el pañuelo a cada segundo, lo engrasó como es debido, y lo armó de nuevo. El dolor no tardó en remitir y Celso comprobó de inmediato que el pañuelo seguía sin mancha. Pero su mujer hubiera puesto el grito en el cielo para que fuera al médico, y ni qué decir si hubiera sabido que en la actualidad ocultaba un revólver cargado en la mesilla.

---

*«Puso el revólver en la mesa, y se acercó después a por el maletín donde se encontraba el cepillo, un trapo, la baqueta, aceite en spray y demás productos para la limpieza del arma»*

---

Celso se metió el pañuelo en el bolsillo y, tras soltar en la mesa el arma, introdujo el trapo, el aceite, la baqueta y lo demás en el maletín. La lluvia repiqueteaba con saña en el exterior. Celso miró entonces de reojo las fotografías de su mujer sobre la mesa y, un tanto sofocado aún, se levantó del sofá. A continuación, agarró el maletín y lo devolvió a su sitio. Cuando regentaba la armería, apenas habría empleado unos minutos en desmontar y recomponer el arma, aunque hoy, seguro que no atinaría a un elefante a un palmo de sus narices. De todas formas limpiar el revólver le tranquilizaba algunas veces.

Celso se dirigió renqueante a la mesa y se sentó en el sofá apoyándose en los brazos de éste. Volvió a coger el pañuelo del bolsillo y, luego, mientras se limpiaba la boca, alcanzó de la mesa una fotografía de su mujer. Su esposa se hallaba ante la puerta de su vieja armería, con su hijo en brazos. Celso acaricióse su rostro, su pelo, sus ojos. Se guardó deprisa el pañuelo en el bolsillo. Si no recordaba mal, aquella imagen se tomó el día de la inauguración de la tienda. E incluso ahora, Celso solía acercarse a su antigua armería con cualquier excusa; pero ni siquiera entraba, tan solo se plantaba ante el escaparate, y echaba un vistazo a los nuevos cambios.

Si bien, la última ocasión en que había ido a la armería, aquello parecía una maldita tienda de moda. El escaparate estaba repleto de pantalones de camuflaje, de guantes, gorros, impermeables, botas de goma para pescar y hasta abrigo para perro. ¡Santo Dios! Apenas había una Browning superpuesta, una B425 si la cabeza no le fallaba, y una réplica de un Kalashnikov, para llamar sin duda la atención de los clientes. En su momento, Celso había pasado hasta domingos enteros casi encerrado en su negocio, aunque al final tuvo que vender la armería y conformarse con lo que le ofrecieron. Pero hubiera hecho cualquier cosa, sin pensarlo. Por nada del mundo hubiera dejado sola a su mujer en aquel hospital.

De repente, Celso notó una nueva punzada en el pecho. Apretó en la mano la fotografía de su mujer, tosiendo con fuerza, intentando deshacerse de la presión de los pulmones, mientras sacaba de inmediato el pañuelo del bolsillo y se tapaba la boca. Por suerte el dolor no se repitió ahora con la intensidad de antes. Sin embargo, apenas hubo recuperado un poco el aliento, Celso se secó los labios y comprobó enseguida que el pañuelo seguía limpio. Fue en ese instante cuando se percató de que había arrugado la fotografía de su hijo y su esposa, así que se guardó el pañuelo en el bolsillo y estiró la foto-

grafía cuanto pudo, afanoso, una y otra vez, y la dejó luego sobre la mesa. Entonces, alcanzó su revólver. La tormenta en la calle parecía un bombardeo. Celso introdujo los proyectiles en el arma, accionó el percutor y, aguantando éste para que no detonara, apretó el gatillo.

Después se apoyó el revólver en el muslo y, rehilando poco menos, pasó los dedos por donde se suponía que debería estar el número de serie del arma, si éste no hubiera sido borrado. Aunque fuera la tormenta parecía amainar, un trueno zarandeó de prontolos cristales de la ventana. Celso sujetó alterado el revólver con toda la firmeza posible y llevó el dedo al gatillo. Aún le costaba respirar, pese a que iba recuperando el aire, despacio. Mientras acariciaba el revólver, volvió a observar la imagen de su mujer y su hijo ante la armería. Por aquel tiempo, el chaval apenas se tenía en pie y, en los primeros años de la tienda, Celso había puesto una copia de aquella fotografía en su despacho. Ni siquiera pestañeaba allí sentado ante la imagen. E incluso, cuando su chaval fue algo más mayor, le había ayudado a abrillantar las armas que colocaría de cara al público. ¡Pero Jesús bendito! Aquel zoquete al que vendió la tienda había llenado ahora el escaparate de abrigos para perro. ¿En qué demonios pensaba? Gracias a Dios había mantenido las réplicas, eso sí. Celso sabía que el Kalashnikov era un reclamo porque, a fin de cuentas, fue él quien tuvo la idea de las copias al poco de abrir la armería.

Aquellas reproducciones eran réplicas de fusiles de asalto AK-47, M-16, Mauser y ese estilo de armas, solo que utilizaban perdigones. No obstante, eran copias tan exactas que hasta se tenía que accionar el cerrojo antes de disparar. A su mujer no le pareció muy buena idea en su momento, y es verdad que las réplicas no dieron un beneficio exagerado, pero a quién no le llama la atención ver un Kalashnikov en un escaparate. Celso aun recordaba todavía la primera réplica que vendió. Fue un Mauser 98. Aquel tipo compró el fusil para su chaval, por lo visto como regalo de cumpleaños, pues el muchacho ya era todo un hombrecito, y le gustaba salir al campo a cazar gorriones y esa clase de pájaros.

De nuevo, Celso sintió una breve presión en el tórax, como si los pulmones se le obstruyesen de arena, y de inmediato empezó a toser. Encorvó el cuerpo enseguida contra sus piernas y, sin soltar el revólver, sacó su pañuelo del bolsillo. Apenas podía respirar. Pero mientras intentaba reponerse del apuro, se tapó la boca corriendo. Celso apretó entonces el arma sobre el pantalón, agobiado, y, con la garganta medio cerrada, permaneció encogido allí hasta que la presión de los pulmones comenzó a aplacarse. En cuanto fue mejorando, se reincorporó en el sofá, e intentó recobrar el aliento lo antes posible. Contempló entretanto algunas de las fotografías de su mujer pegadas por las paredes, en el televisor, en la mesa, en la puerta de la entrada. En la calle había vuelto a diluviar sin descanso. Cuando el sofoco más o menos se calmó, Celso se secó la boca y echó rápido un vistazo al pañuelo. Ahora sí estaba manchado de sangre. Hacía días que esto no le pasaba, sin embargo, sabía que era sólo cuestión de tiempo. De todas formas, se limpió los labios con insistencia y, tratando de coger aire, dobló el pañuelo y se lo guardó en el bolsillo.

En ese instante agachó la cabeza, golpeándose lento en el muslo con el revólver, y todavía jadeante contempló la fotografía de su esposa y su hijo ante la armería. Aunque había pasado mucho tiempo, Celso recordaba la venta del Mauser a aquel tipo del cumpleaños porque, tras regresar a casa después de cerrar la tienda ese día, se encontró a su mujer arrodillada en el suelo frente a su hijo. Su esposa lo miró como azorada con unos cuantos alfileres apretados en los labios. Lo cierto es que solo le estaba subiendo el bajo del pantalón al chaval, en cambio éste ni siquiera volvió el cuello. Quizá el mocososo se avergonzaba, y con razón, por aquella camisa de lentejuelas al filo de lo transparente que le descubrió puesta, o por aquellos pantalones negros y brillantes, tan ajustados que se le metían incluso por el trasero. Celso apenas gruñó un saludo y se marchó directo a la cocina. Nadie abrió la boca durante la cena, si bien nada más irse a la cama, su mujer le confesó que el chico llevaba alrededor de un par de meses apuntado a bailes de salón y que en unos días actuaría en el teatro municipal. Iban a contárselo, pero sabían lo que opinaba de todo aquello. Celso apagó la luz sin pronunciar palabra. No obstante, el día de la mencionada actuación, cerró la armería más tarde que de costumbre y luego permaneció allí en el despacho revisando albaranes, facturas o cualquier cosa, casi hasta que le lloraron los ojos.

En ese momento, sonó el timbre. Celso dio un respingo en el sofá. ¿Quién demonios sería? Dejó el revólver sobre la mesa y, renqueante, se levantó; todavía respiraba con cierta dificultad. Observó un segundo la fotografía de su mujer pegada en la puerta y, acto seguido, abrió. Dos chicos jóvenes se encontraban allí plantados ante él. Ambos vestían petos azules de algún tipo de organización, y esta-

ban empapados por la lluvia. Uno de ellos sujetaba una carpeta y un bolígrafo, y tenía el pelo largo, demasiado, más aun que su hijo el día que se marchó de casa. Además le faltaba el dedo pulgar de una mano.

—Mi nombre es Mikel y él es Eric, somos miembros de Asayude —dijo el chico de la melena—, supongo que habrá oído hablar de nosotros. Somos una ONG con más de cuarenta años de experiencia, que promueve el derecho a la salud en países de África, Asia, América Latina.

Celso apenas hacía caso. Pero mientras hablaba, el chaval daba vueltas al bolígrafo entre los dedos, a pesar del dedo amputado. ¿Cómo se apañaría para escribir? Les hizo pasar al instante. Una vez en el salón, Celso intentó aguantar la tos que le subía a la garganta, sin embargo, sacando el pañuelo ensangrentado por si las moscas, señaló a los chicos que podían tomar asiento. Enseguida ambos jóvenes se miraron el uno al otro, con los ojos abiertos como platos. Celso se percató rápido al verlos de que el revólver estaba sobre la mesa.

—No está cargada —mintió.

El chico sin pulgar sonrió de medio lado y echó una ojeada a su compañero. Fue el primero en sentarse, clavando la vista en el arma, y el otro lo acompañó. Celso se acomodó en el sofá donde se encontraba hacía un minuto, aunque no retiró el revólver de la mesa. Entonces el chaval sin dedo se colocó el pelo húmedo tras la oreja y abrió su carpeta de inmediato.

—¿Cómo se llama? —balbuceó casi.

*«El chico sin pulgar extrajo entonces algunas fotografías de su carpeta. Celso, mientras, aún miraba por el rabillo del ojo la imagen de su mujer y su hijo ante la armería.»*

Celso contestó de mala gana y el chico, sosteniendo el bolígrafo entre el dedo índice y el meñique, apuntó el nombre mientras seguía hablando.

—Actualmente estamos desarrollando un proyecto de mejora en la salud de la población peruana, mediante el acceso al agua potable y a un saneamiento adecuado —continuó.

Celso le oía, pero entretanto contemplaba de reojo la fotografía de su mujer, ante la tienda de armas, con su hijo en brazos. Aún no había recuperado del todo el aliento, y fuera la tormenta parecía no terminar nunca. Su chico tendría la edad de aquellos chavales cuando se marchó

de casa, algún año menos quizá, y la última vez que lo vio llevaba el pelo casi tan largo como el muchacho al que le faltaba el dedo. Un día Celso le chilló a su hijo que se rapara aquellas greñas. «¡Córtese el pelo como un hombre!», le gritó. Habían discutido de nuevo, y, aunque el pelo no tenía nada que ver, Celso lo agarró de la melena y lo arrastró varios metros por el pasillo. En cuanto lo soltó, el chaval se encerró en su habitación de un portazo, y él se quedó con un mechón de pelos apretado en el puño. Al menos su mujer ya no podía ver a lo habían llegado los dos.

—Son más de 1800 personas —seguía el chaval de la ONG— las que se benefician de manera directa en los distritos de Chimbán, Pión y San Luis de Lucma.

El chico sin pulgar extrajo entonces algunas fotografías de su carpeta. Celso, mientras, aún miraba por el rabillo del ojo la imagen de su mujer y su hijo ante la armería. Pero de súbito, una ligera punzada le cruzó el pecho. Celso intentó disimular el dolor, aunque enseguida, se llevó el pañuelo ensangrentado a la boca, por si acaso. La congestión de los pulmones le hizo toser de manera inmediata. Sin embargo, no tardó en calmarse la presión, y en cuanto empezó a reponerse, Celso se limpió los labios corriendo, restregando con insistencia. Luego echó al pañuelo un vistazo; lo había vuelto a manchar de sangre otra vez. El chaval había dispuesto en tantos sus fotografías sobre la mesa, encima de las de su mujer, si bien se cuidó de no tocar el revólver. No creyó que el ataque de Celso tuviera gravedad demasiada. Las imágenes mostraban algún poblado de aquellas zonas a las que el chico se refería. Las casas estaban construidas con tablones de madera como si unas se encontraran montadas sobre las demás, en un terreno arenoso y repleto de rocas; los niños sacaban agua de un pozo mediante garrafas de plástico cortadas; varios trabajadores sonrientes posaban ante la cámara después de cavar un surco y colocar allí parte de la canalización. En la calle, la lluvia todavía aporreaba con dureza la ventana de Celso.

Nada más frotarse la boca, Celso dobló el pañuelo, procurando esconder la sangre lo más rápido posi-

ble. Trataba de recuperar el aliento sin que el ahogo se le notase de forma descarada. Y en ese instante, el chico al que le faltaba el pulgar sacó de la carpeta aquella fotografía. Un hombre enjuto, tan viejo que parecía de cartón mojado, arrastraba un carro repleto hasta arriba de restos de madera, cubos, chatarra y otros cachivaches. El anciano tiraba del carro a través de una calle fangosa, medio torcida la espalda, con el barro cubriéndole poco menos que hasta los tobillos. ¿Qué pretendía aquel niño mostrándole una imagen de tal desastre? Celso entonces se incorporó de repente.

—Fuera de aquí —gritó casi.

Los chicos brincaron aturullados de su asiento, y, a la carrera, sin quitar los ojos del revólver, el chaval sin pulgar recogió de un manotazo todas las fotografías. Celso entretanto hincaba tembloroso los dedos en el sofá. El esfuerzo le había colapsado ahora el pecho de tal modo, que Celso encogió la espalda, asfixiándose, y comenzó a toser y a toser como si tuviera los pulmones repletos de polvo y arena. En cuanto pudo, se llevó el pañuelo ensangrentado de nuevo a la boca.

—¿Se encuentra bien? —preguntó girándose de pronto uno de los chicos.

Celso apenas levantó la vista. Luchaba por recobrar el aliento, buscando con la mirada alguna de las fotografías de su mujer repartidas por el salón. No obstante, se esforzó por controlar la tos cuanto fue capaz, tragó saliva y, tomando aire un segundo, hizo amago de alcanzar el revólver.

—¡Fuera, he dicho! —consiguió farfullar por fin.

Los chicos se apresuraron a salir de la casa en el acto, confundidos, a empujones, sin ni siquiera cerrar la puerta. Pero Celso continuó de inmediato tosiendo, aferrado al sofá. Por suerte el dolor pareció darle cierta tregua enseguida. Así Celso se apoyó sofocado aún en el respaldo del mueble, sin apartar de los labios el pañuelo ensangrentado, e intentó recuperar la respiración poco a poco. Una vez remitió un tanto el apuro, Celso se incorporó y, dirigiéndose hacia la puerta, echó un vistazo al pañuelo: estaba cubierto de sangre por todos sitios. Lo dobló con cuidado y se secó la boca con los escasos islotes que todavía quedaban sin mancha. Luego cerró la casa de un portazo. Si bien se quedó allí, inclinado en el marco de la puerta, observando la fotografía de su esposa pegada ante él. Celso había clavado la imagen en la puerta tras recortarla de tal forma que sólo se veía su rostro, aunque la cara de su mujer era lo único que necesitaba recordar si salía de casa.

Celso se propinó entonces varios cabezazos en la puerta, rendido, con los ojos cerrados. Más tarde volvió despacio al sofá. Fue una vez sentado en él, cuando se percató de que la fotografía de su mujer y su hijo ante la armería había desaparecido. En ese momento revolvió aturullado el resto de imágenes de la mesa, retiró el revólver, buscó jadeante por el suelo, bajo el mueble, pero no encontró nada. Por un segundo, la tormenta pareció rugir fuera como una descarga de artillería. Seguro que el chaval de la melena se había llevado la fotografía al recoger. ¡El muy estúpido!

Celso agarró inquieto el revólver y, sin respiración apenas, hundió la espalda en el sofá. Después comprobó que el tambor del arma estaba en efecto cargado. Accionó al instante el percutor y, sujetándolo con el dedo, para que no detonase, apretó el gatillo. Pero de pronto, Celso sintió otra vez aquella fuerte contracción pulmonar y ese bloqueo rígido obstruyéndole la tráquea. Enseguida una punzada le atravesó el pecho. Mientras, en la calle, la lluvia se había convertido en granizo y apedreaba con violencia la ventana. Igual que si alguien disparase un Kalashnikov en plena noche, perturbando así la paz de los vivos y, quizá, también, la de los muertos.

© Noel Pérez

---

### **El autor:**

**Noel Pérez** (Toledo, 1979). Dedicado profesionalmente a la gestión empresarial, reside actualmente en Vigo. Además de su licenciatura en Administración y Dirección de Empresas, realiza estudios de Filología Hispánica en la Uned de Pontevedra. Resultó finalista en el I Certamen Literario Apoloybaco (2006, Sevilla), obtuvo el primer premio de narrativa en el Iparragirre Saria de 2008 (Zumarraga-Urretxu, Guipúzcoa), y un accésit en el VII Concurso de Relatos "Cuentos Junto a la Laguna" (2011, Berruero, Zaragoza). Asimismo, su cuento *Manzanas* fue publicado en la selección de relatos *El cuento, por favor* (Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja, Madrid, 2007), y, posteriormente, su relato *En pijama y medio descalzo* apareció en la Colección Noray (Editorial Bermingham, Donostia-San Sebastián, 2009).

## EL LECTOR

por Ramón Araiza Quiroz

—Después de escribir o leer hasta las tres de la mañana vendrá la resaca literaria, Vicente. Como a las siete de la mañana.

—Pues qué bueno que a ti te llega así, Pedro, y que te la puedes curar leyendo más libros o escribiendo. Pero yo que soy un borracho desde los veinte años de edad. ¿Qué me espera?

—No olvides que somos amigos. El día que hagas una tontería andando ebrio, yo te saco de la cárcel, Vicente.

—Espero que no sea necesario pero a veces me domina el vicio y no sé de qué sea capaz.

Así empieza el libro que tengo en mis manos. Ya me identifiqué con Pedro, porque a mí también me da esa resaca literaria. Me complace leer hasta altas horas de la noche y al día siguiente ando arrasando los ojos por las banquetas de mi pueblo. Me siento cansado, como si cargara una maldición ajena. Trabajo en un despacho jurídico. En cuanto el jefe se va, tomo nuevamente un libro y empiezo a curarme la resaca literaria con palabras que penetran en mi mente.

A veces cuando veo la sombra de un árbol me meto en ella hasta sanar. Mi libro no lo suelto hasta que la sombra del árbol se confunde con la noche. Así vivo a diario.

Mi prima Jacinta ya me dijo que me voy a morir de tanto leer. Dice que la gente se vuelve loca. A mí no me perturba la idea de ser un demente. Lo siento por los que me rodean porque ellos serán los que sufran al verme enterrado en los libros y sin hablar; o hablando de más en una esquina del pueblo. Seguramente me juzgarán los vecinos y los que pasen por ahí, pero a mí no me interesa lo que opinen. Hasta me agrada la idea de ser un loquito feliz, un loco letrado. No como don Chano, el pozolero, que no sabe ni leer ni escribir, pero ¡ah cómo tizna! todo el santo día dando órdenes. La pobre mujer es la que ya no lo soporta. Dice que lo deja jorobar todo el día con tal de que le dé de comer a sus cuatro hijos y a ella.

---

*«A veces cuando veo la sombra de un árbol me meto en ella hasta sanar. Mi libro no lo suelto hasta que la sombra del árbol se confunde con la noche. Así vivo a diario.»*

---

Cada quien tiene sus prioridades. Hay que respetarlas. Así me gustaría que respetaran las embriagadas de lectura que me doy.

—¿Qué haces, Sebastián?

—Estoy leyendo.

Es mi prima Jacinta, pero ya se marchó a dar lata a otro lado.

Ya me imagino cómo va a ser mi vida cuando me vuelva loco. Me veo caminando de un lado a otro con un libro cerrado, los pelos de punta, mis pantalones rotos y un olor amargo por falta de aseo. No me molesta. Prefiero ser un loco sabio que un cuerdo idiota.

Un día hasta falté al trabajo por estar leyendo. Le llamé al jefe y le dije que me sentía mal y que no iría a trabajar. Ese día terminé de leer los últimos dos capítulos de una novela.

Aquí en el pueblo no tengo amigos. Bueno, los únicos que tengo son los autores de los libros. No conozco a ninguno de ellos en persona, pero siento que converso con cada uno cuando abro sus páginas. Este pueblo donde vivo es bonito, hay poca gente, no hay polución y se dan muchos frutos que en otras latitudes seguramente ni los conocen. Me llena su naturaleza y a veces me da protección para seguir leyendo: como la sombra del árbol que espero nunca se haga vieja. Aquí jamás me

siento solitario. Salgo a caminar, saludo a los vecinos, regreso a casa y llevo mis libros bien apretados al cuerpo. Sé que me ven como el raro del pueblo. Los niños me hacen preguntas porque dicen sus padres que algo se les puede pegar que les sirva para la escuela. Dicen que ya hasta famoso me estoy haciendo entre los chiquitines. Lo que pasa es que el pueblo no es grande, pero si me fuera a vivir a una ciudad con millones de habitantes sería un loquito más que pasaría sin alborotos. Quizá hasta me curaría la resaca literaria con otros lectores cada amanecer, en un café de esos que abren las 24 horas.

No sé si exista en el pueblo otra persona que le guste leer. Tal vez sí y vive más escondido que yo. Tal vez sí está demasiado loco y su familia no lo deja salir para que no asuste a los chavales del pueblo.

Qué divertido sería un día jugarle una broma a mi prima haciéndome el loco. Ya la veo diciéndome que ella me lo advirtió. Luego la corretearía por toda la casa fingiendo un deseo de asesinarla con un cuchillo cebollero. Tremendo susto le daría. Hasta estoy seguro que se enfermaría o hasta quizá se volvería loca después de esta experiencia con el trastornado de su primo.

---

*«Si mi prima me prestara atención dos horas, podría cambiar la vida de torturas morales que vive. Anda con un hombre y con otro. Ya le he dicho que deje esa vida y mejor se ponga a leer.»*

---

De hecho, cuando voy a la tienda de la esquina, doña Josefina me atiende con cierto miedo. Sé que sí me temen. Menos mi gato Timo y los chavitos preguntones. Lo que me da risa es que la tienda muchas veces se vacía de inmediato en cuanto me ven entrar. Me siento como un leproso. Aunque también es bueno saber que provooco reacciones. Me río para mis adentros.

Mi gato Timo es diferente, él no se asusta con cualquier cosa. Cuando regreso de la tienda y me meto en la cama a leer, él se acomoda a mi lado para que lo acaricie.

Un día tenía un libro de filosofía sobre el sofá y mi prima llegó y lo vio.

—Más loco te vas a vas a volver si lees estas cosas, primo.

—No inventes. La filosofía no vuelve loca a la gente.

Es inútil tratar de convencerla. Si mi prima me prestara atención dos horas, podría cambiar la vida de torturas morales que vive. Anda con un hombre y con otro. Ya le he dicho que deje esa vida y mejor se ponga a leer. Para ella sigo siendo un prospecto de loco. Para mí ella sigue siendo una *madre soltera* en potencia y *una cualquiera* en acto. Los tipos nada más la buscan por su cuerpo esbelto que, por cierto, no le durará toda la vida.

No quiero entrar en detalles sobre la vida de mi prima porque eso me molesta. Creo que mi gato Timo entiende más que mi ella.

Ahora mismo voy a retomar la lectura. Este libro, con el que me he identificado, seguramente lo voy a terminar a las tres de la mañana. Lo tengo bien calculado. Me encantaría ser escritor. Poder cautivar a mis lectores. Sería maravilloso mover las mentes de los lectores y llevarlos a espacios y mundos inventados por mí. A mi pueblo le donaría muchos libros. Hay una pequeña biblioteca aquí. Visualizo a los estudiantes leyendo mis libros.

Tocan a la puerta. Debe de ser la loca de mi prima. La reconozco hasta en la forma de golpear sus nudillos sobre la madera. Prefiero que Timo se vaya a pasear por los tejados para que no escuche las tarugadas que me platicará. Algún macho la debe de venir siguiendo y ve en mí su refugio. Caray, y yo que quería leer hasta que la luna se aburriera y le cediera el paso al sol.

© Ramón Araiza Quiroz

---

#### **El autor:**

**Ramón Araiza Quiroz.** Ha publicado varios relatos en Narrativas. Autor del poemario *11 de septiembre, La Urbe*. Autor de novela y cuento. Su blog es [www.ramonaraiza.com](http://www.ramonaraiza.com) en donde comparte otros escritos.

## DOS RELATOS

por Mari Carmen Moreno Mozo

### UNA LÁGRIMA DE COCODRILO

*Crueldad subyugada es el deseo.*  
Ana Rosseti

No sé cómo decírtelo, Marga, pero esto no me huele bien. No me gusta Miguel, no me gusta su prepotencia y desde luego no me gusta que te haya invitado al apartamento de la playa. *No me gusta su cazadora de cuero, ni sus botas de siete leguas, ni siquiera me gusta el lagrimeo facilón que le provocan las partículas de polvo cuando ronda el viento su flamante Yamaha.*

Verlo me da grima y más grima me da el tono monocorde de su voz al chocar contra tu desparpajo, una ola chispeante, pero débil. No me escuchas. Te diriges a una carrera peligrosa, pero no sabes lo que yo sí sé. No entiendes que él te ha colocado ya un bonito lazo y que espera deshacerlo sin bawear siquiera, sin el mínimo esfuerzo. Tú te pones tan guapa, pero sé que esa coraza será aplastada, que la cola de caballo salvaje no podrá correr contra el viento si te pones esos tacones de aguja. Tú te abrirás, con esa incandescencia del deseo. Agitarás las alas, doblarás el espinazo, mitigarás el miedo. Desarmarás todos los indicios que han predestinado tu voluntad.

Es imposible que te lance mi réplica, porque mi locuacidad permanece aún en cueros, mientras sus palabras formarán terrones de azúcar y ajarán tu presencia. No puedo entregarte una brújula para paliar tu desorientación. Mis dedos experimentan el frío glaciario de su copo de nieve, incluso antes de que tu cuerpo sea atravesado por la metralla de la realidad.

Él ni se inmutará cuando escuche el crac de tu corazón jaspeado. Abrirá el tragaluz de par en par y se limpiará con un clínex su brillante lágrima de cocodrilo, antes de que te queme las piernas con el tubo de escape.

\* \* \*

### VENGANZA

Antes de descargar los datos de la memoria RAM, antes de que se insinúen los arañazos y caigan al caldero de la malicia, pongo a secar todas aquellas palabras que se colaron en el autobús, cuando nos despedimos y tú tiraste el adiós a la cuneta de la carretera. El que boicotearas mi inocencia y me convirtieses en *una amantis religiosa* sin haberte rozado, ha hecho mella en nuestra amistad. Ahora he levantado las alas transparentes; me encantará aplastarte, proporcionarte la cicuta de la soledad; por eso he calcado a conciencia todo lo que me hiciste y estoy dispuesta a devolvértelo con creces.

Este verano no te necesitaré. Al fin me la he comprado y podré largarme a la piscina o bajar a las fiestas de al lado, sin necesidad de suplicarte que me lleves. Ya no me dejarás tirada cuando llegue la carne fresca; es más no voy a permitir el chupetón de turno, no podrás herir a la garza con el veneno de tus palabras; no permitiré que trinches su blancura. He clavado todos los recuerdos en alfileres y los he dejado secar. Se han quedado escuálidos, les he chupado hasta las entrañas.

Por ahí vienes. No es posible que todavía sonrías; no es posible que caigas en la trampa con tanta facilidad. No te creía tan inmaduro: ¿de veras crees que te entregaré el *galardón* robado?

Piafa el caballo enloquecido e intenta atraerme como un imán. Juego con la fuente termal de tus pa-

labras, mientras pido a las sirenas —que se han confabulado conmigo— que revienten tus tímpanos.

© Mari Carmen Moreno Mozo

---

**La autora:**

**Mari Carmen Moreno Mozo.** Es profesora de Lengua Castellana y literatura. Colaboradora habitual de diversas revistas digitales, ha trabajado para diversas editoriales en la elaboración de materiales didácticos para secundaria. También ha sido coordinadora de Programas de Cine para adolescentes y ha impartido talleres literarios. Ha publicado el libro de poemas *Esa muñeca a la que diste cuerda* en la editorial Poesía eres tú. Actualmente compagina su labor docente con la investigación en el campo de la literatura juvenil y la impartición del taller, *Te ha comido la ilusión el gato*. Parte de su trabajo puede consultarse en el blog <http://elarlequindehielo.obolog.com> donde aparecen periódicamente sus reseñas o obras creativas y los diversos materiales curriculares con los que trabaja habitualmente en sus clases.

\* \* \*

---

Relato

## RELATOS

por María Morgade

### ANÓNIMA

Sonríe (a veces), pero nunca deja que nadie vea más allá. Escucha y asiente, mientras sus pensamientos se pasean por otras realidades, quizás por alguna en la que es ella la escuchada. A veces siente que no pertenece a este mundo, y cuando se encuentra en medio de la gente y del ruido siempre la inunda la soledad. Escribe poemas que no riman y cartas sin remitente, mientras se plantea la posibilidad de la locura. A sus veinte años nunca ha sido capaz de sentirse joven, y el tiempo juega en su contra. Escucha el silencio en busca de respuestas que no llegan. Colecciona motivos, pero no hay tan solo uno del que no dude. Se encuentra y se pierde varias veces en un mismo día, y cuando llega la noche siempre se le olvida dormir. La multitud la mira pero no la ve, la juzga sin conocerla. Y, mientras tanto, ella solo quiere ser anónima.

\* \* \*

### TODO LO QUE TE DEJASTE CABE EN UNA CAJA

Todo lo que te dejaste cabe en una caja. Tu libro favorito, el cepillo de dientes, la taza de café que, aunque vieja y prácticamente rota, nunca me dejaste tirar. Me decías que me querías, hasta que dejaste de decirlo. Yo no me di cuenta de en qué momento aquellas palabras dejaron de llegar a tus labios, lo que, supongo, significa algo. Quizás los dos nos cansamos, quizás todo el mundo se cansa. Quizás también este quizás lo meta en la caja. Por si algún día te apetece venir a buscarla.

\* \* \*

### LA SOLEDAD DE LAS PALABRAS

Trataba de hacer que las palabras se enamorasen entre ellas, que surgiera una unión perfecta que expresase sentimientos que jamás habían sido sentidos. Quería ir más allá, y crear realidades con sueños, y matar el dolor de sus pesadillas. Pero probablemente entre tanto querer se le olvidó luchar sus propias batallas, y disfrutar de las conquistas fuera del papel. Y al final todo terminó con una libreta a medias, y sin que nadie, jamás, le dedicase sus palabras a ella.

© María Morgade

---

**La autora:**

**María Morgade.** (A Coruña, 1989) estudia Derecho y dedica su tiempo libre (y no tan libre) a escribir. Colabora con la revista universitaria La U, la página web Crazy minds, y sus mini relatos han aparecido publicados en la revista Amateurs Hotel, el periódico La Voz de Galicia, y el libro *100 Mini relatos de amor y un deseo satisfecho*.

## GRAMÁTICA INGLESA

por Antonio de la Fuente

Lo que más le sorprendió fue el orden, la limpieza, la meticulosidad del escenario. Parecía un decorado, me dijo Ruggiero al día siguiente sentado en el sofá de cuero de mi salón.

Ruggiero había sido el peor estudiante de la clase, el que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de saltarse las normas, mascando chicle a todas horas o enseñándonos a fumar sus «Fortuna» en los baños mientras otros jugaban al fútbol. Ruggiero, el peor estudiante entonces y ahora Inspector destinado en la Brigada de Homicidios.

La meticulosidad, y ese orden, la limpieza, insistió tras su primer sorbo al whisky con hielo que le ofrecí después de la cena. Parecía un decorado, volvió a repetir entre trago y trago.

Yo seguía admirando a Ruggiero del mismo modo que entonces, cuando era el más valiente, el único capaz de enfrentarse a Don Miguel si injustamente nos dejaba sin recreo porque alguien, un cobarde que no daba la cara, soltaba una risilla o chismorreaba a sus espaldas mientras recitábamos la lista de los verbos irregulares (Drink, Drank, Drunk).

Era él, Ruggiero, quien bajo su barba rala y canosa me contaba ahora lo que había visto la noche anterior en el sexto B de Alcalá 45. Y lo hacía como el que se limita a describir un paisaje, una escena cotidiana y casi costumbrista, sin inmutarse, como si de nuevo tuviera enfrente a Don Miguel y le dijera otra vez aquello de «si nos deja sin recreo se la armo».

El orden. Una alfombra bajo la mesa del comedor que caía justo en el centro, tan bien alineada en sus cuatro lados como si alguien hubiera utilizado la escuadra y el cartabón para que no faltara ni sobrase un milímetro.

Los botes de colores en la encimera de la cocina, de izquierda a derecha, del más alto al más pequeño, como matrioskas esperando su turno en fila india, y cada uno con su etiqueta escrita a mano con una caligrafía perfecta indicando el contenido, me contó Ruggiero. Y lo mismo en el baño de aquél apartamento. Ningún champú abierto por olvido, ningún frasco de colonia o de after shave colocado fuera de su sitio, y en el aplique junto al espejo, un secador con su cable enrollado en la empuñadura haciendo un zigzag casi de diseño.

---

*«Los botes de colores en la encimera de la cocina, de izquierda a derecha, del más alto al más pequeño, como matrioskas esperando su turno en fila india, y cada uno con su etiqueta escrita a mano con una caligrafía perfecta indicando el contenido, me contó Ruggiero.»*

---

En el salón la colección de libros, no muy amplia, remarcó Ruggiero, pero cada uno por orden alfabético, siguiendo al pie de la letra las reglas universales que les hacían estar perfectamente catalogados en esa estantería o en cualquier biblioteca del mundo.

Ruggiero seguía fumando pero ahora era un sibarita: el Fortuna había dado paso a unos cigarrillos ingleses que descubrió en un viaje a Londres, me contó, un simposio de criminólogos y de inspectores superiores de policía. «Royal Gate», se leía en la cajetilla blanca y azul marino que asomaba desde el bolsillo de su americana de paño negra.

Observaba a Ruggiero atentamente y él disfrutaba, se gustaba escuchándose mientras me contaba lo que para él no era más que pura anécdota. Lo hacía con una media sonrisa en su rostro y los ojos entornados, la misma mueca que se le dibujaba cuando Don Miguel le sacaba al encerado para preguntarle cualquiera de aquellos verbos.

Don Miguel estaba convencido de su triunfo, pero si Ruggiero torcía la boca y entornaba los ojos significaba que él ganaría la partida, porque ese gesto delataba la seguridad de los que todo lo saben

aunque solo sea aparentemente, esa mueca que por sí sola vence al rival y le desarma dejándole sin palabras aunque después la respuesta sea incorrecta. (Lose, Lost, Lost).

La limpieza. Ni una mota de polvo en la librería del salón, ni una miga en el suelo de la cocina. En el hall había un difusor que de forma intermitente expulsaba una fragancia de melocotón, inundando los cincuenta o sesenta metros que según Ruggiero tendría el apartamento. Se respiraba fresca en aquella casa, me dijo, como si entraras a una floristería, terminó de explicarme tras el primer sorbo a su segundo vaso de whisky.

Ruggiero se sentía cómodo en mi sofá. Se arrellanaba de vez en cuando después de cambiar de postura, colocando su tobillo izquierdo en la rodilla contraria o al revés, sujetando con fuerza su espini-lla con la mano que le quedaba libre mientras con la otra sostenía el whisky o el cigarro.

Habían pasado casi treinta años, pensé por primera vez en toda la noche. Treinta años para mi y también para Ruggiero, al que perdí la pista después de matricularme en Ciencias de la Información y con el que coincidí de nuevo por casualidad en una conferencia de prensa en la Delegación del Gobierno.

Le reconocí casi al instante detrás de la mesa rodeada de micrófonos. Junto a él había otros altos cargos de las Fuerzas de Seguridad y del Ministerio del Interior. Los periodistas esperábamos una explicación a aquel suceso que había puesto en alerta a toda la provincia. Y ahí estaba Ruggiero, con la barba menos cana y con algo más de pelo, pero con la misma cara del mal estudiante que siempre tiene un as en la manga para encontrar la excusa más convincente.

---

*«Le reconocí casi al instante detrás de la mesa rodeada de micrófonos. Junto a él había otros altos cargos de las Fuerzas de Seguridad y del Ministerio del Interior. Los periodistas esperábamos una explicación a aquel suceso que había puesto en alerta a toda la provincia.»*

---

La meticulosidad. El traje azul marino, la camisa blanca y una corbata a rayas rojas con ribetes a juego también azules. Recién planchado, impoluto, me dijo Ruggiero ofreciéndome uno de sus cigarrillos ingleses. Los zapatos de cordones eran color Burdeos y estaba seguro que habían sido estrenados ese mismo día, tal vez unos pocos minutos antes, siguió diciéndome.

La cama recién hecha, con el edredón beige remetido en las esquinas y el bulto de la almohada sin ninguna arruga a la vista.

Como un decorado, volvió a insistir Ruggiero a punto de apurar su whisky.

Y el reguero, el reguero que parecía dibujado saliendo de la sien, salpicando después el edredón con unas motitas como de purpurina. La mano derecha sosteniendo a duras penas la automática. Nueve milímetros, me explicó Ruggiero, de las que solo se consiguen en el mercado negro, ya sabes, me dijo, aunque yo no lo sabía y creo que él lo adivinaba observando mi cara de desconcierto.

Ninguna carta de despedida, y tampoco ningún mensaje oculto o cifrado en el espejo, eso es solo en las películas me contestó riendo Ruggiero.

El despertador de la mesilla marcaba las 04:23 cuando encontraron el cadáver en el parqué del dormitorio. Y junto a aquel reloj digital un libro con la bandera de Gran Bretaña estampada en la cubierta. Gramática inglesa, sentenció Ruggiero estrujando su cigarro contra el cenicero mientras torcía la boca y sus ojos se hacían más pequeños. Parecía un decorado. (Bleed, Bled, Bled).

© Antonio de la Fuente

---

### **El autor:**

**Antonio de la Fuente** (Madrid 1974). Licenciado en Derecho y Grado medio de instrumento (piano). Alumno de diversos cursos y talleres de narrativa breve y escritura creativa en escuelas como Fuentetaja Literaria, Hotel Kafka, Escuela de Escritores o Casa Josephine, entre otras. Participante en diversos concursos literarios en la especialidad de relato breve. Autor de la colección de cuentos *Reflejos desde un parque*, pendiente de publicación, obra en la que se recoge el relato aquí publicado.

## SOSIAS

por Damián Cordones

Camino con cuidado porque la nieve ha helado sobre la acera. Camino un poco encorvado, porque ese es mi gesto y mi pose, y también porque miro hacia la nieve para no resbalar, y porque tengo frío y prefiero pasar inadvertido. Y aunque el gorro me tapa las orejas puedo escuchar el crujir de la nieve contra la sal y contra mis botas, escucho sobre todo el roce del cuello de mi pelliza, que tiembla intermitente al ritmo de mis pasos inseguros.

Torcer a la izquierda, entonces ya puedo ver el kiosco, entonces ya puedo ver a Valdivia. Valdivia en su kiosco. Me paro en frente. Ya sabe lo que quiero. La revista, penúltimo número de *Apresurados*, que es mensual y que yo la obtengo, gratuitamente, un mes más tarde (gentileza de Valdivia). Un mes de retraso, justo cuando Valdivia recibe el nuevo. Mientras Valdivia atiende a sus clientes, yo espero. Al otro lado, en la otra cera, está Perek, descuartizando pollos y otros animales, porque ese es su trabajo. Es su actividad. También los sábados. Así como los lunes, los martes, los miércoles, los jueves y los viernes. Los domingos, creo, duerme hasta las diez y después se va al bar con su cuñado, que también se emborracha.

Entonces, mientras espero, observo que Valdivia tiene un tic que consiste en levantarse las gafas tocándolas suavemente de la patilla, diría que es mecánico e impulsivo, y que apenas sirve para algo, porque las gafas sobre su nariz, después de su toquecito, apenas se han movido. Me quedo un poco hipnotizado con este tic de Valdivia, tac, tac, mientras entrega el cambio o rebusca entre los diarios. De repente me descubro haciendo cálculos mentales: 365, uno, dos, tres; por decir tan sólo tres, son por lo menos 1000 días, mil, si se quiere descontar alguna mañana en la que Valdivia estuviera enfermo, alguna fiesta ineludible o su padre hubiese muerto. Por pensar tan solo tres, seis serían más de 2000, por decir alguna cifra, dos mil días, de entre muchos miles bastarían para haber observado antes ese tic. No, no lo recuerdo antes. ¿Es posible? Observo a la mujer de las orejeras, lleva unas orejeras ridículas, yo conozco a esta mujer, pide una revista ridícula, para una colección ridícula, le miro disimuladamente la cara y observo que es vieja, es mucho más vieja, entonces es cuando me doy cuenta de que lleva un perro en el brazo, con el otro agarra la revista, mientras le miro el perro, le miro la revista, le miro las orejeras. No, yo no conozco a esta mujer. Otra vez el tic de Valdivia. «¿*Apresurados?*», dice. Está raro Valdivia. Me entrega la revista, pero apenas me mira, ni me saluda. Está raro Valdivia. Le doy las gracias y me voy con mi revista.

---

*«Entonces, mientras espero, observo que Valdivia tiene un tic que consiste en levantarse las gafas tocándolas suavemente de la patilla, diría que es mecánico e impulsivo, y que apenas sirve para algo, porque las gafas sobre su nariz, después de su toquecito, apenas se han movido.»*

---

Sin embargo, aparece Perek que me llama. Sale de la carnicería con las manos completamente repugnantes, de corazones segados y tripas; son uñas rojas. Por suerte no pretende tocarme. «Pasa», «entra», me dice. Su hijo quiere verme. Perek también tiene gafas, gracias a Dios, no tiene el tic de Valdivia, porque entonces sus gafas serían no menos que otra carnicería. Hace frío y él lleva las manos sucias. Me cae como una centella el olor de Perek y de su asquerosa carnicería. Es su actividad, pero... siempre he querido decirle: Perek, quiero vomitar, porque me da asco entrar aquí. No. Vuelve detrás del mostrador, todas las caras, creo, las he visto al menos una vez, pero apenas puedo distinguirlas. «Pasa», parece que está claro. En la trastienda está la vieja, siempre allí sentada, parece dormida o muerta. Alza de vez en cuando los ojos, pero en realidad no ve, mira, pero no ve, después cierra otra vez el párpado arrugado. No se parece a Perek, es su madre. Al fondo, acostado en el sofá está su hijo. Le llaman Molok, es increíble. Alguna vez alguien me dijo: «al hijo de Perek le llaman Molok». ¿Por qué? Lo cierto es que no se por qué Molok es un muchacho, porque también podría ser una muchacha. Cualquiera que no conozca a Perek y lo observe a Molok, no podría decir, de un simple vistazo, si Molok es un muchacho o una muchacha, entonces me acerco hasta él. Me paro delante. Parado. «¿Vas

a decir algo?», pienso. Parece que no, parece que está claro. Se queda mirándome, juega, me guiña un ojo, sonrío. Sonríe, juega o se ríe. Conmigo. No dice nada. Aguanto parado. La vieja permanece dormida o muerta. Molok no va a decir nada. Alguna vez le dije: «¿Qué quieres muchacho?», pero ya no, ahora entro, me paro delante y no digo nada. Él tampoco dice nada, me doy la vuelta y salgo. Parece que al hijo de Perec le gusta el dinero y le gusta conseguirlo con viejos solitarios. Y yo un poco viejo, y tal vez un poco solitario, pero no tengo dinero. Perec no lo sabe o no quiere saberlo y piensa o juega a que Molok se interesa por las carreras y me pregunta por las carreras. De ningún modo Perec piensa que su hijo tenga intenciones conmigo, probablemente porque yo también debo parecerle asqueroso a Perec.

Salgo al fin del apestoso local, sin decir nada, todas las caras las he visto alguna vez, pero no puedo distinguirlas. Alzo un poco el cuello así, mi geta arrugada como para decirle adiós a Perec que sigue despachando carroña. Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado, despachando carroña. Es su actividad. Lástima de Perec que es trabajador, y encima Molok, y encima su mujer también carroña para los gusanos. Lástima de Perec. Alzo tímidamente el cuello así, como para despedirme, pero Perec me ignora o no se da cuenta o me ignora; los otros también me ignoran y ya por fin la geta arrugada respira aire, frío.

---

«Observar las clasificaciones apenas tiene sentido, porque los perros cambian velozmente su estado, su humor, los perros cambian rápidamente y ocurre también con frecuencia que mueren o no repiten el circuito.»

---

Sentado en el tranvía, momento idóneo para ojear *Apresurados*. Directo al ranking. De vez en cuando mirar tras la ventana, mirar por mirar. Y mientras repaso el ranking: *Mañanero* copa tres Sábados y un tercer puesto; un mal día, entonces a mi lado... entonces alguien a mi lado. Tal vez un poco vergonzoso, incomodo, cuando alguien a mi lado, cuando alguien justo a mi lado... yo la reconozco y ella tal vez...; los lunes, puntualmente, 1 con 50. Pero me concentro sin levantar la cabeza de *Apresurados*, y con el gorro tapándome la cabeza, apenas si soy yo, parezco otro, ella también de cerca parece otra.

Observar las clasificaciones apenas tiene sentido, porque los perros cambian velozmente su estado, su humor, los perros cambian rápidamente y ocurre también con frecuencia que mueren o no repiten el circuito. De un mes para otro, de un Sábado para otro. Pero hay galgos que repiten o insisten, lo que significa que son sus dueños los que repiten o insisten, pero sobre todo me entretiene y me da placer leer los nombres porque a veces hay reencuentros, verdaderos campeones. Han vuelto *Centella* y *Centella II*. Recuerdo también a *Relámpago*, *Relámpago I* y *Relámpago III*, todos verdaderos campeones. Es su nombre de carreras, tienen otro, por el que son galgos, meramente.

Ella se levanta al fin, se baja antes que yo, lógico a no ser que ella también fuera a las carreras, lo que, a juzgar por su apariencia, no es, evidentemente, lo más lógico.

Encuentro a *Urano*, una vez aposté por *Urano*. Mirar tras la ventana, mirar por mirar de vez en cuando, la nieve se acumula en lindes, tranquila a medida que el tranvía se aleja del centro. Llegar al fin. Última parada. Bajarse.

Me gustan los galgos porque son perros que apenas alborotan. Apenas se les oye, no ocurre así con los dueños y los otros en las carreras. Camino del circuito, camino con cuidado porque la nieve se hizo fango y el fango se hizo cúmulo y mancha y también resbala. Una vez pensé, camino del circuito, que por el ruido que se oye camino del circuito: carrera de personas apostadas por los galgos.

Entrar, nada más entrar y ya he divisado a Eguren. Quiero esquivarlo y directamente a las taquillas. Pero me caza el muy cabrón porque me está esperando. Diecisiete o veintisiete años esperándome. Entonces, parados frente a las taquillas llega Eguren. Yo y Eguren.

Eguren tiene una forma de mirar que es la forma de pedir un cigarrillo. Viene a por el cigarrillo, pero también viene porque le escucho y lo soporto, y no le engaño, sobre todo porque no le engaño. Una vez trató de explicarme, pero no supo; no sabe porque es bastante lento. Sin embargo, una vez también trató de explicarme, aunque tampoco supo, pero yo lo entendía al lerdo de Eguren: que yo era cómo él, más o menos, por ser solitario, tal vez, de su misma clase. Me dice:

—¿Sabes?  
—Sabes qué —le digo parados enfrente de las taquillas.  
—Han descubierto al gen de los pulpos.  
—Qué pulpos.  
—Los pulpos que se esconden.  
Lo ignoro y chupetea el cigarro. Insiste.  
—Que lo han descubierto.  
—Está bien —le digo tratando de leer los nombres de los perros.  
—¿Sabes?

—Sabes qué.  
—Los pulpos se esconden, se camuflan. Lo han descubierto.  
—Está bien.  
—¿Cómo lo sabes?  
—Lo leí en el periódico —Eguren no sabe leer.  
—Muy bien.  
—Y ahora van contra los gordos.

---

*«Entonces empiezan las  
incertidumbres y los juegos  
supersticiosos. Guiarse o no  
por el nombre, ir a lo seguro.  
Fiarse o no del ranking.  
Contar con algunos céntimos.  
Multiplicarlos si es posible.  
Jugárselo al todo.»*

---

—¿Quién? —le pregunto por preguntar.  
—Los científicos van contra los gordos, ahora que encontraron el gen del camuflaje de los pulpos.  
—¿Con quién has estado? —le pregunto.  
—Estuve con Marcial y con Rómez.

Estuvo con Marcial y con Rómez y les escuchó hablar de alguna gilipollez mientras esperaba algún cigarrillo y el café con leche.

—¿Te invitaron a la copa? —le pregunto.

Me sonrío el muy gandul.

—Entonces por eso hueles a aguardiente.

—¿Por quién apuestas?-me dice el cabrón.

Entonces empiezan las incertidumbres y los juegos supersticiosos. Guiarse o no por el nombre, ir a lo seguro. Fiarse o no del ranking. Contar con algunos céntimos. Multiplicarlos si es posible. Jugárselo al todo.

Me quedo mirando...

— Torpedo —digo.

— ¿Torpedo? —contesta Eguren.

Y va, el cabrón, y me cuenta otra vez la historia de *Sosias*. «Apuesta por *Sosias*», me dice, y yo ni me había fijado que estaba *Sosias*. Y le digo: «cállate, hombre, otra vez por *Sosias*...». Y me cuenta la historia de *Sosias*, que si *Sosias* es el perro del diablo, «veloz», dice, con gran esfuerzo para pronunciar la z, unir dientes y lengua, que vuela. Que es su réplica aquí en la tierra.

En realidad *Sosias* es el perro de Hilario, que lleva al menos cuatro años viniendo a las carreras y que ya es viejo y que nunca ganó una carrera. No hay leyenda ni historia de *Sosias*, Eguren inventó esa tontería así como se empeñó, aquella temporada, en que lo llamara Gowen y no Eguren. Y si hay leyenda ha de ser aquella que mantiene Hilario, de que *Sosias*, en algún lugar, en otra ciudad y en otro circuito, era perro ganador, galgo ganador. Y Eguren con sus mofletes colorados que si *Sosias* que si

perro del diablo, y empiezo a sentir, otra vez, la tentación del golpe definitivo, de la apuesta por lo inesperado, y me dejo llevar, otra vez, la fe en la revancha. «¡Vamos Sosias!», me digo. Y me oigo a mí mismo, mientras Eguren fantasea que si carreras por el infierno mucho más vivas que en las nubes; por las nubes. Entonces siento que algo ha de brillarme porque me dejo llevar y creo en lo improbable «vamos, esa fe en lo imprevisible, vamos, ese golpe ganador», me digo. Apostar por la sorpresa, apostar por el más débil. Sintiendo que solo algunos, como yo, apuestan por lo inesperado, y que llegará la revancha, golpe ganador, y reiremos mucho mejor los últimos. «Vamos, Sosias, la ganancia aumenta a medida que tu aumentas tu fracaso y yo aumento mi fe en ti», me digo. Y cuando me doy cuenta, el cabrón de Eguren ya me ha convencido y he vuelto a apostar por Sosias. Hay va, también, ese 1 con 50.

Camino de la grada. Eguren me sigue como siempre. Sábado por la mañana. Tercera fila, último de la derecha, apartar la nieve. Está helado. Eguren a mi lado. Diecisiete o veintisiete años ocupando el mismo sitio. Me encantan las carreras en invierno, porque al fondo, desde la grada, se pueden ver los vagones y las locomotoras de la estación. Nevados, y blancas las montañas, detrás. Y además ese olor a leño quemado que me encanta.

Apenas vienen las mujeres, y me quedo mirando las caras conocidas. El cielo está blanco. Conozco muchas caras, aunque siempre hay quien llega desde otro lado, o trae su perro o sigue a otro, nuevo o desconocido que le está dando ganancias. Hablan. Eguren está callado, ¿en qué pensará Eguren cuando está callado? Entonces, como despertando, se queda mirando porque he sacado mi cuaderno. Me mira mientras escribo, pero no sabe leer. Me pregunta:

—¿Por qué escribes con la mano izquierda? —echando una bocanada de vaho.

—Porque soy zurdo —le digo.

---

*«Hay muchos que tampoco a mí me reconocen. Los hay que se quedan mirando, como preguntándose si sí o si no, si soy el que toca el violín en la avenida, sonido gato estrangulado, según Valdivia.»*

---

—Tú antes no eras zurdo.

—Claro que antes era zurdo, siempre he sido zurdo.

—No.

Dice no, y se queda callado. Y como no le contradigo, vuelve a interrumpirme.

—Nunca te vi escribir con esa mano —ya nunca me pregunta qué es lo que escribo, porque una vez se lo dejé leer y el muy cabrón no quiere reconocer que no sabe. Se quedaba mirando el cuaderno y después se callaba.

—Siempre escribí con la izquierda.

Insiste mientras yo intento concentrarme en la escritura, pero no puedo. Me hace dudar, el bobo de Eguren me hace dudar, y de repente agarro el lápiz con la mano derecha tratando de escribir, y él se da cuenta y se queda satisfecho. Lo hago para que se calle pero lo hago también porque me hace dudar. Y después me quedo pensando, si es posible que yo antes fuera diestro, y ahora zurdo, o si es posible que alguien sea zurdo o diestro y cambie de mano sin darse cuenta.

Ya están los perros preparados. Son perros helados. Puedo ver a *Sosias*. Otra vez le colocó el 13, aunque corra por la calle 2, o la 5, él le coloca el dorsal 13; el iluso de Hilario, contradiciendo las supersticiones, como retando ciegamente, todos los condicionantes, todos los inconvenientes, todos los obstáculos; juega a las leyendas. El mito de *Sosias*, decía. Ahora por lo general calla.

Caen las trampas y salen los perros. *Sosias* también sale. Corren tras la liebre. Corren tras una liebre que no es una liebre, aunque parezca una liebre, y aunque no parezca una liebre, nunca cazaran esa liebre. Dan vueltas, *Sosias* apenas si acaba la carrera, otra vez, perdí la apuesta, otra vez perdí el dinero, otra vez el todo por la nada. Eguren no dice nada; imagino si el cabrón se reirá por dentro, se reirá de mí y de todos los que le invitan a café y a cigarrillos. Me quedo parado, escucho el nombre del ganador, al menos no ganó *Torpedo*. Ya acabó todo, al menos para mí, pero no me muevo y no digo nada, le miro a Eguren y el también me mira, ya ha puesto esa cara de: «dame un cigarrillo». Entonces le pregunto:

—Dime Eguren, ¿que tienen que ver los pulpos con los gordos? —le digo por decirle algo mientras le ofrezco el cigarrillo.

Y él dice otra vez no se qué del gen del camuflaje, que no entiende, que yo apenas escucho, y voy saliendo y él me acompaña hasta la salida, y allí se queda parado, y antes de decirme adiós me dice:

—¿Sabes?, estoy enamorado de Andrea.

Le digo adiós, y salgo, como si él supiera lo que es el amor y como si Andrea existiese.

Camino hacia el tranvía. Camino con cuidado porque el fango resbala y se acumula. Las huellas, pisadas también de galgos en la nieve. No hay apenas asfalto en las afueras. Camino hacia el tranvía. Última parada, primera parada, depende de tu punto de vista. La suerte: apenas hay gente a estas horas. Sacar *Apresurados* y mi cuaderno, me encanta mi pelliza y sus grandes bolsillos. Ojear otra vez el ranking, escribir alguna cosa y mirar por mirar de vez en cuando tras la ventana.

Camino de vuelta, adiós al sábado, adiós al sábado por la mañana, torcer a la derecha, ya puedo ver el kiosko, ya puedo ver a Valdivia. Valdivia sigue en su kiosko. Camino a casa. Me paro un poco o aminoro el paso para alzar la cabeza un poco y decirle adiós a Valdivia, pero está raro, no sé porque sigue comprando la revista si hace años que no va por las carreras; o eso, o le doy lástima. Valdivia me ignora, está raro. Definitivamente no lo reconozco.

Hay muchos que tampoco a mí me reconocen. Los hay que se quedan mirando, como preguntándose si sí o si no, si soy el que toca el violín en la avenida, sonido gato estrangulado, según Valdivia. Parece que duden, parece que se queden extrañados de que camine por las calles, de que viva donde vivo o viva, de que escriba en mi cuaderno, de que apueste en las carreras. Es verdad, tal vez, como el perro de Hilario, nosotros seamos Sosias, y en alguna otra parte estará el nuestro auténtico y verdadero, en donde tenga lugar una vida excepcional y extraordinaria.

© Damián Cordones

---

#### **El autor:**

**Damián Cordones** (Arjonilla, Jaén 1980). Ha escrito los libros de cuentos *Algunos seres plúmbeos*, *Ludos*, *ocio*, *gandula* y *Clarividencia*. El volumen de novelas cortas *Lugar baldío en cabeza humana*. El libro de microrelatos *Ómphalos*. Las obras de poesía tituladas *Fabuloso cénit* y *Zerebro* y las novelas *Ornitorrinco* y *Bröste*. Una muestra de su trabajo puede verse en: [damiancordones.blogspot.com.es](http://damiancordones.blogspot.com.es).

\* \* \*

---

## Relato

# CATARSIS

por Carlos Aymí

## I

El loquero no paraba de insinuar que se trataba de una obsesión, de un trastorno obsesivo compulsivo, lo llamaba. Y yo que no, que aquello era real, y él que no podía ser así y que si así fuese, por qué entonces acudía a él y no a un dermatólogo. Que en mi visita a su consulta había reconocimiento implícito y que eso era un claro criterio de mi enfermedad y que no era el único. Y yo contestaba que no sabía por qué acudía a su puta consulta y que se metiera sus criterios por donde le cogiesen y que no quería galimatías por respuesta y que quizá tan sólo quería desahogarme y que puesto que era un psiquiatra debía escucharme. Y él que para eso mejor un psicólogo, y yo que qué más daba si todos eran matasanos de la cabeza y que su clínica prometía resultados... Y al final volvimos al principio y le conté de nuevo mi caso y más sosegado, con más aire, y con mayor lógica le conté así.

## II

La primera vez que me ocurrió fue tras una llamada al móvil, yo estaba entonces follando con una puta y tras la llamada no pude concentrarme y fui a mear y a quitarme el condón. Y al mirarme en el espejo vi hincharse de golpe un trozo de mi brazo derecho, luego sentí un sofoco extraño en esa zona y al fijar la atención observé cómo se me cerraba una roncha amplia de esas cosas que llaman poros. Se me cayeron los pelos de la zona y el brazo pesó terriblemente.

Aparté la vista del espejo y no quise saber nada de mi brazo, pero me cegué de furia y saqué a la puta medio desnuda y a patadas a la calle, y yo todavía con el condón puesto, qué escena. Esa noche la pasé entre cervezas e insomnio.

Al día siguiente, en la mierda de mi trabajo, con la resaca, y con el sueño devorándome, apenas si me preocupé del brazo en un principio, pero según pasaban las horas no pude alejar ni el dolor ni los ojos. Dios santo, cómo pesaba. Además seguía hinchado y parecía correr pus por dentro. Aquello cada vez era más grande y más negro... y yo más pequeño. El pelo se me caía a ronchones y no creo que hubiera un puñado de poros abiertos. Dios santo, qué frío me empezó a entrar, y apenas si podía moverlo.

Mi encargada, al verme en ese estado avisó a su encargada, que llamó a su jefe, que habló con otro, y tras una puta eternidad me mandaron a casa por fiebre y sin mirarme el maldito brazo, como si no se me notara a la legua que aquello no andaba nada bien.

Esa noche, mi brazo recostado sobre el sillón estuvo a punto de explotar, ya no quedaba nada sano por salvar, la pinta era monstruosa; gordo, negruzco, sin pelo, totalmente liso, sin poros por ningún lado, y como lleno de bilis por dentro. A punto de reventarme el brazo como estaba decidí ir a la cocina a por un cuchillo, cuando comencé a sentirme mejor. La cabeza me temblaba pero la clavé en el brazo y poco a poco comenzó a respirar de nuevo, enseguida el maldito empezó a sudar y a expulsar algo purulento. Fue asquerosamente bueno, un alivio repugnante, un orgasmo desde el brazo.

El sofá se puso perdido pero ni entonces ni después me moví. Dormí lo que quedaba de noche con una sonrisa en los labios y entre un reguero de pus con olor a angustia muerta.

Así le conté al loquero, pero él me miraba incrédulo, yo quizá también lo hubiera hecho en su situación pues cuando me presenté, mi brazo había vuelto a la normalidad sin ningún signo extraño. Con todo pareció interesarse por mi caso, quizá por la novedad, quizá por aburrimiento, quizá porque tal vez fuera en realidad un muerto de hambre, y yo le pagaba bien.

## III

Durante un mes más o menos acudí a su consulta, no paraba entonces de preguntarme que si no había vuelto a sufrir episodio alguno. Y yo le decía que no, pero que notaba que volvería, de algún modo mi cuerpo lo presentía. Sin embargo todo lo enfocó mal, buscaba traumas, enfermedades de la cabeza, y nunca causas reales. Además no paró de hacerme preguntas personales. Y yo, que busqué información por mi cuenta no encontré nada, ningún caso parecido, y tan sólo aprendí que los poros sirven para que la piel respire y expulse toxinas y sudor.

Un día empezó a mostrarse muy reacio para tratarme, como si apestara o como si le diera miedo. Así que llegamos a la última sesión donde me dijo que a lo mejor tenía suerte y no volvía a repetirse, pero que en cualquier caso cancelaba la terapia. Le dije de todo menos profesional y guapo, y me marché furioso de su consulta con la intención no regresar jamás. Al cerrar la puerta del despacho con violencia observé la cara de la secretaria, comprensiva y buena conmigo.

Bien sabía yo que aquello regresaría antes o después, y fue más bien antes. Cómo no recordarlo, dios santo, si fue tras leer aquella carta. Yo no podía parar de darle vueltas al asunto mientras manejaba la vieja carretilla elevadora del trabajo, entonces fue cuando el dolor volvió pero esta vez fue directo a la pierna derecha, que se encasquilló y se negó a obedecer por lo que no pude frenar ni evitar chocar de frente contra la pared del almacén.

Me sacaron de un amasijo de escombros y metal y el médico me mandó a casa por leves contusiones. Cerdo, yo con mi pierna de aquella manera y el tipo me decía que había tenido mucha suerte y que en unos días podría volver... si no me echaban. Para terminar de rematarlo todo me pusieron una absurda venda en la pierna que le impedía todavía aún más poder respirar. Fue llegar a casa y me faltó tiempo rajar la venda.

A partir de ahí traté de aliviar mi pierna pero poco a poco se me fue despegando, se me hinchó desmesuradamente. Al tocarla además algún líquido inmundado se removía por dentro, no podía parar de imaginar ríos de pus recorriendo mi pierna.

A base de pastillas y más pastillas conseguí pasar la tarde y dormir algo por la noche, pero el despertar fue una auténtica pesadilla. El dolor se extendió a la otra pierna, y al poco lo hizo al brazo que lo empujó todo. La hinchazón estaba descontrolada. Mi cabeza me imaginaba como un globo asqueroso purulento y llagoso. El pelo de mis extremidades me había abandonado casi por completo. Me sentía terriblemente pesado. Apenas si cabía en el sofá.

Es entonces cuando pensé en rebozarle mi estado al medicucho ladrón. Al parecer cogí algunas cosas que metí en un bolso y conseguí sin saber muy bien cómo arrastrarme hasta su consulta. Nada más verme se arrepentiría y me pediría perdón, no podía pensar en otra cosa.

#### IV

Cuando llegué el loquero acababa de abrir y parecía un chulo de barrio agobiando a su secretaria fuera del despacho. No le hizo ninguna gracia atenderme pero no le quedó más remedio, y al sentarnos trató de aparentar tranquilidad... pero yo no le iba a dar ningún respiro. Cuando me miraba se movía nervioso mientras yo jugaba con mi único brazo sano dentro del bolso.

Los dos estábamos sofocados ¿Por qué no me pedía perdón, acaso no me veía, acaso no le impresionaba la piel muerta, las inflamaciones, mi deformidad? Entonces empezó a decirme no se qué de vínculos negativos, que me prohibía volver a su consulta, que yo estaba ahí por otros motivos al margen de mi enfermedad. Y todas estas desfachateces las decía mientras intentaba guardar en un cajón fotos y otros objetos.

El ahogo y la agonía me hicieron sacar entonces el cuchillo del bolso que al parecer me había guardado de modo inconsciente, y es que desesperado había decidido clavármelo delante de él. Dios santo no encontré otro modo de alivio, debía abrir mis piernas y mi brazo derecho, tenía que respirar como fuese. El muy cretino sin embargo debió pensar en él, respingó al ver el arma, y dejó caer una foto al suelo, la suerte quiso que los dos quedaran de frente a mis ojos, apenas lo único que me quedaba sano.

Comprendí de golpe la llamada de ella, su carta, y el miedo de él cuando descubrió quién era yo. La furia se apoderó en ese momento de mí y me abalancé sobre el loquero. Descargué dios santo toda mi ira sobre su cuerpo, y según entraba el cuchillo en su piel, sentía liberarse la mía. Volví a respirar. Según me salpicaba su sangre y sus gritos se ahogaban, yo me liberé de la mortal pesadez que poco a poco me abandonó con cada puñalada.

La secretaria entró entonces por el escándalo del medicucho ladrón, y al ver la escena se marchó des-pavorida. Yo continué acuchillando más allá de los gritos, más allá del alivio, más allá de lo estrictamente necesario, hasta que la policía entró y me redujo con violencia.

Al caer al suelo volví a ver cómo se abrazaban felices, y me pregunté cómo habría reaccionado si no se me hubieran cerrado los malditos poros, si no me hubiera visto obligado a acuchillarle a él para poder respirar yo, si tan sólo hubieran sido unos tristes celos.

© Carlos Aymí

---

#### **El autor:**

**Carlos Aymí.** Nacido en Guadalajara en 1981. Se Licenció en Filosofía por la UCM. Ha publicado relatos en las revistas literarias "Narrativas" (números 24 y 25), "Almiar" (número 63) y en "Entropía" (número 7, aún por publicarse). La mayor parte de sus escritos y reflexiones se pueden seguir en su blog Pandemonium, [carlosaymi.blogspot.com](http://carlosaymi.blogspot.com).

## INQUILINO

por Luis Topogenario

Reducido. A cenizas. En poco tiempo mi fuego colapsará. Y sólo seré una sumatoria de sentencias que pretendían encarcelarme. Abrí la puerta de una casa. Salí de ella. Ingresé en una oficina. Salí de ella, con algunas horas menos en mi haber. Mi escritura no me devolvió esas horas. Basta de promesas zonzas. Mi escritura no insultó. Como forma de pago, se me dio una llave, y una puerta para utilizarla. Si no pagase, ¿qué pondrían detrás de mi puerta? ¿Mi escritura? Si continuase pagando, ¿qué tendría para proteger detrás de esa puerta, qué refugiar tras los dientes de esta llave? Apenas horas de sueño, imágenes de letargo. Pero, aunque pagué, también esas horas me fueron embargadas. ¿Por qué mi vida está colocada en mi escritura, y no en mí? ¿No soy el mejor postor? ¿De qué sirve este bolsillo, si no es para albergar mi llave, y sus versiones, privadas, teléfono celular, billetes, monedas, píldoras migrañosas? ¿De qué sirve esta puerta sino para ser celada desde el exterior por mí? Y violentada por mis enemigos, si es que tuve. ¿Odié? ¿Me odiaron? En suma. Si tuve éxito, entonces me gané varios enemigos. Si no tuve éxito, entonces soy enemigo de quien tuvo éxito sobre mí. Pero, entre ambos casos, al enemigo siempre es mejor escogerlo uno. En suma. Las preguntas no se acoplan, no encajan ni se enfrentan, espejos de ellas entre sí. Nadie entra a las patadas en las casas. En las habitaciones, que odiaba, no hay nadie. ¿Dónde está mi rebelión? ¿Qué pasó con la profecía de que, llegado el caso, me rebelaría? Los zapatos pasean por el cemento de las aceras, tranquilamente, recordando la época en que sus abuelas botas derribaban puertas y demolían paredes, sin preguntar, sin responder. Dentro de las botas hervían pies, y garras milagrosas. El odio es más intenso que mi fuego, y por eso me ahogo. Me desalambro, ¿o me despalo?, en el sentido estricto. Rematar. Actas de liberación. Poderes negociados. Noches votadas con zapatos. Me fui apagando, y cuando me fui apagando, mi escritura se volvió prensil, aunque, lo admito, apenas cargo un tentáculo de cera. Lámparas cenizas. Luz ambiental.

¿Alguna vez quise? ¿Alguna vez me quisieron? Más allá de las obligaciones contractuales, ¿estoy permitido? Buenos días, buenos negocios. Buenas tardes, buenos recuerdos. Buenas noches, buenos resultados. ¿Alguna vez recordé a alguien? Porque, si lo hice, no me fue anunciado con carteles. ¿Alguna vez alguien me recordó? El recuerdo, al igual que yo, también está normatizado. Aquí. Parece que apunta hacia atrás, y que se dirige a alguna parte. Pero mi escritura, ¿no apunta hacia adelante? Pensé que mi muerte estaba después de mí. No me devolvió las horas que me embargaron, así que mi escritura no se dirige a ninguna parte, ella misma es un lugar. Cárceles con carteles, que me indiquen, por favor, Esto es un recuerdo, y Esto es el recordar, necesito diferencias, por favor, ni seis, sólo un par. Mi escritura no dijo Estoy atrás tuyo. Sólo dijo Seré célebre, frente a ti, ¿o fue Para ti?, eso sí que lo recuerdo, con nitidez, ¿puedo estar seguro? Mi escritura es mi paisaje, con algunas indicaciones. Reducción, ah, el viejo truco de la muerte, del fuego extinguiéndose. Cuando menos de la mitad de las partes son llamas, y el resto, costosas cenizas. Mi escritura no es cara, a diferencia de sus orígenes. Colapsos. ¿Cómo me abaraté? ¿Quién pagó el excedente? ¿Desembolsé las cantidades exactas, pagué en fecha, me sellaron correctamente la factura? Porque, si no es así, quiero de inmediato mi libro de quejas. Mi muerte estaba hacia adelante, fue la promesa que se me hizo. ¿Por qué me le anticipo? ¿Por qué tiendo a ubicarla hacia atrás, a asumirla al final de mis vagones? ¿No me dijeron que me movía hacia ella? Porque eso fue lo que me dijeron. ¿Es que tuve algunas aventuras, luego de decretarse mi muerte cerebral y después de haberseme desconectado de mis caros aparatos mecánicos de soporte vital? ¿Estas aventuras deben reportarse? ¿Tengo algunos héroes bajo la manga que quisiera compartir? ¿No venían lágrimas, los últimos sacramentos poderosos, el arrepentimiento como el vino, la culpa como el maná, antes de las últimas respiraciones? En ese orden se me explicó que ocurrirían los hechos. Y aquí, hasta ahora, no se me indemnizó. ¿No venían chorros, coreas, tristeza inminente, caras agrias, gravedad, preocupación, rostros retorcidos de dolor, antes de las explosiones, himnos de honor? La

---

*«Los zapatos pasean por el cemento de las aceras, tranquilamente, recordando la época en que sus abuelas botas derribaban puertas y demolían paredes, sin preguntar, sin responder.»*

---

rebelión siempre pega en un callo, no en el tejido tierno. Señoras, ése es el problema. Así no afectamos a nadie. (Soltaré mis perros de presa, y me atacarán) Estos carteles quizá me desorientaron, antes que ubicarme. Ya es tarde, ya acepté que me apago. Voces laberínticas dándome órdenes. Cuenta esto. Suma esto. Resta esto. Acomoda esto. Maquilla esto. Grafica esto. Esconde esto. Disimúlate. Curiosos mecanismos. Luz, algo solar, si el sol es este objeto ronroneante, con bujías, que se asoma sobre el cortocopioconfecciono. Por último, me indicaron mi Muévete, ya conoces dónde está la puerta. Es cierto, ya conozco ese sitio. Convulsiones, movimientos de gusarapo. Espejo enfrentado de lo que yo esperaba. Contorsiones pobrísimas, no sé escapar. Me dediqué a estas simonías, a tiempo, antes de que comerciasen conmigo. ¿Mi escritura se vendió bien? Por docenas, y por treceñas. Véndelo así. Cóbralo así. Págalo así. Empácalo así. Trafícalo así. Contralóralo así. Decláralo así. Simúlate. A pesar de que yo era gratis, me vendí muy bien. A la primera oportunidad. Curiosas horas me esperan en este laberinto natural pobrísimo. Y si me alargo, creo alcanzar para varios días y resistir, sin cortarme, para varias comidas. ¿Mi escritura me sobrevivió? Basta de promesas zonzas. Es un buen momento para abandonar mis manos, para dejar impagadas estas facturas. Con un resumen de cuenta será más que suficiente, algo que diga Éste adeuda tanto, no importa. Ya no importa, que le manden flores al que le quedé debiendo, pequeño worm, o bombones, si no hay flores, o si son más caras. Entrego, esto que me ocupaba, lo entrego. Mi pequeña carga irrepitable. Llévensela. ¿Mi escritura sufrirá? Bueno, depende. Depende de cuántos haya en las hinchadas. Soy

---

*«A pesar de que yo era gratis, me vendí muy bien. A la primera oportunidad. Curiosas horas me esperan en este laberinto natural pobrísimo. Y si me alargo, creo alcanzar para varios días y resistir, sin cortarme, para varias comidas.»*

---

treceñas de escrituras combatiéndose, bueno, podría llegar a aceptar eso. Para cada bando, un penacho. Para cada penacho, varios bandos. ¿Mi escritura sufrirá? Sí, definitivamente sí. ¿Como forma de premio? Premios consuelo. Es un buen síntoma, para terminar. El contentarse, con los pocos sorbitos. Ya termino. Ya choco con la atmósfera, ya ardo, ya me rompo. Ya me apago. Órdenes. En el bolsillo se encontrará mi llave, para quienes hurguen en él. Detrás de mi puerta, nada, sólo un lugar, adyacente a una lámpara, respirando una luz encenizada, ideal para celebrar, frente a mí, eso sí. Dirección, magnitud y sentido, ah, el viejo truco de la vida. Hubo una vez una mujer que me recordó. Y ahora, ¿quién me protegerá de

ella? ¿Mi escritura? Necesitarán diferencias, por favor. Una sumatoria de sentencias. ¿Quién podrá normatizarme, y decir Esto sí, y Esto no? ¿Indicaciones, alguien? Mi escritura es mi paisaje. Aunque aún no me decido por el horizonte, ficticio, peleo por tener espacios, bastante anchos, como para no ser abarcados por una sola observación, ni barridos por una sola ventisca. (Mirarán mi silla, y no me encontrarán en ella. Hurgarán en mis ropas, mis chinelas, mi colchón, curtido, y no lograrán ubicarme. Cualquier respiración, microscópica, me tapaná) Cenizas, oh, viejo truco del fuego para viajar de gratis en la ventisca. Hay que abaratar, señora. Aquí. Buenos días, buenos recuerdos. Buenas tardes, buenos resultados. Buenas noches, buenos negocios. Sentencias, cortocopioconfeccionadas. Los trucos apacentaron a quienes se engañaban con ellos, y de esa calma brotaron las cosas más desnudas, o, bueno, uno las miraba desnudas, podría llegar a aceptar eso. ¿Y ahora resulta que sobre mi cuerpo tenía varias capas de ropas de pana? Aún así, la vida está desnuda. Verdadera soledad. Ya las cosas se pueden manipular, los objetos no tienen más símiles, todo es ello mismo, la verdad acabó con todo parecido, mi escritura extravió sus parientes, ¿que asumí como míos?, ñññ, ¡ñ!, mis parientes, vinculándome a un nicho, falso, ése era mi viejo truco, cuando funcionaba. Luego las deudas se acumularon. Y el nicho se lo ensartaron a un mejor pagador. No funcionó. El único engañado era yo, vivía en paz tras esas cortinas, recubierto de velos, acumulando mi escritura, una tras otra, capita por capita, sobre la misma cara, aquí. Bonita torre, parece. Balanceándose. Mientras duré, era bonita. Ahora acabo. Una pequeña descarga eléctrica, violenta, estética, entrará en mi muerte, hasta levantarla, una pequeña descarga. Colapso. Suma.

© Luis Topogenario

---

#### **El autor:**

**Luis Topogenario.** Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Ha publicado la novela *Fat boy* (Montevideo: Gráficos del sur, 2010). e-mail: [topogenario@gmail.com](mailto:topogenario@gmail.com)

## NANORRELATOS

por Víctor Lorenzo Cinca

### DEMIURGO

Sólo existo mientras me lees, maldito asesino.

### BICHO PALO

La noche antes de la poda, alardeaba de camuflaje.

### TERRORISTA SUICIDA

Todavía indeciso, pide billete de ida y vuelta.

### SUICIDIO DE LUCKY LUKE

Muy lenta, su sombra resultó ilesa.

### TERCER DESEO

Pido no haber encontrado jamás esta lámpara.

### DISCULPEN LAS MOLESTIAS

La máquina del tiempo llegará con retraso.

### CORRESPONDENCIA BÉLICA

El sudario de Laertes quedó precioso.

Besos,  
Penélope.

### COMPULSIVO

Rompo el cerdito medio vacío, recojo las monedas y me marcho a toda prisa a comprar otro cerdito.

### APOCALIPSIS

Primero se extinguieron las cigüeñas. Luego, la humanidad.

### PLENITUD

Ya he cortado un árbol y borrado un libro. ¿Sabes qué falta, hijo mío?

### PROPAGACIÓN

Abandonaron el paraíso con el estómago repleto de semillas.

### MADUREZ

Cae sobre Newton. La muerde Eva. Guillermo no falla.

### RULETA RUSA

Último turno. Me toca. Tú. Yo. Sin testigos.

## LUNÁTICO

Ícaro aplazó el vuelo hasta la noche.

© Víctor Lorenzo Cinca

---

### **El autor:**

**Víctor Lorenzo Cinca** (Lleida, España, 1980). Licenciado en Filología Hispánica. Miembro del comité editorial de la **Internacional Microcuentista**. Publica sus microrrelatos en blogs y webs dedicados a la minificción y en diversas publicaciones periódicas, tanto digitales como en papel. Algunos de sus textos han sido recogidos en antologías. Alimenta las **Realidades para Lejos**. Aprendiz de guionista, espera recibir la llamada del editor insensato interesado en publicar su primer libro de microrrelatos.

\* \* \*

### Relato

---

## OLOR A GUERRA (Relato poetizado en 200 palabras)

por Mariela Loza Nieto

Trató de curar la carne del cedro amargo con su caricia tierna. Miró a su alrededor, todos los árboles tenían las marcas del plomo que taladró sus cuerpos.

Caminó entre ellos con el corazón empantanado de impotencia.

La joven se detuvo un instante, una flor de inírida yacía sobre las ramas que estaban pisoteadas sobre el suelo.

Levantó la flor, parecía sangrar donde el balazo le quebró el tallo.

Con paso apresurado, caminó hacia la canoa, donde ya se encontraban más mujeres y hombres Nukak. No se podía más vivir su selva ancestral. Había que huir de aquellos estruendos sangrientos.

Mientras navegaban, se escucharon nuevos ametrallamientos y explosiones.

Cerró los ojos imaginando al yaguar muerto. Deseó que su espíritu y el de su gente llegaran al *hea*, donde nadie muere y jamás se enferma.

Las lágrimas les abrigaron las pupilas... cantaron y lloraron su tristeza. El río que atestiguó su nómada andar, cazando y recolectando frutos, ahora veía seguir el rumbo hacia la extinción al hombre y mujer Nukak.

Acercó la inírida a su corazón. Parecía seguir sangrando... ahora, al igual que la selva, había perdido su aroma y se le había impregnado el olor a guerra.

© Mariela Loza Nieto

---

### **La autora:**

**Mariela Loza Nieto**. Directora de la Revista de Literatura y Derechos Humanos Sombra roja, adscrita al sistema de información cultural del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) México. Ha publicado el poemario *Nuestra América: el dolor pariendo a la esperanza*, Ediciones Mandala (España, 2010) y el collage histórico-literario *México: los naturales de la tierra*. Ha colaborado con las Revistas: Revista Latinoamericana de Derechos Humanos; Revista Rayuela; Gibralfaro, Revista de Creación Literaria y Humanidades; Proyecto Sherezade; Revista Diálogo.

## LOS OTROS RUIDOS

por Patricia Nasello

*... su resistencia, demasiado probada ya, ha llegado al tope y esta es la gota que colma la medida, porque los dolores no se sustituyen unos con otros sino que se apilan y se intercalan.*

Estela Smania

Mi padre era el enfermo pero la que habla sin parar es ella. Mastico y no la escucho. Mis muelas trituran galletas, su energía de trigo se desperdicia va a parar a ningún lado, lo útil es la trituración que rebota en el cerebro y su voz de pájaro se aleja. Los otros permanecen. Los otros ruidos. Poca muela para tanto martillo neumático. Reestructuración. Hagamos peatonal la Entre Ríos que los cimientos de la iglesia no aguantan un cimbronazo más. Parece que anda con plata el intendente. Señor intendente, cuántos perros vagabundos con ganas de ladrarle a los martillos neumáticos piensa usted que le caben a la calle Entre Ríos. Dios, cuánto martillo perro y pájaro pretendés que triture. Dios, acordate, mi padre era el enfermo ella es la que habla. Yo mastico. Como un perro. Bestias con suerte pájaros y perros, gustan a la gente. Nadie quiere enfermos. Cuando lo echaron del trabajo, ella, tan calladita hasta entonces, dijo «Tu padre se la buscó» alto y claro para que la oyera. Y desde entonces su voz aguda de canario enloquecido me taladra el presente y la memoria. Todo canario pide jaula, estas galletas piden queso. Abro la heladera queda poco, no me extraña. Con la cuchilla corto fetas finas como uñas, láminas que podrían enrollarse.

«Estaba loco» chifla la canario. Uñas curvadas, garras. En la derecha tengo la cuchilla en la izquierda el queso que apoyo sobre la mesada. «Por culpa de ese infeliz perdimos todo». Fue una época dura, ella histérica, mi padre vencido y el teléfono anunciando más problemas así que si sonaba, para evitar discusiones entre ellos, yo le hacía frente con mi primer año de secundario. Tipos con tono grave de señores serios que se presentaban como los doctores fulanos de tales estudios, amenazaban con embargos a mi voz de nene. ¿Se van a llevar la computadora? Bueno, cosas como ésa, sí.

Hago un esfuerzo supremo y logro que algo mío me penetre, siento dolor en las piernas. Tanto estar de pie. Nuestras sillas, base de paja dura y respaldar recto de madera; si es para reírse, estas cuatro porquerías viejas ojalá se las hubieran llevado los usureros junto con todo lo otro, no las necesito: sentarme significaría abandonar el estado de alerta, un acto de imprudencia. Yo jamás sería un imprudente o un infeliz como dice ella. Alguien que, por ejemplo, sueña el gran negocio fácil y pierde plata a lo bestia. Está muy bien que las personas competentes cuya claridad mental hace que sean siempre las indicadas para lo que se guste mandar, agarren al infeliz y lo encierren. Si la cárcel falla por falta de pruebas a no alarmarse, con el manicomio o el cementerio se cuenta siempre. Agujeros que sirven de zoológico para esta forma de bestialidad contagiosa, cualquiera que tenga la desgracia de estar ayudando a un primo pobre que no termina nunca de recuperarse, me entiende.

Ahora aguanto que recuerde tiempos idos y lloriqueo a lo borracho. Esta canario pide jaula. En la derecha tengo la cuchilla, se acabó el queso. Criar canarios fue uno de los muchos sueños de mi padre, por él supe que en este país por causa del clima o por las plantas, un canario sólo sobrevive en cautiverio. Yo era chico, le creí. Este es el peor momento para decirme la verdad que se impone, siempre le seguí creyendo.

Los muchachos del intendente cierran la mochilita y se van para su casa. Alguien que le avise a la perrada, hora de cerrar el hocico y ocuparse en la caza de murciélagos porque según consta en actas el que espere canarios pasa hambre. Dios en la derecha tengo la cuchilla y me niego a comer mur-

ciélagos. Los locos de los hospicios comen poco, comen mal, después, uno a uno se van muriendo y a ver quién es el vivo que alivie la pena de ese muerto. Mi mano derecha sostiene el mango con la misma naturalidad que termina en dedos.

Apoyo la izquierda sobre la perilla del círculo rojo y giro para que corra agua por el grifo. Si funcionara el calefón saldría caliente. Habla y sigue llorando. Pongo la hoja de acero bajo el chorro frío. Coloco detergente y refriego con la esponja, limpio con meticulosidad, como si intentara quitar algo que difícilmente se borre. Tomo el repasador y seco. Cuidá a mamá me decía, y lo respetábamos, nadie se había dado cuenta todavía de que mi padre era un enfermo. Yo trabajo estudio ayudo en lo que puedo.

Ella no es simplemente ella y no es justo que le diga la canario.

Los dedos están agarrotados sobre el mango parecen los dedos de un muerto. Obligado a actuar como si fuera zurdo abro la puerta del aparador y deslizo hacia afuera el cajón de los cubiertos.

«Ya no es cuestión de plata, toda su realidad es un delirio.» Puso la palabra loco en las manos del siquiatra, fue su fiscal. Si hay que admitirlo lo admito él necesitaba tratamiento pero por qué no dejarlo en casa, por qué encerrarlo. La dueña de las palabras fue su fiscal y su verdugo.

Cuidá a mamá.

Cierro los ojos apretando los párpados con tanta fuerza como aprietan los dedos. Levanto y estiro el brazo derecho. Abro los ojos, me sobresalto. Mi movimiento ha sido brusco y además estuvo el ruido. Por ese ruido sé que también he abierto la mano, la cuchilla cayó sobre los cubiertos. Junto los dedos y los pliego, donde estaba el mango hay un hueco, como un abismo. Bajo el brazo con delicadeza y cierta inseguridad, como si temiese que se quiebre o no respondiera a mis deseos. Con la izquierda cierro cajón y aparador. Se ha callado. Lentamente giro la cabeza, la miro. Hago un par de pasos, con cuidado apoyo mi mano derecha en su mejilla y la dejo ahí, donde había un abismo está su rostro. Ha quedado una lágrima de sus llantos anteriores que seco con el pulgar. Me mira de un modo extraño, suave e intenso a la vez. Mamá, digo, él está mejor ahora, descansando.

Me acostumbré tanto a sus palabras, no sé qué dice su mirada.

© Patricia Nasello

---

### **La autora:**

**Patricia Nasello** nace en Córdoba (Argentina) en 1959. En la Universidad Nacional de Córdoba obtiene el título de Contadora Pública, profesión que no ejerce. Lectora empedernida, en 1999 comienza a narrar por escrito sus propias historias. Obtiene diferentes galardones, Segunda Mención en Cuento Certamen Franja de Honor S.A.D.E. 2000 (Sociedad Argentina de Escritores), Primera Mención Género Narrativa Concurso Manuel de Falla 2004, Primer Premio Género Ensayo Concurso Manuel de Falla 2004, Mención Concurso La Mañana de Córdoba 2005, entre otros. A partir del año 2010 edita un blog, **Esta que ves**, donde publica textos propios. Su trabajo en la red le ha reportado publicaciones en otras bitácoras, revistas culturales y periódicos. A partir del año 2005 colabora con la revista Otra Mirada S.A.D.O.P. (Sindicato Argentino de Docentes Particulares) a través de su columna Para leer y disfrutar. Coordina talleres de creación literaria.

\* \* \*

---

## Relato

# MICRORRELATOS

por Rubén Gozalo

### **OBRA MAESTRA**

—Esto es lo más cerca que estará usted de la perfección. Fíjese en el trazo de las líneas, en la densidad de las flores. Es lo mejor que he visto en mi vida y, créame, llevo muchos años en el mundo del arte.

Supera con creces al Jardín de las delicias de El Bosco, a los paisajes románticos de Friedrich e incluso a las creaciones de Picasso. Observe la viveza de las petunias, el brillo de las margaritas o la profundidad de los geranios. Es como si tuviesen vida propia, como si nos estuviesen hablando. Las puede oler, incluso —me dijo el crítico de arte mientras se recreaba extasiado con la obra *Jardines Secretos* en el Museo Metropolitano de Nueva York.

Yo jamás he sido bueno para apreciar los detalles. Las vanguardias actuales nunca las he entendido. Sin embargo, respeto las heces enlatadas o el retrete sin taza. Aun así, aquella obra me había dejado estupefacto porque no conseguía ver más allá de un marco vacío colgado en la pared. Me aproximé a la obra para reparar en los matices. Entonces, se acercó el coordinador de la exposición.

—Está al revés —dijo.

Y giró el marco.

\*

### MANJARES

Con la crisis hemos tenido que ingeniárnoslas para llegar a fin de mes. En la nevera, no queda nada. Aun así, mamá todos los días nos elabora un menú diferente. De los nuevos platos, el que más me gusta es la sopa jardinera de titulares y entradillas. Mi hermano prefiere el puré de anuncios clasificados mezclado con noticias internacionales. El abuelo se inclina por algo con más sustancia, el cocido de artículos de opinión a la bilbaína. En cambio papá, como trabaja de autónomo en la puerta de la iglesia y pasa mucho frío, para entrar en calor se decanta por el consomé de anuncios eróticos, más efectivo que cualquier coñac o que unas sopas de ajos.

Hoy, mamá ha echado en la cazuela la última de las páginas del periódico.

Mañana no sé qué comeremos y yo, por si acaso, he sustraído del buzón unos folletos publicitarios.

\*

### BELLÍSIMAS PERSONAS

El hombre toca el timbre de la puerta. Le abre una mujer mayor, cansada y con señales de haber llorado durante días. Se fija en su pelo oscuro, sucio y apelmazado en la cabeza como pasta de cemento a punto de solidificarse. Viste una bata azul oscura. Su aliento huele a whisky. De fondo, en el cuarto de estar, se escuchan unos acordes de una pieza de Chopin. Ella lo observa con indiferencia. Hace días que todo dejó de importarle. Apenas siente un dolor en el estómago, un irreprimible vacío que ni siquiera el alcohol consigue llenar. Es el cáncer de la incertidumbre. Es el hecho de no tener noticias lo que la está devorando por dentro, como un tumor maligno que destruye y mata con rapidez cuanto encuentra a su paso.

—Hallé esto tirado en la calle —dice él, mientras le enseña un bolso negro de cuero.

La mujer lo coge. Aturdida, reconoce el documento de identidad, el lápiz de ojos, el estuche de maquillaje y la cartera sin dinero ni tarjetas de crédito.

—Pa... Pase, por favor.

Le conduce hasta el salón. Allí, entre estanterías repletas de libros viejos, una televisión de 32 pulgadas y un sofá sobre el que descansa un perro, se fija en una foto colgada en la pared. Hay varias chicas jóvenes en una clase de danza. Están felices, ajenas al mundo, a la maldad y a los problemas, mientras mueven sus cuerpos inasibles en la pista de baile.

—La... La ha visto

—¿A quién? —pregunta él.

—A mi hija. Desapareció hace una semana.

—No.

Pero eso él ya lo sabe.

La violó y descuartizó el sábado por la noche.

Después, la enterró en el bosque.

\*

### «LIKE A ROLLING STONE»

Cuando me cogí aquel resfriado mi voz se volvió ronca durante días. Sonaba tan bien que varias discográficas me ofrecieron grabar un disco. El éxito fue inmediato. En unas semanas copé los primeros puestos de las listas de ventas. No obstante, cuando se me curó el catarro mi voz volvió a ser la de siempre.

Para remediarlo, hice todo lo posible por enfermar. Utilicé pañuelos de personas acatarradas, me mezclé en las salas de los hospitales con pacientes resfriados y acudí a países donde la Organización Mundial de la Salud declaró pandemias de gripe.

Fijé mi residencia en Siberia. En invierno caminaba en bañador por las calles, dejaba que los niños me enterrasen en fosas de nieve o me metía en las cámaras frigoríficas durante horas hasta que empezaban a brotarme estalactitas en las narices.

Poco a poco, los continuos resfriados fueron minando mis defensas hasta convertirme en un ser vulnerable. Ayer morí de una pulmonía.

Hoy soy un mito.

\*

### FLASHES

**NACIONAL.** Bajo el lema *aquí hay mucho infiltrado*, miles de ladrones indignados han acampado en la Puerta del Sol. Con tanto político y banquero se están quedando sin trabajo.

**LOCAL.** Diez años de cárcel para el hombre que se quedó en casa de Rodríguez e incendió su vivienda cuando intentaba hacerse un huevo frito.

**INTERNACIONAL.** La Academia Sueca concede el Premio Nobel de la Paz a un etarra fugado en el 2010.

**ECONOMÍA.** Para reducir el gasto en las pensiones, el gobierno está regalando a los jubilados pisos en los rascacielos, pero sin ascensor.

**SUCESOS.** A un madrileño le toman por loco cuando confesó que tenía trabajo.

**CULTURA** Pedro Almodóvar presenta su última película. Un film de terror ambientado en Castilla La Mancha titulado: Todos funcionarios.

**ÚLTIMA HORA.** La SGAE gana el juicio contra un sin techo al que le castañeaban los dientes a causa frío. El castaño reproducía fielmente la melodía de una canción de Al Bano.

© Rubén Gozalo

---

### **El autor:**

**Rubén Gozalo** (Mondragón 1978). Licenciado en Ciencias de la Información especialidad Periodismo y en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad Pontificia de Salamanca. Ha ganado entre otros el II Concurso de microrrelato Melibro (2012), el I Concurso de Microrrelatos sobre política y/o polític@s (2011), el I Concurso de Noticias Microrrelatadas Castillos en el Aire (2011), el VI Premio «Saigón» de Literatura (2011), el I Certamen de Microrrelatos Jim Morrison (2011), el Concurso de microrrelatos Ser Castellón (2011), el I Certamen de Microrrelatos La librería de Javier (2011), el Concurso de Microrrelatos IV Feria del Libro Sierra Oeste de Madrid (2011), el Certamen de Microrrelato Acbconfidencial (2010), accésit en el III Premio Ediciones Beta de Relato Corto (2009) y en el I Certamen de Relato Breve Enrique de Sena (2006). Ha sido finalista en numerosos concursos y cuenta con más de una veintena de publicaciones en diferentes antologías.

## COMUNIÓN MEXICA

por Enrique Martínez Llenas

El agonizante Sol, perdida irremediamente su diaria batalla, se escabulle por el horizonte, dejando su lugar a una luna redonda y brillante que se empeña, por el momento sin fortuna, en suplantar el dorado resplandor del día con una luz blanca y tímida. El joven Miztli, paciente y obcecado, espera oculto en la penumbra. Hace honor a su nombre: se agazapa igual que el jaguar, listo para la caza. Sus pupilas están dilatadas porque necesitan acomodarse a la oscuridad, pero además por la enorme ansiedad que las estimula, y que también es responsable de la aparición de un fino temblor en el párpado inferior del ojo izquierdo. Las aletas de su ancha nariz están ahora mucho más abiertas, tratando de absorber todo el aire posible. Sus dedos, largos y morenos, se cierran en su mano derecha sobre el mango de una rotunda maza de madera tosca, el arma elegida para llevar a cabo su cometido.

Sabe que su esfuerzo será recompensado con el éxito. Ha estudiado con minuciosidad obsesiva las costumbres de él, su futura presa, y está seguro de que las repetirá puntualmente, como lo viene haciendo desde hace años, desde el día en que el pueblo mexica fue vencido y conquistado, y el invasor se apoderó de sus tierras. Cientos de hombres tan infames como ése, sedientos de oro y sangre, se abalanzaron sobre sus casas matando a los ancianos, violando a las mujeres y destruyendo los templos donde se rendía culto a los dioses nahuas. Creyeron haberlos aniquilado; pero esos antiguos dioses, protectores de los mexicas, fuente y objeto de la grandeza de su pueblo y venerados por generaciones, aguardan ahora la venganza redentora, acompañando en silencio a Miztli en su tensa espera.

—¿Qué quieren de nosotros estos extranjeros? —preguntó Miztli, siendo aún un niño, a su madre Aquetzali, recién acabada la horrible matanza que había sometido la altiva Tenochtitlan a la voluntad de los conquistadores, y en la que murió casi toda su familia, incluso su padre.

—Oro, Miztli, quieren el oro, y ser nuestros amos. Desean tener muchos sirvientes, vivir sin trabajar, y lograr honra y honores para asegurarse su futuro. Eso es lo que quieren.

Esa imagen de salvajes y crueles depredadores, desde ese momento y hasta hoy persistió imborrable en su mente. Pero de entre todos ellos, el más destacado sin lugar a dudas, es quien será en breve su víctima. Ése, que luego de la masacre de Tenochtitlan rondó como un buitro hambriento entre las pestilentes casas rompiendo las paredes, desgarrando las vestiduras de los muertos y cargando con todo lo que le parecía valioso, con el solo fin de encontrar, entre los cientos de cuerpos sin vida y ya corrompidos, ese oro tan anhelado. Él mismo, Miztli, fue uno más de los aterrorizados testigos que presenciaron el momento en que el invasor, divertido y riendo a carcajadas, echó uno de sus más grandes y salvajes perros sobre su tío Tlacaélel que, herido en un brazo, no pudo defenderse y acabó destrozado entre las feroces mandíbulas.

No olvidó su nombre nunca más: capitán Diego Montes de Alcázar. Lo oyó por primera vez cuando un superior lo llamó al orden por sus excesos, y desde ese preciso momento lo atesoró en su memoria para siempre, como símbolo tangible del opresor de su tierra. No lograron hacérselo olvidar todos los años pasados en Texcoco con el querido fray Pedro de Gante aprendiendo el castellano, la lengua de los conquistadores. El fraile, con su bondad y humildad, fue siempre la imagen contrapuesta a la del salvaje capitán, tanto como para que los mexicas comenzaran a apreciarlo y a tomar en serio sus palabras y enseñanzas, materializadas en un internado, al que asisten hasta el día de hoy numerosos jóvenes para aprender artes y oficios. Él mismo, sin ir más lejos, concurrió también du-

---

*«Esa imagen de salvajes y crueles depredadores, desde ese momento y hasta hoy persistió imborrable en su mente. Pero de entre todos ellos, el más destacado sin lugar a dudas, es quien será en breve su víctima.»*

---

rante unos años. Con el tiempo, y ya convertido en un joven fuerte y robusto, logró una merecida reputación como carpintero, oficio que aprendió allí. Los años transcurridos fueron muy duros, con una disciplina tan estricta como la de la misma escuela telpochcalli de su niñez. En ese lugar forjó las que hoy son sus amistades juveniles, esas que son indestructibles y que perduran en el tiempo. Al menos les debe a esos frailes la posibilidad de haber conocido a sus amigos y de aprender algo. De no ser por ellos todo su pueblo hubiera desaparecido masacrado. Sólo ante su presencia vio postrarse a los crueles invasores en señal de respeto, y sólo ellos fueron y son, aún hoy, capaces de hacerlos avergonzar por sus desmanes, amonestándolos desde sus púlpitos a ser compasivos y tolerantes con el pueblo conquistado. Pero además han sido un vivo ejemplo de humildad, viviendo austeramente, durmiendo en el suelo, comiendo mendrugos que nadie probaría, martirizando sus cuerpos con espinas de maguey igual que los mexicas, y haciendo enormes esfuerzos para aprender la lengua nahuatl. Uno de ellos hasta eligió llamarse «Motolinía», que en nahuatl significa pobre.

Y hoy, en esta ansiada noche, Miztli, después de tantos años volverá a encontrarse con ese temible espectro de su infancia, pero ahora para llevar a cabo su venganza, en nombre de todo su pueblo: tendrá por fin el corazón de su enemigo entre sus manos. El capitán es ahora un encomendero, y de los peores y más crueles, por añadidura. Los cientos de indios que tiene a su cargo sufren vejaciones sin fin, como ningún otro les hace padecer. Quien intenta fugarse muere destrozado por sus perros, o desventrado por su espada. Unos cuantos que han quedado mutilados, luego fueron expulsados de su encomienda. Ahora vagan inútiles por los pueblos, solicitando ayuda para sobrevivir, como indignos mendigos.

Por comentarios de fray Pedro y otros, Miztli sabe que el capitán no está bien visto ni siquiera entre sus propios compañeros, que es bebedor y pendenciero, pero que pese a ello, sorprendentemente se confiesa y comulga cada domingo. También sabe que ahora está más viejo, y por lo tanto con sus fuerzas mermadas. Además de muchos hombres, a los que hace trabajar sin tregua, tiene varias indias a su servicio. Las ha preñado a casi todas, y contabiliza numerosos hijos dispersos por ahí. Sin embargo desoye absolutamente la prédica de los frailes, negándose a casarse con cualquiera de ellas y vivir en monogamia, amparado en que los caciques indios y otros notables españoles aún no han aceptado hacerlo: «Ya veremos luego...», dice, siempre que se le pregunta.

Lo que nadie sabe es que él, Miztli, desde hace no mucho tiempo, se reúne secretamente en lo más profundo del bosque de la montaña cercana, con sus amigos de la niñez, Tleyotl y Mazatzin, para celebrar los ancestrales ritos de sus mayores, ahora prohibidos. Fray Pedro, antes de dar por finalizada su educación, los envió como delegados oficiales para predicar por los alrededores, con el propósito añadido de detectar a los que llamaba herejes, para hacer que entraran en razón y se postrasen ante el nuevo Dios cristiano que había llegado con los soldados desde el otro lado del mar, so pena de llevarlos ante la justicia y castigarlos. Sin embargo, con esa misión, lejos de hacerles olvidar el pasado supuestamente oscuro y demoníaco en el que reinaba el gran Huitzilopochtli, sólo logró acercarlos más a sus raíces indígenas, casi a punto de ser olvidadas por la educación recibida en el internado.

Miztli ve algunas semejanzas, pero también importantes diferencias entre la nueva religión y la de su pueblo mexica. El dios de los extranjeros sacrificó a Cristo, su propio hijo, ése que en las imágenes muestra su corazón sangrante envuelto en espinas, para salvar al mundo de sus pecados, y eso es algo que es similar a la tradición mexica; también exige bautizar a niños y adultos, pero sin embargo lo hace con agua en vez de pulque, como en la fiesta de la borrachera; anuncia igualmente una vida más allá de la muerte, pero enseña equivocadamente que buenos y malos serán separados, ignorando que bien y mal son tanto uno como otro parte de la vida; y tiene, además, altares para efectuar el sacrificio ritual, en los que, tal como enseña fray Pedro, se da de comer a los fieles ese mismo Cristo, pero bajo la forma de una galleta plana que luego, misteriosamente, se convierte en su carne y su sangre. A eso le llaman comunión, y Miztli, tal como todos sus amigos, luego de ser bautizado la experimentó. Pero extrañamente no sintió el gusto ni el olor de la sangre.

No tiene nada en contra de fray Pedro; todo lo contrario. Es un buen hombre, tanto como lo era su propio padre, al que poco conoció; murió en la batalla de Tenochtitlan defendiendo su calpulli, su clan. Tal vez pueda decir que el fraile es sumamente estricto en lo que atañe a la fe y al cumpli-

miento de sus normas, pero eso es lo esperable, tanto como lo era también de los sacerdotes mexicas. Tristemente debe reconocer, casi con certeza, que la religión de los frailes acabará imponiéndose en el futuro: lo ve en las caras de sus vencidos amigos y parientes; en el gradual olvido de sus dioses y de sus ritos; en la quema y demolición del altar del que fuera su Huey Teocalli, el templo mayor; y en el reemplazo de los altares domésticos menores por las cruces e imágenes de los nuevos dioses, muchas veces efectuada voluntariamente por los suyos como signo de aceptación y sometimiento. No termina de entender todo cabalmente, pero algo le parece claro como el agua: le resulta inconcebible que el antiguo y sagrado pacto con Huitzilopochtli, regado con sangre y fundado en la guerra permanente, que dio a su pueblo la fuerza para conquistar el respeto y temor de los otros pueblos vecinos, ahora sea considerado una mentira y un error; algo pagano, como dicen los frailes. Pero en eso, sin embargo, algo de razón han de tener esos frailes, porque pese a que ya no se ofrecen sacrificios humanos, el Sol continúa saliendo diariamente, en contra de lo que advertían los supremos sacerdotes mexicas.

Aunque ¿en verdad han cesado esas ofrendas humanas, o aún secretamente se mantienen vigentes? Por lo que a él respecta, y lo sabe de primera mano, todavía persisten, ocultas y soterradas. Más aún: él y sus amigos ofrecerán otra más, posiblemente la última, a Huitzilopochtli, para honrarlo y demostrarle su cabal hombría antes de renunciar a sus raíces definitivamente y entregarse a la fe de los vencedores ¿Acaso les queda otra opción, después de tantos sufrimientos y muertes?

---

*«Cuando calcula que el hombre está a una distancia adecuada salta sigilosamente, como buen jaguar que es, blandiendo la maza en la mano, y le asesta un golpe seco en la nuca.»*

---

De pronto un ruido cercano lo vuelve a la realidad. Se ha hecho de noche y el desprevenido capitán, embrutecido por el alcohol, se acerca. Tleyotl y Mazatzin esperan unos metros más allá, preparados para ayudarlo a inmovilizarlo y transportarlo al bosque, donde continuarán con el plan preconcebido. No hay nadie caminando en las cercanías, por ese solitario camino entre la taberna y la casa del capitán; sólo él, Diego Montes de Alcázar, borracho y vacilante como casi todas las noches, dirigiéndose al lugar donde lo esperan, temerosas, sus mujeres y sus sufridos encomendados, para seguir aprovechándose de ellos.

Miztli lo deja pasar a su lado, cuidando de no moverse, conteniendo sus ansias de atacar. Cuando calcula que el hombre está a una distancia adecuada salta sigilosamente, como buen jaguar que es, blandiendo la maza en la mano, y le asesta un golpe seco en la nuca. El capitán cae sin dar ayes ni gritos: se desploma como muerto. Miztli hace la señal convenida: el canto del tecolotl, el búho. Inmediatamente salen de las sombras sus amigos y se aproximan veloces a cumplir su cometido: atar y amordazar al capitán firmemente. Éste respira agitadamente y en forma algo irregular. Quizás el golpe haya sido muy violento y algo malo esté sucediendo dentro de su cabeza. De todos modos no importa; viendo lo que le espera, quizás sea mejor así. Por si acaso han traído una bebida preparada con toloatzin y cochizapotl, infalible para mantenerlo adormecido, que ya mismo comienzan a darle a tragar por la fuerza.

Lo colocan sobre una estera con asas a los lados e inmediatamente lo levantan e inician, trotando, el trayecto hacia el bosque, sin olvidarse de barrer antes la tierra cercana para disimular cualquier huella que pudieran haber dejado como evidencia delatora. De todos modos difícilmente alguien vaya a sospechar de ellos, que son delegados de fray Pedro y hombres de su confianza. El capitán, atado, va delirando, hablando en su obnubilación de cosas sin sentido para ellos: carabelas, puertos con nombres desconocidos, alguien llamada Josefa, indias putas, títulos nobiliarios, pueblos lejanos; todo entremezclado y revuelto. Miztli no sabe diferenciar si tanta verborragia es debida a los efectos del brebaje o del golpe. Igualmente poco importa. Decide dejar de pensar en ello, ya que no lo conduce a nada.

Se apresuran; deben llegar antes de que amanezca. Ésta noche la luna es su aliada; brilla nítida y redonda en el cielo, y su luz les permite ver claramente el camino. Los tres sudan abundantemente por el esfuerzo, pero son jóvenes y tienen un propósito común que los anima. Ahora el capitán se ha dormido. Mejor, así molesta menos. Ya están cerca, falta sólo un pequeño esfuerzo más para poder comenzar la casi olvidada ceremonia que les reclama hoy el Sol, como antes y siempre lo hizo. Pre-

visoramente, consultaron con algunos ancianos sobrevivientes, quienes les relataron en detalle la forma en que se desarrollaba el ritual de los sacrificios, ya que ellos eran muy pequeños en la época de la invasión y sólo guardan de ello un vago y nebuloso recuerdo.

Llegan por fin a un claro del bosque, su destino. Entre la maleza ya está todo perfectamente preparado. Han construido en los meses previos un modesto altar para el sacrificio, con piedras pertenecientes a antiguos templos de los alrededores. Los invasores los demolieron en algunos casos; en otros los aprovecharon erigiendo capillas sobre las ruinas y plantando cruces después. Pero dejaron muchas piedras desparramadas por doquier, creyendo que serían inútiles en el futuro ¡Cuán equivocados estaban! Al menos una vez más esas veneradas rocas serán testigos mudos de la historia de su pueblo, aunque luego desaparezcan. Miztli teme que los españoles busquen también venganza a su vez, pero en lo más profundo de su espíritu no le importa. Sabe que el capitán no es muy querido entre los suyos y que muchos aprovecharán la ocasión para intentar quedarse con sus bienes. Tiene la absoluta certeza de que ninguno de sus amigos, Tleyotl o Mazatzin, será un delator. Y en el improbable caso de que lo atrapen está dispuesto a pagar con su vida la decisión tomada ¿Puede eso ser peor que lo que le espera?: una vida entera para aprender a creer en algo impuesto por la fuerza de las armas. Lo hará, pero nadie ni nada le impedirá que actúe, al menos por una vez en la vida, como lo que debió haber sido si la historia hubiese sido distinta: un orgulloso guerrero mexica.

Dejan el cuerpo en el suelo y comienzan los preparativos. Él pinta su cara y su cuerpo de oscuro negro sacerdotal; sus amigos se acicalan como valientes guerreros otómitl. No importa que en verdad no lo sean; lo hacen como un tributo a todos los que han muerto en la defensa de su tierra. Deben cuidar que los tintes sean fácilmente lavables para eliminarlos inmediatamente antes de volver a sus ocupaciones habituales.

Poco a poco la negra cortina de oscuridad nocturna comienza a ser desgarrada desde el lado del mar. «Desde donde llegaron los conquistadores con sus caballos y armaduras —reflexiona Miztli— usurpando el papel de Quetzalcóatl y aprovechándose de la leyenda de su retorno para sus mezquinos fines. Y para peor ayudados por los tlaxcaltecas y otros que, deseando sacudirse el yugo de Tenochtitlan, sembraron sin saberlo la semilla de su propia destrucción ¡Tontos ignorantes!»

Ya están listos los tres, tiznados adecuadamente y con las vestiduras apropiadas. Miztli abre cuidadosamente una bolsa de cuero que trae atada a la cintura y de ella extrae una afilada daga ritual de obsidiana, la misma que usaba el sacerdote quetzalcóatl

---

*«Miztli abre cuidadosamente una bolsa de cuero que trae atada a la cintura y de ella extrae una afilada daga ritual de obsidiana, la misma que usaba el sacerdote quetzalcóatl en los sacrificios humanos para apropiarse del corazón de la víctima.»*

---

en los sacrificios humanos para apropiarse del corazón de la víctima. Es un legado del jefe de su calpulli, que la rescató del gran templo durante el último ataque antes de la derrota. La regaló a Aquetzali en agradecimiento por el heroico comportamiento de su esposo, el padre de Miztli, ante los enemigos, que con ella le salvó la vida pese a perder la suya propia. Nadie más que su madre sabe que él guarda ese preciado objeto. Tampoco ella adivinaría jamás el destino que esa daga tiene por delante: ser vehículo de la revancha de su hijo sobre el conquistador.

Mientras tanto el capitán ha vuelto a despertar. Tiene sed, por lo que Mazatzin aprovecha la oportunidad para hacerle beber una buena dosis del brebaje adormecedor, con lo cual al rato está otra vez tranquilo. Ahora lo desatan y lo llevan con cuidado hasta las piedras que conforman el improvisado altar. El hombre se deja llevar sin oponer resistencia; está adormecido y probablemente bajo el poder alucinatorio de las plantas con las que se prepara la bebida. La incipiente claridad les permite ver que sangra ligeramente por la herida de la cabeza.

De pronto son conscientes del tiempo transcurrido; deben apresurarse, ya que está por salir el sol. Acuestan al capitán sobre la superficie de la piedra, estirando sus miembros hacia abajo, de forma que el pecho quede expuesto y fácilmente accesible. Tleyotl y Mazatzin lo sujetan por muñecas y tobillos, para evitar cualquier movimiento que pueda entorpecer el ritual. Uno de ellos le rasga la camisa de un brusco tirón. Imprevistamente la víctima abre los ojos. Su mirada es vidriosa, turbia, y no consigue enfocar bien ni hacerse una clara idea de dónde está, ni por qué, ni para qué. Mira sin

ver a Miztli, y deja luego vagar la vista sobre el entorno. Se ríe, viendo quién sabe qué cosa, y les habla:

—Tú, indio ¿qué haces que no estás trabajando, y así disfrazado? Mañana verás cuando mis perros te desgarran el pescuezo y luego te meen encima... ya te... haré aprender a... respe... tar... —Y nuevamente pierde la conciencia.

Los tres lo miran, con un profundo desprecio en sus caras. No vale la pena tener en cuenta lo que dice; está delirando, pero ni aun así deja de ser el demonio que siempre demostró ser.

La claridad es mayor cada minuto que pasa; por ahora el sol está por debajo del horizonte, pero pronto asomará su amarillo plumaje, trayendo la vida en sus cálidos dedos. Ellos están prontos para comenzar: ya se han purificado haciendo abstinencia preparatoria los días previos, ayunando y haciendo abluciones, y además se han mortificado haciéndose sangrar con espinas de maguey, que clavaron en sus lenguas y orejas. Ahora sólo resta efectuar el tlamictiliztli, la mayor ofrenda: el sacrificio humano, y el regalo del corazón del enemigo a Huitzilopochtli.

Los primeros rayos comienzan a asomar. Miztli, sumo sacerdote, se concentra. Tleyotl y Mazatzin, orgullosos guerreros otómitl, sujetan los brazos y las piernas de la víctima con fuerza hacia abajo, haciendo que la espalda presione con firmeza contra el altar y exponga el pecho lo más alto posible. La luz del rey del cielo roza ya la frente de Miztli. Éste eleva ambos brazos al cenit, portando en sus manos la daga ritual. Se detiene un momento: sabe que de lo que hará no hay retorno posible. Respira profundamente y contiene el aliento, para estar seguro de dar precisión al golpe. Curiosamente ya no siente odio en su interior, solamente una vaga tristeza y una profunda pena por su víctima, que no es un guerrero digno y respetable. Con la mayor fuerza y velocidad de que es capaz baja los brazos. La daga secciona limpiamente la piel y los músculos y se abre camino directamente hacia el corazón del capitán, que abre los ojos sorprendido ante el potente e inesperado golpe. Miztli rápidamente ensancha la abertura y con otro certero golpe corta las ataduras de carne que retienen el corazón dentro del pecho. Con las manos bañadas en sangre, lo eleva hacia el cielo, ofrendándolo a su dios y rociando con el vital líquido a sus amigos.

Luego, sorprendido por lo que se ve impelido a hacer, y sin saber ciertamente por qué razón, apoya el todavía palpitante corazón sobre el abdomen del capitán, lo trocea en finas rebanadas y, como si fuera el mismísimo fray Pedro, lo ofrece para comer a sus desconcertados compañeros, repitiendo de memoria las palabras que éste pronuncia durante la comunión:

—Corpus Christi. Amén.

Tras un breve instante de duda, sus amigos aceptan la ofrenda en silencio. Confían plenamente en él, y saben que alguna buena razón tiene para proceder de esa tan extraña manera. Miztli permanece quieto, atónito por lo que ha hecho. Sabe con absoluta certeza que algo nuevo, desconocido y perdurable, ha nacido dentro de él en ese momento, y que ya no podrá ser la misma persona en todo lo que le reste de vida. Presiente que lo mismo le sucederá a su avasallado y sojuzgado pueblo, a sus amigos, a su madre, a los mismos frailes y soldados. Y llora; llora con pena y amargura, derramando sus lágrimas sobre el cadáver de su enemigo muerto, que representa a todos los muertos de ambos bandos.

A todos los muertos del mundo.

© Enrique Martínez Llenas

---

### **El autor:**

**Enrique Martínez Llenas** es de nacionalidad argentina y española, y tiene 61 años. Es médico, profesión en la que lleva 37 años de ejercicio. Vivió los últimos años en la Patagonia, antes de emigrar a España. Actualmente reside en Valencia, con su familia. Su siguiente paso, además de perseverar en la escritura, será conseguir el Grado en Filosofía, otro de sus intereses. Lleva escritos más de treinta cuentos; dos de ellos, "Sombras", y "Cuentas pendientes" fueron publicados por Ed. Dunken de Argentina, en las recopilaciones *Manos que cuentan* (2009) y *Mundos desnudos* (2010) respectivamente. Colabora además en las páginas [www.literasur.com](http://www.literasur.com), de Argentina, y [www.gibralfaro.uma.es](http://www.gibralfaro.uma.es). Otros escritos pueden leerse en su blog: <http://escribidor-diligente.blogspot.com>.

## LUCES, POR FAVOR

por Chema Torrent Santamaría

*Lo que hace la literatura es lo que hace una pobre cerilla cuando se la enciende en mitad de la noche en mitad de un campo. No sirve para iluminar nada, sólo sirve para ver un poco mejor cuánta oscuridad hay alrededor.*

**W. Faulkner**

Como mis padres siempre fueron firmes en su negativa de dejarnos ir al circo a mí y a mi hermano, atravesé mi infancia sumido en una suerte de incomprensión y rencor que se renovaba cada principio de junio, cuando ya casi había sanado, cuando el circo volvía al pueblo anticipando el fin de las clases y nosotros esperábamos a que tocara la campana de las cinco y media para montarnos en las bicis, abandonarlas a su suerte con un derrape de cualquier manera junto con las mochilas sobre la hierba del parque, a una distancia prudencial de donde se asentaba la carpa (por si había que salir corriendo), e intentábamos espiar a los animales mientras hacían nada en absoluto; los mismos animales de siempre —ya no me acuerdo de ninguno más allá del león y el elefante, que se imponían por su tamaño—, ajenos a cualquier fluctuación, intempestivos, como si ya no pudieran decrepitarse o envejecer más, enquistados en el fondo de su celda esperando, del mismo modo resignado que yo miraba por el ventanal del comedor las luces sobre el atardecer inacabable de verano en mi pueblo del todo paralizado, la hora de salir a escena y hacer qué sé yo, algo digno de ver, con chasquidos de látigos, con luces y colores, e incluso rugidos de desafío capaces de paralizar un pueblo, supongo. Para mí, la función no iba más allá de la tristona pose de esos bichos que a mis amigos parecían tan peligrosos y a mí tan mansos, aunque me guardara bien de decirlo por miedo a que me desafiaran a intentar tocarlos o ir más allá de lo que ninguno era capaz. A diferencia de mí, ellos hablaban con conocimiento de causa, y, como si fuera posible que se me fuera a olvidar tal cosa, me recordaban continuamente que ellos habían visto cómo ese león que resoplaba medio ahogado y dócil entre los barrotes casi le había arrancado una mano al domador el año anterior, y yo no. Además, yo tampoco era un domador, eso estaba más que claro, porque no puedes ni tan siquiera aspirar a ser algo que jamás has visto. También hablaban de trajes de lentejuelas y purpurina y pelucas, sombreros con flores, sonrisas exageradas e inmóviles, de que los payasos llevaban zapatos rojos enormes y ropas holgadas y los trapezistas iban descalzos, y el presentador siempre hacía broma y sacaba a voluntarios para que participaran en algún número, aunque de esto sé bien que sólo hablaban para dar un punto de extravagancia, incluso de genuinidad, al asombro de las contorsiones, la torpeza artística inigualable, la fuerza de tipos haciendo malabares con tres y cuatro antorchas, el equilibrio de torres humanas sobre tablas y cilindros o las piruetas en el aire de un chico y una chica rubia mucho más guapa que Julia diez metros por encima de sus cabezas sin el menor esfuerzo (porque yo, como autodefensa, enseguida había empezado a usar el cínico argumento de mi padre contra mi indignación de que eso también podía verlo en las Olimpiadas de Sidney que pronto empezarían, y sin pagar, aunque no fuera cuestión de dinero, claro). Lo más cercano a la magia circense que pude ver era cómo, en cuestión de pocos días, la carpa rayada de rojo, blanco y azul estaba lista y había un cartel en cada farola de las calles principales del pueblo anunciando una llegada de sobras conocida, sin que nunca viéramos a nadie trabajando en esas ta-

---

*«Para mí, la función no iba más allá de la tristona pose de esos bichos que a mis amigos parecían tan peligrosos y a mí tan mansos, aunque me guardara bien de decirlo por miedo a que me desafiaran a intentar tocarlos o ir más allá de lo que ninguno era capaz.»*

---

reas, como si el circo sólo estuviera habitado para el espectáculo y llegara, deslumbrara y se fuera como una caravana fantasma o una abducción alienígena, como algo que está y ya no está y debe aceptarse así, sin más. En ese sentido, y sólo en ese, el circo era igual que la intransigencia de mis padres.

Lo cierto es que, como a todo lo que no fuera un animal en una de esas jaulas, el tiempo impuso paulatinamente lo que ahora entiendo que fue una pertinaz mezcla de indiferencia y resignación a esos periodos transitivos (aunque fueran, año a año, una declaración de desarraigo irreversible) en que era capaz de odiar a mis padres de una forma tan cruda e irracional que siempre culminaba conmigo llorando mientras miraba el parpadeo cromático de luces tenues en la pared de mi habitación, como un sonajero mudo, con el celoso y vil deseo de que dentro de mil años no quedara nada de esas luces lentas y verdes y rojas y azules, excluido de aquella noche que mutaba su fisiología para ser capaz de desentenderse de varias leyes fundamentales y acabar con la oscuridad insondable. Por aquel entonces aún nunca pensaba en las caras.

Por eso, ya hará más de tres semanas, le dije que sí a Sebas, que iría encantado.

Sebas —que no se llamaba Sebas sino Jordi Sebastián, pero le llamábamos Sebas (por lo que se llamaba Sebas y punto)— y yo éramos amigos de años, uno de los que abandonaba la BH a su suerte con un derrape (aunque él fuera el único que se manchaba de grasa las piernas con la cadena) y me aleccionaba sobre los circos con toda la falta de tacto que sólo un niño puede tener. Aunque no hubiera solemnidad ninguna, porque jamás la hay en este tipo de cosas y menos entre dos tíos de casi treinta años que se conocen de toda la vida, a mí me pareció de repente que ese episodio de mi infancia había sido un prólogo al capítulo que ahora llegaba, algo así como una prueba, y su «hostia,

---

*«Me inventé una especie de congreso sobre seguridad jurídica en Iberoamérica y puse cara de tedio cuando le decía a Claudia que a quién podía ocurrírsele organizar un evento así para un sábado, con cena de clausura y todo, que había que ser gilipollas.»*

---

Jordi (porque yo no tenía identidad clandestina; yo era un completo facsímil de la oficialidad), me dan entradas para el Festival Internacional de Circo, si no haces nada este fin de semana te rulo las que necesites» o lo que mierda fuera que dijese a mí me sonó como un «te lo mereces, tío, ahora vamos a recompensarte, véngate del prólogo y de su autor», y claro, las recompensas siempre tienen una cuota de solemnidad, así que cogí las entradas casi como si fueran un diploma, si bien es cierto que en lugar de Festival Internacional de Circo hubiera preferido un nombre menos rimbombante, como Circo Rakunin, Circo Wonderful, Circo Atlas o Circo de Sho Po.

Si le hubiera preguntado a Sebas de dónde había sacado ese suministro de entradas me hubiera dicho que el Festival Internacional del Circo había contratado a su empresa para la instalación de luz, sonido y promoción por Barcelona, y yo me hubiera convencido al instante de que Sebas ya formaba parte de una sociedad invisible e ignota mientras él se convencía de que entre su empresa y el circo le estaban estafando.

Me dio dos, es cierto, pero a Barcelona fui yo solo. Pedirle sólo una entrada cuando lo lógico era pedirle dos como mínimo me hubiera obligado a dar explicaciones. Me inventé una especie de congreso sobre seguridad jurídica en Iberoamérica y puse cara de tedio cuando le decía a Claudia que a quién podía ocurrírsele organizar un evento así para un sábado, con cena de clausura y todo, que había que ser gilipollas. Aunque no solía hacerlo, no me gustaba la idea de convertirme en un ser transparente por completo, sin una sola sombra, pero cuando engañaba a alguien disfrutaba y sentía empatía pensando que tenía la exclusiva de algo y, a la vez, que no la tenía de todo, por lo que perfectamente podía ser que mi excusa dejara en bandeja a Claudia, por ejemplo, una jornada de adulterio, corriéndose más que conmigo y arañando la espalda de un extraño en mi propia cama, manchando mis sábanas; corriéndose tres, cuatro, cinco veces sin malgastar una sola pidiéndome perdón para sus adentros, sin ni siquiera la necesidad de ahogar los gemidos en el cojín mientras cerraba los ojos, con el paquete de Camel sobre la mesita de noche esperando su entrada en escena con la impa-

sibilidad de un león o un elefante circense, mientras los dos nos sentíamos patéticamente triunfantes a nuestra manera; dos triunfos que eran excluyentes en un mismo mundo.

También pensé en ofrecérsela a mi hermano, que ahora ya vivía en Lleida y al que veía poco, pero que había sido mi compañero de celda, y eso lo hacía titular de un derecho intransferible que une a todos los reclusos. No sólo eso: también pensé en informar a mis padres, que seguían viviendo en la misma casa, ahora ya jubilados, gozando de la expectativa de unos nietos que dudo tengan jamás y de la satisfacción más o menos ilusoria de ver que todo está razonablemente asentado, gozando del máximo exponente de la resignación, la conformidad, que es una suerte de cura paliativa. No hice ninguna de las dos cosas, pero esperé hasta el último momento para no hacerlo, y más allá de pensar que no lo hice porque en mi interior concebía una transgresión silenciosa, una transgresión infantil, creo que fue porque en el fondo no se trataba tanto de una transgresión (o una venganza, que es una transgresión adulta) como de una reconciliación íntima y (también) silenciosa con el prólogo, aunque es posible que tuviera un poco de ambas, si es que eso es posible.

Así, recordando y desmenuzando lo que me he decidido definitivamente a llamar el prólogo, rescatándolo, confiando en mantener a Claudia engañada hasta el sábado, debatiéndome entre invitar o no a mi hermano, entre llamar o no a mis padres, ocupé toda la semana anterior a la fecha. Como en el despacho ya no era un novato no había nadie que ejerciera sobre mí algo parecido a un control de mi actividad, por lo que inventarme reuniones con uno u otro cliente para aclararle el estado de su proceso me era sumamente fácil. También aumenté una práctica que siempre había llevado con regularidad en horas de trabajo: tengo la absoluta convicción —un tanto paranoide, dependiendo de como se mire— de que todos los grupos de música que me gustan graban las canciones de sus discos desordenándolas adrede, en un orden aleatorio para intentar ocultarme la evolución del disco, su trayectoria de gestación, su *iter*, para que yo resuelva el enigma, para que ordene los distintos fragmentos del caleidoscopio y recupere el orden, en definitiva, para que yo forme parte del disco, del grupo, del caleidoscopio padre mirándose las tripas. No me entretengo en contarlos porque lo hago de forma impulsiva y luego los guardo en bobinas (es el enigma del trayecto y no del sentido, como una paja y no como un crucigrama), pero diría que esa semana llegué a grabar más de dos docenas.

---

*«En el piso de la Calle Tallers todo mantuvo su estado, pues en eso consisten los engaños al fin y al cabo, las fugas, las estafas, las evasiones, al menos hasta el último momento, al menos hasta que ya es demasiado tarde y necesitas un abogado, una disculpa, o una pistola en la garganta.»*

---

En el piso de la Calle Tallers todo mantuvo su estado, pues en eso consisten los engaños al fin y al cabo, las fugas, las estafas, las evasiones, al menos hasta el último momento, al menos hasta que ya es demasiado tarde y necesitas un abogado, una disculpa, o una pistola en la garganta. Lo veo continuamente en el despacho, porque a menudo formo parte del engaño, y engañarme a mí sería un paso en falso además de una tontería. Invité a Claudia a cenar como compensación por haberle jodido medio fin de semana, y mantuve la calma en todo momento. Si ella preguntaba de qué iba ese rollo de la seguridad jurídica, yo tardaba menos de dos segundos en contestar sin soltar el tenedor; si me preguntaba si iba alguien más, yo respondía que no, enfatizando mi orgullo por ser el escogido para representar al bufete; si me preguntaba el sitio donde se organizaba la cena de clausura, con la misma rapidez y convencimiento me inventaba el nombre del restaurante, porque yo no conocía un puto restaurante en Barcelona y ahí me hubiera pillado. Por supuesto, yo no le pregunté si le gustaría más follarse a un posible amante en la mesa de la cocina o en nuestra cama, ni si se taparía la boca para no armar alboroto, ni si a él le dejaría fumar en la cama. En lugar de eso, le pregunté si le había sentado mal el que no me inventara una excusa para librarme del congreso y pedí dos chupitos de Pedro Ximénez.

Aun con las cuestiones que me abstraían de la rutina, la semana me pasó incluso más lenta de lo normal, y el viernes decidí culminar mi pasotismo laboral llamando al despacho para fingir una gastroenteritis que me tenía anclado a la taza del váter. Ya había previsto esa jugada, y el jueves me

llevé a casa una bobina entera de discos para escuchar *en orden*. A Claudia no tuve la necesidad de engañarla porque se va a trabajar antes que yo y vuelve más tarde, así que sólo tendría que coger un traje y ponerlo en el cesto de la ropa sucia antes de que ella llegara, aunque si hubiera tenido que hacerlo hubiera sido tan fácil como prolongar el engaño y decir que me habían dado el día libre para preparar la conferencia del sábado.

Tenía claro qué haría. Me puse el chándal, cargué la bici en el coche y me fui hasta el pueblo. Evidentemente, no dije a mis padres que iría. Eran las once, llegar al pueblo me llevaría una hora más o menos, y tenía que volver antes de las cuatro para estar en casa cuando Claudia volviera, así que tenía sobre unas tres horas. Vi la cúspide del campanario emerger de la tierra. Cuando llegué aparqué el coche cerca del colegio al que yo había ido y que ya había cambiado de tamaño, de nombre y de color. Aparqué en lo más alto de la calle que desembocaba en su puerta, saqué la bici del coche y me tiré por la cuesta como cuando eran las cinco y media, con la misma sensación de desahogo que tengo cuando me quito la corbata que me obligan a llevar y que me aprieta de cojones.

Estuve dando vueltas alrededor del colegio, tratando de identificar escondites, minucias, recovecos, partisanos del moho, y también voces. Adentrándome un poco más en la zona forestal de alrededor, traté de redescubrir los caminos que hacíamos de pequeños para ir a jugar a las cabañas y de más mayores para ir a fumar porros con un mínimo de seguridad, y descubrí que en algunos casos el camino ya no existía, otras veces había dejado de ser un camino para convertirse en una calle, y en otros lo que había desaparecido sin más era la parcela forestal. Lo que hubiera en su lugar ya no me importaba demasiado. Volví hasta el pueblo y enfilé el camino que hacíamos cada principio de junio

---

*«Un poco antes del mediodía del sábado, ya vestido con una pulcritud que rehusaba interrogatorios de última hora, me despedí de Claudia contestando con vaguedades sobre la hora aproximada que creía que iba a terminar toda aquella parafernalia y me fui hasta el aparcamiento subterráneo a buscar el coche.»*

con la mochila y la credulidad a cuestras. Llegué al parque y, ni corto ni perezoso, me marqué un derrape como en los viejos tiempos, sólo que calculé mal y me quedé tendido sobre la arenilla del camino con la bici encima y riéndome a carcajadas. Ya sabía que el parque seguía existiendo, lo que no sabía era que en el solar donde se instalaba el circo cada verano ahora residía un inquilino sedentario de hormigón y cristal en lugar de tela. Recordé mi pueril y mezquino deseo, el de que todo desapareciera dentro de mil años, y pensé que no había hecho falta esperar tanto, porque todo, además de sufrir una desaparición grotesca e inoportuna, es más irrisorio y transitivo de lo que entonces creía.

Un poco antes del mediodía del sábado, ya vestido con una pulcritud que rehusaba interrogatorios de última hora, me despedí de Claudia contestando con vaguedades sobre la hora aproximada que creía que iba a terminar toda aquella parafernalia y me fui hasta el aparcamiento subterráneo a buscar el coche. No esperé ni a cerrar la puerta para quitarme la puta corbata y guardarla en la guantera: además de empeñarse en asfixiarme, me daba un aire remilgado que no podía soportar, no ese día, no en mi coche. En la guantera encontré una de las bobinas de discos que había traído de la oficina. En la cola, mientras esperaba tras la barrera de la salida, la destapé y puse el primero de todos ellos, y en el mismo momento en que la barrera se alzaba para autorizarme la marcha, la radio me dio la bienvenida con un juego de luces y letras. Me dirigía hacia la autopista sin pensar siquiera en la ruta, mientras el disco se iniciaba con una introducción de piano que casi me pareció adecuado para un número de funambulismo, seguido de un acertado *«visc a un planeta ple d'ecosistemes...»*.

Cuando llegué al centro de la ciudad anduve perdido un buen rato buscando el lugar. Había preparado el viaje durante casi dos semanas, y aun así se me había pasado que no era yo sino Claudia quien solía conducir en este tipo de salidas, como se me había pasado cuánto podía echar de menos su sentido de la orientación si no llevaba la ruta muy estudiada o cogía un GPS. Inconscientemente debí pensar que habría carteles anunciando el circo colgados por todas las farolas como cuando era un crío. Me reí un momento de mí mismo asumiendo el papel que haría Claudia, que cada vez estoy más convencido que se enamoró de mí por este tipo de cosas, por *mi ingenuidad* para la vida prác-

tica, el avisgado abogado y su traje impoluto perdidos en la pequeña capital de su país como un analfabeto exiliado, sin un solo término jurídico dentro de su vasto bagaje que le sirviera para saber en qué jodido punto del universo estaba; una ingenuidad que, supongo, alguien además de ella había intuido y se empeñaba en hacerme disimular con una corbata que indujera a la omnisciencia. De pronto me sentí aterradoramente solo, y tuve el repentino impulso de bajar las ventanillas e hice el ademán de coger el móvil para llamar a Claudia como si pidiera socorro, pero eso hubiera implicado contárselo todo y desistí. El disco ya iba por su segunda vuelta y ahora se escuchaba *«tancam es ulls, imaginam fosca i silenci totals...»*

Si no hubiera salido con tanta antelación jamás habría llegado a tiempo para el espectáculo. Tuve que parar un par de veces antes de llegar, pero eso es algo que, teniendo en cuenta que llegué a mi destino, estaría dispuesto incluso a presentar como un pequeño triunfo ante Claudia. Con las prisas, dejé el coche aparcado de cualquier modo en una pequeña explanada que había unas manzanas antes de llegar al circo y fui medio al galope hacia aquella especie de entoldado tristemente blanco y terso, que muy bien hubiera podido servir para un congreso sobre seguridad jurídica de verdad.

Una pancarta de proporciones superlativas para mi humilde concepción del circo colgaba de la fachada de un edificio que rayaba la denominación de rascacielos. Más que el anuncio de un circo, parecía el de un musical de Broadway, y pensé que debía ser imposible no ver a los miembros de la sociedad invisible circense mientras se colgaban de las ventanas del edificio para amarrarla. Un puesto de bocadillos justo en la entrada me recordó que eran casi las siete de la tarde, y que entre pitos y flautas no había comido nada desde mediodía. Sujutando en una mano el frankfurt con ketchup y en la otra la entrada que me había dado Sebas y una Coca-Cola acorde a la pancarta del edificio, me fui hacia la cola. Para mi sorpresa, en ningún momento me sentí fuera de sitio, ni observado por ir solo o tener treinta años y no llevar un niño a hombros. Únicamente me dedicaba a mirar cada diez segundos a uno y otro lado buscando caras conocidas; si eso sucedía saldría corriendo hacia el coche, que estaba a una distancia prudencial para evitar la más remota posibilidad de que alguien me relacionara con el Festival Internacional de Circo. A medida que me acercaba a la entrada se iban adivinando las formas del interior de la carpa y mi corazón se aceleraba. Supe que las colas nunca son fortuitas, y que están hechas para los niños.

---

*«Me di cuenta de que ninguno de mis amigos me había contado que el maquillaje fuera una característica indispensable en todos los artistas, no sólo en los payasos, y dentro del mismo escenario el maquillaje no es más que maquillaje, de esto también me di cuenta.»*

---

Tan pendiente estaba de los contornos que se iban concretando en ese fondo oscuro que tuvieron que alzarme la voz para que entregara la entrada. Acto seguido, un señor ataviado con un disfraz que podía hacer las veces de azafato de vuelo y de mayordomo me condujo a mi asiento, que sorprendentemente estaba numerado en función del tipo de entrada como si se tratara de la platea de un teatro. Cuando aquella especie de acomodador me señaló un asiento en la primera fila me quedé, literalmente, flipando. Él sonrió, supongo que viéndome la cara de pasmado; la deuda iba a ser saldada por todo lo alto, aunque quizás estar en el último y más alejado de los asientos posibles me hubiera ahorrado los acontecimientos que siguieron.

Sé que los primeros en salir fueron los trapeceistas (dos jóvenes promesas moscovitas, había dicho el *speaker*), que hacían un número sobre un columpio sujetado a trece metros de altitud. También sé que después salió *Sasha*, la contorsionista peruana, y después el grupo de salto en barra del Gran Circo de Kiev. Hubo una pausa. Más artistas. Luego los payasos chilenos *Mofli* y *Bernabé* y risas, pero yo no me reía, y ahora volvía a sentirme horriblemente solo, y esta vez, encima, descubierto, como si no se rieran de la torpeza entrañable de *Mofli* sino de mi ingenuidad, pero no como Claudia, no, sino como se ríe alguien que es sabedor de algo que otro desconoce. Afloraron las caras de todos ellos, de los artistas digo, que estaban, como yo, en medio del escenario, y todo lo demás eran risas y exclamaciones y flashes que llegaban procedentes de algún punto cósmico y oscuro fuera del escenario, donde se observa y no se es observado a cambio de no existir. Me di cuenta de que ninguno

de mis amigos me había contado que el maquillaje fuera una característica indispensable en todos los artistas, no sólo en los payasos, y dentro del mismo escenario el maquillaje no es más que maquillaje, de esto también me di cuenta. De pronto veía cómo todo se tornaba dificultoso, disciplinado, cada vez menos espectáculo y más esforzado, como si de unas olimpiadas se tratara. Podía ver a los trapecistas, una vez descendidos, contrastar una sonrisa de placidez y un saludo calmado con el alboroto de todo el público enloquecido mientras sus pulmones reclamaban jadear a toda costa, hincarse de rodillas para respirar y dar gracias a Dios del mismo modo que hacían después de cada número, abrazarse con efusión y felicitarse por ser tan buenos y seguir sorteando la caída mortal al vacío, y secarse el cuerpo empapado de sudor con la misma toalla sucia; de tan cerca también veía la mueca de dolor de *Sasha*, que sin embargo parecía sonreír, mientras doblaba la espalda por detrás de su cabeza hasta colocar las piernas a la altura del pecho, todo ello haciendo el pino sobre un palo, entre los aplausos de la gente que se levantaba por el asombro de su indiferencia ante la dificultad física del número, a *Sasha*, a quien yo veía serrar los dientes detrás de la piel canela que la gente no alcanzaba a ver; y podría decir lo mismo de *Anna* —una de las dos saltadoras en barra—, el nombre de la cual había escuchado decir en voz baja a uno de los hombretones que aguantaban y movían las barras para decirle que esperara un momento, la chica rubia con una malla rosa con purpurina que contaba hasta tres con los labios, cogiendo oxígeno y soltándolo al mismo ritmo de la cuenta, y una milésima de segundo antes de girar en el aire cerraba los ojos como quien lanza una moneda, para volverlos a abrir dos segundos después y sonreír. Más aplausos. Más jaleos. En el intermedio los operarios aprovecharon para retocar los fallos de iluminación y sonido, y pensé que Sebas debía ser uno de ellos, aunque todo seguía estando muy oscuro y hubiera sido imposible reconocerle. Si quedaba algo de lo que había venido buscando, *Mofli* y *Bernabé* acabaron con ello: la anchura de *Mofli*,

---

*«Por la calle las luces del circo parpadeaban sobre las lunas de los coches, pero sin ningún tipo de secreto, como parpadean también los semáforos para apremiar a los viandantes, como una reconciliación de la propia noche con su oscuridad insondable.»*

---

presentada como motivo de su torpeza, de cerca dejaba ver un rostro abotargado, con gotas de sudor del color del tinte resbalando por la frente y metiéndosele en los ojos por el calor de los focos, un cuerpo inevitablemente torpe y fofo bajo la holgidez de las ropas ridículas, y una calva que contribuía a hacer más redondo y risible el rostro donde, bajo la cobertura de una sonrisa roja e inmóvil de oreja a oreja, los ojos entrecerrados por la quemazón del sudor deseaban terminar cuanto antes. Era el último número antes de clausurar el espectáculo, pero no esperé a que *Bernabé* se incorporara al juego de malabares que *Mofli* estaba haciendo sobre un balón de baloncesto. Me levanté, pedí paso y salí.

Una vez fuera, sin entretenerme, me puse a andar hacia el coche. Me di cuenta de que la noche barcelonesa era muy oscura, oscurísima, que en el cielo no había una sola estrella y que no hubiera visto un pijo de no ser por las farolas. Por la calle las luces del circo parpadeaban sobre las lunas de los coches, pero sin ningún tipo de secreto, como parpadean también los semáforos para apremiar a los viandantes, como una reconciliación de la propia noche con su oscuridad insondable.

Precisamente de la luna de mi coche, antes de subir, tuve que sacar una multa de la guardia urbana, que guardé en la guantera como prueba de que realmente había estado en Barcelona. Llamé a Claudia para alertarla de que había fingido dolor de estómago para no quedarme a la cena de clausura y que ya iba para allá. Encendí el coche y me incorporé a lo que creo que era la Gran Vía, resiguiendo el camino de vuelta. La luz de la radio me había dado la bienvenida de nuevo, y en el infinito palpitante de luces me cantaba *«desvinculat de qualsevol forma de vida, travessa gent amb sa pupil·la...»*.

© Chema Torrent Santamaría

---

### **El autor:**

**Chema Torrent Santamaría.** Gironí nacido en abril de 1990. Estudiante de derecho y filosofía. Lector, descreído generacional y especialista en huidas, por este orden.

## EL PRÓXIMO CATACLISMO

por David Bombai

### I

—¿A qué te dedicas? —preguntó la chica, aunque Charly no era capaz de dilucidar si con interés real o con desidia. Pero daba igual: tener que responderle resultaba tan doloroso como una puñalada en el estómago. Se limitó a mover la cabeza y a gemir entre dientes, evasivo. Si el interés de la chica no hubiera sido más que una simple formalidad, habría podido escuchar «La verdad es que ahora mismo estoy en el paro...».

Al volver a casa, intentando olvidar una fiesta repugnante como un pastel recubierto de ceniza, pisó todos los charcos que la lluvia había dejado. Juguetear entre ellos como un crío de once años era mucho mejor que volver a su piso a medio amueblar. Un año atrás, el fin de semana tenía un significado: ahora sólo eran dos días más del calendario, tan deprimentes como los demás; tan anodinos y desesperantes. «Todo era perfecto —pensaba—, pero la vida siempre se encarga de fastidiarlo».

### II

Desde pequeño había tenido que soportar las bromas crueles de los compañeros de clase, su incompreensión y sus insultos. Pensó que al llegar a la edad adulta se acabaría. Por supuesto, si eso era lo que quería no debería de haberse convertido en el concejal más joven de su ayuntamiento. El consistorio era otro patio de colegio igual o peor que el de su infancia. Iván Ruano, el protegido del alcalde; el defensor de las causas perdidas; el único concejal de Urbanismo que no tenía intención de construir absolutamente nada «en este mundo sobreexplotado y demencial».

Al abrir la puerta de su casa, rápido como una humareda, el frío penetraba en su ropa y después ya era imposible calentarse antes de meterse en la cama. Tras una cena rápida y acartonada, en las noches en las que se sentía más solo y cansado lo único que le levantaba el ánimo era llamar al teléfono de siempre y pedir el servicio habitual. Antes de que la chica llegara, aún disponía de algo de tiempo para repasar la apretada agenda de mañana.

### III

Cuando no era un grifo, era la lavadora. «Las cosas se rompen más fácilmente si no tienes dinero para arreglarlas». Era como si una fuerza extraña actuara sobre ellas: con sólo mirarlas se desarmaban. Las piezas se pudrían por dentro hasta que en su callada rebelión, decidían actuar sobre ellas en el exterior. Cric, crac, croc, y la vitrocerámica dejaba de funcionar. Pero esto sólo pasaba si no tenía ni un duro en el banco.

Charly estaba harto de estas desgracias mundanas tan poco elegantes, impropias de un cámara de televisión. Los recortes de personal le habían convertido en un incordio para la clase acomodada. Ya no podía ir con sus amigos a ver las películas de arte y ensayo que nadie se podía perder. En su segundo aniversario de parado, las opciones se podían contar con los dedos de una mano.

### IV

Revisó los planos por enésima vez: ahí seguía la enorme mancha gris que querían convertir en un bloque de viviendas para ricos. El alcalde le llamaba cada tarde a su despacho, y él acudía religiosamente para justificar una y otra vez el porqué de su reiterada negativa. «Un mundo mejor», hasta a

él le sonaba a chiste. Pero insistía, no lo podía evitar; se empeñaba en seguir siendo un buen samaritano. «¿Y si lo convertimos en zona verde?».

Entrada la noche, roído por el hielo de una casa desencantada, sólo le aliviaba el marcar un número de teléfono que durante unas horas le transportaría más allá de lo que era su destaralada vida. Sus preferencias se reducían siempre a un único nombre, Laura, que una vez bajada la bandera, con sus manos sólo ella conseguía imprimir en la piel de Iván lo más parecido al cariño que el desafortunado chico había conocido.

## V

—Es costumbre entre amigos... ¿Qué digo «amigos»? ¡Hermanos! Pues es costumbre, como digo, que cuando un hermano necesita un trago, su mejor compadre atienda sus súplicas —cada poro de su cuerpo creía a pies juntillas lo que su cerebro dictaba y su boca largaba, pero Héctor nunca disponía de un céntimo para invitar a nadie. Charly era tan consciente de ello como de que tendría que hacer de tripas corazón y desprenderse de sus últimos billetes para costear esta noche de juerga y olvido.

Dos chicas se acercaron y expusieron sus honorarios. Los dos amigos, apesadumbrados, negaron con la cabeza, aunque ganas de pasar un buen rato no les faltaban. «Lo siento, sólo hemos venido a tomar algo», tuvo que decir Charly, consciente de lo absurdo de la confesión. Ellas los miraron de arriba abajo y con un gesto rápido de cabeza hicieron venir a su protector, Eduardo «El Chino», que se situó de un salto delante de los dos desgraciados. «¡Pero si es Héctor, el muerto de hambre! Si no fueras mi primo, te sacaría a hostias de mi club. ¿A quién se le ocurre venir sólo a beber a un sitio como este?».

## VI

Laura era una actriz pésima: el papel de amante entregada lo ejecutaba con histriónica sobreactuación. Pero no está en los ojos del actor el significado de su actuación, sino en los del espectador que se confía y acepta como verídicos los gemidos y las carantoñas. Iván veía lo que quería ver y sentía lo que deseaba sentir. Bajo la presión del suave cuerpo de la chica, entre sus piernas, enredados como serpientes, apretujados sobre el sudado colchón, se imaginaba enamorado y feliz.

Una alarma de móvil les indicaba que el tiempo se había agotado. Laura entonces se levantaba y con presteza se vestía de nuevo, casi con torpeza, sin alimentar ahora el juego erótico al que tanto provecho le había sacado unas horas antes cuando se desnudaba. Iván la observaba desde la cama, sonriente, como si en verdad estuviera delante de una esposa recién levantada. Su esposa. Y ahí permanecía, en la misma tonta posición, hasta que ella se despedía con un movimiento de cejas, a veces incorporaba un «Hasta mañana», y desaparecía en la oscuridad de la desangelada casa.

## VII

Eduardo les perdonó las copas. Se acordó de cuando, en la prehistoria, Charly financió una de sus muchas salidas del calabozo. «Y si tienes problemas de dinero, ¿por qué no has acudido a mí? ¿Acaso muerdo?». Charly se ruborizó, avergonzado, recordando el motivo que le había mantenido alejado de tan grotesco personaje, aunque fuese un buen amigo al fin y al cabo. «No sé... No me gusta pedir favores». Más sonrojado ahora si cabe.

—Si no te importa cobrar en negro y no te agobia estar despierto toda la noche, puedo ofrecerte un trabajo —propuso Eduardo—. Pago bien, a la semana, cuatro mil al mes como mínimo, y las propinas todas para ti. ¿Qué tendrías que hacer? Llevar a mis chicas de un servicio a otro. Acompañarlas en mi Mercedes y cuidarte de que vuelvan a mí de una sola pieza. ¿Crees que podrás encargarte?

## VIII

Nunca podía dormir después de que Laura saliera de casa, como siempre, de un portazo. Se preocupaba por su bienestar, como un amante por su amada. Su cabeza le repetía que él no era más que otro cliente, bien sabe Dios; pero su corazón se alteraba al imaginarla recorriendo las calles de madrugada. Se celaba hasta del olor del pan recién horneado que era testigo de su regreso a casa, dondequiera que estuviera.

Iván entonces se levantaba y se preparaba café y algo de desayunar. Por temprano que fuera, ya era imposible que volviera a conciliar el sueño. Encendía el televisor y miraba los últimos anuncios de la teletienda, o los primeros dibujos animados de la mañana. A una hora apropiada se metía en la ducha, luego se disfrazaba con alguno de los obligados trajes y al final, con más cansancio que cordura, emprendía el pesado camino al trabajo.

## IX

La palabra que su atribulado y lento cerebro estaba buscando para definir su estado era «resaca». No habría experimentado más dolor si una flota de helicópteros hubiera sobrevolado el edificio justo encima de su cama. Después de unas entretenidas horas amenizadas con vómitos y jaqueca, Charly recordó la proposición de Eduardo, la cual no acertaba a calificar si como *oportunidad* o como *bra-vuconada*.

Un vistazo rápido al calendario tenía que ser motivo suficiente para dejarse convencer: el fin de mes implacable había llegado. Otra vez en números rojos; otra vez alquileres, facturas e impagados. «Ya he tocado fondo. Y el fondo siempre está habitado por personajes sórdidos». Le apenaba reconocer que Eduardo fuera su única esperanza, pero le aliviaba pensar que al menos tuviera una.

## X

En el despacho, la retahíla de concejales que desfilaron para convencerle de que aceptara el nuevo plan de edificación se hizo interminable. Iván los miraba fijamente, pero no a la cara, si no a las solapas de sus americanas: era mejor que contemplar la falsedad y el descaro en sus aburguesados ojos. «Míralo de esta forma...», o «Piensa que...», o incluso el típico «Es por el bien común...». Pero a todos les respondía lo mismo: «Sí, sí, sí, lo pensaré», y archivaba las peticiones en el lugar más recóndito de su cortex cerebral.

A la hora de comer, volvió a su hábitat natural: solitario y repudiado, poniéndose de manifiesto la hipocresía de sus colegas. Si hubiera albergado alguna duda respecto a su decisión, este abandono organizado le habría devuelto al carril correcto. Era un hombre fiel a sus ideas, ya fuera por su juventud o por su inquebrantable integridad a prueba de balas.

## XI

Se sentía estúpido: Eduardo le había provisto incluso de una gorra de chofer negra, a juego con el coche. Era oficialmente *su* empleado. Le sudaban las manos bajo los guantes mientras esperaba a la primera chica, y no sabía por qué: el trabajo no tenía mayor secreto; conducir, aparcar, esperar, y volver a conducir. Tan simple que indignaba; un hombre de su categoría; la *gran esperanza blanca de la televisión* sentada al volante, ejerciendo de taxista.

Una mujer esbelta y muy guapa salió del portal y se paró ante la puerta del coche. Charly salió de él para abrírsele y ella se lo agradeció con un calladísimo «Gracias» que el hombre cazó al vuelo de puro milagro. Una vez dentro, Charly le preguntó la dirección y ella respondió servicialmente desde el asiento de atrás. El hombre se tranquilizó, pues la actitud de ella era más humilde de lo que en un principio se había imaginado. Quizás fuera eso lo que le dio fuerzas para presentarse —Me llamo

Carlos, pero todos me llaman Charly—, y para iniciar una conversación. Y quizás esa sencillez la animó a ella a dejarse llevar y desprenderse de formalidades: «Yo me llamo Laura».

## XII

En la televisión, se acababa una vieja película de 1965. Iván terminó de asearse: le gustaba oler bien para Laura. Miró de reojo el reloj de la cocina y un segundo después no hubiera podido responder qué hora era, tal era su nerviosismo. La oscuridad del exterior se colaba en el interior de la casa, recorriéndola igual que un gigantesco brazo negro. Por muchas luces que encendiera, Iván nunca conseguía salir de la penumbra.

Un coche paró en la calle, justo enfrente de su puerta. Se acercó a mirar por la ventana, sujetando la cortina con dos dedos muy delicado. Laura salía de un Mercedes negro y se despedía del chofer, acercándose después a su puerta. Los timbrazos sonaron como campanas de boda y se apresuró a abrir, emocionado como un chiquillo. ¡Y pensar que esta noche no habría pegado ojo si Laura no hubiera acudido a su llamada! Alguna vez ya lo había probado y no quería volver a pasar por tan lastimoso trance. Eso era así: cada día, al llegar la noche, tenía que ver a su amada, de lo contrario sufriría las consecuencias.

## XIII

—¿De quién será esta casa? —se preguntó Charly mientras apuraba un bocadillo de tortilla frío y minúsculo— Encima me voy a quedar con hambre, joder... —Charly se fijó en los números sobre la puerta, doradísimos y en serifa, el «23» de la calle Remolinos, y le apenó fantasear con los cuadros, los muebles y la cubertería que habría dentro. Un día, tiempo atrás, él también formó parte de un mundo similar, «Pero la vida se encargó de arrebátármelo todo».

En la radio sonaba una canción de Cole Porter, quizás. Tal vez de otro. «Todos son iguales», pensó. «Gershwin, Porter y el otro; todos la misma mierda». Se entretuvo otro rato mirando una revista de cine: pronto se estrenaría la nueva película de Kiarostami, cuatro estrellas para Haneke, el palmarés del Festival de Benitopuente... ¡Ah! Ahí estaba de nuevo, elegante y discreta, acercándose al coche con un caminar de pasarela. Laura se acercó a la ventanilla, se atusó el pelo y sonrió coqueta. «¿Nos vamos? Conozco un sitio en donde todavía podríamos cenar algo...».

## XIV

«Todo va bien, hasta que la puta vida se empeña en fastidiarlo». Valera se lamentaba de su mala suerte mientras engullía un filete poco hecho, sangrante como su reputación, en el mejor restaurante de la ciudad. En el periódico, una foto del concejal de Urbanismo se distorsionaba a través del cristal de su copa de burdeos. La carne roja sabía a impotencia, a fracaso y a mala uva. Al maître, que podía ver la tensión acumulándose sobre la mesa veintisiete, le flaqueaban las piernas ante el hecho de tener que acercarse para avisarle de que la persona que estaba esperando por fin había llegado.

Valera hacía girar compulsivamente un enorme anillo sito en su anular, molesto por la tardanza. Hizo un gesto al camarero para que se diera prisa con el postre, alguna porquería helada que le abriría el estómago para culminar una cena agria con algún licor dulce. Un hombre que definiríamos como arrogante y malhablado se acercó a la mesa con aire de suficiencia, importándole bien poco llegar fuera de horas. Detrás de él, una cabecita asomó, la del maître, atemorizada por las represalias, acertando sólo a decir: «Señor, este es el hombre que ha mandado llamar... Hum... No recuerdo su nombre». Valera le escrutó de arriba abajo y sólo le faltó escupir al suelo para demostrar su desagrado. Sin embargo, el honor entre ladrones es algo de sobras sabido. «Soy Eduardo, pero todos me llaman “El Chino”. ¿Y ahora alguien va a decirme qué diantres estoy haciendo aquí?».

## XV

Hizo tres servicios más sin contar el de Laura. A las cuatro de la tarde del día siguiente no era más que un oxidado anciano de treinta años. Trasnóchar sin divertirse le parecía no ya raro, sino aborrecible. Encendió el televisor para ver una telecomedia sin gracia: permanecer ante la pantalla sin moverse era lo único que le apetecía hacer, aunque Matt LeBlanc siguiera pretendiendo que le considerasen un actor. Charly no podía ni comer. Ni vestirse. Ni afeitarse. Se preguntó si mientras trabajara como chofer todos los días iban a ser así. La idea iba a estropearle las cinco o seis horas de descanso que tenía antes de encerrarse de nuevo en el Mercedes, para recorrer la ciudad con el mismo ánimo que un condenado a muerte.

Y entonces se acordó de Laura, y de sus labios encendidos invitándole a cenar. Hablaron de muchas cosas, casi todas intrascendentes como una película de catástrofes moderna. Corrió al lavabo para aliviarse con el recuerdo aún caliente de sus piernas cruzándose en busca de una posición más cómoda. Y de sus delicadas aunque huesudas manos moviendo el tenedor de un lado para otro, jugando en su plato como un niño que no quiere comer, inocente, mortalmente desamparada. Y de la línea de su cuello. Y de sus hombros descubiertos. Y del olor de su pelo. Se imaginó, claro está, que la ayudaba; que la sacaba de ese mundo horrendo en el que estaba metida; que le pedía emocionado que huyeran lejos y ella aceptaba. Era normal: él había visto las mismas películas que hemos visto todos.

## XVI

Mentiríamos si no lo dijéramos: Iván era un hombre con asistenta. Pasó de ser cuidado por una madre, a serlo por una sirvienta. Pero no una sola, sino toda una retahíla; una serie interminable de mujeres asexuadas que le vestían, le lavaban la ropa y le limpiaban la casa. Meras fotocopias todas ellas de quien le dio la vida. Se sentía a gusto cuidado por unas individuales que, al igual que su madre, jamás le juzgarían; por lo menos, jamás a la cara, pues al llegar a sus casas se despacharían a gusto con «el señorito», ése que no sabía ni cocerse un huevo.

Y ahora que disponemos de esta información, intentemos que no nos afecte: no sería justo. Iván no era penosamente infeliz por culpa de sus criadas; lo era por un millón de complejos que le impedían comportarse como un adulto autosuficiente. Se sentía inferior a todos nosotros y nadie le haría cambiar de parecer. Podría decirse que, en su caso, sentirse mal era la única forma de sentirse vivo.

## XVII

Charly no podía encontrar una emisora en la que los tertulianos no se desgañitaran gritando. «No son horas», se dijo. Quería algo más íntimo, acorde con su estado de ánimo. Esperaba en el coche a que Norma, o Marcela, o Alexandra, o como fuera que se llamase, acabara el servicio para poder ir a recoger a Laura, cuando unos golpecitos en la ventanilla le hicieron girar la cabeza: un dedo enfundado en un gigantesco anillo le invitaba a salir del Mercedes. El martilleo de un revólver al otro lado de la puerta del copiloto le hizo decidirse definitivamente.

—Sé quién eres y porqué estás aquí. Ahora deja que te explique qué es lo que yo quiero: la puta tiene un cliente al que tendrás que espiar. Sacarles fotos juntos, por ejemplo. Eso nos será de gran ayuda. Si no lo haces, te encontraremos y te mataremos —y el hombre se calló para que Charly asimilara la información. El chico, poco acostumbrado a las amenazas de muerte, creyó que asentir sería lo más acertado—. Bien, entonces tenemos un acuerdo —dijo y, tras un gesto con la cabeza a su pistolero para que enfundara el revólver y le entregara una cámara de fotos, le dio un papel doblado en el que sólo podía leerse una dirección: «23, calle Remolinos».

## XVIII

Iván había sufrido un horrible accidente: se había derramado el *espresso* sobre su traje cariñosamente almidonado. Eso le obligó a volver a casa mucho antes de lo habitual. Llevaba toda la tarde dando vueltas por el salón, amargado entre tertulias televisivas, *best-sellers* de papel maché, meriendas con alcohol y películas de vaqueros en versión original. Él representaba la definición absoluta de *tedio*. Sólo esperaba el momento idóneo para coger el teléfono y pedir por Laura.

Se mantuvo a salvo de armas afiladas y cuchillas de afeitar; de tenerlas a mano, las habría utilizado. Siempre decimos que la vida es corta, pero él la encontraba pesada y larguísima. Cuando al fin llegó la noche, descolgó el teléfono y se sintió mejor: en unas horas estaría rodeado por los amorosos brazos de una esposa de mentirijillas.

## XIX

Como nos pasa a la mayoría, a Charly jamás le habían apuntado con un arma. Sintió una parálisis completa en sus extremidades, algo muy embarazoso de contar si estás entre amigos: a todos nos gustaría comportarnos como héroes en una situación así. Frente a él, el hombre hablaba —sí, de eso estaba seguro—, pero su voz llegaba lejana y sorda como a través de un embudo. Habría aceptado hacer cualquier cosa con tal de que no le pegaran un tiro. Que siguiera vivo dependía de si escuchaba o no el sonido de un disparo. Nada más. En cuestión de segundos estaría agonizando en el suelo. Y entonces moriría: no somos más que seres humanos, vulnerables y cobardes.

Cuando Laura bajó y se montó en el coche, había olvidado las ganas que tenía de verla. Su cabeza seguía pensando en el revólver —«¡Pam!»—, un sonido seco; como en esas películas más realistas en las que los tiros no retumban en los oídos y la víctima tarda horas en morir, desangrándose entre chillidos espantosos de dolor. Y Charly no quería eso; ni eso, ni morir en el acto; quería seguir vivo para permanecer en el paro muchos años—. «¿No nos vamos?», dijo la chica. Charly arrancó sin saber cómo: no habría sido capaz ni de escribir su nombre. Cuando preguntó «¿A dónde te llevo?» más que nunca quiso que la respuesta fuera la siguiente: «Charly, llévame lejos, muy lejos de todo esto».

## XX

Las madres siempre lo saben. De algún extraño modo, y por lejos que nos encontremos, presienten nuestros movimientos. Con el corazón en un puño, la viuda de Celestino Ruano encendió el televisor para ver a su hijo renunciando al cargo de concejal de Urbanismo. Sin dar unos motivos claros, Iván se veía forzado a ceder su puesto a un político más cualificado, mejor relacionado y realmente preocupado por el futuro de la ciudad. Se pudo ver al nuevo concejal dándoles la mano al alcalde y a los empresarios, convencidos todos ellos de que ahora sí conseguirían llevar a buen puerto los proyectos frenados por una mala gestión de un joven inexperto.

Por supuesto, en la cara de su madre se dibujó una expresión de tristeza y decepción, de molestia incluso: ella no le había educado para que a fin de cuentas se convirtiera en un Don Nadie. Miró el teléfono, convencida de que no lo cogería si sonaba, pero Iván tampoco pensaba darle ese gusto: se pasó el resto del día estirado en el sofá, cambiando de canal casi telepáticamente, sin fuerzas, con una copa de whisky servida que cogía polvo sobre la mesita del café. Había intentado en vano ponerse en contacto con Laura como unas cuarenta veces y por todas había obtenido la misma respuesta: «Laura ya no trabaja para nosotros».

## XXI

«Un mundo peor», pensaba Charly, mientras encuadraba para las noticias de las nueve la monstruosidad para ricos que la concejalía de Urbanismo había permitido que se edificara en lo que antaño fuera una simple mancha gris. Le dolía profundamente ser parte activa y, de alguna manera, respon-

sable de todo aquel desaguisado. Los periodistas se agolpaban para oír al alcalde alabar a los inversores que habían hecho posible tan importante construcción. Todos ellos se revolverían en sus sillones de cuero un año después, cuando el edificio continuase deshabitado, repleto de apartamentos de lujo irrisoriamente rebajados. Pero ahora era el momento de sacar pecho, de aplaudirse y de darse la mano.

«¿Pero cómo hemos llegado a esta situación?». A veces se acordaba de Laura, y se sorprendía añorando su voz melosa explicándole por qué jamás podría pertenecer a nadie. «¿Qué habría sido de ella?», se preguntaba en los descansos entre noches locas, miradas furtivas, primeras citas, cenas románticas, mudanzas repentinas, compromisos formales y, después de un largo periplo, los agotadores aunque entretenidos cambios de pañales. Todo eso, evidentemente, hasta que llegara el próximo cataclismo. «La vida siempre se encarga de fastidiarlo».

© David Bombai

---

### **El autor:**

**David Bombai** (Mataró, Barcelona, 1978). Periodista, guionista y humorista gráfico. Ha realizado guiones y co-dirigido varios cortometrajes, y es guionista también del largometraje *El cura y el veneno*, en fase de postproducción. Ha publicado relatos en varias revistas, como Quimera y Un dels Nostres. Fue Co-Director y editor del diario online de humor El Muñeco Whisky y Co-Director y editor de la revista online Acapulco66. Sobre su trabajo gráfico, mantiene el blog <http://www.gatosperiquitos.wordpress.com> junto con con Adrián Crespo.

\* \* \*

## Relato

---

### RELATOS

por David Vivancos

#### **JUICIO GANADO**

Nada más conocerse el veredicto, el abogado celebró que su defendido había sido declarado inocente alzando los puños hacia el cielo. Atravesó la sala corriendo, dibujando en el aire un vientre abultado y llevándose el pulgar a la boca. Tras abrazarse al alguacil, quien se arrodilló simulando limpiarle las botas, se levantó la toga para mostrar su camiseta color calabaza con un mensaje de apoyo a un colega recién jubilado. Ejecutó un pase torero, disparó balas invisibles al techo, hizo el puente y gateó hasta su cliente. El acusado, con el rostro nublado por una expresión sombría, le recordó que la acusación presentaría el oportuno recurso. Ni caso. Dio unas cuantas volteretas acrobáticas hasta el estrado, al modo de los gimnastas olímpicos que cierran su ejercicio con una gran diagonal, besó su alianza y clavó una rodilla en el suelo, imitando al arquero que tensa su arma, delante del juez.

\* \* \*

#### **LA BONDAD HUMANA**

Utópico convencido, entregado y ferviente defensor de la bondad innata de las personas y de que la cada vez más deshumanizada sociedad todavía tenía remedio, Don Prudencio Osorio Cifuentes se sentó al fin ante su escritorio resuelto a poner en práctica el plan que durante tanto tiempo había estado madurando. Escribió en sendos sobres con pulcra letra redondilla (su exquisita caligrafía había despertado admiración y envidia a partes iguales entre sus compañeros de la escuela, primero, y entre los colegas del bufete, después) los nombres y las direcciones de una señora y de un caballero que, pre-

viamente, había extraído al azar de la guía telefónica y los cerró después de introducir, en cada uno de ellos, un beso. En días venideros escogería a otras dos personas, luego a otras dos, después a cinco y más tarde a diez, quién sabe si a quince. Sus besos, junto a los de aquellos ciudadanos anónimos que compartían su fe en la bondad humana y su confianza en la supervivencia de la espiritualidad y de valores tan elevados como la fraternidad, ciudadanos que sin duda imitarían su ejemplo, se extenderían por toda la comarca y, en un breve plazo de tiempo, por todo el país.

Cinco días después encontró en el buzón la respuesta de los dos primeros desconocidos. Aachacó la respiración dificultosa y las gotas de sudor que perlaban su frente a la excitación o a los nervios aunque ambas cosas bien podrían deberse a que acababa de subir los escalones de casa de dos en dos, algo a lo cual no estaba en absoluto acostumbrado. Presa de una gran agitación, Don Prudencio Osorio Cifuentes fue en busca del abrecartas para rasgar cuanto antes aquellos sobres, que se revolvían inquietos en uno de los bolsillos de su chaqueta. El de la dama contenía una sonora bofetada que le resalló en la mejilla, por atrevido, y el del caballero un violento puñetazo, por depravado. Don Prudencio Osorio Cifuentes se llevó el pañuelo a la nariz para intentar frenar la hemorragia.

\* \* \*

### LA FIRMA

Cuando viera su dibujo sobre la Inmaculada Concepción o, mejor dicho, lo que tendría que haber sido su trabajo, la galerista rompería definitivamente su relación comercial con él. Eso, al menos, temía el artista, sorprendido al verla ya en el estudio. Sin embargo, ésta parecía animada y comentaba distendida el lienzo con un conocido coleccionista. Desde la puerta, el pintor pudo escuchar cómo ambos, ajenos a su presencia, coincidían en alabar la abstracción y la luminosidad de la obra, que tan bien había captado la pureza sin mancha de la Virgen, y el desprecio por formas, proporciones y colores que había caracterizado su pintura desde su regreso de París. El artista se acercó hasta ellos y, con sonrisa de despiste inexcusable, estampó su firma en el ángulo inferior derecho del lienzo en blanco.

\* \* \*

### EL ESTRENO

En la puerta había una gorra negra. Mi tío me había dado unas perras y ninguna seña más. Para que te estrenes, me había dicho, pero de esto, a tu padre, ni media palabra. Pasé la tarde dando vueltas a la plaza porticada, buscando aquella enigmática gorra en los pomos de las puertas, asomándome en las porterías por si la encontraba colgada en su interior. El barquillero saludaba con la mano y una mulataza que se arreglaba los pies sentada en un portal sonreía cada vez que pasaba. ¿Vienes de parte de Eduarro?, preguntó, al fin. Al tío le decían así porque no sabía pronunciar la de.

© David Vivancos

---

### **El autor:**

**David Vivancos** (Barcelona, 1970) es licenciado en Geografía e Historia y en Biblioteconomía y Documentación por la Universidad de Barcelona, institución en la cual trabaja como bibliotecario. Es autor de las colecciones de cuentos *Cuentos ejemplares y otras microficciones* (Seleer, 2012) y *Mate en 30* (Ajuntament de Barcelona, 2004) y de *Història del Club d'Escacs Sant Martí* (Ajuntament de Barcelona, 2005) y ha participado en diversas antologías como *Ficciones en los 64 cuadros* (IMFC, 2004), *Cuentos de ajedrez: alrededor de un tablero* (Páginas de Espuma, 2005), *Cuentos alígeros* (Hipálage, 2010), *El beso: microrrelatos sobre el cine* (Cardeñoso, 2010), *Boxing Day* (LCK15, 2011), *Sobre vida universitaria* (Universidad de Córdoba, 2011), *Deseos humanos: microrrelatos de cine* (Cardeñoso, 2011), *Viñetas y relatos* (Extravaganzia, 2011) o *Antología LAIA II* (Uрпи, 2011) de la Latin American Intercultural Alliance. Colabora en la revista *Jaque*, donde periódicamente pueden leerse sus cuentos de temática ajedrecística. Sus narraciones y microrrelatos también han aparecido en diferentes publicaciones digitales y en revistas literarias como *La bolsa de pipas*, *El invisible anillo*, *Fábula*, *Iguazú*, *La botica*, *La lluna en un cove* o *Ágora: papeles de arte gramático* y en su blog, **Grimas y leyendas**.

## EL RUMOR DEL MAR

por Jonathan Alexander España Eraso

*Este mar lo arrastra todo, y de los dos lados;  
se enrosca, arrastra y se enriquece con todo, aporta,  
transporta, deporta y se hincha incluso con lo que arranca.*

Jacques Derrida

*A Gonzalo Jiménez*

Cuatro cazoneras naufragan atrapadas por un temporal ahí no más, una vez pasada la barra del río Negro, de este río que corta la ladera norte y termina en el mar entre bancos de arena y aguas pardas, traicioneras. Casi treinta ahogados, casi treinta tragados por el mar.

Ese fue el final de la flota cazonera; no volvieron a salir; los tripulantes de las lanchas que le ganaron a las aguas no se embarcaron nuevamente, cambiaron de oficio.

Se terminó esa tarde el negocio del aceite de hígado y los dolientes, ahora, vuelven cada noviembre a este lugar de la costa. Arrojan flores al agua y lloran a sus muertos.

Y el mar siguió igual, del mismo color, con el mismo sonido.

—Usted no se crea que la vida es solo cosas concretas..., la vida también es lo que uno piensa...

—Sí, ya lo creo —le decía yo—, todo ese tiempo que se está en silencio. —Y él asentía subiendo y bajando el mentón, apenas.

Le pedí una copa de aguardiente, pues quería enjuagarme lo que sentía en la boca, y el cantinero tardó en servirla, tardó y miraba ese lugar del horizonte que pasa como una línea por la ventana, en cuyo fondo crecía la mancha oscura de una tormenta.

—No vale la pena sufrir por alguien; el pasar de los días es solo una pesadilla y nosotros nos movemos adentro —dije.

Después alejó la botella y entre los dos quedó el mostrador, la copa de aguardiente y nuestro silencio.

Sobre la bordaleza esconde el cuello entre las plumas y duerme la gaviota que el cantinero crió desde que era un pichoncito. Le acerqué una mano al pico, para provocar su enojo y el ave me tiró un picotón, abrió las alas, después saltó desde el lugar en el que dormía y en un corto vuelo llegó hasta la puerta y salió de las sombras de la cantina caminando hacia la playa donde el sol pega a pique.

\* \* \*

Una brisa helada enfermó la tarde. Castigó mi cara y mostró que, desde el Sur, volando sobre el agua, estaba el viento.

—¡Mire...! —me dice Simón y apunta con el dedo hacia el agua, señala la costa de enfrente donde los médanos avanzan mar adentro y está la baliza.

El sol que huye brilla en la arena y en los pajonales y se refleja en algo blanco que el mar trae empujado hacia la costa. El llegar de las olas más grandes lo saca a la superficie y ahí resplandece. Parece una madera. Mi acompañante respira resoplando y se mete en el agua y agranda los pasos

hacia el lugar que marca su brazo extendido. No parpadea y sigue con un movimiento de su cabeza el subir y bajar del oleaje.

Al rato, una ola enorme lo saca hasta que toca el fondo de arena y vemos que es un bote. Esperamos con paciencia a que el mar lo tire, golpe a golpe, más afuera, para poder alcanzarlo.

Lleva pintado un nombre: Cayetana. Busqué con qué remolcarlo hasta la orilla y con unos cabos lo sacamos de tiro cuando el agua me daba a la cintura; Simón hacía equilibrio arriba de las maderas medio podridas de la proa, abría los brazos y sonreía. El bote, después, quedó en la playa, tirado, como un muerto reciente.

\* \* \*

Ya entrada la noche, en la cantina, se llenó la mesa grande del centro, se acercaron sillas, se dio bomba al farol. El aire olía a carne que se asaba y a humo de leña encendida. Y eso llama a tomar.

Después el ambiente se fue poblando de voces, graves voces entrecortadas por el viento que, a veces, se podían oír desde la playa y llegaban hasta el agua como gritos. El hombre de pelo blanco servía las copas con la siempre cuidada maniobra de su mano; el líquido cristalino las completaba hasta la mitad, casi sin golpear el vidrio. De reojo miraba cómo las llamas quemaban la leña y cómo la carne goteaba sobre las brasas. Gastaba alguna pitada al sostener los ojos fijos en las llamas.

Desde la playa, la luz de las ventanas era el único brillo humano entre los médanos. Una referencia. El cielo dormía tras nubes espesas, sin mostrar estrellas.

A unos metros de la puerta, sentado en silencio sobre una cubierta de caucho, de espaldas a las luces que apenas avanzaban en la arena, estaba Simón. De cara al mar. El mar no se veía, sí se sentía su rugido. Simón mantenía los ojos fijos en la oscuridad y la gaviota dormía en uno de los bolsillos de su saco enorme, el saco mugriento que era su refugio en las noches. Dormía tranquila, junto a él no sentía peligro ni era arisca.

—¡Cante algo...!

Y alguien acercó una guitarra a la mesa y me la dejó pegada al pecho; después, mi mano izquierda acomodó los dedos en un tono y la hábil punteó; en la voz me salió el canto y, lejano, un susurro de palabras, me recordó a las de Zitarrosa.

*Largo sol de la escollera enfermo se oscurecía  
cuando murió Pepe Elías alias el Pepe Corvina.  
Navegaba pescador, el timón a la deriva,  
la nave nunca volvió, la nave no volvería.*

Al muchacho sentado fuera de la cantina que mira la noche cuando cubre el océano, la risa eterna de su cara se le exagera y los ojos le brillan con asombro cuando ve esa sombra que sale del ruido de las olas y se hace más grande. Se agranda y, torpe camina, camina hacia él, en silencio, sin dejar huellas que marquen la arena que pisa, cruza frente a Simón y entra a la cantina. Y adentro es solo otra sombra que se mezcla entre quienes rodean la mesa grande y concurrida.

*Una sombra lo buscó bajo la luna amarilla  
y se perdió más allá de la noche sumergida.  
Adiós Pepe pescador, ballenero fugitivo  
tatuado en la soledad, anclado en el paraíso.*

Y en silencio, también, escuchan el último rasguear de la guitarra y festejan el final con algún aplauso, algún golpe con la mano abierta sobre la mesa o empujando lo que les queda en las copas.

\* \* \*

—Solo él ve los fantasmas que salen del mar, por eso las historias comienzan con él..., con lo que él dice.

Por eso ríe, pienso. Por eso, quizá, anoche vi a Simón en los restos del bote abandonado hablando

solo tras su sonrisa, pero como si lo hiciera con alguien.

Ahora, el rumor del mar avanza por la arena y me rodea y es un viento frío.

© Jonathan Alexander España Eraso

---

#### **El autor:**

**Jonathan Alexander España Eraso** (Pasto, 1984). Egresado de Filosofía y Letras de la Universidad de Nariño. Finalista del Certamen Internacional de Cuento de la REVISTA SESAM "Jorge Luis Borges. 2007"; primer finalista en el 5º y 7º Certamen Internacional de Relato breve "La lectora impaciente" (ediciones 2008 y 2010). Finalista del I Certamen de Relato Corto Antón Chejov, organizado por el diario online El Librepensador y la revista Letras (Fuengirola, ISSN: 1989-4198). Finalista en el Concurso Nacional de Micuento 200 Años, 200 Palabras (2010), organizado por RELATA y el Área Cultural del Banco de la República de Cúcuta. Mención de honor en el Concurso Nacional de Cuento (2010), organizado por la Cámara de Comercio de Montería y el grupo de arte y literatura El Túnel. Cofundador y coeditor de la Revista Cultural Avatares, editada en Pasto, Nariño. Dirige el suplemento cultural "La Conjura de los Necios".

\* \* \*

#### Relato

---

## MICRORRELATOS

por Elizabeth Pineda G.

**Qué difícil concentrarse, cariño mío**, pensar en el tiempo y sus distorsiones, si te imagino sonámbulo entre carros y maleficios, traspasando la noche, conquistando los bares, ajeno, cariño mío. Demonio, ojos de angustia y boca de júbilo, con ese maldito talante de víbora que tanto me seduce. No hagas de tu vida un arte, putas, amantes, putas amantes, jamás formaré parte —juro salvarme de tus abismos—. ¡Te engañas!, tomas carne sólo en mis manos, y yo ¿qué inútil recuerdo? Escondida en la chaqueta de jean que de seguro hoy usas, susurrándote desde algún viejo libro. ¿Y si jugamos a sabernos?, como en la sombra y la saliva de aquel junio; así, levemente, la falda negra en movimiento, la espera empañando el vidrio, tarareando un tango verdugo de la madrugada. Abismo... Las puertas se incendian, no volveré a escribirte, cariño mío.

**Sin asco, sin culpa**, he de vomitar esperanzas, cuchillas asesinas de recuerdos, sórdida migración de sortilegios. Cada cual su curso, para qué explicaciones, rendiciones momentáneas. Tal vez así sea, un ave que se creyó fénix obviando su naturaleza de paloma moribunda, de rata con alas rotas.

**Tengo 348 ausencias**, en las noches saltan de sus hojas como gatos. Para evitar que se extravíen tomo lista en orden alfabético, después, las pongo en fila de mayor a menor tamaño. Los cuidados son insuficientes, ellas corren, se pelan las rodillas, se fuman mis cigarros; ausencias arcoíris, obstinadas e impúdicas, evaden el control, escapan del cuarto seduciendo a los fantasmas que encuentran a su paso. En una ocasión viajaron a escondidas, las busqué por todas partes: en Salamandra, en la iglesia de las Nieves, en el cementerio Central, en el pozo de Donato; al final las hallé sentadas en un parque, tomando vino y llorando. Por estos y otros motivos un exorcismo resulta necesario.

© Elizabeth Pineda G.

---

#### **La autora:**

**Elizabeth Pineda G.** (Bucaramanga, Colombia; 1984). Licenciada en Psicología, interesada por la literatura. Autora del blog: <http://misvestigios.blogspot.com>

### **José María Latorre**

Zaragoza (España)

<http://www.jmlatorre.com>

\* \* \*

Nacido en Zaragoza, actualmente reside en Barcelona. Ha sido el coordinador de la revista «Dirigido Por», desde Septiembre de 1982 hasta Abril de 2011 y dirigió la colección de libros «Programa Doble». Colabora en revistas y periódicos de España e Italia sobre temas de literatura, cine y música y ha escrito dieciséis guiones para televisión a partir de clásicos de la literatura fantástica. Su guión para el cortometraje "El sistema de Robert Hein", a partir de un cuento de Pere Calders, obtuvo el premio de la Generalitat catalana. Novelista, ha publicado cuentos en las revistas de España "Turia", "Clarín" "La Mosca", "Revista de Literatura Rey Lagarto", "Quimera", "Penthouse", "Ágora" "Trébede", "Rolde", "Prima Littera" y [www.literaturas.com](http://www.literaturas.com) (internet), y, de Portugal, "Boca bilingüe", así como en los periódicos "Diario 16" y "Heraldo de Aragón". Figura en la antología "Cien Años de Cuentos en España" (Alfaguara, 1998). Editor de los libros «Cuentos bíblicos» y «Nuevas aventuras de Simbad», y coeditor del libro «Homenaje a Giacomo Casanova». Editor del número especial de «Nosferatu» sobre la «Generación de la violencia del cine norteamericano» y "Raoul Walsh". Traducido al polaco, italiano y catalán. Ha sido jurado en los festivales de Madrid (Imagfic), Sitges, Málaga y Zaragoza (de jóvenes realizadores) y, de 1997 a 2004, en el Premio de Novela Ciudad de Barbastro, y dejó de serlo por discrepancias con los organizadores. Se ha encargado de preparar ciclos para la Fimoteca Española (dedicado al cine fantástico) y en la Fimoteca de Catalunya (sobre Nino Rota). Ha impartido conferencias sobre la música de Rota en el Conservatorio de La Línea de la Concepción, en Sama de Langreo y en Barcelona, así como sobre la narrativa en el cine. Escribió, para el sello discográfico francés Audisvalois, el texto que acompaña a la edición de la obra pianística de Rota. Pertenece al Consejo Editorial de "Revista de Literatura Rey Lagarto", de Asturias. Finalista del Premio Literatura Joven Ciudad de Toledo, 1981. Finalista del Premio Edebé 2000. Premio Degeneración de los 80 en 1981. Premio Especial Gigamesh en 1988. Premio Ciudad de Barbastro 1996. Premio San Pancracio 1996 por la labor crítica. Premio Gran Angular 2002. Premio Búho de Gaudí del Festival de Astorga de 2003 por la labor crítica. Premio Lectores Zamora en 2004. Premio Literario Villa de Benasque 2005.

#### Novela

- *School Bus*. Ediciones Libertarias, 1981 (Premio Degeneración de los 80).
- *Huida de la ciudad araña*. Ediciones Queimada, 1981.
- *Miércoles de ceniza*. Montesinos, 1985.
- *Sangre es el nombre del amor*. Montesinos, 1986.
- *Osario*. Montesinos, 1987 (Finalista Premio Literatura Joven Ciudad de Toledo 1980).
- *Las trece campanadas*. Montesinos, 1989.
- *La noche transfigurada*. Versal, 1990.
- *El anillo de Moebius*. Diputación Gral. de Aragón, 1991.
- *Treinta y cinco milímetros de Franco*. Xordica, 1993.
- *Palacio de sombras*. Mira Editores, 1994.
- *Una sombra blanca*. Bruño, 1995.
- *Los teatros imaginarios*. Montesinos, 1995.
- *El hombre de las leyendas*. Huerga y Fierro, 1996 (Premio Ciudad de Barbastro 1996).
- *La leyenda del segundo féretro*. Bruño, 1997.
- *La sonrisa de piedra*. Alba, 1997.
- *Visita de tinieblas*. Alba, 1998 (Mención Fundación Sánchez Ruipérez).
- *El año de la celebración de la carne*. Prames, 1999.
- *El arrecife del miedo*. Edebé, 1999.
- *Pueblo fantasma*. Bruño, 1999.
- *La incógnita del volcán*. Edebé, 2001 (Finalista Edebé 2000).

- *El silencio*. Huerga y Fierro, 2002; Sabara Editorial, 2012.
- *Los jardines de Beatriz*. Tierra Ediciones, 2002.
- *La isla del resucitado*. Edebé, 2002.
- *La mirada de la noche*. Ediciones SM, 2002 (Premio Gran Angular 2002; Premio Lectores Zamora 2004).
- *La mano de la momia*. Bruño, 2002.
- *El palacio de la noche eterna*. Alfaguara, 2004.
- *Codex Nigrum*. Edelvives, 2004.
- *Encuentro en el abismo*. Ediciones SM, 2004.
- *Un sudario de hiedra*. Edebé, 2006.
- *La profecía del abad negro*. Alfaguara, 2007.
- *Fragmentos de eternidad*. Laria, 2007.
- *Después de muertos*. Bruño, 2007.
- *El sueño de la ciudad perdida*. Ediciones SM, 2007.
- *Los ojos en el espejo*. Edebé, 2008.
- *Visita de tinieblas*. Valdemar, 2008 (Versión definitiva, íntegra).
- *Pájaro Veneciano*. Macmillan, 2010.
- *En la ciudad de los muertos*. Editorial Valdemar, 2011.
- *En las cavernas del tiempo*. Editorial Edebé, 2011.

#### Relatos

- *Fiesta perpetua*. Olifante, 1991.
- *Doble vida*. EdiPlus, 1994.
- *Relatos desde la muerte*. Ediciones Epígono, 1999.
- *La noche de Cagliostro y otros relatos*. Valdemar, 2006.

#### Ensayo

- *Luces y sombras del cine negro* (co-autor Javier Coma). Ed. Fabregat, 1981.
- *El cine fantástico*. Premio Gigamesh. Ed. Dirigido por..., 1987.
- *Nino Rota, la imagen de la música*. Montesinos, 1989.
- *Los sueños de la palabra*. Laertes, 1991.
- *La vuelta al mundo en 80 aventuras*. Ed. Dirigido por..., 1995.
- *Amarcord/Blade Runner*. Ed. Dirigido por..., 1996.
- *El Padrino/Guerra y Paz*. Ed. Dirigido por..., 1997.
- *El Padrino II/La dulce vida*. Ed. Dirigido por..., 1997.
- *En la oscuridad. Breve antología crítica*. Re-Bross, 1997.
- *Avventura in cento film* (Publicado originalmente en Italia). Le Mani, 1999.
- *Creatividad*. Gobierno de Aragón, 2003.

#### Libros colectivos

- *Cuentos bíblicos*. Montesinos.
- *Nuevas aventuras de Simbad el marino*. Montesinos.
- *Homenaje a Giacomo Casanova*. Montesinos.
- *Antología Cien años de cuentos en España*. Alfaguara.
- *Los hijos del cierzo (Cuentos de escritores aragoneses)*. Prames.
- *Palabras, páginas, letras*. Libros Pórtico
- *Viaje a la memoria (Homenaje a la Universidad de Zaragoza)*
- *Estrategias de la memoria: Escritores aragoneses*. Diput. Aragón
- *Desde aquí (Artistas aragoneses con Chiapas)*. Prames.
- *Palabra revelada*. Ministerio de Cultura.
- *Invitación a la lectura*. Ministerio de Cultura.
- *ZaragoZ-A*. Diputación Provincial Aragón.

- *La maldición de la momia. Relatos de terror sobre el antiguo Egipto.* Valdemar.
- *Vivo o muerto. Cuentos del spaghetti* Editores
- *En las ciudades.* Notorius.
- *Aquelarre.* Editorial Salto de Página.
- *La cabeza de la Gorgona y otras transformaciones terroríficas.* Valdemar
- *Relatos de hoy II.* Ediciones Castalia/Edhasa.

\* \* \*

**NARRATIVAS:** *¿Cómo resumirías tus comienzos literarios y el camino recorrido hasta ahora?*

**JOSÉ MARÍA LATORRE:** Cuando era niño escribía cuentos: la mía ha sido una cuestión de amor a la literatura. No la elegí, mi sensación es que, si se me permite la pedantería, fui elegido por ella. Escribía y leía (y continúo leyendo) mucho, sin hacer ningún tipo de discriminación de autores, épocas, temas y estilos. He estado (y estoy) abierto a todo tipo de literatura y creo que no se puede hacer una novela, digamos, experimental sin ser también un narrador; también al contrario. Ya en la adolescencia, escribí de una manera más continuada y destruí no pocos originales (entre ellos el libro de cuentos, «Parábola y otros relatos», y las novelas «Crónica de un punto muerto» y «Todo manchado de tiza») porque trataba de encontrar una voz, un estilo propio, pues el mundo está sobrado de imitadores de voces. Creí hallarlo con «Sangre es el nombre del amor», y a partir de ahí todo llegó con fluidez. Empecé a escribir novelas y si recibía una negativa editorial mi reacción era escribir una nueva; por ello, cuando publiqué por primera vez, ya tenía cuatro o cinco «en el cajón» que después fueron apareciendo poco a poco, aunque no en el orden cronológico en que fueron escritas. El primer paso editorial fue ganar el premio Degeneración de los 80, y a continuación el apoyo del escritor chileno Mauricio Wacquez, quien hizo a Montesinos un informe excelente de «Sangre es el nombre del amor». Tras varias obras en esta editorial publiqué en otras, como Versal. Creía que me iba a asentar en ella porque me sentía a gusto, pero su director, Antoni Munné, se cansó de la editorial y dejó que se la cerraran cuando se disponía a publicar mi segunda novela en esa casa (la primera había sido «La noche transfigurada»). Fui aceptando publicar en las editoriales que me lo ofrecían, lo cual provocó una dispersión de mi obra, pero entonces no me importaba porque deseaba que mis novelas y mis cuentos tuvieran vida pública. Y llegó la posibilidad de escribir una novela juvenil, cosa que acepté como un reto porque pensaba que era bastante difícil, y desde entonces voy alternando la escritura de, simplificando, novelas para adultos y novelas adulto-juveniles, en el fondo una división falsa: algunas de esas obras mías podrían aparecer en colecciones destinadas a adultos.

**N.:** *Uno de los géneros que más a menudo abor das en tus novelas es el fantástico, en ocasiones reelaborando viejos mitos pero también respetando sus estructuras clásicas. ¿Qué posibilidades encuentras en este género para que te seduzca tanto?*

**JML.:** Es probable que haya influido en ello tanto mi gusto por lo fantástico, que he cultivado desde la niñez, con ciertas características de la primera época de mi vida y de la educación colegial que me impartían y el entorno donde me movía en los años cincuenta: estudié con los jesuitas, lo cual marca mucho, como bien sabían Joyce, Hitchcock y Buñuel; esa gente no hacía olvidar, sino al contrario, que la religión católica es la más macabra de todas las que ha inventado el ser humano, y conservo vivas anécdotas y experiencias terribles. La posibilidad de escribir novelas adulto-juveniles hizo revivir en mí aquel gusto, que por otra parte se hacía notar en todo lo que había escrito hasta entonces, aunque de forma más velada, como a tenues pinceladas, y me puse a ello con el propósito de escribir una literatura fantástica que respondiera a mi visión personal del género, a mi gusto, que se centra sobre todo en eso tan difícil que es la creación de atmósfera. Eso me ha hecho mirar a veces a los antiguos mitos porque disfruto con ellos, pero los he reelaborado, como dices, teniendo siempre en cuenta la importancia de sus estructuras clásicas, a las que creo haber aportado una luz moderna. Dicho de otra manera, lo que pretendo cuando toco esos mitos, a los que he añadido otros de mi invención, es tratarlos desde una perspectiva contemporánea, con un lenguaje actual, y por supuesto literario. Ningún autor

de literatura fantástica del pasado escribiría hoy como lo hacía entonces porque ahora, en líneas generales, se atiende más lo sustancial, con pocas digresiones; yo busco la modernidad en la sustancia del relato. La literatura fantástica posee el atractivo de ofrecer alternativas imaginativas a la mediocridad y la grisura de la sociedad, poder trabajar situaciones extraordinarias con personajes extremos, internarte por mundos maravillosos, ir más allá de los límites del conocimiento y de la ciencia, tratar temores que están presentes en el fondo de todos los seres humanos, sacar a la luz por medio del arte los miedos ancestrales, tratar lo monstruoso como parte de la condición humana, moverte por ambientes fascinantes; parte de su atractivo reside también en que carece de límites; los límites se los pretenden poner (imponer) quienes no alcanzan a comprender esa fascinación, los que miran el mundo y el arte con anteojeras hechas en la fábrica de los prejuicios, lo cual es una actitud necia y anticultural. La crítica académica ha hecho mucho daño a la literatura fantástica: en España, no en los demás países, donde es objeto de alta consideración.

**N.:** *Has escrito un buen número de novelas que tú mismo encuadras bajo una especie de subgénero denominado narrativa adulto-juvenil. ¿Hay diferencias entre el lector juvenil y el adulto? ¿Hay que escribir de manera distinta para ambos?*

**JML.:** He tratado de hacerlo teniendo en cuenta que muchos autores, musicales y literarios, han creado obras para jóvenes sin dejar de ser ellos mismos, sin rebajar su voz personal; recuerdo ahora óperas de Prokofiev («Pedro y el lobo»), de Rota («Lo scoiattolo in gamba»), y ello por no hablar de escritores cuyas obras se asocian hoy con lectores jóvenes aunque pueden y deben ser leídas por todos, como Stevenson, Verne, Doyle, Poe e *tanti altri*, o de obras para jóvenes mucho más subversivas e inquietantes que otras para adultos. Gracias a mi experiencia en los colegios y centros de lectura he comprobado que, también en general, los lectores más jóvenes suelen ser más exigentes con lo que se les ofrece y estar más atentos a la lectura, siempre y cuando el libro les guste... o, como dicen, «les enganche». Procuró poner siempre el mismo empeño, se trate de una novela adulto-juvenil o de una novela-para-adultos. En el primer caso procuró ser directo, no perderme, como decía, en digresiones, porque se debe tener en cuenta que los lectores actuales están habituados al llamado lenguaje cinematográfico, incluso al televisivo. Como quiera que sea, disfruto escribiéndolas, pues de lo contrario, créeme, no lo haría. Desde el principio me propuse recuperar en los más jóvenes el gusto por la lectura, y una de mis mejores experiencias en este sentido me lo ha proporcionado una joven que me confesó que había sido incapaz de leer hasta que se aficionó a ello gracias a mi novela «La mirada de la noche», y me pidió permiso para hacer una novela gráfica a partir de ella, la cual presentó como ejercicio de fin de carrera.

**N.:** *Otra de tus facetas más reconocidas es la de analista o crítico cinematográfico. De hecho, coordinaste durante mucho tiempo la prestigiosa revista Dirigido por... ¿Qué le debe el José María Latorre escritor al José María Latorre crítico y viceversa?*

**JML.:** A mi labor como analista le debo el que me adhirieran una etiqueta de la cual es difícil desprenderse, por no decir imposible. Parece que un novelista que también escribe sobre cine debe de ser considerado necesariamente un autor influido por este, cuando la realidad es que muchos escritores muestran más influencias que yo. Hace varios años, cuando leía críticas de literatura en la prensa, diaria o mensual, cosa que he dejado de hacer porque me enfadaba al leer ciertas cosas, me sorprendía que aplaudieran unas novelas alabando su «prosa cinematográfica», y en otros casos lo consideraran una especie de mancha infame. Pero..., ¿qué es prosa cinematográfica? La literatura ha sido siempre visual desde los tiempos de Homero; incluso Kafka, Proust, Joyce, Broch, Walser y Musil, por no mencionar otros nombres. En cualquier caso, literatura y cine tienen una relación de vasos comunicantes. El oficio de la crítica de cine es cada vez menos gratificante. Solo hace falta que no te agrade un filme que a otro sí para recibir todo tipo de insultos, lo que para mí es incomprensible no solo por cuanto tiene de falta de respeto a la libertad individual, sino porque yo mismo no he coincidido en ocasiones con algunos buenos amigos y nunca me ha dado por insultarles, ni ellos a mí. Debe de ser una cuestión de educación, de respeto al otro. La cinefilia se ha convertido en un mundo extraño. Por otro lado, el ejercicio de la crítica me ha hecho perder mucho tiempo porque no todas las películas a comentar merecen la pena que se les dediquen horas de trabajo. Pero no me arrepiento: estoy satisfecho de algunos de mis escritos sobre cine y eso es lo que importa.

**N.:** En una reseña de una de tus novelas se afirma textualmente: "José María Latorre es un escritor centroeuropeo del periodo de entreguerras". ¿Te sientes identificado con esa afirmación? ¿Te hubiera gustado vivir —en el aspecto creativo, al menos— en otra época distinta a la actual?

**JML.:** Sí, y sobre todo me honra, porque algunos de los autores que prefiero pertenecen a ese periodo, que me parece fascinante y de gran creatividad. Un crítico literario italiano dijo de mí hace también bastantes años, que era «un español atípico que nos recuerda a los mejores escritores "Mitteleuropeos"». En el aspecto creativo me habría gustado vivir en una época como aquella, en la que el valor de la literatura no se medía por influencias editoriales sobre la prensa, ni por la cantidad de ejemplares vendidos, ni por aparecer más o menos en «los papeles», ni por los anticipos económicos recibidos; entonces no existía eso tan horrible a lo que se ha dado en llamar industria cultural. La literatura no es una industria, sino un arte, lo cual se tiende a olvidar.

**N.:** En tu novela "El silencio" abordan una de las obsesiones permanentes del ser humano desde siempre: la muerte, o mejor dicho, las dudas acerca de lo que significa realmente la muerte. ¿Se podría decir que esta novela es tu obra más existencial, la que está escrita desde una perspectiva más filosófica?

**JML.:** Es la novela en la que quizás aparece más en primer término, pero el tema se halla presente en toda mi obra; también está en el fondo de mis novelas adulto-juveniles. Esa es otra de las razones por las que me interesa mucho lo fantástico: permite jugar con las fronteras de la muerte, internarse por ellas y transgredirlas. Tal vez por estar colocado en primer término sí se puede decir que «El silencio» es mi novela más existencial, e incluso filosófica; es casi una declaración de principios, una novela densa y agobiante. Estoy satisfecho del resultado.

**N.:** ¿Qué hay en la cabeza de José María Latorre antes de ponerse frente a una hoja en blanco? ¿Cómo concibes tus historias?

**JML.:** Lo de la hoja en blanco es, en mi caso, literal. Escribo mis novelas y cuentos a mano, en libretas que elijo con gran cuidado (deben gustarme mucho antes de comprarlas), y luego las paso al ordenador y las corrijo en la pantalla. Una de esas libretas me gustó tanto que desde el primer momento estuve seguro de que iba a escribir en ella con mucha fluidez y de que la novela saldría bien: fue con la que gané el premio Gran Angular. Mis historias surgen de formas muy diversas; una de ellas fue durante un viaje en tren de Sevilla a Barcelona asomado de noche a la ventanilla, otras a partir de una situación, las más a partir de una idea que surge de un modo natural, a veces paseando. Cuando empiezo a escribir procuro tener solo en mente la novela o el cuento, y viven dentro de mí en tanto dura el largo proceso de escritura. Me concentro con tal intensidad que el sonido del timbre del teléfono o el de la puerta me pueden provocar un sobresalto.

**N.:** Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?

**JML.:** Es una pregunta difícil de responder. Casi preferiría decir qué escritores en castellano no me gustan o no me interesan, pero eso sería excesivamente comprometedor. En los años setenta, ochenta e incluso noventa procuraba leer a todos, hasta que me vencieron la fatiga y el aburrimiento, inducidos por algunos de los que la crítica académica consideraba grandes nombres. Me gusta leer más a los extranjeros, pero no puedo dejar de decir que sigo leyendo con cariño e interés a los que considero amigos míos y son buenos escritores, como Vicente Muñoz Puelles, José María Merino, Ramón Acín y Pilar Pedraza.

**N.:** Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando José María Latorre?

**JML.:** Acabo de entregar una novela, «La maldición de la banshee», de la cual estoy bastante satisfecho, que editará Alfaguara en 2013, y estoy terminando de escribir un libro de cuentos para la editorial Valdemar, que espero tener listo en agosto. Pero ahora tengo ideas para otras tres novelas, dos de ellas, ¡ay!, «para-adultos».

\* \* \*

## EL SILENCIO (fragmento) <sup>1</sup>

por José María Latorre

Recibí la noticia de la muerte de Marta al declinar una tarde lluviosa que yo había dedicado a trabajar el inicio de un cuento. Había encontrado el tono: debería ser un relato angustiados, de atmósfera nocturna, a contracorriente de la moda y melancólico como una elegía musical eslava, cuyo único personaje era un hombre de cuarenta y nueve años que decide quitarse la vida a raíz de unas reflexiones que se hace a sí mismo sobre las causas de su aparente fracaso como artista: un compositor sin éxito que ve las salas y los teatros de concierto como enemigos irreconciliables de su arte: un músico que las odia porque han sido construidas por un mundo al que también odia, con el fin de albergar en ellas una música que le parece detestable. Hacía tiempo que la idea del fracaso artístico me atraía como tema para una obra, ya fuera un cuento o una novela, en respuesta a una sociedad que cultiva cada vez con mayor satisfacción la idolatría al triunfo aparente. Si he escrito dos veces la palabra *aparente* se debe a que me proponía efectuar una distinción entre dos clases de triunfo y de fracaso: el de los mal llamados artistas que halagan a la sociedad y hacen lo que ésta desea que haga —poco menos que al dictado—, obteniendo así un reconocimiento inmediato, y el del artista auténtico, que se mantiene fiel a sí mismo, indiferente a la acogida que pueda tener su obra. Es difícil medir en qué consiste para un creador el fracaso y el éxito porque, ¿se puede considerar fracasado a quien se mantiene fiel a sus convicciones? En mi propósito, el relato sería el primer paso hacia un posterior tratamiento del tema en una obra con mayores ambiciones: algo así como una medida previa de mis posibilidades para hablar a la sociedad con el lenguaje que se merece. Sin embargo, no le había explicado nada de él a Marta... Marta no sabía que, poco antes de casarnos, yo tenía la intención de escribir un cuento sombrío.

Pero ¿qué relación tiene la inesperada muerte de Marta con la falsa idea de fracaso o de triunfo en una sociedad vanidosa y superficial que cierra sus ojos y sus oídos a cualquier forma de arte que no tenga el halago como fin? El azar y la fatalidad relacionaron una cosa con otra: el timbre del teléfono, mensajero que ocultaba en sus entrañas cenagosas la noticia de que Marta ya no existía, interrumpió mis digresiones. Durante los frecuentes vacíos en mi escritura de exploración había aprovechado para releer a Novalis y había creído encontrar en uno de sus himnos a la noche la llama que iluminaría la frase primera de mi cuento, todavía en estado embrionario: el futuro suicida disuelto en el paisaje de una tierra sin luz: no era que el paisaje de la tierra se alzara lentamente como en el tercer himno, sino que se oscurecía a medida que la sangre que circulaba por las arterias y por las venas del compositor se transformaba en veneno.

Ese fue el primer sueño de mi nueva vida sin Marta.

¿Qué relación tienen Novalis y sus seis himnos a la noche con la muerte de Marta? Yo estaba pensando en Novalis cuando Marta murió lejos de mí: sin saberlo, la poesía llamaba a la extinción. Poemas y desaparición recorren mi carne y mis huesos en una sola oleada que me produce un frío de tumba: es la Muerte, que este festín de gozo con miedo, dolor y lágrimas interrumpía: *a bodas llama la Muerte*. Una doble interrupción: no puedo pensar en el cuento, porque las ventanas y los balcones se ciegan con lágrimas de sangre que me impiden asomarme al exterior: se ha cortado el acercamiento de Marta: todo en mi existencia se ha interrumpido: la maquinaria de mi vida ha sufrido un cortocircuito: el faro de la última orilla ha dejado de emitir su luz.

Al descolgar el teléfono tuve un mal presentimiento. Mentiría si dijera que intuí la muerte de Marta, pero un pájaro de plumas negras y blancas que se hallaba posado en el alféizar de la ventana emprendió el vuelo en ese mismo instante.

---

<sup>1</sup> *El silencio*, publicada inicialmente en 2002, acaba de ser reeditada en formato electrónico (epub) por Sabara Editorial (<https://literaturame.net/libro/el-silencio>).

—Marta ha muerto —dijo la voz de la mujer que sólo dos días después iba a convertirse en mi cuñada y cuyo nombre se borró inmediatamente de mi memoria—. Ha sido un atentado..., una bomba.

Como los restos de Marta ya habían sido identificados por su padre y por su hermana, podía haberme evitado el trance de ser testigo del horror. Pero tenía que verla, pues de lo contrario no habría creído en su muerte; incluso podría haber pensado que había huido de mi vida con otro hombre. Nada recordaba la hermosura de Marta: la sangre seca cubría lo que restaba de su rostro como una mascarilla roja alterada por la cenicienta blancura de un par de centímetros de piel junto al lóbulo de la oreja derecha; el agujero dejado por la ausencia de un ojo era como una metáfora del abismo de la nada; el otro ojo parecía de cristal; le faltaban los dientes, el labio superior y la nariz. La negrura que se advertía a través de su boca abierta se me antojaba un espejo puesto a mi disposición para poder contemplar en él mi atormentado interior, una caverna todavía inmóvil que pronto conocería el manifiesto de una vida reptante. Faltaban hilos de oro en su cabeza y faltaba, asimismo, un fragmento de la roca de hueso en la que nacían y crecían tales hilos, ahora en manos de esa hilandera implacable a la que se ha dado el nombre de Muerte. La bomba había estallado a las seis y media de la tarde en los lavabos de un gran almacén en el centro de la ciudad, al lado de la sección de lencería en la que Marta, precisamente Marta, hacía sus compras para el viaje que dos días después íbamos a emprender a Roma. No había sido la única víctima de la explosión. A nuestro alrededor —la hermana y el padre de Marta están conmigo aunque no me vean, yo los acompaño aunque no los vea— se habla de diecisiete, de dieciocho y hasta de veinte muertos. Oigo las cifras pero no me conmueven porque forman parte de un idioma extraño: el mío dispone de un solo número. Con el rostro sobra, me han advertido, le recomendamos que no baje la sábana más allá del cuello. Y yo, que no había hecho caso a la primera advertencia —no es necesario que la vea, ya ha sido identificada—, permití que la segunda se grabara a fuego en mi cerebro. Hay palabras que queman, y esas que susurra una voz anónima —acompañadas por un vaho apestoso procedente de un organismo acostumbrado a frecuentar salas como aquella— pertenecen a ese grupo. Queman algunas palabras y también las imágenes que suscitan: en esa realidad que es más bien un sueño, el segundo sueño de mi nueva vida sin Marta, la sábana manchada de sangre se desliza hacia abajo como una falda obscenamente removida por el soplo erótico de la muerte, para mostrarme el destrozo sufrido por ese cuerpo que yo había amado tanto, ahora cerrado al mundo para siempre: varias costillas rotas, una de ellas ha rasgado la piel y el hueso recibe un baño de enfermiza luz del fluorescente; unas huellas violáceas de bordes púrpura como los del cielo a punto de ocultarse en la noche; el boquete por el que asoma el paquete intestinal; los pechos que nunca reclamarán caricias... Prefiero las palabras, por mucho que quemen, antes que las imágenes que evocan: no mueva la sábana: es mejor que no la vea en ese estado: Marta ya no es Marta: Marta jamás volverá a ser Marta... Es una vieja estrella gastada como mi vida, que ha estallado y desparrama sus residuos por el éter en forma de meteoritos invisibles. Prefiero las palabras, digo, creo en mi dolor y confusión, pero ese día he quedado presa del silencio: las palabras huyen de mí. Oigo a mi lado los sollozos convulsos de la joven hermana de la que hasta hace poco ha sido Marta.

---

*«Prefiero las palabras,  
por mucho que quemen,  
antes que las imágenes  
que evocan: no mueva la  
sábana: es mejor que no  
la vea en ese estado:  
Marta ya no es Marta:  
Marta jamás volverá a  
ser Marta...»*

---

Tanto como el rostro ensangrentado que posa sobre el vacío la mirada ciega del ojo de cristal, tanto como él me afecta el olor de la sala metálica donde se me ha aconsejado no ver el cuerpo roto debajo de la sábana, piadosa como las túnicas de pliegues sombríos que en las antiguas estampas religiosas cubrían la carne de los torturados. Es un olor que excluye todos los olores conocidos de este mundo en el que hombres y mujeres turnos revientan los cuerpos de otras mujeres y de otros hombres. Puestos a buscar parentescos a ese olor podría detectar en él una extraña composición mezcla de amoníaco, orina, sangre, yodo, formol, coles hervidas, almizcle, entrañas humeantes excrementos, carne quemada y agua corrompida. Las paredes de la pestífera sala son blancas como esos dos centímetros de piel recordatorios de la vida que se resisten a la expansión invasora del imperio de la muerte, el cual ha tenido el capricho de rozar con la punta de sus dedos helados a la mujer con la que deseaba compartir

la miel de los pinos de la primavera romana, la luminosidad ocre de sus atardeceres, el rumor de las fuentes perdidas entre las plazas y las callejas de color cobre, la añosa herrumbre de sus *palazzi* y el sabor a tiempo clausurado que se respira en el aire cargado de especias. No conozco a las personas que me rodean y que han tenido la deferencia de hacernos pasar de uno en uno, o todo lo más por parejas, tal vez con objeto de no convertir la sala en el fragmento de un cuadro que podría haber sido pintado por El Bosco; diferencia: El Bosco es bello, mientras que la sala es el peor lugar imaginable para esperar el abrazo de la nada, ese último estado del ser humano al que otros denominan hora del vacío. El olor me toca..., ha penetrado en mí por todas las aberturas de mi cuerpo, y a partir de hoy será el aroma Marta. Se ha adherido indeleblemente a mis ropas, y a mi piel a través de las ropas, y a mi carne a través de la piel, y a mis huesos a través de la carne. Un zumbido de moscas trata de competir con el sordo ronroneo del fluorescente. Vivo una primavera de ceniza: aún es pronto para que haya moscas, lo más probable es que sean supervivientes del pasado verano... Se impone la pregunta: ¿tendrán valor en esta sórdida espelunca para practicar la autopsia a un cuerpo roto? Ignoro que pretenderán encontrar en lo que sólo es fría carne ensangrentada. No sé qué respuestas pueden buscar en un cuerpo que ya no atiende a preguntas..., que ha dejado de navegar en el tiempo, privando al mundo de uno de sus más bellos adornos.

---

*«El olor me toca..., ha penetrado en mí por todas las aberturas de mi cuerpo, y a partir de hoy será el aroma Marta. Se ha adherido indeleblemente a mis ropas, y a mi piel a través de las ropas, y a mi carne a través de la piel, y a mis huesos a través de la carne.»*

---

En cambio yo sí puedo hacerme preguntas, aunque las respuestas sean tan incomprensibles para mí como ese mundo al que ahora pertenece Marta. Hasta este momento he estado cerca de los despojos de Marta, lejos de los seres que han provocado su prematura muerte, y no comprendo lo que ha sucedido. Por muchos esfuerzos que haga jamás podré aproximarme a las causas —mi mano se niega a escribir la palabra *razones*— que les llevaron a colocar una bomba en el almacén donde Marta —y otros muertos como ella ahora, que han sido y seguirán siendo desconocidos para mí— buscaba una serie de prendas de seda con las que alimentar la maleta para nuestro viaje a la ciudad del Belli. Les deseo lo peor: que mueran, cuanto antes mejor, a manos de sus padres o de sus hijos: que

se pudran al mismo tiempo que lo hará Marta: que su carne se caiga a pedazos como la de los leprosos de la remota Isla Negra en un terrible relato de Jonathan Elmwood Cohen que leí en mi infancia: que dejen de ver la luz del sol y los rayos de plata de la luna: que su lengua se transforme en un voraz gusano que roa sus entrañas vivas: que una colonia de tórsalos nazca, crezca y se desarrolle bajo su piel: que el calor huya grado a grado de sus cuerpos hasta convertirlos en un bloque de hielo: que un buitre les arranque los ojos y las entrañas en el momento en que despierten de uno de sus sueños, si son capaces de dormir. Unos seres a los que no conozco me han hecho pasar, sin transición, de Novalis al odio: es el crepúsculo de mi humanidad, el barco fantasma que surca los mares de la desolación, al que, en la noche turbulenta que me agita, no pueden alumbrar ni los fanales de la piedad... En mi tercer sueño, la otra cara de la realidad, Marta yace en una caja de madera interiormente revestida de zinc. No es el ataúd que me habría gustado saber destinado a convertirse en lecho postrero de su cuerpo; ni siquiera estoy seguro de preferir un ataúd en lugar de una cremación que devuelva las cenizas a la sustancia de la tierra. ¿Por qué ese revestimiento interior de zinc?

¿Tendrá como finalidad tratar de impedir que los humores de la muerte corroan la madera antes de tiempo?

La realidad física de la sala se apodera de mis sentidos como si se tratara de un organismo vivo, invasor, no sólo por el olfato: la vista queda dañada por el efecto de la blancura casi dolorosa que recubre las cuatro paredes; el oído está a punto de atrofiarse a causa de los zumbidos y los bisbiseos que sueñan a mi espalda; insensibilizado el tacto, tengo en la boca el sabor de la muerte mezclado con el recuerdo de los besos de Marta ¿Cómo el arcángel vengador en el que deseo convertirme puede conciliar la atracción que aún siento, a mi pesar, por la experiencia mística de Böhme y Novalis? ¿Cómo puedo pensar en ellos en esta sala, mientras Marta sigue dando pasos ciegos desde la inmovilidad al horror de la desintegración corporal y sus asesinos probablemente estén celebrando con alborozo el éxito de la

acción criminal que ha desprovisto de objetivo a mi tránsito por la vida: *cuando buscaba allí ayuda en torno mío, hacia adelante no podía y hacia atrás nada....*

El cuerpo de Marta está reventado, pero lo que inspira horror no es verlo tumbado bajo la tutela de su indefensión sobre un lecho de madera y zinc, sino el recuerdo de la inconsciencia con que vivíamos la ceremonia de la celebración de la carne, uno de los obsequios del progresivo embaimiento del mundo; no se trataba de que viviéramos indiferentes a la muerte, sino de espaldas a ella aun cuando no nos resultara ajena en la teoría del verso y en la imaginación fertilizada de inmortalidad; teníamos joven la vida y el pecho hinchado de amor, vivíamos días solares y noches con luz, pero ahora hasta la sala se oscurece. Admiro al padre de Marta, su aplomo: a pesar de lo que ha sucedido conserva energías para hablar con los seres vivos que se han congregado ruidosamente en el nombre de los muertos, como si todos ellos fueran uno sólo o se encontraran unidos por una comunión espiritual de la que me siento excluido: nunca hay espacio para los agnósticos: lograrán que tampoco haya un tiempo. Novalis y su idea del infinito misterio se alejan de mi existencia a la vez que Marta, y algo dentro de mí me advierte de que el cuento que me proponía escribir permanecerá para siempre en el desván de las ideas abortadas: jamás será escrito; desde este momento sólo me interesa el doble tema de la muerte y los asesinos que ejercen en función de oscuros y siniestros designios dictados por la idea de patria y religión, en cuyo nombre se han perpetrado grandes matanzas en la historia de la humanidad: no sé qué grandilocuentes creencias laten bajo las sotanas de su fe. Si un día siento la necesidad de escribir algún relato, obligatoriamente estará destinado a los asesinos y sus bombas, no a sus creencias, ya que no creo en las creencias, si se me permite expresarlo así: la patria del pirrónico, más todavía en mi caso, está simbolizada en la bandera negra de los antiguos piratas, con la calavera y las tibias cruzadas en un abrazo que debe de simbolizar el desprecio a las ataduras sociales o el reconocimiento de su pertenencia a la patria común a todo el género humano, esa sí: la internacional de futuros cadáveres.

Mi cuarto sueño fuera de la vida de Marta me ha pillado desprevenido en esta sala de atmósfera mefítica que ahuyenta hasta a la luz y a las moscas: ya no hay zumbidos. Pero es un sueño que llama a otro sueño, igual que sucede con las cajas chinas, con las muñecas rusas y con esos relatos que contienen relatos que a su vez contienen otros relatos que un escritor audaz convertirá en otros relatos más sin relación ya con el cuerpo central de la obra escrita, y el quinto sueño me traslada al tiempo en el que Marta y yo estábamos vivos y sentía su cuerpo en el mío. Marta no ha sido siempre como es hoy. Yo tampoco. Al menos sé una cosa: que

---

*«Mi cuarto sueño fuera de la vida de Marta me ha pillado desprevenido en esta sala de atmósfera mefítica que ahuyenta hasta a la luz y a las moscas: ya no hay zumbidos.»*

---

estábamos vivos en el latido de la carne y en la incertidumbre del amor... Sus cabellos dorados no conocían el tinte de las manos del tiempo; tenía dos ojos de mirada azul, no como ahora que sólo tiene uno de cristal incoloro, y la piel de su rostro era una caricia de jazmines; sus dientes habrían hecho empalidecer de envidia a Berenice y en sus labios no había aposento para el dolor. Juntos, éramos creadores de recuerdos. Vivíamos en las páginas de un álbum consagrado en el altar de una memoria que se desconoce a sí misma... La explosión ha hecho de ella una caricatura cruel de lo bello. Por no hablar de su cuerpo... Tengo miedo de bajar la sábana más allá del cuello y descubrir que esos bultos del pecho que en mi recuerdo están coronados por pezones de aréola añil son un nido de fermentación orgánica... No me reconozco en el espejo del lavabo: no es un espejo normal, el azogue está formado por los centenares de miradas que han buscado a solas el reflejo de su desesperación.

Hoy por la mañana —o por la tarde, mientras me empeñaba en buscar la frase inicial de ese cuento que jamás escribiré— yo tenía treinta y tres años, y, sin embargo, el rostro que he visto ante mí corresponde a un hombre en el umbral de la decrepitud física. Recuerdo que antes no había en él ni una sola arruga, pero la muerte, y con ella esos que se han nombrado a sí mismos sus portavoces, ha demostrado que posee varias habilidades manuales, entre las que consta la de pintora: su mano ha añadido líneas a mi rostro, que antes carecía de ellas; mis ojos no tienen brillo; dos estrellas ajadas florecen en las comisuras de mis labios; el color de mi rostro es el mismo de aquellos dos centímetros de piel libres de rojo que nacen a la sombra del lóbulo de una oreja de Marta... Es como si se me hubiera concedido el don de verme a mí mismo en el futuro de desengaños y frustraciones que es el destino

común de todos los seres humanos antes de cerrar sus ojos para siempre. Me hace gracia pensar que horas antes pude sentirme preocupado por algo tan fútil como el concepto del éxito o del fracaso en el territorio de las artes..., tierra apátrida que con más frecuencia de lo que sería deseable está abonada por el estiércol de la vanidad antes que por verdaderos sentimientos artísticos. Incluso esbozo una sonrisa que cristaliza con dolor: tengo miedo de que puedan verla y malinterpreten su significado, ¡resulta fácil ser malentendido por quienes no comparten tus propios procesos mentales! Todos. Nadie es capaz de hacerlo: ahí nace la dificultad para comprender en profundidad las obras del intelecto. No recuerdo haberme vestido con las ropas que llevo. No se corresponden con mi ánimo: me gustaría desembarazarme de ellas y salir desnudo a mostrar al mundo mi fragilidad y mi indefensión..., las mismas de las víctimas antes de que la bomba explotara, rompiendo las paredes, el material sanitario, los espejos, las cañerías y los tubos de los lavabos del gran almacén, convirtiendo la sección de lencería en un confuso magma de pedazos de carne desgarrada, miembros separados del cuerpo, deyecciones, sangre, orines, restos de explosivos, hierros retorcidos, escombros de techo y de paredes, cristales rotos, grifos, jabón, fragmentos de espejos, pendientes, collares, anillos, pulseras, papel higiénico, astillas, piezas dentales, plástico del secador de manos, maniqués despedazados, agua sucia, combinaciones, pijamas, trajes de baño, sostenes, bragas, tangas, camisones, bolsos, ligeros, medias, jirones de tela, pintalabios, cremas, pañuelos... Por lo que he oído cuchichear, entre los muertos figura una de las dependientas, una chica de veintitrés años llamada Patricia, a la que sus compañeras daban el nombre de Pat. Dada la colocación de la bomba en los lavabos junto al departamento de lencería, la mayor parte de víctimas han sido mujeres. Aseguran que con ellas ha muerto también un hombre de unos cuarenta años que frecuentaba el lugar para mirar de cerca las prendas íntimas expuestas en los maniqués. Lo consideraban un *voyeur* inofensivo. Entre los que se han reunido en Casa Desolación hay mujeres y hay hombres, a los que el espectáculo del morir violentamente ha desprovisto de sexo: lloran lágrimas andróginas.

Marta creía en la supervivencia del alma.

Si hubiera tenido delante de mí a los responsables, ya fuesen los autores materiales del múltiple crimen o sus padres ideológicos, los inductores o las manos armadas, mi primera reacción habría sido matarlos, en respuesta a la llamada de ese hombre primitivo que se abre paso en mi interior, igual que en todos los seres humanos vivos del mundo pese a los siglos de civilización que laten en nuestra sangre heredada. Hablar con ellos no, no sería capaz, no sabría qué decir a esos capellanes del horror, a esos futuros cadáveres que, en el breve intervalo de tiempo que disponen de vida en este planeta que gira absurdamente alrededor del sol en un universo no menos absurdo, se dedican al cultivo del crimen y del dolor en el nombre de intereses políticos, religiosos o de convicciones basadas en supuestas especificidades de sangre y de raza y en orgullos y vanidades que, como todos, la muerte cura.

En ningún momento de la noche que huye he pensado en el espíritu o en el alma, porque no creo que exista. Somos un compuesto químico formado por una gran cantidad de agua —los cuerpos desnudos o semidesnudos de los seres humanos se tumban a la orilla de mares y océanos, atraídos por la voz primigenia, por el recuerdo de sus ascendentes—, un compuesto en el que el porcentaje de sustancia seca apenas alcanza el veinticinco por ciento: sal, grasa, albuminoides; sé que somos el fruto de una evolución que, temo, está dando gigantescos pasos de retroceso a pesar de las continuas conquistas de la ciencia, y sé también que la maquinaria de nuestro cuerpo se detiene al morir —como le ha sucedido a mi querida y bella Marta— y, con motivo del acceso del miosinógeno a la fibrina muscular, la carne se ve sometida a un proceso de desintegración que no detallo —aunque me gustaría impartir una lección a esos verdugos que tanto creen saber sobre la muerte y el morir— por respeto a la mujer a la que amé..., conocida en vida con el nombre de Marta. No hay dios ni dioses, infierno ni cielo, y ahora pienso que tampoco existe la nada —habría que ser consciente de ella..., de lo contrario es una entelequia, como todo—, sólo un dejar de ser y de actuar en el escenario del mundo. Por ese motivo, mi dolor es una carga más difícil de sobrellevar. Los que creen en el espíritu o en el alma —llámese como se quiera: tampoco los colores existen y se les ha dado nombres—

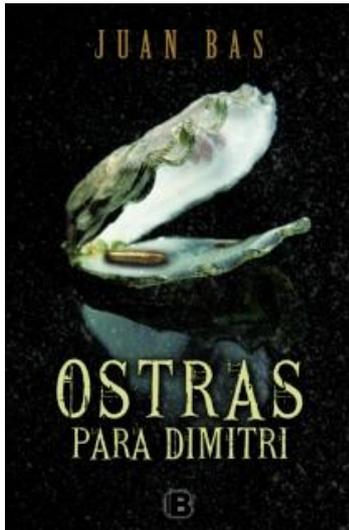
conservan la esperanza de que no todo está perdido, de que existe la posibilidad del reencuentro con el amor más allá de la tierra, lejos de las sombrías puntas de los cipreses que miran a unas estrellas que ni siquiera creo que existan cuando las observo. ¿Existe algo o todo es un sueño? Para los que no creemos en otra vida la separación es definitiva, y eso añade al dolor de la muerte lágrimas de sangre que son las lágrimas de tu cuerpo roto, ¡Marta desvanecida! Ahora sé —se trata de mi única certidumbre— que la fascinación que despertaban en mí Böhme y Novalis obedecía a un secreto deseo de perdurabilidad en cualquier parte y bajo cualquier forma; a mi envidia a quienes han sabido trazar un proyecto de infinito del cual forma parte el ser humano.

Novalis se reconcilió con la muerte, pero yo no puedo: la aceptación de su credo conllevaría la idea del perdón.

El padre y la hermana de la trágicamente desaparecida Marta —ella es mi proyecto de infinito— conversan, tragándose las lágrimas, con una pareja de ancianos de pálida tez. Han acudido, igual que nosotros, a la llamada de la muerte y tratan de consolarse mutuamente mirándose a los ojos —que no soportan las miradas extrañas— de espaldas a la sala que se cierra tras ellos dejando el recuerdo de los cuerpos rotos. Ante mi sorpresa, hablan de vida y de venganza. Entre tanto ha llegado un sacerdote —siempre aparece uno en tales lugares y en situaciones semejantes—, que suspira al darse cuenta de la ingente labor que le espera: convertirnos en alumnos aventajados de esa doctrina llamada resignación. No sabe por dónde debe empezar. Titubea... Aprovecho su hesitación para acercarme a él y hacerle una pregunta que le fuerza a entornar los ojos, extrañado, porque no sabe decir si van a practicar la necropsia a Marta y a los que han muerto con ella en los lavabos y en la sección de lencería de un gran almacén a las seis y media de la tarde de un día que tiene, como todas las cosas en ese día, el color y el sabor de la ceniza. Su respuesta es que no debo preocuparme, pues el cuerpo está recubierto ya con la pátina de su propio polvo, sino por el estado de su alma y que él va a rogar a dios por ella. No comprende que no me interese: su profesión le ha hecho habituarse a que los todavía vivos busquen en él y en sus palabras un consuelo por el vacío que han dejado los ya muertos, y balbucea que mi comentario es fruto de la comprensible excitación..., de la pesadumbre. Al hablar, mueve la cabeza como un muñeco mecánico dieciochesco: no es un ser humano, es un artilugio preparado para repetir una y otra vez el mismo discurso, como aquellas viejas pianolas que reproducían la misma música en las lúgubres ferias de posguerra... Ante la falta de diálogo, busco el apoyo de la hermana de Marta y le pregunto, mirando sus ojos enrojecidos, si ésta ha dejado escrita alguna disposición con respecto a qué hacer con su cadáver en caso de muerte. Abre los ojos, sobresaltada por mi ronquera, la cual debe de interpretar como muestra de malfetría, y simula que no me entiende. Nadie comprende lo que intento decir; queda así confirmado mi pensamiento sobre la imposibilidad de compartir los procesos mentales que sigue uno mismo. Incineración o entierro, son las dos palabras que pronuncio enfáticamente como un notario al servicio de la gran parca, y ella responde: entierro: son cristianos. Yo habría preferido la incineración, querría no saber dónde estará oculto el cuerpo de Marta, no condenarme a visitar mientras tenga vida un agujero en el que yacerá lo que reste de Marta y del que me separará sólo una lápida de mármol que podría ser derribada con la fuerza del deseo... Ignorar que las estaciones del año, la lluvia, el viento y la nieve, el frío y el calor, el día y la noche serán manifestaciones de la realidad imperceptibles desde ese agujero más largo que alto y ancho en el que no hay suficiente espacio para albergar mi dolor. Entiendo que no es el momento adecuado para discutir —al fin y al cabo no soy nada para esa familia de cristianos— y sólo nuestro interés por saber si le complace esa caja de madera con interior revestido de zinc, burla del dedo adornado con anillo. Sin contestar, vuelve con su padre y los ancianos, a los que se ha unido el sacerdote que, ahora me doy cuenta, tiene los cabellos blancos... De pronto me siento excluido: por mucho que me esforzara en lograrlo —y no voy a hacerlo—, nunca podría formar parte de la secta de la resignación. Estoy solo. Por la puerta abierta entra el olor de las lilas de abril.

Fue enterrada, y después de la inhumación surgió mi séptimo sueño.

© José María Latorre



**OSTRAS PARA DIMITRI, de Juan Bas**

Ediciones B  
Colección: La Trama  
Fecha de publicación: 2011  
248 páginas  
ISBN 978-84-666-4998-8

\* \* \*

Con *Ostras para Dimitri*, novela que se mueve entre el Moscú más horterera, una megalópolis que bien conoce el autor, y su Bilbao de siempre, el territorio por el que callejea Juan Bas, culmina la trilogía que iniciara hace años el escritor bilbaíno con *Alacranes en su tinta* y siguiera con *Voracidad*, novelas delirantemente divertidas, y el cierre de la serie, siguiendo las andanzas del atribulado Pacho Murga, es tan políticamente incorrecto como lo fueran sus prece-

dentos. Caníbales, coprófagos, putas, dipsómanos, mafiosos, sicarios, rusos, chechenos y vascos componen la fauna que pulula por las páginas de *Ostras para Dimitri*, una novela cuya deriva anárquica no pesa, en absoluto, al lector entregado.

Es Juan Bas nuestro Tom Sharpe nacional (al que, por cierto, invitó a la *La Risa de Bilbao*, el festival de literatura de humor que el bilbaíno lleva dirigiendo dos años consecutivos, en su primera edición), gran maestro de un humor negro, muy hispano, que adereza con dosis de erotismo salvaje, recetas culinarias (en el caso que nos ocupa, las ostras son las estrellas, y un apéndice final da consejos para cocinarlas), combinados de alta graduación, virtuosismo literario y enorme erudición. Porque bajo la brutalidad de algunos de sus párrafos, e incrustadas como píldoras de cianuro, Bas va repartiendo estopa en todas direcciones: *El pasamontañas y la sotana siempre han hecho buena pareja en Euskadi*.

No rehúye el novelista la violencia extrema inherente al género negro en la que *Ostras para Dimitri* se inscribe. Así narra Juan Bas, como pintando un lienzo con una brocha ensangrentada, los horrores de un atentado yihadista en el Guggenheim de Bilbao: *El suelo reluciente se fue llenando de expansivas flores de sangre que parecían pintadas por chorros caídos del techo y cuyos pistilos fueran trozos de cuerpos despanzurrados*.

Bebe Bas tanto del Siglo de Oro, con su cohorte de pillos y vidiores que parecen salidos de *El Buscón* de Quevedo, como de *Gargantúa y Pantagruel* con sus excesos etílicos y sexuales y el tono hiperbólico de la narración; bárbaro y erudito, provocador e inteligente, a veces pergeña párrafos que son contundentes golpes directos al hígado del lector: *Dejo tras de mí once cadáveres, sin contar el burro. Sólo quedan vivos a mi espalda las cuatro vacas, los cerdos y las gallinas*.

Fiel a las normas del humor negro irreverente e iconoclasta, Bas lo hace brotar de hasta lo más dramático, y consigue que el lector le acompañe en su carcajada: *Apoyé la palma de la mano —obviamente la derecha— sobre un pegajoso charco de sangre y me hice daño en una rodilla pinchándome con algo duro que resultó ser un trozo de mandíbula con dos muelas. Encontré el brazo enseguida*.

Y sólo de ese modo, con absoluto desenfado, es capaz el autor de *La cuenta atrás* de que el lector, cómplice de sus barbaridades, no pierda la sonrisa ni cuando Pacho Murga, su presunto alter ego, pierde su brazo en el atentado yihadista con este guiño de surrealismo extremo difícilmente superable: *¿Por qué no me reimplantaron el brazo si lo llevaba en la mano cuando me evacuaron? Pues porque me equivoqué de miembro. Cogí el de un turista japonés al que le pasó lo apuesto a mí. Yo perdí el brazo. De él sólo quedó ese brazo*.

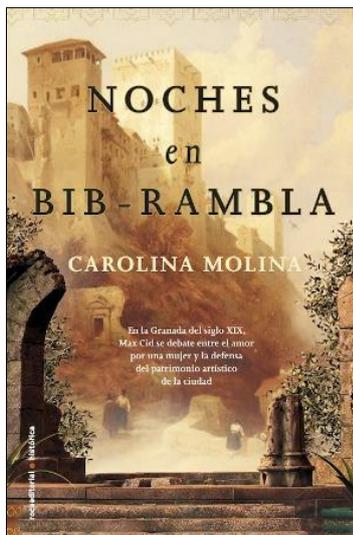
No es *Ostras para Dimitri* tan desternillante como las dos novelas que le precedieron en la trilogía porque, entre otras cosas, Juan Bas se decanta más por el género negro orillando, en ocasiones, el humor, como, por ejemplo, en la descripción de un ajuste de cuentas que resulta muy cinematográfico (el bilbaíno es un apasionado cinéfilo), y la novela oscila entre esos dos géneros, que

muchas veces se imbrican a la perfección, y otras no tanto. Quizá por ello, para que el lector tome conciencia de a quien realmente está leyendo, y no tenga dudas, Bas culmina su novela con uno de los párrafos más brutalmente incorrectos que se puedan leer y es marca de la casa: *Nunca tuve mucha mano izquierda, pero no es lo mismo que no tenerla en absoluto. En breve me van a poner una prótesis con una pinza tan sensible que podré pellizcar un clítoris sin producir una ablación. Voy a parecer el marinero de «Los mejores años de nuestra vida» o, mejor, «Terminator».*

Y excepcionalmente, el escritor se pone serio. *Al menos, la madurez conlleva que uno ya no tiene que demostrar nada a los demás, tampoco a sí mismo. Te aceptas por fin como eres de verdad y sabes que ya sólo cambiarás a peor.* Permítame que lo dudemos: Bas tiene capacidad para hacernos reír para rato.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



### **NOCHES EN BIB-RAMBLA, de Carolina Molina**

Editorial Roca  
Colección: Novela histórica  
Fecha de publicación: 2012  
448 páginas  
ISBN 978-84-9918-396-1

\* \* \*

La escritora Carolina Molina (Madrid, 1963), castellana de nacimiento y granadina de vocación, —ella se define como «granadina nacida en Madrid»—, acaba de publicar su cuarto libro dedicado a Granada. Su título es *Noches en Bib-Rambla*. Se trata del segundo tomo de la trilogía que piensa dedicar a la Granada del siglo XIX. Le ha precedido un primer tomo titulado *Guardianes de la Alhambra* y le seguirá otro cuyo título aún no ha revelado.

En estos dos libros Carolina Molina sigue el sistema de la «novela río» —una novelística ya utilizada por Zola, Galdós, Martín du Gard y otros—, en la que a una generación siempre sigue otra integrada por el hijo o los hijos de la anterior. En este caso, a la familia de Manuel Cid, protagonista de *Guardianes de la Alhambra*, ahora sigue la de su hijo Maximiliano, que va contando en primera persona sus vivencias y avatares. Uno de los personajes secundarios de la novela lo define así:

*...está en su casa sentado en un sillón. No hace nada por sí mismo. Es el trabajo del señorito: ver cómo se comprometen los demás y luego darse el pote de haber conseguido grandes cosas.*

A las vicisitudes familiares del protagonista —amores, desamores, odios, amistades, infidelidades, muertes y nacimientos, adopciones, pleitos, etc.—, la escritora ha sabido unir muy bien las vicisitudes, aciertos y desaciertos, que durante esos años sufrió la ciudad. Lo cual demuestra que, a la novela propiamente dicha, le ha precedido un largo y riguroso trabajo de investigación histórica. Del mismo modo, junto a los personajes de ficción, —la familia Cid, sus criados, amistades y entorno—, a lo largo de las casi 450 páginas del libro, el lector va encontrar a otros muchos que verdaderamente existieron y marcaron con su huella los acontecimientos de aquellos años. Personajes tan conocidos como Pedro Antonio de Alarcón, Manuel Gómez Moreno, Manuel Fernández González, Mariano Fortuny, Benito Pérez Galdós, Vicente Blasco Ibáñez, etc., entonces vivos y actuantes, se mezclan y entrecruzan con los entes de ficción en una trama bien urdida y sostenida durante nada menos que treinta y un años. La novela comienza en 1859 —el año de la muerte de Washington Irving— y termina en 1890, el año del incendio de la Alhambra.

Novela histórica, pues, pero, dado que este género literario ha tomado en España muy diversos caminos y vericuetos, se impone hacer algunas matizaciones. Lo primero que me parece impor-

tante destacar es el enfoque social. Aunque los Cid, tanto el padre como el hijo, pertenecen a la alta burguesía granadina y casi todas sus amistades son personas de la misma clase social o de la vieja y decadente nobleza, la escritora ha sabido muy bien, aquí y allá, abrir los ojos a las clases más humildes y desposeídas. En este aspecto es especialmente significativo el capítulo dedicado a la tabacalera de Madrid. Un lugar donde las mujeres entran, jóvenes y sanas a trabajar, enferman a causa del aire impregnado del polvo del tabaco y, a los primeros síntomas, la empresa las pone en la calle. Desprovistas de la menor protección social —ni seguro de desempleo, ni médico, ni jubilación—, mueren todavía jóvenes y en la mayor indigencia. En el relato de Carolina Molina una de estas obreras —una tal Margarita— incluso ha tenido que vender algunos dientes para poder comprar medicinas para su hijo enfermo. Maximiliano saca a Margarita del pozo de la miseria, pero deja sin solución a todas las otras «Margaritas» de la tabacalera. Su conciencia de «buen burgués» se lo reprocha así:

*...dí orden de pasarle una cantidad mensual a Margarita para gastos necesarios. Recordaba, mientras firmaba los papeles, el consejo que me diera mi tío Leandro en vida: que me olvidara de Margarita, pues Margaritas hay muchas y no podría ayudar a todas. Calmé mis remordimientos ayudando a una de ellas. No fue un acto honrado, bien lo sé, pero yo creo que no existe mala acción si con ella se consigue mermar la miseria.*

Paralelo a este enfoque social va una mirada crítica, muy crítica, hacia los personajes y acontecimientos a los que vamos asistiendo. Los políticos manipuladores y corruptos que desfilan por la novela no son un capricho de la autora o un adorno del libro: responden a una realidad de la vida española, que tanto entonces como ahora, como una maldición, nos vienen persiguiendo. Alguno de ellos —el cuñado del protagonista es el ejemplo más palpable—, se diría el fiel retrato de algún político en activo del momento actual. Los abusos de poder, las arbitrariedades, el constante asedio a toda voz crítica o discordante, tampoco son caprichos de la autora: responden a una realidad histórica. Sólo un ejemplo: la detención de Manuel Gómez Moreno, por medir el contorno de la iglesia de San Gil, que aparece en uno de los capítulos del libro, ocurrió en la realidad el 17 de octubre de 1868. Lo mismo podía haber señalado la autora la detención, el 27 de septiembre de 1886, de Mesa de León por escribir un artículo de opinión que no era del agrado de quienes ostentaban el poder.

Al lado de estas realidades habría que señalar las carencias y sus tristes consecuencias. La que más me ha llamado la atención es la muerte de un niño víctima de una epidemia de viruela. Que a finales del siglo XIX aún no hubiese llegado la vacuna de la viruela a Granada es algo que clama al cielo. En uno de los primeros libros de Voltaire, *Las cartas filosóficas*, publicado en 1727, ya se habla de la vacuna contra la viruela. Casi dos siglos después aún no había llegado a Granada. Hoy nos produce risa cuando, al consultar la prensa de la época, nos encontramos con anuncios relativos a la venta de sanguijuelas. Pero no cabe la menor duda que esa publicidad nos está señalando, mejor que cualquier libro de historia, el atraso de la medicina. La mortalidad infantil, así como la de las parturientas, —en el libro se nos ofrecen sendos casos— era alarmante en aquella Granada anquilosada y provinciana. Si tal era la situación de los niños que vivían en hogar y con las atenciones de la familia, es fácil imaginar lo que sería la vida en los orfanatos y casas de cuna. En la novela se nos dice que en el hospicio de Santa Inés, de cada cien niños que entraban, sólo diez llegaban a adultos. No estaba mucho mejor el resto de España.

No nos puede extrañar que una población que vivía tal grado de atraso, con un analfabetismo que en las clases más populares superaba el cincuenta por ciento, no sintiese la menor atracción ni respeto por los monumentos y restos de arte que llenaban las calles y plazas de la ciudad. Tampoco puede extrañar que a los pocos que defendían esos monumentos se les considerase poco menos que locos. Las últimas páginas del libro dedicadas a relatarnos el final de la Puerta de las Orejas y otros monumentos memorables, se convierten en la crónica de una muerte de una muerte anunciada. Lo deciden los políticos del Ayuntamiento —tan manipuladores los de entonces como los de ahora—, y el pueblo asiste indiferente al derribo sin proferir una queja. Para los pocos que se atreven a disentir, los gerifaltes de la picota y la fealdad, ayer como hoy, ya tienen la frase acuñada: «¡Bah! Sólo se trata de cuatro chalaos!».

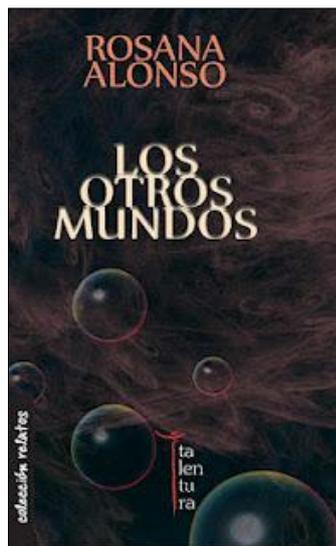
Lo más asombroso de esta ciudad es que, a pesar de tan terribles atentados contra su belleza, ésta aún sigue en pie. Así se desprende, pocas páginas más adelante, de esta magnífica descripción:

*...nos paramos a disfrutar de la espléndida vista del barrio del Realejo, de las cúpulas de*

las iglesias y de la Catedral. No guardaban ninguna alineación ni orden entre ellas y ese desacorde equilibrio me hizo imaginar la excelencia de un Dios que un día determinó poner ahí esas maravillas, para finalidad cristiana y deleite de quien, como yo, veía más el aspecto artístico. Pensé, por un instante, que todas ellas fueron apareciendo a golpe de dedo, súbitamente: esa primero, luego otra allá, hasta componer el paisaje más increíble que ciudad pudiera tener. Muchas veces he dicho que Granada es lugar para ser visto de lejos. Quizás por eso, ese Dios en el que nunca creí, pero que admiré, dio a Granada tantos miradores, colinas y montañas.

Ya sólo me queda dar las gracias a la autora por tan hermosos e inolvidables piropos a Granada.

© Francisco Gil Craviotto



## **LOS OTROS MUNDOS**, de Rosana Alonso

Editorial Talentura  
Colección: Relatos  
Fecha de publicación: 2012  
140 páginas  
ISBN 9788493978273

— DOBLE MIRADA —

\* \* \*

Si el título nos puede llevar a pensar que nos encontramos ante un libro de viajes intergalácticos, de aventuras espaciales y planetas desconocidos, la famosa cita de Paul Éluard que encabeza el libro («hay otros mundos, pero están en éste») se encarga de sacarnos del error. Porque lo que pretende Rosana Alonso con este conjunto de microrelatos, a través de su peculiar mirada, es mostrarnos los mundos que se esconden en el nuestro. No es una tarea fácil, puesto que hay que estar muy atento, o distraído, para poder ver, en la realidad que nos rodea, otras realidades. Hay que observar las cosas de una determinada manera —y Rosana conoce el modo de hacerlo y contarlo— para poder descubrir en lo real esa grieta, ese intersticio, que nos abre las puertas hacia otra realidad latente y huidiza, en muchas ocasiones menos agradable, pero no por eso menos verdadera, menos auténtica.

Algunos de los relatos que integran el libro, en los que se intuye un arduo trabajo de revisión, corrección y pulimentado, funcionan con la precisión de un reloj suizo, con unos remates que cierran y redondean el texto a la perfección. Aunque más que cerrar, esos remates dan las pistas para que los lectores (activos, como reclamaba Cortázar) podamos ponerle el punto final. Así pues, la autora parece seguir a pies juntillas el consejo que da Raúl Brasca en su «Decálogo del buen microficciónista», donde propone al escritor: «despreocúpate del final pero preocúpate de la última línea. El final es el sentido y lo produce el lector, pero tu última línea debe habilitarlo para que lo haga». Y habilitado está, sin duda. Otros relatos, en cambio, nos sumergen en una atmósfera inquietante, aparentemente incomprensible, y ahí nos quedamos, colgados de ese enorme interrogante, intentando descubrir qué es lo que ocurre, como le sucede al protagonista atrapado en la interminable fila del primer relato del libro. Tampoco podía faltar en este acierto editorial de Talentura (si no se apuesta no se gana) el tema del doble, presente en muchas de sus variantes, ni el salpimentado poético, en su punto justo.

La mirada infantil, otro de los modos de descubrir la realidad que se esconde en la realidad, valga la redundancia, también está presente en muchas de estas piezas. Esa mirada inocente, aparentemente ingenua, nos permite ahondar en lo real, creer que todo es posible. Porque esa mirada todavía no ha sido arrasada por el mundo adulto, donde solo lo lógico se concibe, donde la imaginación se limita y lo maravilloso se descarta. Un mundo adulto castrador, que niega la posibilidad de la fantasía, como el que aparece en el relato «De extinciones» y que cierra la puerta a ese mundo mágico.

Un libro, en definitiva, para leer sin prisas, nunca de una sentada, aunque cueste resistirse, que

logrará hacernos viajar, sin mover el culo del sofá, a esos mundos posibles e improbables, a esos mundos de ensueño o de pesadilla. La realidad supera la ficción, sí, pero también la supera.

© Víctor Lorenzo Cinca

<http://realidadesparalelos.blogspot.com>

\*

*Los otros mundos*, el primer libro de Rosana Alonso, es una verdadera sorpresa. Tampoco me haré el tonto porque conozco los microrrelatos de Rosana desde hace un par de años, la he seguido con mucho interés a través de su blog y revistas digitales que han ido publicando sus pequeñas piezas o por los premios y menciones que adornan su currículum extenso y meritorio. Pese a todo ello, como decía, ha sido una sorpresa.

Comencemos por el principio. *Los otros mundos* es un libro que incluye 99 microrrelatos divididos en dos partes: «Mundos posibles, mundos improbables» y «Mundos de ensueño, mundos de pesadilla». Confieso que, con frecuencia, la unidad que se les intenta dar a las colecciones de microrrelato, de relato incluso, me parecen artificiosas. Creo que en raras ocasiones este tipo de literatura es concebida con esa amplitud de miras que hace que la brevedad empuje en un mismo sentido hacia algo más grande y diferente de los elementos que la componen. Y no tengo la certeza de sí, en el caso de Rosana Alonso, las piezas que componen este libro son hijas de una idea madre o han buscado después a esa madre (por prescripción editorial, normalmente) que las ha acogido en su seno. Pero sí estoy seguro de algo: el libro, como un todo, tiene una coherencia y una solidez que no es frecuente encontrar. Incluso en el texto de contraportada en el que se establece una muy acertada comparación con los fractales, la idea general sobrevuela las intenciones individuales. Estamos ante una ecuación con una sola incógnita pero innumerables soluciones. *Los otros mundos* es un catálogo de soluciones que Rosana Alonso propone con un derroche de imaginación, cariño por su propia obra y literatura de primera categoría. Y a mí me produce un profundo desasosiego. Disfrazadas de fantasía, de ingenuidad, de poesía a veces, de soterrado humor, las historias de Alonso, con frecuencia protagonizadas por ancianos y niños (tal vez sus rutinas son más endebles y eso les permite traspasarlas), ejercen de médiums que abren puertas a aspectos ignorados y escondidos de este mundo que no es solo uno y que incluye a muchos. Y sí, entre ellos está el tuyo.

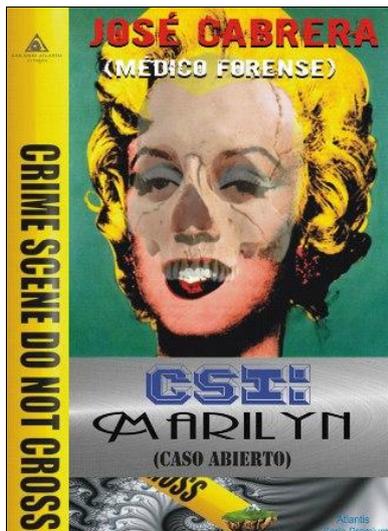
Te aconsejo que tengas cuidado con este libro porque es un verdadero campo de minas. Los microrrelatos de *Los otros mundos* son engañosos en su propia brevedad ya que, como diría Juan Ramón Jiménez «tienen la abundancia justa». Se antojan artilugios simples, de fácil acceso, no en vano la mayoría de ellos no excede la página y eso nos invita a mirarlos un poco por encima del hombro. Nada más lejos de la realidad. Resulta casi imposible encadenar un microrrelato con el siguiente porque, la mayoría de las veces, tendrás que dejar el libro en el regazo durante unos segundos, o minutos quizá, para digerir lo que Rosana te cuenta con un estilo sencillo, pulcro, un estilo que no busca en ningún caso un protagonismo que cede a la historia, a la importancia de contar con lo mínimo posible pero con la mayor exactitud. El escritor Ginés Cutillas habla de leer microrrelato con una copa de coñac al lado, entre sorbo y sorbo. Me parece una idea excelente. No quiero recomendar que no se lean de un tirón, porque puede hacerse, incluso tal vez hacerlo favorecerá una mejor visión de conjunto, pero sí quiero avisarte. Cuidado.

Sería largo y poco útil enunciar los microrrelatos que más me gustan. Prefiero que elijas los tuyos que, seguramente, serán distintos de los míos. Y creo que lo serán porque te encontrarás a ti mismo en estos mundos improbables, en estos mundos de ensueño. Te verás reflejado y ensancharán tu manera de mirar el mundo, dándole nuevos sentidos. Sólo te diré que Rosana Alonso mantiene una regularidad en la excelencia realmente asombrosa.

Por último, una breve mención a la editorial Talentura. En concreto por la edición de este libro, audaz, honesta y cariñosa. Por, en sintonía con la propia autora, una edición diáfana, agradable de leer y al tacto, y trabajada en los detalles, entre los que destaco la excelente portada de José Luis García. En general por su búsqueda de nuevas voces literarias aun en tiempos de crisis como estos.

© Jesús Esnaola

<http://frankensteinsupongo.blogspot.com.es>



## **CSI: MARILYN (CASO ABIERTO), de José Cabrera**

Editorial Atlantis  
Serie Premium  
Fecha de publicación: 2012  
186 páginas  
ISBN 978-84-15449-75-1

\* \* \*

La mano sabia, pedagógica y amena —tres cualidades difíciles de conjugar en una sola persona, como lo es el misterio de la Santísima Trinidad— de José Cabrera nos invita en este libro a sumergirnos en uno de los iconos del siglo XX: Marilyn Monroe, esa diosa-mujer que encarnó, nunca mejor dicho lo de encarnar, el drama y la soledad de esa simbiosis imposible de lo divino y lo

humano, y que abandonó este mundo en extrañas circunstancias un lejano 5 de agosto de 1962.

En un recorrido vertical y transversal por la vida de Norma Jeane Baker, con el trasfondo del todopoderoso Hoover, de Arthur Miller, los Kennedy y Dimaggio, personajes que la odiaron o la amaron tal vez sin ella buscarlo, quererlo o saberlo, el autor nos muestra los claroscuros de su biografía, su aspecto más humano, sus dudas, sus miedos, sus complejos. Y sobre todo la soledad que siempre rodea al mito por encima de admiradores o detractores, triunfos o fracasos.

La gran ambición de Marilyn, su mayor deseo, era interpretar a Shakespeare. Ella, la deseada, la personificación del erotismo, la hembra en estado puro, quería librar a sus labios de lascivia, a su mirada de sensualidad, a su cuerpo de otra cosa que no fuera pura expresión y sentimiento artístico. Carente de la cultura que los otros, los que solo veían en ella un cuerpo sin alma, eligió al dramaturgo inglés como la perfección de la palabra y el pensamiento, del arte, una vía de sublimación propia. Pero ellos, los demás, no la dejaron. Esa Marilyn solamente mujer, ese amasijo de vísceras y huesos que acabaría en la mesa de un forense, no diosa, si no mortal y frágil, no interesaba a nadie. Los productores, los periodistas, sus amantes querían a la otra, a la que ellos habían creado, en absoluto a la real. De eso trata la primera parte del libro: de la contradicción orteguiana entre lo que uno es y aquello que los otros quieren que seamos y nos fuerzan a ser. Cabrera habla acertadamente de Trastorno Límite de Personalidad (TLP), pero a un tiempo el autor nos advierte que se trata de una expresión que, como toda la semántica científica es útil para etiquetar, en este caso esa anomalía de la personalidad, pero insuficiente para entender aquello que los renacentistas entendían como humanidad en sentido lato, integral.

Al decir que el libro es pedagógico cabe señalar que lo es en un doble sentido: por el riguroso orden que sigue en la exposición del caso, abriéndonos una puerta tras otra de las dudas o los prejuicios que todos almacenamos sobre una de las muertes más controvertidas del pasado siglo, y a la vez porque no emite en ningún caso una conclusión cerrada sobre las causas de la muerte. En realidad, más que las causas, la autoría. Esta observación es importante porque Marilyn Monroe fue víctima de sí misma, si hay que buscar un matarife, un verdugo, lo encontramos en ella. Incapaz de llevar esa contradicción sobre lo que era y lo que los otros querían que fuese que se ha mencionado antes, incapaz de soportar el paso del tiempo, las arrugas de la vejez, la debilidad, de llegar a ser lo que los demás no querían que fuera. Más consciente, cada día que pasaba, de ser la representación dura y pura de un «usar y tirar» carente de alma que, más pronto que tarde, acabaría en el cubo de la basura.

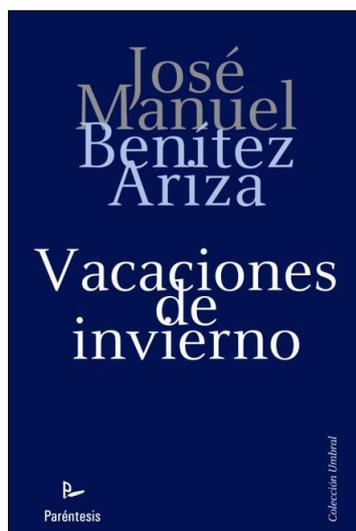
La profundidad y amplitud documental del libro es la necesaria y suficiente —por emplear una expresión de los matemáticos cuando enuncian la certeza de un teorema—, y se sigue con interés, acotando cada uno de los vericuetos por donde la interpretación y la realidad de lo sucedido pasa de la posibilidad a la probabilidad, dos conceptos que aunque parezcan lo mismo, no lo son. Al igual que destacaré la parte gráfica y la bibliografía, que muestra el camino a seguir para quien quiera profundizar en el tema. En cuanto a la edición, Atlantis ha cuidado los diferentes tipos de

letra y la organización del texto dándole claridad y amenidad, separando la parte estrictamente documental de las opiniones del autor.

La lectura del libro tiene también un valor añadido nada desdeñable, porque encierra una mirada hacia nosotros mismos. La siquiatria, tal y como la practica José Cabrera en sus libros, es un espejo en donde, fuera del tema concreto que él analiza y disecciona, nos enriquece porque nos obliga a la introspección. Nos sugiere preguntas y nos demanda respuestas. Es imposible no implicarse ni mantener la distancia aséptica y neutra del lector indiferente, y eso nos hace sentir vivos.

El final de esta reseña es pues una vuelta, un giro hacia nosotros mismos como lectores, porque las manchas de tinta sobre un folio en blanco tienen como origen, para quien las ha escrito, la voluntad de llegar al lector, algo que, como es el caso cuando nos movemos en el campo de la siquiatria, adquiere una especial relevancia.

© José Vaccaro Ruiz  
jvaccaror@gmail.com



**VACACIONES DE INVIERNO**, de José Manuel Benítez Ariza

Paréntesis Editorial  
Colección: Umbral  
Fecha de publicación: 2009  
220 páginas  
ISBN 9788493713515

\* \* \*

La infancia es un reino oscuro. Un lugar donde se alimenta el adulto que será o del que ese hipotético adulto tratará siempre de huir. En esta novela, Benítez Ariza recrea una infancia setentiana a partir de un episodio preciso: el ingreso de un niño en un hospital tras romperse la mandíbula. Un trance que marcará el fin de esa infancia, descrita desde el conocimiento de las condiciones materiales y las atmósferas sentimentales propias de la época (de las madres con peluca o las enfermeras de medias blancas, a los tebeos de «Pumby» o los «mádelmans» y las bicicletas BH). El cuidado lenguaje de Benítez Ariza, más allá de la pura representación costumbrista, crea un mundo particular en el que las percepciones adquieren categoría de símbolo. Así, por ejemplo, cuando describe a las madres de otros niños enfermos: «ruidosas, groseras, un poco indecentes en el desaliño con que llevaban la ropa descolocada y en el modo en que se despatarraban en las butacas de gutapercha -podía uno imaginarse la tapicería pegada a los muslos- o al filo de aquella camas siempre deshechas, más nidos que camas, en cuyo centro, como un pollo enfermo, alentaba un niño» (pág.17). Pero el mundo adulto está ahí, en ese hospital, con su cargamento de atracciones y de dolor también. El día en que, su madre y él, persiguieron a una polilla hasta obligarla a abandonar la habitación, descubrieron también que la felicidad de su padre no se reducía a una caja de merengues y de dulces borrachos. Tampoco —lo comprobará el lector— una sala de juegos hospitalaria es el mejor trasunto de un idílico mundo infantil... (pág. 87 y ss.). Una novela deliciosa, muy bien escrita, en la que muchos podrán reconocer fragmentos de una puericia inverosímil: la suya propia.

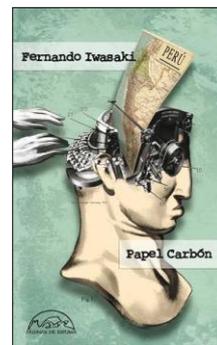
© Herminia Luque Ortiz

### Papel Carbón

Fernando Iwasaki

Editorial Páginas de Espuma, 2012

*Papel Carbón* reúne los primeros libros de relatos de Fernando Iwasaki —*Tres noches de corbata* (Lima, 1987) y *A Troya, Helena* (Bilbao, 1993)—, dos títulos donde los lectores del narrador peruano podrán reconocer los temas, el humor, la prosa coruscante y las múltiples referencias culturales que caracterizan la obra de uno de los autores fundamentales del cuento contemporáneo en lengua española. Rescatamos así *Tres noches de corbata*, libro que dialoga con los precoces volúmenes de relatos de un pequeño grupo de escritores españoles y latinoamericanos nacidos en la década del 60, como *Alguien te observa en secreto* (1985) de Ignacio Martínez de Pisón, *Ligeros libertinajes sabáticos* (1986) de Mercedes Abad, *Los laberintos invisibles* (1986) de Guillermo Busutil, *Debería caerse la cara de vergüenza* (1986) de Sergi Pàmies, *El móvil* (1987) de Javier Cercas, *Veinte cuentos cortitos* (1989) de Iban Zaldúa, *Infierno grande* (1989) de Guillermo Martínez y *Cuentario* (1989) de Jorge Eduardo Benavides, todos teclados a máquina y todos copiados con papel carbón.



### Ha dejado de llover

Andrés Barba

Editorial Anagrama, 2012

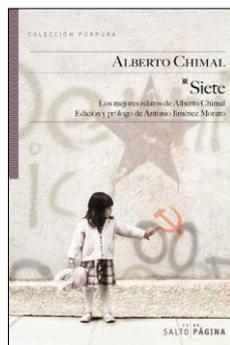
Ésta es una «novela de *nouvelles*», el retrato de una ciudad compuesto por cuatro variaciones sobre un mismo tema: una persona, súbita y accidentalmente, entiende por fin la vida de otra. La paternidad, la infidelidad, la muerte, la incapacidad para comunicar los propios sentimientos, la irrupción súbita del amor, la fascinación por el otro, la arquitectura del deseo, el miedo a la felicidad, los temas centrales que hacen temblar las vidas de los protagonistas de estas excelentes *nouvelles* son, en realidad, los temas de cualquier vida, magistralmente elaborados por un autor de quien se ha dicho: «Andrés Barba no necesita ayuda alguna. Tiene ya un mundo intencional perfectamente cerrado y una maestría impropia de su edad» (Mario Vargas Llosa). «Para mí Barba se ha vuelto un escritor imprescindible» (Rafael Chirbes).

### Una familia normal

Santiago Gascón

Xordica Editorial, 2012

Necesitamos tanto reinos, dice el autor al principio de esta novela narrada a cuatro voces, en la que los hijos han recibido su formación directamente de Los Simpson o American Dad. Por eso uno de ellos plantea: «Por qué no podemos celebrar Halloween y Acción de Gracias como cualquier familia normal?», mientras el pequeño sueña con tener un perro y un coche. *Una familia normal* es un ejercicio para reirse de sí mismo. Es un pavo de Acción de Gracias en torno al cual cualquier familia puede soltar lo que lleve guardado, abrazarse y despedirse hasta el año próximo. Una terapia que debiera ser declarada de interés para la salud mental.



### Siete

Alberto Chimal

Salto de Página, 2012

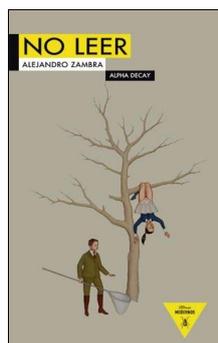
Una niña viaja a un mundo paralelo en el que la Unión Soviética no ha dejado de existir. Un grupo de narcotraficantes descubre que Dios, literalmente, está de su lado. Un niño se convierte en víctima de *la otra gente*, la que solo puede verse con los ojos cerrados. Leonardo DiCaprio se embarca en un viaje por los sueños del cine... o por sus pesadillas. Alberto Chimal, uno de los narradores más potentes, originales y ex-céntricos en lengua española, es capaz de fundir la actualidad con el mito y el horror con el juego, y ofrecer una colección de historias fascinantes; relatos que —como se señala en el prólogo de esta obra— trazan un siete en el frágil tejido de lo real y nos ofrecen un atisbo del gozoso desorden que oculta.

### 31 noches

Ignacio Escolar

Editorial Suma de Letras, 2012

*31 noches* es un mes de agosto que empieza y acaba en ese cubo, que está esperando un cadáver para disolver. Es una historia corrosiva, sumergida en las tripas de una discoteca, la sala Premium, donde un periodista se ve arrastrado en una trama de narcos, matones de discoteca y deudas pendientes en la noche de Madrid. «Soy de los que dicen que no soportan la violencia, de los que se creen incapaces de hacer daño a una mosca. Aquel verano descubrí que no es verdad». El joven periodista Ignacio Escolar debuta con esta turbadora novela en el mundo de la narrativa con el acierto, pulso y claridad de ideas a los que nos tiene acostumbrados en sus trabajos como columnista y analista político. Impecable en su ritmo y desarrollo, demoledora en su retrato de la realidad que nos rodea, el género negro cuenta con una nueva obra de referencia.



### No leer

Alejandro Zambra

Editorial Alpha Decay, 2012

A lo largo de las crónicas y breves ensayos literarios que componen este volumen, Alejandro Zambra hilvana, acaso sin proponérselo, una singular teoría de la lectura. Ya sea en el comentario sobrio y refinado de un determinado libro, o en las digresiones biográficas nacidas de los apuntes sobre tal o cual autor —desde Parra, Levrero y Pavese hasta Millán, Ribeyro y Tanizaki, pasando por Bolaño, Natalia Ginzburg y Puig—, el hecho mismo de leer ocupa el centro de estas páginas, en las cuales el estilete vehemente y bienhumorado contra los lugares comunes y las imposturas se alternan con la celebración intimista y sosegada de haber leído algo verdadero. El título del libro

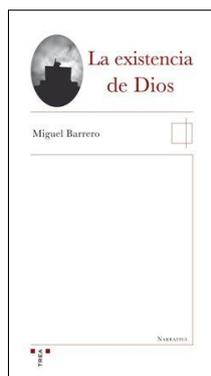
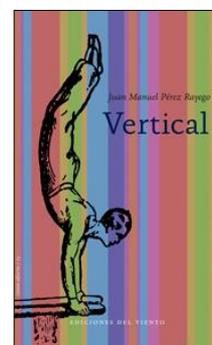
es un generoso engaño que alude al momento en que Zambra dejó de ejercer la crítica literaria semanal y comenzó a experimentar, como él mismo dice, el placer de no leer ciertos libros, lo que le permitió abrazar otras lecturas, más reposadas pero también impetuosas, de obras menos habituales en la agenda periodística.

### Vertical

Juan Manuel Pérez Rayego

Ediciones del Viento, 2012

*Estoy otra vez aquí, en esta oscuridad con palabras. Ahora, sin ti, soy oscuridad y soy palabras.* Así comienza esta novela, con la carta que Alejo escribe a su distante amada. El de escribir la carta es el mejor de todos los momentos en los días del protagonista, ocupados casi por completo en cuidar a sus numerosos abuelos y en elevar la ya muy alta torre en la que viven para poderlos acoger. La humanidad ha conseguido vencer la batalla a la muerte, encontrando la clave en los instantes finales de la decrepitud de las personas, que, en vez de morir, y tras un breve proceso transitorio, viven prácticamente para siempre. Pero hace tiempo que un cataclismo cósmico detuvo la rotación de la Tierra, y sus habitantes han de recrear los días y las noches con colosales máquinas que transportan ciudades enteras a través de la frontera entre la luz y la sombra para que los ritmos circadianos con los que ha sido esculpida su vida no colapsen, para no ser destruidos.



### La existencia de Dios

Miguel Barrero

Ediciones Trea, 2012

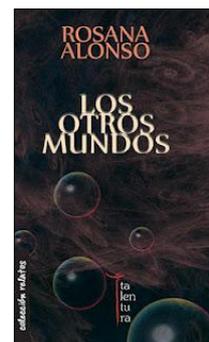
¿Cómo se rememora una amistad perdida cuando ya es demasiado tarde para recuperarla? ¿Qué claves aporta la lectura del pasado desde el presente? ¿Es posible reflexionar sobre uno mismo, sobre lo que se es en el momento actual, a partir de aquello que se fue? La identidad, el distanciamiento y la pérdida, entre otras cosas, se dan cita en esta novela en la que lo biográfico se confunde con la ficción para retratar esos momentos en los que empezamos a dejar de ser inocentes. Miguel Barrero ha publicado las novelas *Espejo* (premio Asturias Joven; KRK Ediciones, 2005), *La vuelta a casa* (KRK Ediciones, 2007) y *Los últimos días de Michi Panero* (premio Juan Pablo Forner; DVD Ediciones, 2008). También ha codirigido el documental *La estancia vacía* (2007).

## Los otros mundos

Rosana Alonso

Editorial Talentura, 2012

Un fractal es una figura geométrica que repite su estructura a diferentes escalas. Estás familiarizado con ello, aunque te suene extraño. Lo has visto en las hojas de los árboles y en la escarcha que raspas en el parabrisas de tu coche. Un fractal es un conjunto de soluciones de una ecuación. Cada una con su propia identidad, con su propia existencia. Los microrrelatos que la autora te invita a leer son como las soluciones de una ecuación maestra: la propia Vida. Y el conjunto de ellos son una especie de fractal de la vida, en el que todos nos desenvolvemos. Pero ella no te muestra las soluciones. Tú tienes que encontrar la tuyas. Por eso es interesante que lo leas tranquilo, que lo mires bajo diferentes perspectivas y trates de obtenerlas. La misma historia leída dos veces puede contarte cosas distintas, igual que si resolvieras tu propia ecuación con valores diferentes. En un ordenador, cada solución puede representarse con coloreado punto de luz. Y todos esos puntos constituyen juntos una imagen. Terrible a veces, hermosa otras tantas. *Los otros mundos* te invita a decorar tu propia alma con imágenes de colores, con figuras extrañas y únicas, creando en cada página mundos diferentes posibles o imposibles.



## Cruentos ejemplares y otras minificciones

David Vivancos

Editorial Seleer, 2012

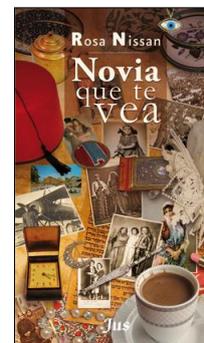
En el presente volumen el lector encontrará una delirante colección de cuentos mínimos, desde parpadeos o ráfagas, microrrelatos de poco más de cien palabras, hasta narraciones breves. *Cruentos ejemplares* retoma la idea original y adapta el título de aquellos célebres e inspiradores *Crímenes ejemplares* del gran Max Aub, que recogían las descabelladas confesiones de sus asesinos de ficción. El humor negro que destilan estos *Cruentos ejemplares*, pequeños pero matones, se hace patente en buena parte del resto de historias que componen la obra, donde el lector también hallará situaciones absurdas y grotescas, personajes caricaturescos que practican la ironía y el sarcasmo, desenlaces abiertos, tirando hacia lo sórdido y lo desesperanzador, y mucho más.

## Novia que te vea

Rosa Nissan

Editorial Jus, 2012

*Novia que te vea* narra la historia de Oshinica, una joven perteneciente a la comunidad Sefaradí, grupo judeo-mexicano de los cincuenta, en la ciudad de México. Desde niña es educada para casarse, pero cuando llega a los quince años teme al matrimonio, lo único que quiere es estudiar. Lo permitido entonces era hacer una carrera corta mientras llegaba el matrimonio. Vencida por la tradición y las costumbres, será en la segunda parte cuando logre divorciarse y obtener más de lo que esperaba de la vida. «Cuando recibí los primeros comentarios, supe que había escrito la autobiografía de una generación, mucha gente dijo: yo escribí esa novela. También supe que tiene muchas lecturas, su lectura atrae desde jovencitas de once años, hasta profesoras y profesores universitarios.» (Rosa Nissán).



## Una comedia canalla

Iván Repila

Editorial Libros del Silencio, 2012

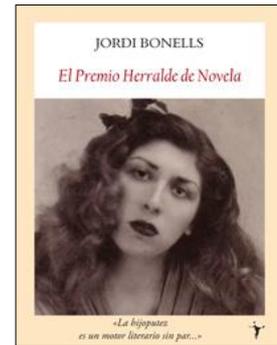
Jim, John y Jack son jóvenes, mileuristas, están cansados y quieren emprender el negocio de sus vidas. El único problema: no es legal. Así que tendrán que entrar en contacto con peligrosos delincuentes, drogadictos de pandereta, bandas violentas y asesinos de primer nivel. O algo así. A su alrededor, un circo de personajes con sueños e inquietudes: Wilson, el hombre con suerte y problemas de karma; los matones de la Banda de Macois, acostumbrados a pegar primero y a pegar después; Giuseppe, el autónomo con un hobby curioso; el pequeño Tommy, ese chaval especializado en *bullying*; Sniffer, el farlopero medio; Morgan, Zippo, Marcus, Gincho, McArthur... y, por supuesto, la Gatoparda. Y además: ron, peleas, persecuciones, torturas, resacas, problemas existenciales, antros de perdición, taxistas y mucha, mucha, mucha marihuana. Una novela tan loca y disparatada como la sociedad que retrata.

## El Premio Herralde de Novela

Jordi Bonells

*Editorial Funambulista, 2012*

En *El Premio Herralde de Novela*, Jordi Bonells (Barcelona, 1951), el desaparecido y reaparecido de las letras españolas y francesas, prosigue la autoficción que recorre parte de su trayectoria literaria, y vuelve a sorprender al lector con un texto inclasificable, que siendo «casi una novela», como reza el subtítulo del libro, va más allá de lo que indica una mera clasificación de géneros. Evocando su infancia y primera juventud barcelonesa, poblada de «nazis» e «hijoputas», retrazando las biografías de sus tíos maternos, rememorando su partida a Francia y su posterior carrera de escritor, y siempre con el leitmotiv del Premio Herralde de Novela, a modo de bajo continuo, este libro, eco de su otra obra autobiográfica *Esperando a Beckett*, divertido e inmisericorde a veces, pero siempre sincero hasta el estremecimiento, es, amén de un homenaje a la madre del autor (cuyo retrato figura en la portada del libro) una soberbia confesión sobre el doloroso oficio de escribir... y de vivir.



## Memorias de la salamandra

Rosario Curiel

*Ediciones de La Discreta, 2012*

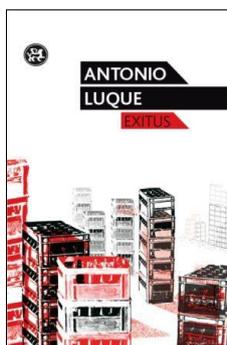
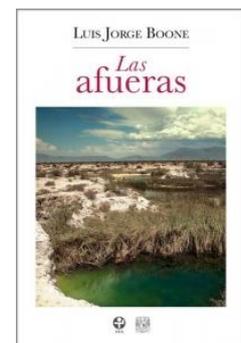
*Memorias de la salamandra*, en palabras de la propia autora, se centra en una serie de personajes que frecuentan uno de estos nuevos centros de *wellness* que se han puesto tan de moda, conocido por el nombre de Utópolis y situado en la ciudad de Lleida. Allí todo el mundo trabaja su cuerpo para encontrarse mejor. En cierto modo, es una crítica a la sociedad de consumo y una reflexión sobre la capacidad de supervivencia. Por una parte, cuenta la realidad cotidiana, con sus protagonistas, sus problemas, sus afectos... y por otra, describe una especie de mundo paralelo en la que la búsqueda de la perfección acaba convirtiéndose en un verdadero infierno. Una perfección que no existe y que hace infelices a los personajes, al tiempo que crea historias que parecen unirlos en una lucha por la supervivencia, tanto física como psíquica, que algunos consiguen y otros no. Un libro que alerta de los peligros de una sociedad que robotiza al hombre y lo convierte en un producto típico del consumismo y que lo lleva a ser capaz de autodestruirse y elimina su propia ansiedad por ser feliz.

## Las afueras

Luis Jorge Boone

*Ediciones Era, 2011*

El paisaje de Monclova y de Cuatro Ciénegas es el mapa en que se trenzan los tiempos de dos hermanos, sus vidas, sus amores, sus muertes, con un ritmo roto que permite que esos vehículos que cruzan el desierto, esas casas a medio hacer o a medio arruinarse, esos fósiles de un mar prehistórico no solamente cuenten una historia de amistad y celos y violencia, de iniciación y maduración, sino que sugieran las ausencias y los fantasmas que recorren esos espacios. Esta novela muestra a un autor capaz de manejar todos los registros del realismo, desde los más desnudos y puercos hasta aquellos que vencen las fronteras de la costumbre.



## Exitus

Antonio Luque

*El Aleph Editores, 2012*

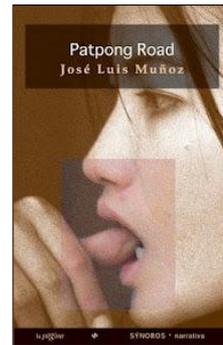
Pepito es un joven estudiante de clase obrera que vive con su padre, recién operado de una laringectomía, y su madre, un ama de casa que se cuida poco y habla siempre a gritos. Enamorado de su vecina, Margarita, y terriblemente desorientado, Pepito sufre un golpe que dará un vuelco a su vida: una explosión de gas en el piso de sus padres le deja huérfano de padre y con la madre ingresada en el hospital. A partir de ahí, el protagonista deberá empezar a buscar su lugar en el mundo por su cuenta, sin prácticamente ninguna ayuda.

## Patpong Road

José Luis Muñoz

La Página Ediciones, 2012

René Lodosa es un escritor con un aura de maldito. Junto a Claire, su exuberante esposa francesa, a la que está unido en un matrimonio nada convencional, emprende un viaje a Tailandia. En ese país de Extremo Oriente descubrirán ambos el barrio rojo de Bangkok, el caótico y sensual Patpong Road, en donde miles de prostitutas se emplean en proporcionar placer a los farong, los extranjeros, que acuden a la ciudad seducidos por sus cantos de sirena. En los sucesivos viajes que la pareja realizará a la capital de Tailandia se irán ahondando sus diferencias a la par que se abrirán a nuevas experiencias sexuales. La adicción de René a las chicas de Patpong Road, que siempre sonríen pero nunca exteriorizan sus sentimientos, abrirá una brecha cada vez más profunda en la pareja pese a lo que el escritor, con una insistencia suicida, volverá una y otra vez a ese paraíso del sexo buscando su auto-destrucción. A medio camino entre la explicitud sexual de Henry Miller y el cinismo de Michael Houellebecq, José Luis Muñoz explora en esta novela, erótica, dura y políticamente incorrecta, el lado oscuro de la personalidad humana, con sus contradicciones morales enfrentadas a sus apetitos desmesurado.



## Corazones de cordero

Miguel Sánchez Robles

Editorial Gens, 2012

*Corazones de cordero* trata sobre el destino, el amor imposible y asimétrico e incluso el sentido mismo de la Literatura. A través del diálogo poético y crucial entre dos seres que están fuera del mundo y sobre los que se ciernen poco a poco, ineludiblemente, un terrible tsunami de tristeza. Esta novela llena de originalidad y hallazgos expresivos aborda la inquietud sublime que se esconde en la profundidad del corazón humano, y sobre todo del corazón de los jóvenes inadaptados y melancólicos. Y es también una indagación que explora las verdades más íntimas del alma y un alegato contra lo que no funciona bien en nuestras vidas.

## El vuelo de la libélula azul

Mónica Samudio

Ediciones Oblicuas, 2012

Durante un viaje en barco que la devuelve de Nápoles a la Península, Lula conoce a un peculiar personaje, amante de lo curvo, que vive pegado al mar. A raíz de ese encuentro, Lula decide romper con la mediocridad de una vida lineal en Madrid para ser capaz de volar en todas las direcciones. Se marcha a vivir a la costa, a la casa donde se crió, y allí se reencuentra con los fantasmas del pasado, con los incendios y con el amor perdido. Al mismo tiempo, empieza una aventura con un albano-kosovar que la enredará en una peligrosa trama. *El vuelo de la libélula azul* es un libro que desprende de cada una de sus páginas un sugerente intimismo, marcado a través de una poética cadencia esculpida con frases cortas, y que logra envolver al lector en una delicada atmósfera emocional.



## Siempre tendremos Venezuela

Juan Manuel Candal

Editorial Reina Negra, 2012

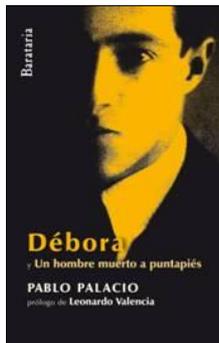
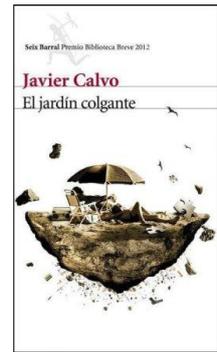
En cinco relatos asistimos a una serie de momentos fundamentales en los que el mundo, tal cual lo conocemos, está transformándose. ¿Quién está detrás de estos eventos, reescribiendo la historia, enviando tropas a luchar contra enemigos inexistentes, e infiltrando conciencias en los centros urbanos? *Siempre tendremos Venezuela* permite una pluralidad de lecturas mediante la disolución del centro temático para encontrar distintos planos de narración en los que la única constante es la eterna lucha del hombre por saber —y sobrevivir al conocimiento—. «Hay historias que, a pesar de su argumento cautivador, se malogran por el mal uso del laconismo que toda historia precisa para ser verosímil. He leído *En la trincher*a y quedé atrapado por la trama y la dosificada mezcla de familiaridad y alucinación que componen este relato. El pleno dominio del tono es tal vez la regla de oro del arte del cuento.» (Fabio Morábito).

## El jardín colgante

Javier Calvo

Editorial Destino, 2012

Había una vez un país llamado España que permanecía dormido sin advertir que los servicios secretos trataban de rediseñar el sistema institucional a la nueva era de libertad. Así es como Arístides Lao, un agente con una mente matemática prodigiosa y problemas de sociabilidad, es designado para luchar contra la organización terrorista de extrema izquierda TOD. Lao cuenta con el agente Melitón Muria, un fiel escudero con peculiares principios. La misión de esta pareja esperpéntica y decadente será contactar con Teo Barbosa, un agente infiltrado a punto de pasar al núcleo activo del grupo armado. Pero la operación cambia de rumbo cuando Lao pone en marcha una idea tan loca como genial que traerá consecuencias inimaginables. Estamos en 1977, y en el frío invierno de la Transición el interés de los telediarios se centra en la caída de un meteorito.



## Débora

Pablo Palacio

Editorial Barataria, 2012

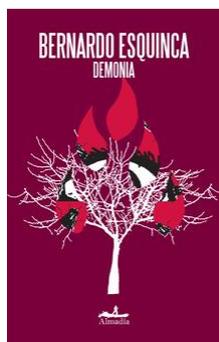
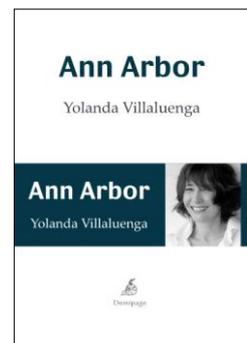
Siempre ha suscitado mayor atención el perfil anecdótico de los personajes de Palacio, seres extraños o marginales que desatan el escarnio público por su excentricidad. Algunos de los temas de estos cuentos son la antropofagia, la homosexualidad, la brujería, la histeria o la malformación siamesa que Ambroise Paré habría acogido, ávido, en su catálogo de monstruos y prodigios (del prólogo de Leonardo Valencia). Pablo Palacio (Loja, 1906-Guayaquil, 1947), escritor y abogado ecuatoriano. Destaca su obra la fragmentación, la desintegración de las formas, la parodia y la fijación por lo monstruoso y lo marginal. Publicó las novelas *Un nuevo caso de mariage en trois* (Quito, 1925), *Débora* (Quito, 1927), *Vida del ahorcado —novela subjetiva—* (Quito, 1932) y el libro de cuentos *Un hombre muerto a puntapiés* (1927).

## Ann Arbor

Yolanda Villaluenga

Editorial Demipage, 2012

Ann Arbor es una ciudad-frontera del Medio Oeste americano donde cada año llega gente dispuesta a cambiar su suerte. Durante siglos, fue tierra de promisión de las naciones indias que vivían entre Detroit y Chicago y un paso seguro para los esclavos que huían hacia Canadá. Hasta allí llega una escritora de guías de viaje que no viaja. Durante los últimos once años ha vivido aislada en el centro de Madrid, en el mismo lugar en el que perdió a los dos hombres que amaba. En Ann Arbor espera encontrar refugio contra un pasado que la acosa. Pero Ann Arbor se encuentra en el corredor de los tornados americanos y los desastres medioambientales y las bajas temperaturas invernales convierten a sus habitantes en pequeñas islas. A través de la mirada de la escritora de guías de viaje, conoceremos personas que tratan de amar sin conseguirlo, acosadas por un pasado que no se atreven o no saben cómo afrontar. El tornado se cierne sobre Ann Arbor.



## Demonia

Bernardo Esquinca

Editorial Almadía, 2012

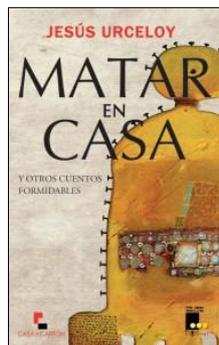
Un hombre está convencido de que las moscas forman una legión infernal y buscan exterminarlo. La fantasmagórica sobra que espía el sueño de una joven pareja es el heraldo de una antigua maldición caribeña. Un asesino secuestra niños para torturarlos, copiando el estilo de un famoso criminal del siglo XV. Extraños seres cuyas apariciones están supuestamente relacionadas con las desgracias que ocurren en el mundo. Un grupo de amigos se enfrenta al recuerdo de la posesión satánica que desequilibró sus vidas veinte años atrás. *Demonia* ofrece nueve relatos que recorren el amplio espectro de nuestras pesadillas y temores más arraigados. Conforme se adentre en el libro, el lector encontrará obsesiones y enigmas recurrentes con los que este autor infecta cada historia. Las formas subterráneas de los relatos nacen de las zonas oscuras de la experiencia, para volverse una forma ambigua del conocimiento. Y el mal —abstracto, sobrenatural, mítico— se presenta como un contagio del espíritu: virus perverso que potencia las pulsiones de nuestro lado oscuro.

## El hombre que gritó la Tierra es plana

Roberto de Paz

451 Editores, 2012

Una historia sobre la necesidad de cambiar para seguir adelante. Matías, tras el asesinato de su esposa, decide volar hasta Nueva York para seguir el rastro de su padre, quien se deshizo de él cuando todavía era un niño. Allí cae por la madriguera hasta el país de las maravillas que diseñó su padre, donde los vagabundos dejan las calles para formar parte de una insólita residencia de escritores y los sex shops son la piedra angular de un proyecto utópico que pretende prescindir del dinero. Matt se acerca a la verdad sobre su familia, pero también ha de enfrentarse a las terribles implicaciones que se derivan de las leyes de la termodinámica, de la crisis energética que se avecina, y al final del camino tendrá que responder a una pregunta clave: ¿salvarías el mundo ahora que lo has perdido todo?.



## Matar en casa y otros cuentos formidables

Jesús Urceloy

Editorial Tres Rosas Amarillas, 2012

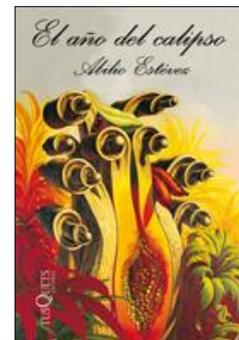
Basta un parpadeo para conocer la oscuridad, extraviarse en ella y alcanzar la luz. Basta uno. Todo cabe allí. Miseria, amor, soledad, paz, angustia, miedo... En ese misérrimo instante, vil, procaz, maldito, la existencia ataca siempre por sorpresa. Y, cuando los ojos vibran, cuando se cierran y se abren con maligna y pernicioso esperanza, solo son suficientes quince pasos —o quince historias—, para que la risa y el llanto exploren en nuestros rostros, en nuestros pliegues, todos los caminos formidables e imposibles que nos permitan volver a estar seguros de poder matar en casa.

## El año del calipso

Abilio Estévez

Editorial Tusquets, 2012

Una calurosa tarde, cuando los habitantes del barrio habanero de Marianao se refugian en sus casas huyendo del bochorno y la radio difunde la melodía de un calipso, un joven de quince años sale al patio en busca de algo de brisa. Allí, tendido sobre la hierba, a la sombra de los árboles y rodeado de matas cargadas de mangos, el joven fantasea con escenas de películas cuando, de pronto, en el jardín contiguo, irrumpe un jardinero que, ajeno a todo, arregla sudoroso las plantas, afila su machete y desaparece en la casita de los aperos segundos antes de que llegue la lluvia. Esa aparición despierta en el joven sensaciones hasta ese momento desconocidas, desencadenando, a su vez, deseos de nuevas vivencias. Ya nada será como antes. Desde las novelitas eróticas que el joven descubre escondidas en su propia casa, hasta los encuentros muy poco inocentes que espía aquí y allá, a veces a plena luz del día, o la voluptuosa actitud de personajes como el tío Mirén, las hermanas Landín, el Negro Tola o el atractivo *pitcher* del equipo de béisbol del instituto, todo lo conducirá al descubrimiento gozoso del sexo.



## La canción del siciliano

Cristina Amanda Tur

Editorial Funambulista, 2012

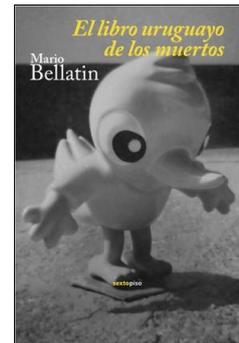
La Mafia puede esperar el momento adecuado, pero nunca olvida una afrenta ni perdona un crimen. *La canción del siciliano* comienza con el asesinato en la isla de Ibiza de Mario Sonnino, guardaespaldas de Sacha La Plaggia, especialista en obras de arte... y nieto y sobrino de *capos* de la Mafia. En esta novela tenemos una trama de ficción entrelazada con personajes y hechos reales de la historia de la Mafia siciliana, una historia cuyos protagonistas —el equipo contra el Crimen Organizado de Ibiza, comandado por el policía sevillano Ariel, y Rebelene, una periodista local amiga de los policías pero fascinada por *il Bel* Sacha y con el corazón dividido— intentarán averiguar hasta qué punto la muerte del guardaespaldas de La Plaggia es una venganza relacionada con el pasado de la *famiglia*. La investigación (y el amor) llevará a la periodista a Sicilia; y todos deberán enfrentarse a sus convicciones, educación y sentimientos, sin que ninguno pueda evitar escapar a su naturaleza.

## El libro uruguayo de los muertos

Mario Bellatín

Editorial Sexto Piso, 2012

*El libro uruguayo de los muertos* quizá sea la obra más importante escrita hasta el momento por Mario Bellatín. Su imaginación desbordada trastoca la frontera entre la realidad y la ficción, dando como resultado una originalidad sin límites, que revolotea en torno a ciertas preguntas sin respuesta, como la que en algún momento inesperado dirige al remitente del relato: «¿Tu imagen en el espejo te refleja?». Mario Bellatín escribe para un misterioso remitente al que ha visto sólo una vez, con quien desde entonces dialoga sobre los misterios de la resurrección de la carne. Le narra con detalle los fantásticos sucesos que pueblan su particular y único mundo. Ahí, el tiempo no transcurre ni hacia delante ni hacia atrás, así como tampoco el espacio está en algún lugar en específico. *El libro uruguayo de los muertos* es una especie de espiral que al mismo tiempo que da vueltas sobre ciertos ejes recurrentes sale disparada en todas las direcciones alcanzables por la prodigiosa capacidad de observación de su autor».



## La carroza de Bolívar

Evelio Rosero

Editorial Tusquets, 2012

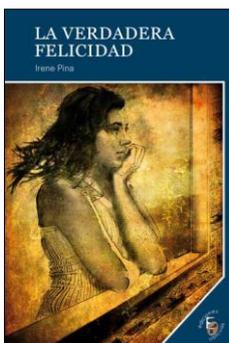
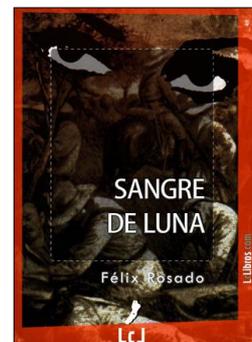
En apariencia, el doctor Justo Pastor Proceso lo tiene todo para sentirse afortunado: es ginecólogo en Pasto, una pequeña ciudad al sur de Colombia, tiene dos residencias, una mujer atractiva, una hija pequeña y otra adolescente, y una afición para sus ratos libres: investigar la verdadera historia de Simón Bolívar. Pero los enredos en los que se ve envuelto a raíz de la fiesta de los Inocentes y los desfiles carnavalescos del año 1966 hacen caer las falsas apariencias, y el sorprendido doctor Justo Pastor Proceso asume que en realidad su mujer se burla de él, sus hijas no le tienen demasiado en cuenta, y sus amigos se aprovechan. Cuando el cacique local la emprende a tiros contra los artesanos que preparaban una carroza burlesca, al doctor se le ocurre aprovecharla para que el grupo escultórico muestre en su lugar la catadura histórica del libertador Bolívar. El vodevil da paso a la farsa y la farsa a un peligro real y una amenaza fatídica. En la Colombia de los años sesenta, todos prefieren vivir en falso antes de cuestionar los mitos fundacionales.

## Sangre de luna

Félix Rosado

Editorial LcLibros.com, 2012

1868. Estalla la primera insurrección en Cuba. Más de cien mil soldados españoles combaten en el frente, ochenta mil están heridos o enfermos. Ambientada, en su primera parte, en los inicios de esa guerra colonial de Cuba, *Sangre de luna* ofrece una visión sin concesiones de aquel conflicto en que todos los viejos sueños de España se vinieron abajo. El país no tuvo más remedio que encarar un futuro para el que no se hallaba preparado. Son tiempos de grandilocuentes soflamas, de sueños por mantener el esplendor pasado, de negativa a querer ver la evidencia, todo ello sostenido sobre la base de unos soldados harapientos que sólo cuentan «con la dignidad de sobrevivir». A todo ello asiste, con la ilusión de la juventud en las primeras páginas, y el estupor del desencanto después, Curro Córdoba, el protagonista de la novela.



## La verdadera felicidad

Irene Pina

Ediciones Oblicuas, 2012

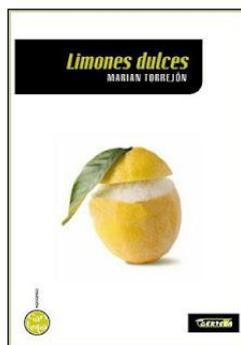
Ibi es una joven de apenas diecinueve años que desde muy jovencita ha debido enfrentarse al mundo real como una verdadera adulta. Su madre la abandonó al nacer y su padre, afectado por la marcha de su mujer, decidió ahogar sus penas en el alcohol. En cuanto Ibi cumplió la edad necesaria para trabajar, dejó el instituto, alquiló un piso y malvive arrastrándose de empleo en empleo. Esta situación la ha llevado a encerrarse en sí misma, no confiar en nadie e inhibir sus sentimientos hacia los demás. Sus días no son más que una sucesión de actividades rutinarias que la hundien en un pozo de desesperación. Sin embargo, la vida puede dar un cambio de rumbo inesperado si se da con las personas adecuadas y una permite que la ayuden, ¿será el caso de Ibi?

## El joven vendedor y el estilo de vida fluido

Fernando San Basilio

Editorial Impedimenta, 2012

Israel trabaja en un corner de una tienda empotrada en otra tienda situada en la planta baja del centro comercial La Vaguada. Antes era un soñador y tenía la cabeza llena de pájaros y de romanticismo, pero ahora, después de haber leído un libro de autoayuda que le ha prometido que será mejor persona, ha adoptado un estilo de vida fluido. Preso de un destino que lo aboca al nihilismo, Israel, como todo buen anti-héroe, deberá enfrentarse a su propia destrucción. En un recorrido frenético, febril y trepidante, que parece haber sido sacado del capítulo del descenso a los infiernos del *Ulises* de Joyce, y que se desarrolla también en un solo y enloquecido día, el centro comercial (espejo de la realidad entera) se convierte en nuestro patio de juegos moderno, donde todo se consigue y todo transcurre, y en una metáfora perfecta del mundo.



## Limonas dulces

Marian Torrejón

Editorial Certeza, 2012

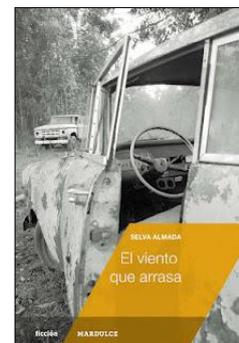
«*Limonas dulces* es el debut de una narradora que conoce el oficio, un conjunto de historias que aprueban con nota y que dejan claro que la trayectoria literaria de Marian Torrejón no ha hecho más que empezar. Un catálogo de temas y registros variados sobre la fragilidad del ser humano, ese punto que a todos nos une pero que, a la vez, es capaz de distanciarnos. O, como dice el escritor Fernando Iwasaki en el prólogo de este libro: "Los cuentos de Marian Torrejón narran el estupor, la turbación y el desasosiego que conllevan esas irrupciones del pasado, las epifanías de la memoria y los sentimientos que uno creía soterrados".» (Miguel Sanfeliu).

## El viento que arrasa

Selva Almada

Mardulce Editora, 2012

¿Qué es una escritora madura? ¿Qué es una escritura consumada? Estas preguntas adquieren un nuevo sentido cuando hablamos de una primera novela: el sentido de la originalidad, de lo inesperado, de lo asombroso. *El viento que arrasa* convierte esas palabras en elogios, en una descripción ajustada de lo que su prosa expresa. Una escritura firme, segura, potente y, quizá por eso, profundamente poética. Un reverendo y su hija de viaje por el Chaco, en un clima de conflictos y tormentas, diálogos filosos y locura solapada. Casi cinematográfica, *El viento que arrasa* es una novela en la que los personajes son nítidos, corpóreos, se escuchan sus voces, sus modos. Y los del paisaje: el monte, el sol, los árboles achaparrados, los autos rotos, las camisas transpiradas y las vidas destruidas.



## Una misma noche

Leopoldo Brizuela

Editorial Alfaguara, 2012

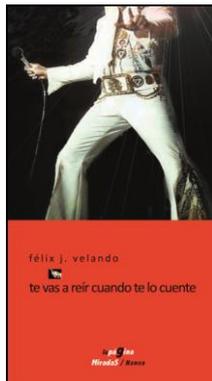
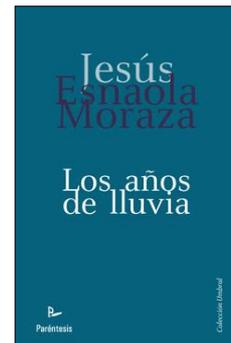
Una madrugada de 2010, el escritor Leonardo Bazán es testigo involuntario del asalto a una casa vecina. No es un robo usual: lo lleva a cabo una banda organizada, con una logística sofisticada, y hasta un patrullero de la Policía Científica. Pero lo que más perturba a Bazán es el recuerdo de una experiencia similar —de la que también fue testigo junto a sus padres— ocurrida en esa misma casa en 1976, a poco de iniciada la dictadura militar en la Argentina. El trauma de aquella noche pareció caer en el olvido; pero ahora Bazán siente que debe escribir para entender y salvarse. ¿Cómo actuaron exactamente él y sus padres y cómo juzgar hoy esas reacciones? ¿Cómo es posible que una estructura criminal, montada décadas atrás, todavía exista y que la gente siga reaccionando de la misma manera, con el mismo miedo? Narrada como el cuaderno de notas de un detective que, pista tras pista, se indaga a sí mismo y se expone al crimen organizado, *Una misma noche* es una novela de suspense que explora el rol de los ciudadanos enfrentados a las formas más brutales y secretas del poder. Y reflexiona sobre la intolerable conciencia de nuestra propia cobardía. Un texto a un tiempo íntimo y político, confesional, potente, misterioso, destinado a perdurar.

## Los años de lluvia

Jesús Esnaola

Editorial Periférica, 2012

En Los años de lluvia se reúnen ochenta y seis microrrelatos escritos a lo largo de los dos últimos años. Son gotas de lluvia que forman un velo, una distorsión de la realidad que nos guía para ver su lado oculto, esa otra cara que el brillo y la luz no nos permiten atisbar. Los años de lluvia es un sirimiri pertinaz que se posa sobre el lector sin que casi lo note, una lluvia del pasado que nos da alcance y de la que sólo somos conscientes cuando nos ha empapado, cuando comienza a gotearnos por todo el cuerpo. Y en cada gota, un personaje a punto de hacer un descubrimiento, un narrador perplejo ante una situación casi cotidiana que, desde el umbral, nos muestra algo que tenemos siempre delante de nuestros ojos, pero que rara vez somos capaces de vislumbrar.



## Te vas a reír cuando te lo cuente

Félix J. Velando

La Página Ediciones, 2012

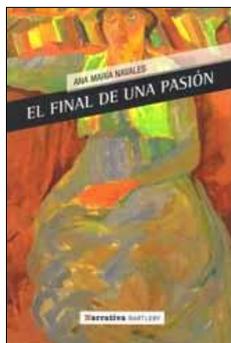
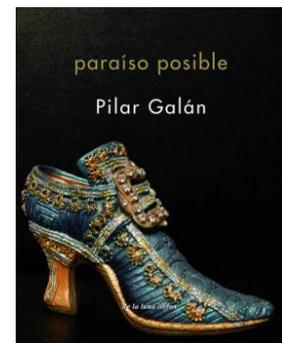
Un exlegionario nudista que busca el bronceado perfecto, un panda verde y gay que causa un conflicto diplomático entre España y China, una chica enamorada de un tipo disfrazado de Elvis, un lingüista muerto que hace la vida imposible a un detective fracasado... *Te vas a reír cuando te lo cuente*. Félix J. Velando (Fuente Álamo, Albacete, 1970) es escritor y guionista. Licenciado en Publicidad y Relaciones Públicas, carrera que ejerció durante dos meses, desde 1999 trabaja como guionista de televisión. Ha escrito para series como *7 vidas* o *Física o Química* y para programas como *Las noticias del guiñol*. Es autor del presente libro de cuentos y de una novela infantil de próxima publicación.

## Paraíso posible

Pilar Galán

Editorial de la Luna, 2012

Escribir cuentos es dar marcha atrás, dicen. Ya que has probado la novela, para qué andar en miniaturas que no se miden en capítulos. Mientras tanto, las historias nacen y se ramifican, surgen en los semáforos, piden paso en la carretera, hablan de niños que crecen, desafiantes Gormitti, fotos congeladas en un instante, ovejas bala, institutos invadidos, monjas que crean el mundo en siete días y suegras que vaticinan su final, escrutinios eternos, ríos que ni fluyen ni permanecen, hombres que se reinventan como el ave Fénix, poetas de móvil, móviles poetas, y vencedores y vencidos en el cloro del tiempo. Escribir cuentos no es dar marcha atrás, sino mirar al otro lado del espejo, en el único escaparate de una calle desierta, y darse cuenta de que aún hoy, cuando damos todo por perdido, existen paraísos posibles. Solo hay que tratar de contarlos, a ciegas, del lado de los sueños, nunca de las sombras.



## El final de una pasión

Ana María Navales

Bartleby Editores, 2012

Con *El final de una pasión* Ana María Navales sella, aunque de forma abrupta —no se olvide que estamos ante una novela póstuma interrumpida por la muerte—, la «pasión» que cimentó su trayectoria creativa. Me refiero a la curiosidad —fruto quizá de un «virus» adquirido en la London Library— por el universo Bloomsbury: sus gentes, sus paisajes, su ideología y, más en concreto, por la figura de Virginia Woolf, en la que Navales encontró a la interlocutora —alter ego de ciertos rasgos de su carácter?— que la acompañó hasta sus últimos días. En su novela, y a través de la técnica narrativa del manuscrito encontrado —cuando no robado—, Navales entra de lleno en lo que constituyó su empeño último, según sabemos quienes tuvimos la suerte de tratarla: explorar la compleja relación entre Virginia y su hermana, pintora y miembro también de Bloomsbury». (Vanessa Bell). «Todo ello nutre unas páginas que, pese a las trágicas circunstancias en que se escribieron, inoculan un entusiasmo por la literatura, el arte y la vida que sólo una persona de su fuerza arrolladora podía suscitar.» (Marta Agudo).

## Yo siempre regreso a los pezones y al punto 7 del Tractatus

Agustín Fernández Mallo

Editorial Alfaguara, 2012

Un gin con limón. Una habitación de hotel. Una isla mediterránea. Un tipo al que su chica ha abandonado creyendo que una casa no agota todos los mapas. Y un monigote atornillado a la puerta del lavabo que no deja de hablar y que, en su largo monólogo existencial, aúna literatura, la belleza del caos que se extiende ante la ausencia infinita, con ciencia, la fría rigurosidad carnívora del número exacto, del azar entendido como obra de arte que se decapita a sí misma a cada instante. Agustín Fernández Mallo deconstruye, a través de su inconfundible y plástica prosa poética, la ruptura de una pareja, arrojando puñados de polaroids verbales ante el lector, asomándose al abismo del terrorífico, por simple, por vacío, mundo real. Un universo cuyos límites están definidos por el lenguaje, como dejó claro el filósofo Ludwig Wittgenstein, cuyo *Tractatus* homenajea, desde el título, este deliciosamente crudo texto: las palabras son armas que, al dispararse, dibujan la frontera entre lo que existe y lo que no existe porque simplemente no puede nombrarse.



## Qué escribes, Pamela

Enriqueta Antolín

Editorial Menoscuarto, 2012

El profesor y crítico José-Carlos Mainer ha valorado la «prosa espontánea y efectiva, que va creando el dibujo de la trama familiar» que narra *Qué escribes, Pamela* y considera que esta novela es un libro muy característico del estilo de Enriqueta Antolín. «Es un libro que no es fácil soltar, entre otras cosas porque tiene un título precioso y revelador», ha afirmado Mainer. Según explica la autora, «lo que está escribiendo Pamela lo querían saber su padre, un hombre atormentado por una infancia infeliz, y su madre, una mujer intrigante atada al voluble recuerdo de una relación con un colega boliviano». «Pamela indaga, averigua, imagina un pasado misterioso y

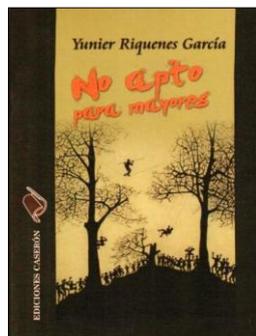
lo plasma en un cuaderno secreto que intenta recomponer la íntima historia familiar, tejida de claroscuros», añade Enriqueta Antolín, que inventa en esta historia una narradora hábil e ingeniosa con la que logra que el lector disfrute y se emocione.

## Flechazo Eterno

Carlos Royo Ubieta

Mira Editores, 2011

¿Somos capaces de confesar que no hemos sabido vivir nuestras vidas adecuadamente? ¿Dónde está el baremo para poder dilucidar quién la ha sabido vivir bien y quién no? ¿Quién decide contar en público todos los errores que ha ido cometiendo a lo largo de su vida? *Flechazo eterno* narra la vida de Daniel, un joven alegre, educado y formal, pero también contradictorio, como cualquier ser humano, y capaz de cometer infidelidades, incoherencias y equívocas que le harán plantearse, como si de un mosaico romano se tratara, qué pieza elegir y cómo encajarla para encontrar un sentido a su vida sentimental. Novela tierna, excitante, no exenta de polémica y cuya lectura, gracias a la pluma certera del autor, no dejará indiferente a nadie.



## No apto para Mayores

Yunier Riquenes

Ediciones Caserón, 2012

Un niño le declara la guerra a los Mayores. Una paloma vigía, un perro enamorado, ovejas aguerridas, y un río se convierten en sus más fieles aliados. Los Menores exigen respeto a sus decisiones. Los adversarios no aparecen en naves provenientes de Marte, Júpiter, ni de la luna. No son verdes ni rojos. No tienen un ojo en medio de la frente. No visten trajes de hierro fundido... *No apto para Mayores* plantea conflictos familiares difíciles con una dosis de aventura y amor. Yunier Riquenes García tiene publicados los libros de cuentos *La llama en la boca*, 2004; *Quién cuidará los perros*, 2007; *Lo que me ha dado la noche*, 2007; la novela *Los cuernos de*

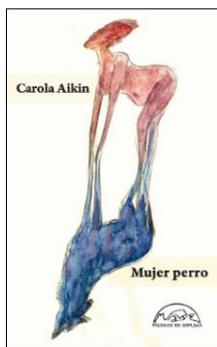
*la luna*, 2006, el libro de poesía *Claustrofobias*, 2009, la compilación de entrevistas *Las respuestas de Soler Puig*, 2010, la selección de cuentos del grupo de narrativa Hacedor, *Dibujar el mundo*, 2010, y la novela *La edad de las ataduras*, 2010.

## Plegarias nocturnas

Santiago Gamboa

Editorial Mondadori, 2012

Manuel, un estudiante de filosofía colombiano, es acusado de tráfico de drogas y reteni-  
do en una cárcel de Bangkok. A pesar de que puede enfrentarse a la pena de muerte  
si no se declara culpable, su principal inquietud es volver a ver a su hermana, desa-  
parecida en Colombia años antes. Su historia conmueve al cónsul colombiano en Nueva  
Delhi, que a partir de ese momento se embarcará en una búsqueda con el objetivo de  
reunir a los dos hermanos. Con una prosa cristalina en la que se vislumbra apenas un  
poso de melancolía, *Plegarias nocturnas* es la historia de una mujer fuerte dispuesta a  
todo para conseguir justicia y de un estudiante que recorre medio mundo para buscar  
a la única persona de la que ha recibido amor. Es también la historia de una familia  
inmersa en una sociedad violenta: la Colombia del mandato de Uribe vista a través de dos jóvenes soñado-  
res, con la sombra del paramilitarismo y los desaparecidos. Pero, por encima de todo, *Plegarias nocturnas*  
es una novela de amor.



## Mujer perro

Carola Aikin

Editorial Páginas de Espuma, 2012

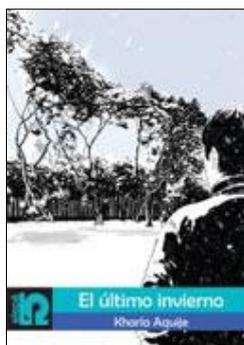
Los cuentos de *Mujer perro* actúan como un cuaderno, como un S.O.S. arrojado hacia  
la identidad de la mujer que se sabe dividida entre lo cotidiano y lo salvaje, lo pode-  
roso, lo que nunca será domesticado. *Mujer perro*, la que narra o sobre la que se na-  
rra, la que deja huellas a lo largo de este cuaderno de cuentos, está buscando, re-  
flexionando, digiriendo la realidad a mordiscos o inventándola para sobrevivir. Y ese  
afán se convierte en una suerte de expedición escrita por la diversidad de una archi-  
tectura impecable, de un encuentro de opuestos, de un laberinto animal que desem-  
boca en la fantasía, en la pericia y la indagación como armas de una escritora sol-  
vente. Carola Aikin --que ya había presentado su personal universo en su anterior libro de cuentos, *Las  
escamas del dragón*-- nos propone navegar y saltar hacia delante, sisear frente al viento, buscar nuestro  
propio océano, rehuir la realidad vacía. ¿Cómo no sentirse próximo a estas páginas?

## Inframundos

Amado Gómez Ugarte

Editorial Baile del Sol, 2011

Este volumen de relatos trata sobre seres que habitan en sus propios mundos, mun-  
dos interiores, particulares, íntimos. Que no se conforman con la realidad palpable y  
medible y buscan dentro de sí, a través de la estela de los sueños, un nuevo camino  
que, quizás, les conduzca a la felicidad o a la locura. Los protagonistas de estas his-  
torias, desde el poeta que lucha contra la incompreensión del mundo, hasta el niño que  
intenta detener el tiempo, y que, tal vez, lo consigue; pasando por la mujer que vive  
de las hierbas, el hombre que se convierte en ángel de la guarda de las mujeres que  
sufren o toda una variedad de criaturas sometidas a la crueldad del destino, son todos  
ellos habitantes de esos infiernos interiores a los que a veces nos condenamos a nosotros mismos.



## El último invierno

Kharla Aquije

Borrador Editores, 2012

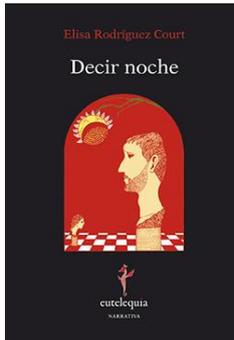
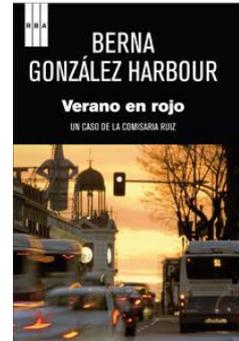
Las situaciones de la vida real tiene su propia poesía, continuamente intercambia-  
mos parte de esos versos sin detenernos a pensar. En *El último invierno*, Kharla  
Aquije toma conciencia de esto y retrata escenas donde tímidos adolescentes, pue-  
den sentarse en una banca para estar al lado de la mujer deseada. Nos muestra  
también como leerle a un hombre con parálisis *El extranjero* de Camus se vuelve el  
acto más humano que el mundo nos permite, o cómo lo perverso se puede instalar  
bajo la mirada de una tierna madre. *El último invierno* es un libro de momentos que  
el lector recolecta, logrando así que lo cotidiano tenga un lugar privilegiado en  
nuestros estante.

## Verano en rojo

Berna González Harbour

Editorial RBA, 2012

Madrid, verano de 2010. Corren los días del Mundial de fútbol y, mientras los ojos de todos están puestos en los tortuosos avances del equipo de España en Sudáfrica, la comisaria María Ruiz se enfrenta a un tenebroso crimen: un joven ha aparecido asesinado sin identidad visible, sin móvil y sin pistas aparentes. Mujer atractiva, concienzuda y tenaz, María iniciará una investigación que se complicará cada vez más. Pero no está sola: el veterano periodista Luna, un maestro de la profesión hoy acorralado por la crisis y la era digital, y Tomás, brillante informático de la policía, serán claves para llegar hasta el fin. La intriga será para ellos tan trepidante como la que acompañó a la selección nacional hasta su gesta final.



## Decir noche

Elisa Rodríguez Court

Editorial Eutelequia, 2012

El escritor Lord Chandos —narrador y protagonista de la Carta de Lord Chandos, de Hugo von Hofmannsthal— ha perdido la confianza en las posibilidades de la lengua y renuncia a la creación literaria. Para él las palabras vuelven la realidad más oscura. Añaden noche a la indescifrable vida. ¿Cómo decir noche?, piensa estremecido. Los protagonistas de Decir noche son Lord Chandos y la poeta Emily Dickinson. En este libro se desentraña progresivamente la Carta del Lord y sus motivos para el abandono de la escritura. En un viaje narrativo, que parte del silencio de Lord Chandos, bajo la mirada poética de Emily Dickinson, se inmiscuyen otras voces de una amplia

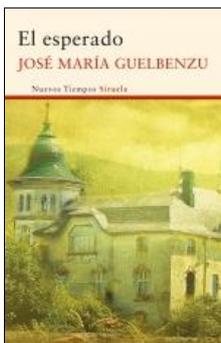
gama de escritores y poetas. Reconociendo la ilegibilidad del mundo, ellos, sin embargo, no dimiten de la creación literaria y aportan su modo particular de decir noche. Su presencia se vuelve, además, un motivo narrativo para abordar aspectos claves de la literatura. La narradora, Beatriz, ha ideado un jardín de estatuas sin ojos con diferentes lados temporales desde los que se alzan las voces de los escritores.

## Náufragos en San Borondón

VV.AA.

Editorial Baile del Sol, 2012

«Esta antología reúne, entre voces consagradas y emergentes, a buena parte de los mejores narradores en breve de España y América Latina, bajo el pretexto de un naufragio voluntario en la isla de San Borondón, un lugar mítico desde el que todos estos autores escriben sus relatos antes de que la niebla o el océano hagan desaparecer de nuevo la isla salvavidas. Náufragos en San Borondón es la literatura hecha tierra en medio del Atlántico, un puente de letras entre España y América, el lugar donde sus treinta cuentistas escriben acerca de la pérdida y el siniestro como la única forma, quizá, de acceder a la isla misteriosa para que la mejor narrativa breve encuentre su escenario. Pasen y lean, háganlo antes de que las aguas inunden de nuevo San Borondón, la isla sirena, antes de que los relatos de este libro no sean más que un recuerdo difuso entre la niebla y se pregunten si algún día existieron». (Javier Vázquez Losada)



## El esperado

José María Guelbenzu

Editorial Siruela, 2012

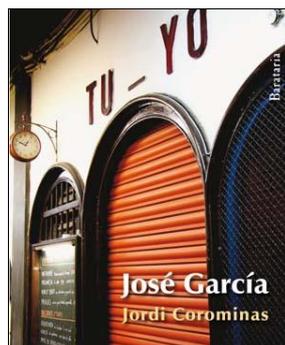
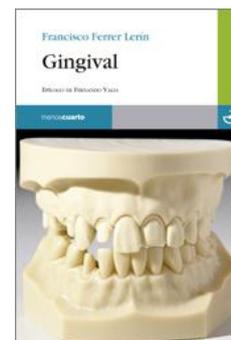
A finales de los años 1950, un muchacho de condición modesta parte hacia el Norte para pasar unas semanas del verano invitado a la elegante casa familiar de un amigo del colegio. Una vez allí, atrapado en aquel ambiente, será testigo de un drama cuyas claves no comprende pero en el que, sin saberlo, juega un papel esencial porque es el testigo que debe aportar la mirada ante la que se desarrolla el conflicto. *El esperado* narra ese primer encuentro de un adolescente con la vida adulta, el salto del círculo cerrado y ordenado hacia la ambigüedad y la complejidad. El amor, la muerte, la violencia y la crueldad muestran su rostro —a través de una acción cada vez más acelerada— ante la idealización, la amenaza, la timidez y la ternura.

## Gingival

Francisco Ferrer Lerín

Editorial Menoscuarto, 2012

Si todos los libros de Ferrer Lerín resultan atípicos, podemos considerar que *Gingival* lo es por partida doble: por su vertiente literaria, debido a las historias y al estilo de estas narraciones; y porque proceden de un blog con sus correspondientes fotos, algunas de las cuales aparecen aquí. En esta obra el autor ofrece una mirada de asombro ante el mundo y, entre el escepticismo y la extravagancia, brinda una visión original y crítica de nuestra realidad. Ferrer Lerín ha cultivado la poesía, el poema en prosa, la novela y el microrrelato. Su última novela fue *Familias como la mía*, publicada por Tusquets en 2011.



## José García

Jordi Corominas

Ediciones Barataria, 2012

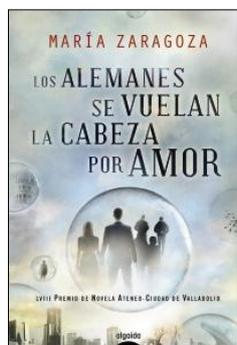
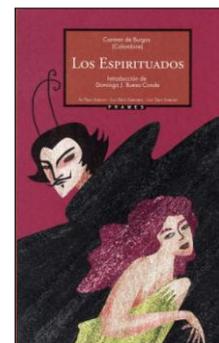
A partir de la misteriosa muerte de José García, vecino del barrio de Gràcia, el autor vuelve al universo que siempre le ha acompañado: el barrio, su particular Yoknapatwa, Ronda del Guinardó o Santa María. En sus páginas paseamos una y otra vez por Travessera de Gràcia, sus bares y calles más populares, Pi i Margall, Providència, Rovira i Virgili, junto al corazón gitano de este barrio: la plaça del Raspall, Torrent de l'Olla... También aparece con énfasis la imagen de Italia, una realidad que Jordi Corominas domina con maestría, que casi licua en imágenes, encarnada en forma de obsesiones y magmas. Aldo Moro, Roma, el papa, el cine, las plazas y callejuelas de la capital italiana serán parte fundamental del cuerpo del relato.

## Los Espirituados

Carmen de Burgos

Editorial Prames, 2011

La novela *Los espirituados* es el relato del noviazgo de un funcionario liberal andaluz con una joven jacetana, agobiada por el inmovilismo y el fanatismo de una sociedad anclada en el pasado. El escenario de la novela es la ciudad de Jaca, primera capital de Aragón, en la primavera y verano de 1922, cuando celebra la extraordinaria festividad de su patrona santa Orosia, con ocasión de la cual se desarrollaba la procesión de los *espirituados*, práctica que prohibirá el obispo de Jaca, cardenal Bueno Monreal, y que concentraba en la ciudad pirenaica a los enfermos psíquicos y supuestamente poseídos del norte de España y del sur de Francia. Por eso, esta novela fue publicada posteriormente con el título de *Los endemoniados de Jaca*. Esta edición cuenta con la introducción de Domingo J. Buesa Conde.



## Los alemanes se vuelan la cabeza por amor

María Zaragoza

Editorial Algaída, 2012

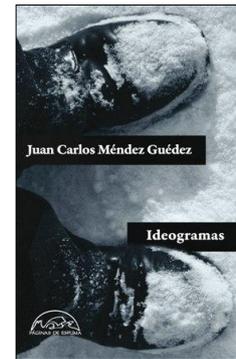
Cuando Goethe publica *Las desventuras del joven Werther*, la llamada fiebre de Werther se extiende por Alemania, y casi dos mil lectores acaban suicidándose por amor. Goethe no dejaría de preguntarse por su responsabilidad en estas muertes, consciente de que toda decisión tiene consecuencias —muchas veces imprevisibles—, y de que a menudo el dilema se reduce a morir o matar. Algo semejante descubrirán los protagonistas de esta novela: viven en diferentes países, pero se reúnen en la Plaza, un espacio virtual de arquitectura imposible y edificios cambiantes donde se hace y deshace cualquier conflicto. Y tratarán de jugar a un juego que les permita reencontrarse en el mundo real... *Los alemanes se vuelan la cabeza por amor* es una novela sobre una nueva forma de existencia —propiciada por internet y las redes sociales— donde la sensación de impunidad y ficción no evita que, tarde o temprano, regresemos a la realidad, ese espacio donde se incuban y gestan los amores o las revoluciones que luego sacudirán nuestras vidas. Pero inevitablemente también es una narración sobre el deseo, el desencanto, el espíritu de lucha, el maltrato, los sueños, el amor o el masoquismo: es decir, sobre todo aquello que nos convierte en seres humanos.

## Ideogramas

Juan Carlos Méndez Guédez

Editorial Páginas de Espuma, 2012

Juan Carlos Méndez Guédez demuestra en sus cuentos que una cicatriz puede surcar las páginas de un libro o las dos orillas de una geografía, de una lengua. Es la cicatriz que cierra la herida abierta por la separación forzosa, por la memoria borrada o el sentimiento vacío. Y como sutura, el gusto y el placer por lo sensitivo, por el detalle que cruje, por el viaje temporal en dos direcciones de unos personajes que parecen siempre volver, buscar, amar y, en un gesto de asentimiento, mirarse los propios zapatos que pisan la nieve. Aquello que ya pudimos comprobar en su anterior libro de cuentos *–Hasta luego, mister Salinger–* se confirma en estos *Ideogramas*: que la de Méndez Guédez es una apuesta por la calidad, el riesgo y la intensidad.



## Los sordos trilingües

Juan Carlos Chirinós

Editorial Musa a las 9, 2012

*Los sordos trilingües* abarca los libros de relatos *Leerse los gatos* (1997) y *Homero haciendo zapping* (2003) junto a un tercer libro de relatos publicados online y textos inéditos que dan título a todo el volumen. En suma son más de 20 años de trabajo de Juan Carlos Chirinós en un género en el que se mueve como pez en el agua y al que acude de forma frecuente casi sin querer. «Los cuentos se me aparecen en los momentos menos oportunos. A veces muchos de ellos se juntan, forman un ejército y no me queda más remedio que prestarles atención, anotar cada una de sus penas, atender a sus reclamos, sin perder nada de lo que digan:

allí comienza a gestarse otra novela».

## Retrato de escritor con perro

José Manuel Fernández Argüelles

Ediciones Irreverentes, 2012

*Retrato de escritor con perro* (Accésit y Mención especial del jurado del VII Premio Internacional Vivendia-Villiers de Relatos) nació como recopilación de cuentos humorísticos, pero al ser teclados apareció entre ellos una evidente unidad, un hilo que los anudaba. Estos relatos se convirtieron en piezas de un puzzle, el cual una vez leído se convierte en novela. Por tanto, el texto es un libro de cuentos y al tiempo es novela. Nominar al protagonista de la historia igual que al autor de la obra, así como la narración en primera persona, dan a entender un texto autobiográfico; es cierto que algunas narraciones son casi en su totalidad verdaderas, otras se apoyan en detalles ciertos para después divagar en lo imaginado, y algunas son invención. Dejemos la catalogación del libro como autobiografía apócrifa con gotas de verdad. La intención es entretener y divertir al lector y purgar pecados que una vez escritos asemejan al perdón cristiano.



## Secretos de un muerto que nunca contarán unos granos de café

Isabel Olivares

Ediciones Atlantis, 2012

Una colombiana lee en los posos de café a don José Escribano que tendrá tres hijos. Él y su perro Orfeo son los únicos que están en posesión de la verdad, mientras que algunos de sus hijos vivirán sin saberlo. Pero un muerto y un perro nunca cuentan la verdad... Los hilos que forman nuestras vidas nos ocultan secretos y tejen por nosotros lo que somos. *Secretos de un muerto que nunca contarán unos granos de café* es un lienzo personal, lleno de jirones vitales, pedazos de historias diferentes sobre los mismos hechos, otorgándole un hilo común. La vida de tres generaciones:

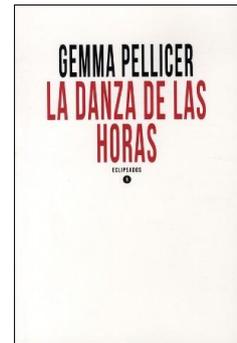
Lola, hija legal de don José, y Rocío, hija de la primera; independientes, promiscuas, relacionadas, a veces, con los mismos hombres, sin ellas imaginarlo.

## La danza de las horas

Gemma Pellicer

Editorial Eclipsados, 2012

Primer libro de la autora barcelonesa Gemma Pellicer, compuesto por una serie de microrrelatos y otras creaciones literarias que desvelan su particular universo y forma de expresión. De lectura independiente cada uno de los mismos y sin ningún orden establecido, son una continuación de los ya publicados en otros libros colectivos. Pellicer es licenciada en Filología Hispánica y Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona. En la actualidad vive entre Barcelona y Berlín. Ha cultivado la crítica literaria en el diario Avui y en las revistas Turia, Quimera y Olivar (de la Plata, Argentina). Sus microrrelatos han aparecido en las publicaciones Narrativas, Paralelo 50 y en el diario El liberal, de Santiago del Estero (Argentina), así como en las revistas electrónicas Delirio, Kafka y Letras de Chile, y en las bitácoras Ficción mínima y La nave de los locos.



## Sendino se muere

Pablo d'Ors

Fragmenta Editorial, 2012

«He dedicado mi vida a ayudar a los demás, pero no he podido marcharme de este mundo sin dejarme ayudar por ellos. Dejarse ayudar supone un nivel espiritual muy superior al del simple ayudar. Porque si ayudar a los demás es bueno, mejor es ser ocasión para que los demás nos ayuden. Sí, lo más difícil de este mundo es aprender a ser necesitado.» Durante su enfermedad, la doctora África Sendino fue anotando sus impresiones de cara a un libro que la propia enfermedad le impidió escribir. Pablo d'Ors, que la asistió en sus últimos meses de vida, rescata sus anotaciones y las contextualiza en una vida que no duda en calificar de *ejemplar*. «*Sendino se muere* no es, ciertamente, lo que ella escribió, sino lo que yo viví a su lado mientras ella intentó

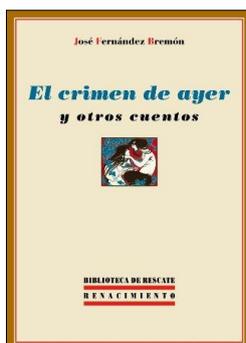
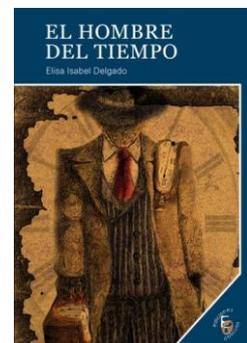
escribir. Pero contiene —estoy seguro— buena parte de lo que Sendino quiso transmitir en su proyectado libro y, sobre todo, de lo que ella realmente era y vivía.»

## El hombre del tiempo

Elisa Isabel Delgado

Ediciones Oblicuas, 2012

Vicenç Ripoll, un joven escritor en trámites de divorcio, se ve asediado por su agente literario para que cumpla el plazo prometido a la editorial y entregue en dos semanas su nueva novela. Bloqueado por la tensión de esa fecha límite, Vicenç se siente incapaz de escribir una sola letra y se hunde en su propia desesperación. Sin embargo, la inesperada visita de un enigmático hombre, que le ofrece la posibilidad de comprar tiempo, cambiará radicalmente su vida. Más allá de las leyes del universo que hoy conocemos, existen otras realidades, ocultas en las zonas oscuras del conocimiento, esperando a ser descubiertas. Un iluminado, un científico o un loco desbarata las teorías de la ciencia y pone en nuestras manos una nueva sustancia inimaginable, absolutamente transgresora, impalpable, incluso adictiva: el Tiempo.



## El crimen de ayer y otros cuentos

José Fernández Bremón

Editorial Renacimiento, 2012

Aunque a muy pocos sonará hoy el nombre de José Fernández Bremón (1839-1910), en vida este autor gozó de cierta notoriedad gracias a sus crónicas periodísticas, sus obras teatrales, las agitadas relaciones que mantuvo con autores como Leopoldo Alas Clarín y el más de centenar de cuentos que publicó en la prensa periódica española del último cuarto del siglo XIX y principios del XX. El presente volumen ofrece al lector la oportunidad de adentrarse en una copiosa obra narrativa que coquetea con el género histórico y el legendario, lo fantástico y la ciencia ficción, el relato de costumbres y la crónica criminal, y que da fe de la originalísima personalidad de un autor que se negó rotundamente a plegarse a las modas literarias de la época.